

The background of the entire cover is a photograph of a river. In the foreground, the water is a murky, brownish-yellow color. In the middle ground, several large, thick tree trunks lean diagonally from the left bank towards the right, partially submerged in the water. The trees have dense, green, needle-like foliage. The background is filled with more lush green trees and foliage, with some sunlight filtering through the leaves.

Ana Rosa Burgos

EL DESTINO DE LAS CASUARINAS

SOBRE LO QUE FUE Y LO QUE PUDO SER

EL DESTINO DE LAS CASUARINAS

SOBRE LO QUE FUE Y LO QUE PUDO SER

ANA ROSA BURGOS

-¡Mamá, ese árbol se va a caer!

-No mi querida, es una casuarina- respondió la madre divertida- Las ponen al borde del río porque sus raíces, como gigantescas manos de madera, sostienen la tierra, así la fuerza del agua no desmorona la costa.

-Pobrecitas, cómo deben sufrir.- se lamentó la nena conmovida.

La mamá la abrazó y respondió con notable ternura:

-No mi amor, no lo creo. Es muy extraño pero mientras salvan la tierra del derrumbe cantan. Basta con una mínima brisa, un susurro de viento, para que empiecen a cantar.

**A LOS HOMBRES Y MUJERES CASUARINA,
CUYA EXISTENCIA REDIME A LA HUMANIDAD.**

Mi libro es una botella arrojada al mar... Si la encuentras, te agradecería infinitamente que me cuentes tu opinión sobre la lectura.

Un abrazo desde Argentina.

ANA

anarosaburgos@hotmail.com

1º PARTE

*Los seres humanos no nacen para siempre
el día en que sus madres los alumbran,
sino que la vida los obliga a parirse a sí mismos
una y otra vez.*

Gabriel García Márquez

I

LA MISMA PIEDRA

Durante mi infancia, muchas noches, las más oscuras que recuerdo, me despertaba el silbido del ataque de asma. Por debajo de la puerta de mi cuarto se empezaba a colar la luz. Eso quería decir que mamá se había levantado una vez más y se iba a la cocina, a tratar de respirar. Escucharla me producía un deseo incontrolable de respirar profundo, de respirar por ella.

Yo saltaba de la cama para seguirla, sabía que no la podía ayudar, pero me hacía bien acompañarla, jugar a que nada grave estaba sucediendo. Manteníamos charlas alegres. O mejor dicho, yo le contaba cosas y ella se divertía con mis ocurrencias, porque no podía hablar. Me encantaba recitarle las poesías que me enseñaba mi abuela. Imitaba su voz y sus gestos. Le contaba las cosas que me enseñaban las monjas en mi escuela. El tiempo pasaba como en la sobremesa de un día cualquiera. En algún momento hacía efecto la medicación y las dos volvíamos a la cama. Mamá nunca pedía que me fuera a dormir. Ella sabía que yo no iba a pegar un ojo hasta que el silbido desapareciera, hasta que volviera a ser una madre completamente viva.

A pesar de que Verónica, mi hermana, era dos años mayor que yo, por propia decisión comencé a ser la encargada de comprar los remedios de mi mamá, de curar sus úlceras, de controlar los prospectos adjuntos para asegurarme de que no tenían contraindicaciones para la deficiencia en sus glándulas suprarrenales, arruinadas por la cortisona (la misma droga que le salvaba la vida).

Mi papá había muerto repentinamente cuando yo todavía no había cumplido tres años. Mamá trabajaba mañana, tarde y noche, tanto que a veces, mientras cosía algún dobladillo, se dormía con la mano en el aire sosteniendo la aguja enhebrada. Eso nos causaba una risa tremenda a mi hermana y a mí. Las carcajadas despertaban a mi madre que se reía un rato con nosotras y después volvía a coser. Para todos los que la conocían era una mujer de hierro. Solo yo sabía que era de cristal, y me daba cuenta de su esfuerzo. Pero ella nunca se quejaba. Así que yo no podía ser un estorbo para mi mamá. Creo que jamás me vio llorar.

Tal vez por esto, desde muy chica, busqué resolver mis problemas sin pedir ayuda. Poco tiempo después de morir mi papá, mi abuela me había regalado el mejor vestido del mundo para mi muñeca. Era brillante, lleno de encajes y adornos, bien de princesa. Mi muñeca, a pesar de los pelos apelmazados y el ojo azul hundido, se veía hermosa con él. Un día la saqué del fondo del cajón donde la había guardado entre otros juguetes. El vestido tenía dos arrugas enormes, no se veía nada bien.

Sin que me descubrieran, fui a buscar la tijera grande que mi mamá guardaba en el cuarto donde les cosía la ropa a mujeres pitucas que ella llamaba clientas. Corté con cuidado cada una de las arrugas. ¡Cuántas cosas aprendí en ese momento!

Cómo se sentía la frustración.
(una emoción que luego de varios años pudo tener nombre)

Que así no era como se resolvía ese problema.

Que hubiese sido mejor pedir ayuda.

Que hay cosas que no tienen arreglo.

Y que las ideas, por más buenas que parezcan, pueden, a veces, traicionarnos.

El vestido se quedó en la mesa, mirándome con esos enormes ojos que yo le acababa de abrir, mientras los míos se nublaban de pena. Pero no aprendí nada, porque seguí tropezando siempre con la misma piedra.

II

EL SECRETO

Era un firulete difícil de entender. En rojo, la maestra había escrito "No invente, 3". Esa noche, después de dar mil vueltas, saqué y puse la hoja en el portafolio, hasta que no tuve más remedio que dársela a mi mamá para que la firmara. Se puso los anteojos, miró detenidamente la prueba y me preguntó por el garabato. Mi instinto de supervivencia pudo más que las horas de catecismo y respondí: "Muy bien 8". Ella firmó sin decir nada más y yo sentí que el asunto había terminado. Me fui a la cama, pero, a pesar de que pasaban las horas, no podía dormirme. No sabía mentir.

La noche fue muy larga, la conciencia me quemaba y mi cuerpo se contraía y se despatarraba en la cama como si se quisiera escapar. Me puse a rezar, le pedí a la Virgen que me perdone, no me animaba a decir la verdad, le tenía más miedo al enojo de mi mamá que a su hijo Jesús que era tan bueno.

Casi me hago pis del susto. Sin decirme nada, mi madre apareció en la puerta del aula de cuarto grado. La maestra, una monja enorme, de hábito negro, un bozo abundante y anteojos que le ocupaban casi toda la cara, salió para hablar con ella. Yo las veía gesticular a través del vidrio. Mi corazón se empecinaba en salirse por la boca. Antes de irse, desde la puerta, mamá me hizo un gesto con la mano, ese que significa "vas a cobrar", y el mundo se me vino abajo.

El camino a casa fue un dolor de muelas. Iba despacio, mis pies apenas obedecían. Me dirigía inevitablemente hacia un abismo y no podía escapar. Mi madre me esperó sentada en la cocina y me contó su conversación con la maestra. San Martín no había peleado ninguna batalla en Perú, pero mi narración, que chorreaba sangre de héroes, había sido un invento tan interesante y bien escrito, que la monja había decidido ponerme un 10 en lenguaje y me iba a tomar una lección oral de historia. Mis temores estaban desapareciendo cuando sucedió lo peor. El discurso de mi madre fue demoledor: que la había decepcionado, que ya no podría confiar en mí, que había sido cobarde al no enfrentar las consecuencias de mis actos.

Yo me sentí la peor del mundo. Le juré que nunca más iba a mentir, pero, meneando la cabeza, me explicó que las promesas no servían, iba a tener que demostrar con hechos lo que estaba diciendo. No vería televisión por una semana.

Las monjas me habían contado que los santos se sacrificaban para que Dios los perdonara de no sé qué cosas, y con la penitencia de mamá, seguro que pronto me sentiría buena como antes. Me juré que jamás volvería a guardar un secreto, nada podría ser peor que vivir con cargo de conciencia.

Era el primer lunes de diciembre y regresaba a casa después de jugar con mi vecina de la vuelta. Corrí por la vereda, con el vestido azul tableado, mi preferido, regalo de mi abuela, y llegué al portón del edificio donde vivíamos. Cuando iba a tocar el portero eléctrico, un hombre joven me habló:

— ¿Vivís acá?

—Sí. En el cuarto— le respondí amablemente a pesar de que mi madre me había recalcado miles de veces que no conversara con extraños. Los adultos solían confundirme con sus contradicciones. En la escuela me habían enseñado: "Todo hombre es mi hermano" y de un hermano no se debía desconfiar.

— Estoy buscando niñas para una publicidad de la televisión, y vos sos muy linda, ¿te interesa? — lo dijo como quien ofrece un regalo.

Lo miré maravillada. Pensé que mi mamá iba a estar orgullosa de mí. Iba a conocer mucha gente famosa y mis compañeras se iban a morir por estar en mi lugar. Pero también recordé algo que me golpeó como un puñetazo en el pecho:

—Mi columna está desviada, hago gimnasia todos los días y voy al kinesiólogo. Yo no sé si le voy a servir— Había aprendido a decir siempre la verdad más allá de las consecuencias, y un orgullo heroico me infló el pecho.

—Sí, es un problema, tendría que ver cómo está esa espaldita. — me contestó muy serio.

—Vamos a mi casa— lo invité con la esperanza de no ver finalizada, tan pronto, mi carrera de actriz.

—Prefiero ir a ver a tu mamá cuando ya esté seguro de que sos la persona que necesito. ¿No hay un lugar en el edificio? ¿El sótano, la terraza...? — hablaba como si tratara negocios con una persona mayor, me sentí muy importante.

La puerta del edificio se abrió. Era la vieja antipática del séptimo con su perrito Mago, que me saludó a los saltos para que lo acariciara y le hiciera cosquillas en la panza. La mujer miró a mi acompañante, lo saludó inclinando la cabeza y se fue caminando hasta desaparecer en la esquina. El hombre había trabado la puerta con el pie. Le sonreí, teníamos suerte, podíamos entrar.

—Vamos arriba con el ascensor, después hay una escalera y donde está la puerta de la terraza hay un lugar con piletas para lavar la ropa, ¿le parece que sirve? —pregunté entusiasmada con mi idea.

Al llegar al último piso, bajamos. Me hizo un gesto con su dedo en la boca para que hiciera silencio. Los vidrios sucios de las ventanas dejaban entrar una luz suave, irreal, de película de Disney. Acercó su boca a mi oído, y despacito, como un secreto, pidió que me diera vuelta. Bajó el cierre de mi vestido. Sentí que su mano transpirada estaba temblando. Dijo que me acostara en el suelo boca arriba y me sacó la bombacha. El frío del piso se me metió hasta los huesos y mis piernas empezaron a temblar. Nunca había tenido tanto miedo y vergüenza. Apareció entonces, frente a mí, su pene. Vi un tubo gordo, rosado, con un bonete rojo, que parecía que iba a explotar. Nunca había visto un pito, no tenía padre ni hermano, y el de mi primo de seis años no se parecía a eso. Me dio tanto asco. El hombre escupió entre mis piernas y me pidió que yo le escupiera ese coso enorme que acercó a mi boca. Me tapé la cara, no lo quería ver. Entonces tomó con fuerza mi mano derecha, me lo hizo agarrar y me lo puso mientras seguía escupiendo. No entendía lo que hacía, pero sabía que era muy malo y que yo tenía la culpa. Me aterrorizó pensar que alguien pudiera verme y contárselo a mi mamá, lo único que quería era volver a mi casa.

De pronto hizo fuerza para meterse adentro mío y me salió un quejido que no pude contener. Él se detuvo y, de un salto, se puso de pie. Con los ojos rojos y vidriosos, me miró, cerró su pantalón, me hizo un gesto con su dedo en la boca para que hiciera silencio y salió corriendo por las escaleras.

Yo me quedé ahí, desnuda en el piso, mientras escuchaba los pasos que se alejaban, hasta que por fin sentí el golpe del portón del edificio.

Tic... tic... tic, las gotas caían de una de las canillas y retumbaban en la soledad del lavadero como un enorme reloj. Estaba furiosa conmigo, muerta de vergüenza. Me puse la bombacha sobre mi pelvis húmeda de saliva. Temblaba, subí el cierre de mi vestido hasta donde pude, y bajé por la escalera hasta mi cuarto piso.

Mamá me abrió rezongando porque había llegado quince minutos más tarde de lo pactado. Mi abuelita me tiró un beso desde la máquina de coser y Verónica, mi hermana, ni me miró porque estaban persiguiendo a Daniel Boone en la tele. Todo transcurría como si el mundo fuese el mismo. Me encerré en el baño para ducharme. Me lavé con el cepillo una y

otra vez hasta hacerme doler. Eso me había pasado por querer estar en la tele, había pecado, como decían las monjas. Ni siquiera se lo iba a poder confesar al cura, todas las palabras para contarlo eran malas palabras. Lloré en silencio mientras rogaba que el agua borrara todos los rastros; mamá no se tenía que enterar. Nadie lo sabría nunca.

Cuando salí del baño le pedí upa a mi abuelita, que dejó lo que estaba haciendo, se sentó en el sillón frente a la tele y me armó un nido en su falda tibia. No me animé a mirarla a los ojos, ¡tan poco me había durado el juramento de no volver a mentir!

Ni ella... Nadie notó jamás, que mis nueve años ya no eran los mismos.

III

POR QUIÉN DOBLAN MIS CAMPANAS

Me encantaba charlar con mi abuela Anita. Era delgada y menuda, con su pelo blanco siempre recogido en un pequeño rodete, enormes anteojos, y cómico mentón saliente, igual a las abuelas de los cuentos. Usaba siempre un vestido negro abotonado adelante con un fino cinto de cuero en la cintura (el mismo modelo para todas las ocasiones), medias de nylon negras y chatitas en los pies. Caminaba casi corriendo. Tenía una pequeña nariz ganchuda y la risa contagiosa, finita como un gorjeo, igual a un pajarito.

Mi abuela era sabia, y me entendía más que nadie en el mundo. Me encantaba escuchar sus historias, sobre todo las de su vida en Tapalqué, donde nació, muy lejos, al sur de la provincia de Buenos Aires.

Sus abuelos llegaron desde Europa a la Argentina a mediados de 1800. Muy pobres los dos, fueron a parar a la estancia del famoso Don Juan Manuel de Rosas; él alambraba y ella limpiaba.

Anita me contó que, en ese tiempo, Rosas les había dicho a sus trabajadores que serían dueños de toda la tierra que alambraran, así que mi tatarabuelo trabajó sin parar, hasta tener muchas tierras, de las mejores. Entonces construyeron cinco estancias y se hicieron ricos.

Algunos de sus hijos, los tíos de mi abuela, aprovecharon la fortuna: unos fueron a estudiar a Europa y otros invirtieron en el campo. En cambio, mis bisabuelos, los padres de Anita, se dedicaron a malgastar el dinero en fiestas y malos negocios.

Tuvieron dieciocho hijos, “regalaron” los once primeros a los parientes y conocidos, y criaron solamente a los últimos siete.

A mi abuela, que fue la segunda, la crío una tía. En su documento figuraba que había nacido en 1892, pero ella afirmaba que había sido en 1894. Aseguraba que la primera hija del matrimonio, su hermana mayor, había sido bautizada con el nombre Ana María, pero falleció enseguida; entonces, para no volver a hacer los trámites de inscripción, usaron esa partida de nacimiento para ella. Pobre abuelita, ¡toda una vida quitándose dos años!

Su madre, mi bisabuela, se suicidó el día que se casó su hija menor: minutos después de que la carreta con la feliz pareja marchara hacia su luna de miel, tomó cianuro del que se usaba en el campo, no sé muy bien para qué. A pesar de todo, mi abuela hablaba de ella con respeto y cariño, y yo la admiraba por eso.

Anita estudió magisterio en la escuela de Las Flores, pero no pudo egresar como maestra porque su tía se enfermó mucho y le tocó cuidarla. Se casó muy joven. José, mi abuelo, era un hombre muy inteligente y sensible, con su carácter tranquilo ponía equilibrio al torbellino que era mi abuela. Mi mamá me dijo que los vecinos le decían “Juan Moreira” porque era bravísima, ¡no se achicaba frente a nadie!

Tuvieron siete hijas mujeres esperando que llegue el hijo varón, un varón para la patria, un soldado igual que San Martín.

Los nombres de mis tías eran raros. Todos empezaban con A: Ana María, Aurora Azucena (mi mamá), Argelina Neutralidad Argentina, Afrodita Amarilis Josefa, Aneida Otei, Alba Pura, Amada Gloria. Cuando por fin llegó el muchachito, se salvó de llamarse “Deseado Varón”, porque no empezaba con A, y lo bautizaron Adán.

Las más conmovedoras de sus anécdotas sucedían en el tiempo de siembra o cosecha, en el que la humilde casa de campo que arrendaban se llenaba de peones. En esos días mi madre y mis tíos iban a dormir al galpón para darles sus camas a los trabajadores, mi abuela los convencía diciéndoles que esos hombres necesitaban reconocer su propia dignidad, sus derechos, ellos merecían una vida mejor. Después de la jornada de trabajo, al atardecer, mi abuela alfabetizaba a los peones con el cancionero “Cantalindo”. Nadie podía sentarse a cenar hasta que todos los hombres presentaran sus cuadernos con los deberes completos. A veces, las hijas se escondían en el gallinero donde les adelantaban la tarea con letra medio torcida y tembleque, para engañar a su madre, porque se hacía tarde y tenían hambre. Y cuando llegaba la hora de servir, las mejores porciones, las más grandes, eran para los peones.

Mi mamá me contó que, a la noche, durante los fogones, mi abuela armaba concursos de poesía, ganaba el que recitaba el poema más largo. Almafuerte, Rubén Darío, Becker, Rafael Obligado, resonaban en las voces de los chicos en el silencio del campo. Gracias a esta rutina y a muchos estímulos más, todos lograron hablar como si hubiesen ido a las mejores escuelas de la ciudad a pesar de haberse criado en aquellas soledades. Mi abuela amaba la poesía, ella solía escribir sobre la libertad, la justicia y la Patria, y las enviaba a un diario de Las Flores con el pseudónimo “Alma Argentina”. ¡Cómo se reía al recordar los comentarios que hacían los vecinos sobre sus escandalosas publicaciones!, y más se divertía imaginando las caras que hubiesen puesto si se hubieran enterado de que el escritor era una mujer.

Cuando mi tío Adán creció fue a vivir a Olavarría con unos tíos de mi abuela, un matrimonio mayor que se comprometió a enviarlo a la escuela para recibir una educación que le permitiera rendir los exámenes de ingreso al Liceo Militar a cambio de un dinero que le entregaba mensualmente. Cuando Adán tenía diez años, el abuelo José falleció de un infarto. La vida de la familia se hizo muy difícil, mi abuela quedó sola a cargo del campo, así que toda la familia tuvo que esforzarse. Al año siguiente dejaron todo y, salvo mi madre que se vino a la ciudad de Buenos Aires buscando algún tratamiento para el asma, los demás se fueron a Cacharí, un minúsculo pueblito: mi abuela para trabajar como maestra particular, mis tías mayores como peones, mucamas o modistas. Todas tenían como principal objetivo cubrir los gastos de la educación de Adán. El tío finalmente rindió su examen y pudo ingresar al Liceo Militar, becado por tener el mejor promedio. Con los años llegó a ser General del Ejército y a ocupar cargos importantes durante la Dictadura Militar. Sí, Adán fue soldado; pero no el que soñó mi abuela.

Al fin, todas se mudaron a un viejo edificio en el barrio de Congreso, en la ciudad de Buenos Aires. Mi mamá les consiguió a sus hermanas un buen empleo en una peletería famosa, donde trabajaba desde hacía bastante tiempo. En la peletería no solo valoraban su educación y sus modos, sino también sus habilidades como modista. Mi abuela también logró un cargo de secretaria en una escribanía muy importante donde, a pesar de su edad avanzada, fue contratada por su excelente letra y ortografía. Definitivamente, la formación cultural de la familia les abrió la puerta de la gran ciudad.

El carné del partido peronista de mi abuela, decía “afiliada número ciento cuarenta y seis”, ella estaba muy orgullosa de haber sido una de las primeras. En una esquina del pasillo de su departamento había un retrato de Evita, y de él colgaban una estampa de San Ceferino y un crucifijo de plata. Debajo, en un estante, un florero de cristal en el que cada noche, antes de ir a dormir, Anita realizaba la

misma ceremonia: retocaba o cambiaba las flores, apoyaba su mano en el retrato y rezaba, mirando tiernamente a esa mujer que tanto amaba. Evita era tan bella, con su piel de porcelana y su rodete en la nuca, que cuando la veía me daban ganas de llorar, entonces le pedía a mi abuela que me contara sobre ella, de cuando la conoció trabajando para la Fundación, de cómo había ayudado a los pobres, no por caridad, sino porque era justo.

Cuando era chica las historias de Anita me resultaban divertidas, pero al crecer, comprendí la importancia de lo que mi abuela hacía, y no solo me llené de orgullo por ser su nieta, sino que decidí seguir su mismo camino. Por eso, sin lugar a duda, su historia fundó la mía.

IV

MI PRIMERA AVENTURA

Mamá, mi hermana y yo, vivíamos en Capital, en un edificio sobre la avenida Luis María Campos, un barrio sin plazas. El departamento, comprado antes de la muerte de mi padre, tenía pocos lugares para jugar: un balcón angosto, demasiado soleado en verano y ventoso en invierno; un placar que se convertía en colectivo lleno de pasajeros colgados en perchas; y un mar peligroso donde buceábamos con mi hermana en el espacio que había debajo de la cama matrimonial, en la que de noche nos turnábamos para dormir con mamá.

Desde el balcón veía el cielo que se extendía sobre el Hospital Militar y sus parques prohibidos, intocables, custodiados con soldados armados. Me la pasaba preguntando: “¿Cómo se ven las estrellas en el campo? ¿Cómo es el perfume de las plantas? ¿Asustan mucho las tormentas y los truenos?”. Mi madre nunca se esforzaba por responderme, ella no tenía recuerdos bucólicos de sus años en la soledad de Tapalqué. Había vivido agobiada por los ataques de asma, sintiéndose indefensa.

A mis trece años yo era una especialista revolvedora de cajones. Una mañana lluviosa de otoño encontré una foto: en una casa humilde de campo, una niña de dos años, mi hermana Verónica, estaba sentada en una sillita de comer y yo, una bebé gordita y pelada, en su falda. Salté a la cama de mi mamá haciéndole volcar el mate que tomaba mientras leía el diario, quería saber dónde estábamos, con quién, por qué...

Mamá me contó que ese día habíamos ido los cuatro a Cacharí, muy cerca de Tapalqué, a visitar al tío Domingo, hermano de mi abuelo, que vivía en una humilde casa de campo junto a su esposa.

La foto me llenó de anhelo, quería ir. No importaba si esos tíos eran viejitos, seguramente se alegrarían de verme.

Al comienzo, mi mamá no me hizo caso, seguro apostó a que pronto me olvidaría. Pero no solo seguí suplicándole a ella sino también a mis tías, que mantenían contacto con él, a las que encontraba cada sábado en las reuniones familiares en casa de mi abuela Anita.

Unas semanas después del hallazgo, mi tía Chichí me trajo la gran noticia: había hablado con Domingo y él se había alegrado muchísimo con la idea de recibirme unos días. Mi madre quedó azorada. Seguramente no fue muy sensato que mi tía me lo dijera ese sábado, frente a todos, sin haberlo hablado antes con ella a solas. Desde la cocina mi

abuela me hacía gestos de complicidad y se reía tapándose la boca con picardía, me di cuenta de que Anita había tenido mucho que ver en el asunto.

Ante el hecho consumado, mamá decidió organizar mi viaje, al que no podía acompañarme por su trabajo. A mí ya no me daba miedo dejarla sola, desde hacía dos años, con la aparición de la droga Kenacort-A que se aplicaba una vez al mes, su asma había cedido y todo había cambiado en casa.

Era el invierno del 69. Mi madre sacó el pasaje en tren, me instruyó y me dio una libretita donde había anotado todas las estaciones que se irían sucediendo hasta llegar a Cacharí. Después de Las Flores debía acercarme a la puerta porque en la siguiente tenía que bajar. Allí me estaría esperando Domingo. Un viejito de más de 80 años, imposible no reconocerlo. Para él tampoco sería difícil: ¿cuántas nenas bajarían solas de ese tren?

Yo llevaba un bolso pequeño y mucho abrigo puesto; con el tapado que me había hecho mi mamá, la bufanda y el gorro tejidos por mi abuela parecía un oso. Para mi cumpleaños me habían regalado el primer jean de mi vida, hasta ese entonces, solo había usado polleras o pantalones de vestir, así que estaba feliz estrenando mi “vaquero” y las zapatillas de lona blancas Flecha, lista para vivir cualquier aventura.

Todavía no había salido el sol cuando mamá quedó en el andén, gritando sus recomendaciones hasta que me alejé dejándola sola, cada vez más chiquita, hasta desaparecer. De a poco las luces de los edificios y las casas fueron espaciándose, y el tren me fue internando en la oscuridad plomiza del campo. El miedo no figuraba en mi diccionario, el referido a la salud de mi madre se había acabado y solo quedaba el que me producía la Moretti, mi profesora de matemática, pero estábamos de vacaciones.

El tren comenzó a sacudirse con el viento, el olor a pasto mojado entraba por cada rendija de las ventanas. El campo relucía bajo el aguacero de la madrugada. Me costaba mantener desempañado el vidrio, cada vez que pasaba la mano se mojaba con la humedad helada. Detrás de la tormenta al sol le resultaba difícil iluminar. Grises sobre grises, truenos y relámpagos, los rayos partiendo el cielo en dos. Ese espectáculo era para mí, porque lo había deseado tanto. Me sentía Heidi yendo a vivir con su abuelo.

Las Flores. Agarré el bolso y lo puse en mi falda. Vacas, sembradíos, más vacas, charcos. Un cielo bajo, casi tocando la tierra, terriblemente gris. Y mi sonrisa.

Me levanté y fui hasta la puerta. El tren se detuvo. “Cacharí” decía el cartel de lata oxidada sostenido por dos palos de madera moribundos. El andén parecía muy corto y muy viejo, nada que ver con la estación terminal de Buenos Aires. Fui la única pasajera que bajó. Me gustaba que fuera así. Mejor para mi aventura. Un trueno como para partir la tierra me dio la bienvenida. Más allá todo era barro, la tierra no quería más agua.

Vi venir a un viejito, apenas un poco más alto que yo, parecía salido de un libro de cuentos. Todavía estaba a cinco metros y yo ya lo quería, lo sentía parte importante de mi vida.

— ¿Marita?

— ¡Tío!

Así de sencillo, ya estábamos juntos. Me cubrió con una lona grande que trajo para no mojarnos tanto y corrimos abrazados hasta el zulqui, un carro igual a los de las películas, tirado por un caballo. Su mano callosa me ayudó a subir. Una vez que nos acomodamos el tío hizo un chasquido y el animal comenzó a andar. Yo temblaba por la emoción, y también de frío.

Íbamos en silencio, él, muy concentrado en llevarnos a buen destino sin anclarnos en el barro; el pobre caballo tenía que hacer mucha fuerza para avanzar en ese pantano cremoso. Cada doscientos metros, más o menos, Domingo se bajaba, abría una tranquera, adelantaba el carro y la cerraba. En la tele siempre había visto las series donde los vaqueros andaban sin ningún obstáculo,

a campo traviesa, los pelos al viento, pero acá no. No sé qué sensación de libertad se me truncó, que en ese momento sentí una gran desilusión.

Allá lejos, una arboleda, el humo de una chimenea, la casa. Debajo del alero María, una mujer encorvada pero firme, sacudía las manos con una alegría tan grande como la mía. Apenas bajé a suelo firme, ella me rodeó con sus brazos gordos y mullidos. La sentí calentita, con calor de hogar.

La casa era de adobe. Tres habitaciones, una al lado de la otra, cada cual con una puerta que daba al frente y una ventana chiquita al fondo. En la punta, formando una ele, estaba el baño.

Me llevaron al cuarto que yo ocuparía esos días: la pieza del medio. Una cama, una sencilla mesa de luz, una silla y un baúl, como la celda de una monja. Después vería que la de ellos era igual salvo por el ropero grande con espejo y la cómoda. La tía me dijo que, antes de comer, me cambiara la ropa húmeda y salpicada con barro. Iba a lavarla enseguida para que no quedara manchada. Mientras me desvestía, yo miraba los cuadros con fotos muy antiguas, amarillentas, que empezaban a llenar de historias mi imaginación. Pero cuando quedé en bombacha me di cuenta de que estaba punto de hacerme pis, quizá por el ruido de la lluvia, o el frío. María me ayudó a vestirme rápido con ropa seca mientras yo bailaba la danza: “Ay que se me escapa”, y me acompañó al baño.

Abrió la puerta despintada. Me explicó que para cerrarla había que levantarla un poco. En lugar de un inodoro había un pozo, y al lado un tacho de agua enorme con un jarro colgando, para “tirar la cadena”. Como lavatorio, sobre una mesa chica, una palangana de plástico, otro jarro y un plato con restos de una vela. En la pared un espejo tan antiguo y manchado que apenas me veía. A pesar de lo distinto que era al baño al de cualquier casa, las paredes recién blanqueadas y el olor a lavandina me hicieron sentir cómoda.

Cuando terminé fui a la cocina donde me esperaban. Ya habían pasado las dos de la tarde y el aroma del puchero de gallina me recordó el hambre. La olla hervía sobre una cocina de leña. Al lado había una enorme pava de hierro que chiflaba, parecía una locomotora a vapor. La mesa ya estaba puesta: platos de porcelana con dibujos viejos borrados por los años sobre un mantel muy blanco con flores de colores, cubiertos de metal gastados, pero brillantes. Qué importante me sentí.

De un baúl María sacó el pan al que llamaban galleta. Era muy seco por fuera pero tierno por dentro. Lo compraban en el pueblo y se mantenía fresco durante varios días.

Desde la ventana se podía ver una huerta y el gallinero. Afuera colgaban del marco algunos frasquitos de vidrio donde, según me contó María, durante el verano ponían agua azucarada para que se acercaran a beber los picaflores. Abajo de la ventana había un combinado muy parecido al que teníamos en casa, pero el del tío no funcionaba porque no había electricidad, así que apoyaban encima una radio a pilas que encendían por la mañana, y solo apagaban para ir a dormir.

Durante cinco días llovió a cántaros. No podíamos salir... ¿Me aburrí? ... ¡Ni un pocooooo!

Mi tío tenía una memoria increíble. Recordaba todos los documentos de sus vecinos porque los había visto mientras estaba a cargo de los padrones electorales. Casi todo lo que había leído o escuchado en su vida lo guardaba en su memoria. Era una enciclopedia viviente y disfrutaba enseñándome. Durante esos días de lluvia, hablamos de tantas cosas interesantes que en ningún momento extrañé la televisión. Me contó cientos de anécdotas de mi abuela. Él la admiraba mucho.

La tía me enseñó a cocinar, a amasar tortas fritas, mientras me contaba viejas historias familiares. Me dejó revolver su baúl de los recuerdos, donde guardaba, envueltos en telas oscuras para que no se pusieran amarillos, muchos objetos de su madre y de su abuela. Había camisones y vestidos con encajes, esos que se ajustaban a la cintura y luego

con una almohadilla levantaban la cola, también sombreros antiguos con moños y tules, tan femeninos... Pasé horas luciéndolos frente al espejo imaginando mil historias.

La primera noche me fui a dormir agotada. Llovía muy fuerte y cada tanto retumbaba un trueno lejano. Ya había apagado la vela cuando sentí un quejido, afuera, lejos en el campo. “Socooooorrrroooo” parecía decir. Me erizó la piel. Otra vez “socooooorrrroooo”. Qué hacer, no me animaba a molestar a los tíos que ya estarían durmiendo. Imaginé que alguien podía haberse caído de un caballo, o perdido en esa noche de infierno. Discutía conmigo misma: “Si hubiese alguien pidiendo ayuda el tío lo estaría escuchando, mejor dormir y no molestar. Pero ¿si es cierto y alguien necesita ayuda? No, yo estoy equivocada. Pero ¿y si no me equivoco? Ahí grita de vuelta. Sí, ¡Es alguien que pide ayuda! No, no puede ser.”

Ya entrada la noche me ganó el cansancio y pude dormir.

Me desperté con la tenue luz que entró por la ventanita. Llovía y hacía mucho frío en la habitación. Me puse mucha ropa encima y abrí la puerta. Olor a campo mojado, a mate cocido y pan tostado. Los tíos se asombraron al verme levantada, todavía no eran las ocho. Me senté a la mesa y suspiré, me daba vergüenza contarles lo que me había sucedido a la noche. Tenía miedo de que el tío se enojara conmigo y saliera corriendo a salvar al pobre hombre que había clamado socorro, al que yo no había ayudado por cobarde, aunque también podía resultar que todo fuera una bobada de porteña y que se burlaran de mí. Pero no pude callarme y confesé. Domingo se rió a carcajadas y la tía se levantó y me hundió la cabeza contra su pecho. Me aseguraron que el quejido no decía socorro sino “cococo”. Asombrada comprendí que los porteños se equivocan al pensar que los gallos cantan a la madrugada, o que ese gallo desubicado no sabía nada de horarios.

El quinto día, al levantarme, abrí la puerta y se me cortó la respiración frente al amanecer. Me impresionó el silencio, no podía creer que ese solazo despegando de la tierra no hiciera ruido. Estábamos los tres eufóricos. El barro nos pegoteaba los pies como una sopapa, pero sabíamos que, en unas horas, con un sol tan limpio, todo se pondría firme. Solo me quedaban dos días para que mis vacaciones terminaran. Teníamos que apurarnos a armar los aparejos del caballo para que yo pudiese aprender a montar en dos días. El recado llevaba primero un cuero de oveja directamente sobre el lomo del animal; luego una manta de lana, doblada y cubierta por otro cuero, y después otra manta espesa de lana. Mientras ensillábamos el tío me iba explicando todo lo que hacíamos y por qué.

Me resultó fácil montar, en mi imaginación lo había hecho muchas veces. No había estribos, solo la fuerza de mis piernas debía sostenerme. Todavía recuerdo la cara de espanto de Domingo al verme salir al galope, por pura decisión del caballo. Mi tío le gritaba, al fin logré detenerlo. Por la fuerza que hice para sostenerme me quedaron algunos moretones en los muslos. Los llevaría orgullosa a Buenos Aires. Eran mis marcas de guerra.

El séptimo día María me preparó un paquetito con cosas ricas para mi viaje y otro para regalarle a mamá. Me abrazó muy fuerte, me pareció que contenía las lágrimas. Yo me sentí culpable de irme, no me gustaba que se quedaran tan solos.

En silencio fuimos en zulqui hasta la estación, me atragantaba el sol y la despedida. En el andén le agradecí a Domingo todo el amor recibido, él apretaba mis manos. Desde la ventanilla lo vi hacerse chiquito hasta desaparecer. Me llevaba para siempre el sabor del puchero de gallina, el aroma del pasto mojado, y los sonidos misteriosos de la noche.

A los tíos ya no los volví a ver. María falleció ese verano, un golpe de calor, dijeron; y Domingo se fue con ella un par de meses más tarde.

Esas vacaciones le pusieron el punto final a mi infancia.

GRISELDA

El primer lunes de agosto volví a la escuela. Me sentía diferente: había conocido la libertad. Mi cabeza desbordaba de ideas, me resistía a ser una más en la ciudad. Me compré un cactus chiquito y le puse de nombre “Estanislao de la Maceta”. Era mi pedacito de campo portátil, una forma de protesta. Lo ponía arriba de mi mesa de luz, al lado de mi plato durante las comidas, en la escuela lo apoyaba en mi pupitre. Le hablaba, lo sacaba a tomar sol; hasta que después de una larga agonía, seguramente ahogado por mi exceso de cuidado y agua, terminó en el tacho de basura. Muchas veces la maestra me retaba porque me distraía mirando por la ventana. En el boletín siempre aparecía la leyenda “*Marita debes prestar más atención en clase*”. Mis compañeras me cargaban. Era sapo de otro pozo y me sentía muy sola.

Llegó septiembre, y como no hay mal que dure cien años, entró Griselda Tarico a la escuela y se sentó a mi lado. Sin prestarme atención puso sobre su falda el portafolio y comenzó a sacar los útiles. Me di cuenta de que la vergüenza teñía su cara pecosa. Sus ojos raros, gatunos, verdes y amarillos brillaban como si fuera a llorar.

— ¡Cuántos útiles tenés! — le dije en voz baja mientras husmeaba sus cosas. — A esta altura del año yo ya no tengo nada; mirá— le dije mientras abría mi cartuchera gigante para mostrarle— Me quedan restos de los sándwiches que me prepara mamá, papeles de caramelos, minas de lápices, pero de útiles poco y nada— y suspirando con exageración terminé— ¡Pensándolo bien, es un asco! —. Nos reímos, y esa primera risa inauguró una amistad como yo nunca había vivido hasta entonces.

Ella tenía un hermano mayor y dos hermanas menores, un papá teniente coronel, una madre inglesa y una abuela enorme y fastidiosa. La familia era muy organizada, llena de ritos. Empecé a ir a su casa casi todos los días a la salida del colegio. Me querían mucho y me lo demostraban. Tenía en la mesa mi taza, mi plato y un servilletero con mi nombre, en el armario del pasillo un toallón solo para mí. Cuando íbamos a misa, ocupábamos un banco largo. Fantaseaba que todos me creían una hija más, que tenía un papá. Era la única razón por la que los acompañaba a la iglesia, ya que en ese tiempo Dios no me caía bien: me habían enseñado que castigaba a los que faltaban a misa. Mi madre nunca iba a la iglesia, así que Dios era injusto ¡Ella se merecía el cielo y mucho más!

Con Griselda dejamos las muñecas por los primeros amores. Hablábamos sin parar, caminando, en la cama, en el baño, en la cocina, por teléfono, todo el tiempo, nunca, jamás nos aburríamos, y nunca jamás nos peleamos. Nos contábamos historias en las que éramos protagonistas, nos reíamos a carcajadas. Con ella me transformé en una buena alumna. Grisi era la reina del orden y la planificación, yo del desorden y la improvisación, juntas formamos el mejor equipo. Durante dos años fuimos “el Sobre y la Estampilla”, como nos decía mi abuela; a veces ella era el sobre, a veces el sobre era yo.

Me faltaban cuatro días para cumplir los catorce. Ese 25 de mayo de 1970, mamá y yo aprovechábamos el feriado para preparar mi cumpleaños. Grisi se había ido a su casa a buscar una lotería y cartulinas para armar juegos para la fiesta, de paso le iba a preguntar a la abuela si me preparaba una torta de merengues que le salía increíble. Nos sentíamos locas de ansiedad: entre los invitados vendrían unos chicos que nos gustaban, pero no nos daban bolilla. Quizá porque casi no nos pintábamos ni fumábamos como la mayoría de nuestras compañeras. Definitivamente éramos muy poco “sexys.”

Sonó el teléfono. Corrí para atender. Mi amiga lloraba, no podía entender lo que decía. Me asusté. Le pedí que se calmara. Al fin pudo contarme: su papá sería trasladado a Neuquén

y la familia entera debía mudarse en un par de semanas.

Lloramos sin consuelo. No hubo fiesta, ni torta, no hubo más preparativos. Ese cumpleaños iba a ser uno de los más tristes de mi vida. Solo queríamos estar juntas. No había más futuro, únicamente la soledad que vendría.

Se nos veía tan devastadas que, a la semana siguiente, la mamá de Grisi tuvo una conversación secreta con la mía: por miedo a que su hija se enfermara de nostalgia, le pidió permiso para llevarme a vivir con ellos. Mi mamá se negó terminante, y se cuidó muy bien de que yo no me enterase de la propuesta, hasta muchos años después, en que en una sobremesa recordamos aquellos tiempos.

El día de la mudanza, un camión gigante fue a buscar todo muy temprano. Después vino el último abrazo y un instante más tarde el auto desapareció por la avenida. Yo me quedé ahí, sin saber mucho cómo seguir. Entonces corrí a casa, agarré un papel y empecé a escribir mi primera carta.

Durante mucho tiempo el correo fue cotidiano. Las cartas comenzaban con un dibujo en el que mostrábamos dónde estábamos sentadas, en qué pose, la hora que era y todo lo que nos rodeaba, para que la otra pudiera ver a la distancia, y después varias hojas con el relato pormenorizado de los días. En la escuela, al comienzo, su asiento a mi lado quedó vacío. Me costó volver a estudiar sola. Pero con el tiempo empecé a conectarme con otras chicas que se acercaron para que les explique matemática, yo era muy buena en la materia, gracias a la Moretti.

La familia de Griselda vino para las fiestas y como si esa felicidad fuese poca, me invitaron a ir con ellos a Neuquén de vacaciones. Partimos el día de Reyes. En el asiento largo de adelante del Fálcon se ubicaron el papá, la mamá y la abuela, y en el de atrás los cuatro hijos, la perra bóxer y yo. Durante el viaje, en el desierto de La Pampa, llegaron a hacer cuarenta y cinco grados. No podíamos abrir las ventanas porque el aire quemaba. La perra babeaba de tal manera que terminamos los cinco plastificados. Para que no se durmiera el padre de Grisi, que era el único que manejaba, había que hablarle todo el tiempo, una tarea más que fácil para nosotras dos.

Llegamos al valle del Río Negro, el perfume de los pinos se mezclaba con el aroma dulzón de las manzanas que se cultivan en las chacras.

El barrio militar estaba al pie de las bardas, casi en el centro de la ciudad. La casa era un chalé luminoso y amplio, igual a todos los de la cuadra. Entramos corriendo, ni siquiera ayudamos a bajar las cosas, pero nadie nos retó.

Griselda y yo teníamos una habitación para nosotras solas. La primera noche no dormimos, hablamos hasta que amaneció, seguimos hasta el almuerzo sin parar, y cuando nos tiramos en la cama para ver la novela de la tarde, nos desplomamos en una siesta gloriosa. Cuando nos levantamos, después de la merienda, empezó la diversión. Había bicicletas para todos, pero yo casi no sabía andar. La abuela nos gritaba desde la puerta, aterrorizada al ver mis espectaculares caídas, pero se dio por vencida y prefirió encerrarse en la cocina para no ser testigo de mi ridículo deceso. Con muchos golpes, risas y curitas, logré dominarla. En un par de horas empezamos a recorrer las calles de la ciudad. El atardecer dibujaba mi sombra oscura en la rojiza luz del asfalto.

Por la mañana, después de desayunar, las dos arrancamos solas con nuestras bicicletas. Nos detuvimos frente a la fachada del hospital de Neuquén. Era viejo y bastante descuidado. Grisi había comenzado a asistir como voluntaria en la sala de

neonatología, invitada por una monja de su escuela y me había pedido que la acompañe.

Ese lunes de enero de 1971 entré por primera vez a un hospital sin mi mamá. Recorrimos largos pasillos de paredes descascaradas. Llegamos por fin a una sala con todas las cortinas cerradas, casi en penumbras.

Una única nurse estaba a cargo de dieciocho cunas. Nos detuvimos en la puerta. Al vernos, con una amigable sonrisa, nos hizo pasar. Nos sentamos a un costado, Griselda me presentó mientras nos poníamos sobre nuestro calzado unas bolsas de tela blanca que la mujer nos alcanzó, luego tomamos de un estante un camisolín de mangas largas y una cofia. Nos lavamos bien las manos y enjuagamos con alcohol. Ya estábamos listas.

Empecé a recorrer las cunitas. La mayoría de los bebés tenían sus brazos, piernas y pies arrugados como viejitos. Apenas se oían llorar, parecían gatitos con sus afónicos quejidos. Griselda me había contado que en general los internados estaban desnutridos o eran prematuros, debido a la mala alimentación de sus madres, que en general venían del interior de la provincia, pero verlos era otra cosa. La enfermera me preguntó si me animaba a cambiarlos, asentí con mi cabeza, estaba tan conmovida que no lograba emitir sonido. Ella me miró con ternura, y comenzó a enseñarme para hacerlo sin tocar las agujas hincadas en sus brazos o las sondas de sus bocas y narices. Los pañales eran pequeños trapos percutidos: viejos repasadores de cocina, retazos de sábanas gastados o restos de ropa usada, pero suaves y bien planchados. No había que ponerles ganchos ni chiripá para sostenerlos, porque los bebés no se movían.

Cuando cambié la primera niña creí que se iba a romper entre mis manos, apenas podía abrir sus piernitas para higienizarla. Pero ya con el segundo tuve confianza, tal vez a causa de la irresponsabilidad de la edad, enseguida me sentí como si lo hubiese hecho toda la vida.

Por la noche me costó dormir, a pesar de hablar con Griselda no logré recuperar la paz interior. Mi imaginación volaba, veía esas madres en medio de parajes desolados, con hambre y con frío, viendo crecer en el vientre los hijos que no podrían alimentar. Este viaje no se parecía en nada a las aventuras de Heidi. Había conocido el lado más oscuro del mundo, y mis restos de infancia se habían desdibujado en él. La herida producida en mi ignorancia me había cambiado íntimamente y debía pagar el precio de saber, por el resto de mi vida.

VI

EL TERCER MUNDO

Por ese tiempo conocí en la escuela la Teología de la Liberación, que había dado nacimiento al movimiento latinoamericano Tercermundista de la Iglesia Católica. Estaba fascinada, Dios nos invitaba a cambiar el mundo injusto que yo acababa de conocer. Muchos sacerdotes y religiosas tercermundistas habían dejado los cómodos departamentos en las iglesias para vivir en humildes casillas cerca de los más pobres, en los barrios obreros y asentamientos, compartiendo su dolor y sus necesidades como lo había hecho Jesús. Los curas “villeros” eran todo lo opuesto a la iglesia conservadora, asociada al poder económico que había olvidado el Evangelio. Empezamos a usar la Biblia Latinoamericana llena de fotos que revelaban lo que pasaba en nuestro continente y comentarios basados en la Teología de la Liberación, que situaban las palabras de Cristo en el Siglo XX -algunos años después, en el 76, esta Biblia fue prohibida por la dictadura militar que la declaró subversiva-.

Las monjas de mi escuela dejaron de repetirnos que debíamos sufrir por el Cristo torturado y muerto en la cruz para salvarnos, y empezaron a hablar de Jesucristo Liberador, el de las bienaventuranzas, el que multiplicó los panes y echó a los mercaderes del templo, que nos invitaba a comprometernos para cambiar el mundo con alegría. A mis quince años me enamoré perdidamente de Él, mi relación con Jesús se hizo tan intensa y real, que mi impotencia y mi soledad desaparecieron. De repente tenía un líder, el mejor. “La medida del amor es amar sin medida” me habían dicho, y eso tenía sentido para mí.

La correspondencia con Griselda empezó a espaciarse. Nos queríamos, pero no nos necesitábamos desesperadamente. Yo había logrado pertenecer a un grupo de compañeras de escuela y Griselda se había hecho amigos en el club.

En febrero del 72 Verónica, mi hermana, se puso de novia con un chico que conocimos durante las vacaciones. Fabián María Morello vivía en el centro de la Capital, con una familia muy católica y un tío sacerdote. Después de Semana Santa nos invitó a participar del grupo juvenil de la parroquia María de las Victorias, donde el tío cura era uno de los responsables. Nos contó que era un grupo grande, más de cincuenta chicos y chicas y que llevaba tres años funcionando. Ahí se mezclaban todas las clases sociales: había jóvenes de familias ricas con apellidos que nombraban calles y plazas, y otros de familias muy humildes. Se juntaban todos los martes a la noche en la iglesia; luego de una reunión grupal se separaban para reflexionar en subgrupos, a los que llamaban comunidades de base; organizaban la misa de la juventud los domingos a las 11 y solían hacer actividades solidarias los fines de semana.

El último martes de abril, a las ocho de la noche llegué a la parroquia con Fabián, mi hermana y Diana, su mejor amiga. Llovía a cántaros y hacía frío. En la escalinata majestuosa de mármol, tres ancianos yacían acurrucados tratando de no mojarse. Pasé entre ellos y con el estómago apretado por la vergüenza entré a esa iglesia imponente, llena de reliquias. Había olor a incienso, a velas y a viejo. Aunque estaba repleta de lámparas, los mármoles oscuros absorbían la luz y creaban una sensación de profundidad. Era muy diferente a la de mi escuela, tan sencilla y luminosa. El altar dorado resplandecía en el fondo, a su alrededor un montón de jóvenes se reunían para iniciar el encuentro. Nos acercamos, los chicos nos saludaron afectuosamente y nos invitaron a formar parte del círculo que se había formado. Apenas podía

disimular mi excitación, estaba emocionada por ese nuevo camino que tal vez se abriría en mi vida.

El sacerdote carraspeó y de inmediato se hizo el silencio. Entrecerré mis ojos, el clima místico me invadió los sentidos. Con voz pausada y melodiosa el cura comenzó a leer un texto del Apóstol Santiago: “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso esa fe puede salvarlo? ¿De qué sirve si uno de ustedes, al ver a un hermano o una hermana desnudos o sin el alimento necesario, les dice: “Vayan en paz, caliéntense y coman”, y no les da lo que necesitan para su cuerpo? Lo mismo pasa con la fe: si no va acompañada de las obras, está completamente muerta...” Las palabras me atravesaron. Mientras el sacerdote explicaba la temática que se iba a tratar esa noche, me fue asaltando la angustia. Cuando terminó, unos chicos se le acercaron y les entregó unos papeles, “Son los coordinadores de los subgrupos, les está dando la guía para las reflexiones de hoy.” nos susurró Fabián, que estaba parado a mi lado.

Cuando todos habían regresado a su lugar en el círculo, nos dimos la mano. A mi izquierda tomé la de Fabián, que me aferró con fuerza, parecía emocionado por nuestra presencia y a mi derecha tomé la de Diana, que me la dio laxa, como fastidiada, seguramente porque yo nunca le había caído bien y solamente me prestaba atención cuando venía a estudiar a casa con mi hermana y necesitaba que le cuidara a su hermanita, Pamela, que por suerte no se le parecía en nada. Comenzó así una oración comunitaria donde, los que deseaban, podían compartir su plegaria. De pronto no pude oír lo que decían los otros, batía una lucha interior por mantener mi boca cerrada. Cuando parecía que ya todos habían terminado, fracasé y mi voz estalló en el aire, fuerte, pesada, y repicó en los mármoles inertes. Con toda mi alma le supliqué a Dios que me perdonara por estar rezando, abrigada, con mi panza llena, protegida de la tormenta dentro de esa lujosa iglesia, en lugar de ayudar a los ancianos que temblaban de frío en la escalera. Hubo un silencio incómodo y todos me miraron, especialmente Verónica y Diana que se habían puesto coloradas y me taladraban con los ojos. De inmediato me arrepentí, no había sido la mejor carta de presentación. El cura volvió a carraspear, tomó la palabra y explicó el por qué no se podía dejar entrar a los indigentes y cómo los socorrían de diferentes maneras. No recuerdo lo que dijo, estaba avergonzada, y no levanté más la mirada del piso.

Al finalizar cantamos el Padre Nuestro y luego, desordenadamente, entre risas y saludos, todos se dirigieron hacia el sector de la parroquia donde estaban las pequeñas oficinas que se usaban para hacer las reuniones de comunidades de base. Mi hermana me dijo que se iba con Diana al grupo de Fabián, que yo me podía ubicar donde quisiera, y se alejaron conversando animadamente por el pasillo. Me encontré a la deriva. Los jóvenes se saludaban y se iban metiendo en las distintas oficinas, me miraban sonrientes, pero ninguno me invitaba a pasar. A medida que el pasillo se vaciaba comencé a sentirme mal, tenía ganas de volverme a casa.

Cuando la situación empezaba a ponerse demasiado áspera una chica se me acercó. Andaba con una guitarra en bandolera haciendo barullo, colgándose en las espaldas de alguno, abrazando y dando saltitos con otro, casi todos se acercaban para saludarla y darle afecto, no paraba de hacer comentarios con su vozarrón estrepitoso, se reía a carcajadas y hacía reír, se notaba que la querían mucho. Silvia Bilches, se presentó, tomó mi brazo y me invitó a ir con ella. Antes de entrar en nuestro lugar de reunión me miró fijamente con sus brillantes ojos celestes y dijo:

— ¡Por fin dijiste las palabras que hacía rato tenía atragantadas y no me animaba a decir!, me parece que vamos a ser amigas. — Me sentí valorada, y mágicamente mi vergüenza se desvaneció.

La oficina era chica, éramos siete bastante apretados alrededor de un escritorio demasiado grande para el espacio. Durante la reunión la discusión fue enérgica e interesante:

tres compañeros defendían la actitud de la Iglesia ante la pobreza y las injusticias del mundo, alegando la necesidad de supervivencia de la institución, mientras que otros dos compañeros, Nora y Francisco, se sumaron a la posición fuertemente crítica que habíamos adoptado Silvia y yo, que considerábamos que la Iglesia se había apartado del camino del Evangelio.

Al salir nos quedamos charlando Silvia, Nora, Francisco y yo, como si nos hubiésemos conocido toda la vida. Sentí que había encontrado un lugar de pertenencia: los mismos intereses, las mismas convicciones, era tanto mi entusiasmo que Verónica y Diana no me podían arrancar para volver a casa y me llevaron a los tirones.

Silvia tenía en ese entonces veintidós años, estaba de novia con Martín, un estudiante de ingeniería naval que, si aprobaba todos los exámenes, pronto se iría de viaje de graduación alrededor del mundo. Desde los quince años ella trabajaba como profesora de guitarra y a pesar de no haber terminado el secundario, había logrado un bienestar económico. Era una persona fascinante. Nuestra diferencia de edad no fue un impedimento, enseguida nos hicimos compinches.

En la rutina de cada martes reflexionábamos sobre cómo debíamos actuar para cambiar el mundo, no era una ciencia difícil de comprender: empezando por nosotros mismos, siguiendo con nuestro hogar y desde ahí al resto de la sociedad, pero era difícil de hacer. Muchas veces al volver a casa las ideas rondaban en mi cabeza quitándome el sueño, las contradicciones eran muchas, seguir el camino de Jesús implicaba compromisos drásticos en mi vida, pero por suerte no estaba sola, tenía a mis compañeros y la fuerza de la fe, que era cada vez más contundente.

Los domingos, al terminar la misa, solíamos bajar al salón gigante del sótano. Llevábamos sándwiches, tartas, empanadas y gaseosas, después guitarreábamos, casi siempre los mismos temas: mezclábamos los de la iglesia con los de protesta, los Beatles con chacareras, y no faltaban las bolicheras que nos hacían saltar a bailar. Yo había rescatado una guitarra vieja de la casa de mi abuela para que Silvia me enseñe, y si bien no era buena cantando, practicaba mucho y había logrado hacerla sonar bastante bien. Durante la reunión también surgían charlas interesantes sobre nuestras familias, nuestros colegios, era muy enriquecedor porque éramos tan distintos unos de otros. A veces surgían temas conflictivos y discutíamos apasionadamente, pero, por suerte, siempre intervenía algún iluminado para cortar la bronca antes que se arme “una pelotera”.

A fines de julio, nuestro director, el padre Victorino, preguntó después de la misa quiénes deseaban ir los sábados por la tarde a colaborar con el instituto Otamendi para niñas en riesgo que dependía de Minoridad. Nos explicó que era un hogar de tránsito donde se alojaban nenas de cinco a catorce años, derivadas por un juez de menores hasta que se decidiera su destino: volver a su hogar o ser enviadas a alguna otra institución que las alojaría en forma permanente; un trámite que solía durar varios meses. Nora, Silvia y yo decidimos anotarnos junto a otras cuatro compañeras que yo apenas conocía.

El sábado siguiente llegamos al Otamendi en colectivo, quedaba medianamente cerca, en la zona de Constitución. El edificio de comienzos de siglo no daba la sensación de estar pensado para resguardar niñas, con su portón de hierro de dos hojas, se veía más como una cárcel. Cargábamos nuestras guitarras, bolsas con caramelos, bloquecitos de chocolate Suchard y palitos salados, todas donaciones de un mayorista; disfraces para hacer teatro y juegos de mesa para las chicas. Tocamos el timbre y esperamos. Nos recibió una mujer mayor con guardapolvo gris, muy seria.

— ¿Sí? —fue su saludo.

—Venimos de la Parroquia Las Victorias, tenemos autorización para visitar a las chicas, creo que nos están esperando— dijo Silvia que era la mayor de todas.

Nos miró de arriba abajo, con desconfianza, como si hubiese esperado otra cosa.

—Pasen, soy la celadora.

Ni bien entramos, la mujer empujó ruidosamente el portón y puso llave. Era un pasillo angosto, de unos cuatro metros de largo apenas iluminado por una lamparita que colgaba del techo, en el otro extremo del corredor había una puerta cancel cerrada que no nos dejaba ver el otro lado. En la pared izquierda, en medio del pasillo, había una puerta vidriada que dejaba ver una gran oficina, parecía ser la dirección. Estaba decorada con muebles elegantes, cristaleros con adornos y libros, y una ventana grande que daba a la calle. Sentada frente al enorme escritorio de madera lustrada, una mujer muy fina, hablaba por teléfono.

—Esperen acá— dijo la celadora

Dándonos la espalda golpeó la puerta y, sin esperar autorización, entró. Se acercó al escritorio, hablaron en voz baja mientras la directora tapaba el tubo del teléfono con la mano. Entonces la fina mujer miró hacia la puerta, aguzó los ojos, nos hizo un gesto con la mano, parecido a un saludo y volvió a concentrarse en su conversación telefónica. Inmediatamente salió la celadora y nos dijo “Ya las atiende”. Abrió la puerta cancel y se fue cerrándola nuevamente.

Por la risa de la directora y sus exclamaciones, nos dábamos cuenta de que no estaba manteniendo una conversación de trabajo. Igualmente nos hizo esperar varios minutos hasta que cortó el teléfono, se levantó, y vino hacia la puerta, abrió, y sin hacernos pasar dijo:

—Chicas. Qué tal. Yo soy la directora, mi nombre es Luciana. Ya me explicó el padre Victorino que vendrían. Si necesitan algo le piden a Sofía, la celadora, ella va a estar con ustedes en todo momento. Recuerden que a las ocho es la cena, así que hasta las siete y media como máximo se pueden quedar. Pasen, las chicas están esperando. — pegó la vuelta y nuevamente se encerró en la oficina. Nos quedamos tiesas, íbamos a hacerle un montón de preguntas, contarle nuestros planes, pero la situación nos desorientó.

Yo estaba ansiosa por saber lo que había del otro lado, así que sin decir una palabra me adelanté y abrí la puerta cancel. Frente a nosotras un patio angosto y largo, con piso de baldosas grises, de cemento gastado, estaba rodeado por una vieja construcción en dos plantas de paredes manchadas de humedad, que no dejaba entrar el sol. Era muy feo, no había nada relacionado con chicos. Se me estrujó el estómago, de pronto sentí ganas de despertarme, de que ese lugar no existiera. Las siete nos miramos desoladas, no había palabras que pudiesen describir lo que estábamos viendo.

Al escuchar la puerta, la celadora salió del interior de un pabellón y nos hizo señas para que entráramos. Un montón de nenas vestidas con guardapolvo azul nos rodearon gritando de alegría. Era un salón enorme y oscuro, con mesas y sillas como un comedor. Cuando nos agachamos para recibir y regalar abrazos, nos dimos cuenta de que abajo del delantal no llevaban ropa, solo sus bombachas, y algunas nenas ni siquiera tenían medias, los cuerpitos estaban helados. Con el pelo cortado a tijeretazos como varones, parecían de un campo de concentración. Miramos con bronca a la celadora, que no se dio por aludida y se sentó a leer una Teve Guía.

No fue fácil reponernos, pero las nenas se veían tan felices que empezamos a cantar y a jugar sin darle lugar al horror. En un rincón, como escondida, descubrí una chiquita hecha un bollo en el suelo, que ocultaba su cara entre las manos. Me recordó a Pamela, la hermanita de Diana que yo tantas veces había cuidado, con las manos redonditas y el cabello cobrizo. Me acerqué despacito, tratando de no invadirla:

— ¿Cómo te llamás? — le dije, mientras me sentaba en el piso al lado de ella.

—Teresa del Carmen Amarilla— me contestó entre mocos y sollozos.

— ¿Por qué llorás? — le pregunté, como si no lo supiera.

— Mi pelo. Era lindo, y me lo cortaron. Mi mamá nunca me lo cortó. Y ahora mi mamá se murió y me cortaron el pelo. — nos abrazamos. Ella ahogada en llanto, yo tragándomelo. No me alcanzaba el cuerpo para contener su dolor, no tenía respuesta, solamente se me ocurrió:

— El pelo va a volver a crecer, y seguro que más fuerte y hermoso, porque es invencible. Igual que tu mamá, ella siempre va a estar a tu lado, cuidándote desde el cielo.

Me sentí idiota ¡cómo iban a servir mis tontas palabras!, pero la nena se conformó, se sonó los mocos con mi pañuelo y se puso a jugar.

De regreso nos fuimos a un bar a tomar un café. Todas sentíamos frustración, bronca, impotencia, pero ese era el lugar donde Cristo nos había enviado y seguramente Él tendría un plan, ya nos daríamos cuenta.

Pasaron las semanas. La directora no nos volvió a recibir, pero Sofía, la celadora, poco a poco comenzó a ser amigable con nosotras. Se divertía viendo las payasadas que hacíamos e incluso alguna vez la escuchamos cantar por lo bajo; a veces sentía compasión por esa mujer, pero me enfurecía su frialdad en el trato con las nenas.

Una tarde, al llegar, escuchamos gritos y golpes en el piso de arriba. Era impresionante. Cuando le preguntamos a Sofía nos contó:

—Ayer ingresó una “nena sarnosa”, está encerrada para no contagiar. Pero está mal de la cabeza, no para de golpear puertas y paredes.

— ¿Puedo subir a hablar con ella? — dijo Silvia.

— Voy a preguntar— respondió la mujer y desapareció.

Minutos después volvió con la autorización y mi amiga subió al cuarto. En seguida cesaron los ruidos. Después de un rato Silvia bajó. Los ojos enrojecidos y la boca apretada de impotencia. Le había prometido a la nena que iba a hacer lo posible para que volviera a su casa pronto. Sabía que era una “mentira piadosa” de las que solíamos decirles a las chicas todo el tiempo. Quisimos hablar con la directora, pero “estaba muy ocupada” y no nos podía recibir.

El martes siguiente nos reunimos las siete con el padre Victorino. Era demasiado, ya no aguantábamos más, nos sentíamos cómplices, porque, así como iba la cosa, no habíamos logrado ningún cambio. El cura nos pidió paciencia, debíamos rezar, que ya llegaría el momento de actuar. Pero, para nosotras, aquello era insuficiente y nos fuimos enojadas. Queríamos denunciar lo que veíamos ante los jueces, o ante quien tuviese el poder de terminar con ese lugar nefasto.

El sábado siguiente la nena ya no estaba. La celadora nos contó que la habían trasladado con urgencia al hogar Santa Rosa “porque esa criatura era el demonio”.

Al fin la gota que rebalsó el vaso. Nora, ofuscada, sin consultarnos, le dijo que necesitábamos hablar urgentemente con la directora, teníamos que aclarar varios asuntos. Sofía sin acusar recibo de la situación, respondió:

—Casualmente la Sra. Luciana me ha pedido que les avise que necesita hablar con ustedes hoy, antes de que se retiren.

Nos quedamos heladas, era la primera vez en tres meses. Cerramos la boca y nos dejamos llevar, intrigadas por el acontecimiento.

La directora nos recibió adentro de la oficina. Todo olía a perfume importado, nauseabundo. Nos quedamos de pie, mientras ella, desde su butaca, nos hablaba amable y sonriente como si de verdad nos conociera. Todo quedó en evidencia cuando nos informó que en dos semanas el Instituto haría una fiesta para los benefactores del hogar y las autoridades de Minoridad. La Sra. Luciana quería mostrar nuestro trabajo, porque merecía apreciarse, era un logro del que estaba orgullosa.

Salimos pasmadas, la realidad superaba ampliamente la ficción.

Esa tarde de noviembre las chicas estaban limpias, bien calzadas y vestidas. Había olor a lavandina en el baño y aroma de tortas en la cocina. Nos recibieron felices, parecían agradecidas con su suerte, como si ese día fuese el inicio de un tiempo mejor. Los dibujos que habíamos hecho juntas adornaban las paredes, enmarcados por globos y guirnaldas de papel. En las mesas, sobre los manteles floreados, las jarras con gaseosas estaban empañadas por el frío, había platos, muy tentadores con masas, scones y sanguchitos de miga que pedían ser comidos, pero las nenas no osaban tocar nada sin permiso.

Empezaron a llegar los invitados. En el patio comenzamos cantando canciones que sabían todos; luego hicimos títeres para las nenas y jugamos como era costumbre, mientras los adultos conversaban animadamente. Cuando nos hicieron pasar a merendar decidimos que había llegado el momento. Separadamente fuimos a conversar con cada uno de los asistentes y les contamos todo. Veíamos sus caras transformarse, el murmullo iba cambiando de tono. La directora se empezó a incomodar, si bien no escuchaba los comentarios veía el movimiento que estábamos ocasionando. De pronto, un hombre mayor, evidentemente con autoridad, comenzó a indagarla sobre la situación de cada una de las niñas. La Sra. Luciana no podía responder, no tenía idea, desconocía la mayoría de los nombres y el por qué estaban ahí. Se la veía muy tensa, nos miraba de reojo, echando fuego sobre nosotras, había comprendido que la habíamos puesto en evidencia.

Dejamos el hogar sin despedirnos, satisfechas y en paz. Durante el viaje de vuelta no paramos de reírnos de esas dos mujeres que al final habían sido más ingenuas que nosotras.

Una semana después el padre Victorino nos informó que habían cerrado el Otamendi por reformas, y que las personas responsables habían sido removidas del cargo.

Ese día me convencí de que, con la ayuda de Dios, sería posible cambiar el mundo.

VII

CADA VEZ MÁS ATREVIDA

Ese sábado de enero de 1972 amaneció nublado y muy caluroso en Buenos Aires. Mi mamá era genial, gracias a una clienta me había conseguido un pasaje gratis en un avión del ejército para que yo pudiese visitar a Griselda. Mi valija era enorme, llevaba ropa de verano y de invierno, y varios regalos para toda la familia de mi amiga. Un mes atrás, el papá de Grisi había sido trasladado al Regimiento de Junín, la punta Sur de la provincia de Neuquén, plena cordillera. Mi amiga estaba desolada, no solo por haber tenido que dejar el barrio, la escuela, los amigos y a los bebés del hospital, sino por un asunto mucho más grave. En los últimos meses había compartido conmigo su primer amor. A través de las cartas seguí sus idas y vueltas hasta que él se le declaró y empezaron a noviar, su primer beso, los celos de su papá que no quería saber nada de conocerlo y la ternura con que su mamá la ayudaba a ponerse linda para salir con él al cine o a tomar un helado. Y ahora no paraba de llorar porque se habían tenido que separar. Me moría de ganas de abrazarla, de darle consuelo, no tenía consejos sobre el amor: yo no había tenido esa suerte todavía.

Bien temprano, mamá y yo llegamos al Palomar, que era el aeropuerto donde partiría mi avión. Al verlo me desencanté: ese sitio no se parecía nada a los que se veían en las películas. Entramos a un salón grande y vidriado desde donde se podían ver los hangares de afuera en los que se asomaban aviones de distintos tamaños y colores. En cuanto entramos al aeroparque sonaron los parlantes: mi vuelo a Bariloche estaba atrasado por tormentas fuertes en el Sur y recién partiría cuando cambiaran las condiciones meteorológicas. Miré a mi mamá preocupada, la familia de Grisi ya estaría transitando los 200km por ruta de ripio bajo ese diluvio para ir a buscarme, pero ella me tranquilizó diciendo que el papá estaba más que acostumbrado a manejar en la montaña, y en todas las condiciones climáticas.

Mamá sacó el pasaje y mi documento de la cartera y se acercó al mostrador. El empleado nos miró circunspecto y dijo:

—Señora, su hija no puede viajar. El lugar fue ocupado por un oficial, usted sabe que tiene prioridad.

Mamá se puso pálida. Le apreté la mano, no quería llorar frente a ella, yo sabía perfectamente que sufría igual o más que yo, como todas las madres, pero casi no podía respirar por el espanto. Pensé en Griselda, en sus padres. A esa hora ya estarían llegando a Bariloche.

Mamá reclamó, con esa dignidad de gran señora que la caracterizaba. Llamaron a una autoridad, y mientras todos subían al avión y se iba volando mi esperanza, escuché la oferta: “Un pasaje para mañana domingo, a las 9 de la mañana”.

Creo que ese día enloquecí a mi madre. Ella se negaba con absoluta razón: no existía en aquel entonces una forma eficaz de comunicarse inmediatamente, por lo que el problema era decirle a la familia de mi amiga que me fueran a buscar, otra vez, al día siguiente. Se me ocurrió entonces que podíamos enviar un mensaje telefónico que luego se retransmitiría como telegrama, yo había visto a la mamá de Griselda hacerlo varias veces, le decía telefonograma. A mi madre le pareció una locura inaceptable y me dio un “No” rotundo. ¡Lo que habré insistido para que esa negativa terminante se transformara en un tímido “Sí”!

Al otro día, un domingo soleado y sin viento, volvimos al aeropuerto para que yo hiciera por fin mi primer viaje en avión. El ruido del despegue se grabó en mi memoria para siempre, era como si me hubiesen metido en una licuadora gigante que me arrancaba el estómago de su lugar y lo ponía como moño en mi garganta.

Después de unas tres horas en el aire mis ojos descubrieron la cordillera entre las nubes ¡La nieve! Era mucho más de lo que yo había imaginado, trataba de disimular las lágrimas pegando la cara contra la ventanilla. El piloto anunció que estábamos cerca. Cinturones. Náuseas. Traca traca traca, nos detuvimos. Bajé del avión. El viento patagónico seco y frío me infló el pecho y me revolvió el pelo.

Serían las doce del mediodía cuando entré al hall para retirar mi valija. Sonreía de oreja a oreja y tenía el corazón al galope. Una vez que tuve mi equipaje en la mano crucé la puerta de vidrio preparada para el abrazo. Una multitud de risas y gritos, encuentros y más encuentros. Todos, uno por uno se fueron yendo. Un rato más y también los pilotos y las azafatas pasaron y salieron, hasta que solo quedé yo, y un gran silencio.

No tuve tiempo de medir la gravedad de la situación. Casi de inmediato, se me acercó un maletero, con sus cabellos negros, cortitos y duros, me preguntó qué me pasaba y yo le conté. Su mirada de amigo me reconfortó. ¡Con tan poco me sentía de entrecasa! Él tomó mi valija y la puso en su carro, me dijo que iba a cuidarme hasta que resolviera mi problema, que yo le hacía acordar a su hermanita, hacía años que no veía. Mi situación, según me explicó, era bastante seria, porque ese día ya no partirían más micros desde Bariloche a Junín.

Media hora después llegó otro vuelo. Desde el salón, a través del vidrio vi a unos treinta o cuarenta soldados que bajaron con sus uniformes y pasaron al trote para subirse a un camión. Salí corriendo detrás de ellos abandonando a mi protector, sin darle tiempo a reaccionar. Me arrimé al chofer de los colimbas para preguntarle. Iban a Junín, al regimiento donde estaba Griselda. Me puse a gritar de alegría, quería abrazarlo, pero en seguida un uniformado, que se presentó como el sargento a cargo, se plantó a mi lado con cara de pocos amigos, para ver qué estaba haciendo yo ahí. Esta vez mi insistencia no dio resultado, con un vocabulario muy militar me dejó en claro que ni loco se iba a arriesgar a llevarme entre todos esos muchachos que tendrían apenas unos años más que yo. Me pareció una estupidez su argumento y volví decepcionada a la sala de espera.

El maletero, que había visto todo a través de los vidrios, se reía a carcajadas de mi ingenuidad, tanto se divertía que al final me contagié y se me fue el enojo. Para compensar la burla, me avisó que en un rato llegaría el micro de una empresa de turismo de San Martín de los Andes, un pueblo cercano a Junín, a buscar un contingente que arribaría en el vuelo de las seis y media de la tarde. El chofer era su amigo. Si lograba que me llevaran con ellos tendrían que desviarse 41 km hacia el norte para llegar al Regimiento y luego volver, en total 82km. Esperamos con una ansiedad descomunal. A la hora indicada apareció el micro. El chofer y la guía entraron al salón y se acomodaron en una mesa del barcito. Cuando el maletero les explicó lo que me pasaba, me miraron asombrados, de arriba abajo. Yo estaba parada a unos cuantos metros y no podía escuchar lo que parecía una deliberación en voz baja. La guía meneaba su cabeza diciendo que no, después que sí, murmuraban, se ponían serios, se reían. Habrían pasado apenas un par de minutos, pero para mí fue un montón. Me pareció que nombraban a mi madre y me dio pena por ella, pensé que la estarían juzgando equivocadamente. Al fin me llamaron, no tenían inconveniente en llevarme, pero, como el desvío los obligaría a recorrer varios kilómetros de más entre ida y vuelta, debían preguntar primero a los turistas si estaban de acuerdo. Me invitaron a comer y no me dejaron pagar mi sánduche.

El avión llegó puntual. Los turistas retiraron sus equipajes y los llevaron al micro, al que subieron en verdadera algarabía. Desde abajo, estirando mi cuello como una jirafa, apenas podía observar cómo se acomodaban. Cuando la guía tomó el micrófono para hablar con ellos, sentí que mi corazón iba a explotar. Intentaba adivinar en sus caras la respuesta. Algunos se asomaron a la ventana para mirarme, podía ver que comentaban la situación

con sus compañeros de viaje que también se acercaban a las ventanillas. Detrás del micro, el edificio del aeropuerto comenzaba a quedar a oscuras. Era mi última oportunidad. Mis manos transpiraban, mientras intentaba convencerme que esa gente se apiadaría de mí; ¿Cómo me iban a dejar tirada ahí, como hicieron los soldados!

No habrían pasado más de cinco minutos que me parecieron horas, cuando bajó el chofer con una sonrisa explosiva y agarró mi valija: “Dijeron que sí. ¡Vamos!”.

Me despedí del maletero con un beso. En mi mano tenía apretado casi todo el dinero que mamá me había dado para mis gastos y cuando se lo quise dar se negó rotundamente y me dijo:

—Ya tengo mi premio. Me voy contento porque te pude ayudar— me dijo palmeándome la mano extendida.

Al subir al micro sentí el abrazo tierno de la mirada de los pasajeros, como si todos quisieran reconfortarme. Y yo les devolví con mi mejor sonrisa.

Partimos. Me senté sola, pegada a una ventana, para comerme las montañas con los ojos. Durante el recorrido, la guía nos hablaba del paisaje, la historia y la geografía, yo escuchaba fascinada. Nos dieron café, chocolates y alfajores. Tomé mate y torta de nuez con dos ancianas que no paraban de decir cosas graciosas, haciéndome recordar a mi abuelita. Ya había oscurecido cuando pasamos frente al cartel que marcaba el desvío a San Martín de los Andes; el micro no dobló. Hacia el norte, en media hora, llegaría a mi destino.

Atravesamos Junín, una ciudad muy pequeña, que parecía haber envejecido sin crecer; árida, de calles de tierra, privada de gracia, castigada por el viento. Los pocos árboles que había estaban retorcidos por las ráfagas. Seguimos por la ruta, doblamos. ¿Qué lejos quedaba la casa de mi amiga! Me daba vergüenza por la gente que venía en el micro, trataba de hacerme invisible en mi butaca.

Ya estaba totalmente oscuro cuando por fin nos detuvimos frente a la cabina de seguridad del Regimiento. Se asomó un soldado. Nos miró con espanto como si fuésemos una aparición. Levantó su arma y la cruzó contra su pecho, con una actitud amenazante. ¿Qué intentaba hacer un micro de turismo en la entrada del Regimiento a esa hora de la noche? Ya hacía un par de años que en la Argentina crecía la violencia entre grupos armados y las dictaduras militares, de Onganía primero y de Lanusse después. “Lo único que me falta”, pensé, “Que nos fusilen a todos”.

Sentí por primera vez que las cosas que pasaban en los diarios y en la tele, me podían pasar a mí. Me levanté para bajar, pero la guía no me dejó. La mujer descendió y se acercó lentamente al soldado, sonriente, tratando de dar confianza. El muchacho bajó el arma; todos nos calmamos. El chofer fue con ellos y se unió a la conversación. Me hicieron señas. Despedí emocionada a mis benefactores, algunos me tiraron besos desde sus asientos. Bajé, sintiendo que el mundo era un gran lugar. El chofer me alcanzó la valija y me dio un fuerte abrazo. El pasaje entero aplaudió. El micro arrancó y desapareció entre las sombras de la ruta arbolada. Con ellos aprendí que la gente puede ser muy buena, si se le da la oportunidad.

Sin decir palabra el soldado me hizo un gesto con la cabeza para que lo siga. Nos internamos por un camino entre los pinos. Estaba muy fresco a pesar de ser verano, la brisa fría sorprendió mi piel desprevenida. Una gran casa con luces amarillentas se veía a través del bosque. El soldado me acompañó inquieto, era evidente que no sabía lo que tenía que hacer, seguramente nunca le habían dado instrucciones para una situación así. Abrió la tranquera. Me cedió el paso. Yo temblaba de ansiedad, el corazón me latía en la garganta. Entonces le pedí que me dejara, quería dar una sorpresa. Se negó, insistí, dudó y lo

convencí. Él se quedó observando desde el alambrado mientras yo me acercaba a las ventanas.

A través de los vidrios algo empañados se veía la familia cenando. Parecía la imagen de un cuento de navidad. Tuve ganas de llorar de emoción, de abrazarlos a todos. Lejos, el soldado con su escopeta era una sombra más.

Fue el papá quien descubrió mi silueta, mi frente apoyada, y alertado se levantó de un salto, pero al ver que la perra salía a recibirme moviendo el rabo, se quedó inmóvil. Abrí la puerta que estaba sin llave, y entré de un salto gritando " Sorpresaaaaaa" con toda mi energía. Los abrazos y los ladridos de la perra no se terminaban nunca, entre risas, lágrimas y mocos logramos sacar toda la angustia contenida desde el fracaso del viaje anterior. La abuela, que me quería mucho, a pesar de que yo rompía siempre la tranquilidad familiar, fue a buscar mi vaso, mi servilleta, y los puso en la mesa junto a un buen plato de sopa. Ya estaba en mi segundo hogar.

La casa era parecida a la de Neuquén, pero en el medio de un bosque. Como ya era tradición entre Griselda y yo, esa noche no dormimos. Tenía tanto para contarle: el colegio, el grupo juvenil, Otamendi, en cambio mi amiga solo podía hablar de su melancolía.

A la mañana siguiente, nos despertó el llamado del padre que reclamaba nuestra urgente presencia. Bajamos corriendo. La mesa con el desayuno estaba lista y el papá, parado al lado de la puerta abierta, nos señalaba cinco hermosos caballos ensillados. Con un grito salvaje nos colgamos de su cuello mientras le dábamos mil besos en la pelada. Los hermanos de Griselda, que no acostumbraban a esas exageradas demostraciones de afecto, se sumaron también al zafarrancho festivo y dimos por lo menos tres vueltas a la cocina, volcando el café de las tazas.

Apenas tomamos dos tragos nos levantamos de la mesa, a pesar de las protestas de la abuela, para quien el alimento era un dogma de fe. Corrimos a los caballos y elegimos el que más nos gustaba a cada uno sin discutir, porque todos eran hermosos. Yo había montado una sola vez, en el campo del tío Domingo, pero cabalgar sin tranqueras por el valle del río Chimehuín, ruidoso y cristalino, entre montañas gigantes, no tenía comparación. Soltamos las riendas y dejamos a los caballos correr a donde quisieran. La libertad compartida con mis amigos cumplía todos mis sueños adolescentes.

Al atardecer recorrimos el Regimiento. A un par de cuadras de la casa, se encontraban, una al lado de la otra, las casas de los otros oficiales, y alejadas, más pequeñas, las de los suboficiales. Almacén, colegio, farmacia, todas las construcciones parecidas.

Fuimos al cine casi todos los días, era en el club; pasaban películas viejas que se veían mal, no había butacas sino sillas comunes de madera muy incómodas que crujían, pero lo que más nos divertía era hacer lío cuando la peli era aburrida. Lo mejor de todo fue una vez que al técnico se le mezclaron los rollos y los muertos aparecían vivos, los presos aparecían sueltos, y cuando nos dimos cuenta tiramos por el aire los papeles de las golosinas e hicimos tanto barullo que, al salir, nos devolvieron el dinero de las entradas.

Fueron quince días de sol. Me enamoré de las montañas, y le agradecí a Dios cada segundo de mi vida. Lo único que amansó mi melancolía al partir, fue la promesa que me hice: yo iba a volver, sin lugar a duda, ése sería mi lugar en el mundo.

VIII

EL NACIMIENTO DE LA UTOPIA

Buenos Aires en febrero hervía. El aire húmedo y pegajoso me aplastó al bajar del avión. No tenía nada que ver con el del Sur, sentía mal olor.

Había pasado a cuarto año sin llevarme ninguna materia (como siempre), así que ni bien llegué, me fui con mi mamá y mi hermana a Mar del Plata hasta el primero de marzo. Pensé que iba a ser fantástico, pero al tercer día ya me quería volver. En mi cabeza el acelerador y el embrague estaban apretados a fondo, ¡el ruido tremendo de mis pensamientos no me dejaba descansar!: necesitaba hacer cosas, seguir adelante con mi vida. Por primera vez sentí que las vacaciones eran una pérdida de tiempo. Había mucha gente sufriendo, víctima de la injusticia social, y yo debía trabajar para cambiar las cosas, para que el Hombre Nuevo forje un Mundo nuevo. Sentada como lagarto en una playa no resultaba productiva.

En 1972, con 16 años, ya me interesaba seriamente por la situación política de mi país, prestaba atención a las conversaciones de los adultos, a la radio, la tele y el diario. Entendía que para construir una sociedad justa era imprescindible un gobierno comprometido con el bienestar de su pueblo. Se hacía inminente el regreso de Perón. Para los que teníamos un corazón peronista, como el que me había regalado mi abuela, crecía la esperanza de que al fin se cumplieran los sueños de Evita. Los movimientos revolucionarios americanos, en especial la figura del Che, se transformaron en nuestras banderas y las canciones de protesta fueron los himnos que afirmaron nuestros sueños de justicia e igualdad. El folclore, que durante años había sido exclusivo de las clases aburridas de música en la escuela, desplazó las canciones en inglés, y junto con el rock nacional se convirtió en mi música. En la parroquia aprendí a cantar con la guitarra los temas de Mercedes Sosa, Sui Géneris, Piero, León Gieco, César Isella y tantos otros. Del peinado batido y extremadamente lacio pasé a usar una o dos trenzas bien criollas; cambié los ojos maquillados con mucho delineador, rímel y sombras, por una cara limpia; el sacón "Montgomery" quedó en el placar y lo reemplacé por un poncho rojo y negro. Para no dejar una duda sobre mis sentimientos, con una fina cinta celeste y blanca colgué una cruz de mi cuello y otra en el clavijero de mi guitarra.

Pero en Mar del Plata las utopías dormían arrulladas por las olas, y yo me estaba poniendo ansiosa. Uno de esos días me ofrecí a llamar por teléfono a Buenos Aires para hablar con la abuela. A las cuatro de la tarde salí de la playa, pasé por el negocio de canje de historietas, con la bolsa cargada de revistas "Intervalo" y "El Tony", y me fui a hacer una cuadra y media de cola a la compañía telefónica marplatense. El ritual de perder una tarde para hacer una llamada no era tan desagradable si uno comprendía que era consecuencia de estar de vacaciones. A las seis logré entrar en la cabina y saqué la lotería: el teléfono estaba tan cargado de monedas que funcionaba sin pagar. Hablé con mi abuela, que estaba muy bien como siempre, más de quince minutos y después aproveché para llamar a Silvia:

— ¡Hola amigaaaaa! ¡Enganché teléfono gratis!, ¿cómo están todos?, ¡los extraño un montón! —grité al reconocer su voz.

—Geniaaaaal, estaba por escribirte ¡Tengo un notición que te va a encantar! —empezó a contarme, entusiasmada al saber que hablábamos gratis. — El padre Victorino me pidió que nos hagamos cargo del catecismo, porque la mujer, esa vieja de la Cofradía del Perpetuo Socorro, que siempre nos miraba con asco, decidió retirarse.

Silencio total. Mil ideas, todas juntas me galoparon desenfrenadas por la cabeza. Y siguió diciendo:

— Y agarrateeee porque no es todo, ¡vamos a formar equipo de catequistas con Nora y Francisco!

Se me subió el estómago hasta la nariz. Francisco me gustaba desde hacía tiempo, pero no me daba bolilla, él sufría de amor no correspondido por “Edelmira”, una compañera tan hermosa, que hasta le quedaba bien ese nombre horrible. “Dios le da pan al que no tiene dientes” me lamentaba, pero ahora no podía evitar que la idea de compartir el trabajo con él me produjese la esperanza de conquistarlo.

Mis vacaciones habían dado un vuelco inesperado. De regreso al hotel, compré un cuaderno, una birome y me puse a trabajar en las ideas para el catecismo. Las revistas Intervalo y El Tony quedaron en la mesa y no las volví a leer. Yo no lo sabía, pero estaba escribiendo mi primera planificación docente.

En marzo nos reunimos los cuatro: Nora, Francisco, Silvia y yo. Les encantó el plan que llevé escrito con todo detalle y empezamos a preparar los materiales. Nos propusimos dar el catecismo que nos hubiera gustado recibir. La aprobación de las chicas me gustó, pero que Francisco me felicitara, eso era el sumun.

Silvia y yo nos hicimos cargo de un grupo de diez chicos, era tan divertido que no faltaban nunca. Nunca pude olvidar aquel sábado de septiembre; decidimos ir al zoológico para hablar de la creación. En aquel tiempo no teníamos la conciencia de que los animales estaban presos, éramos muy ignorantes. Por eso diseñamos lo que para nosotras era un buen plan: disfrutar viendo a los animales, darles de comer, leer y comentar los carteles de las jaulas, y al final, durante el pic nic agradecer a Dios el mundo maravilloso que nos regaló. Empezamos la recorrida:

- En la jaula de los monos: un chimpancé se sacudía colgando de la reja con una gran frutilla brillando entre sus patas y los ojos rojos de excitación mientras le gritaba a la mona que, desde la otra jaula, lo miraba haciéndose la Isabel Sarli. Silvia y yo entramos en pánico. Los chicos nos atacaron con preguntas que ni siquiera escuchamos, porque nos fuimos rajando. Nos alejamos lo suficiente como para que no se escucharan los gritos del mono.

- En la jaula de cebras:

— ¿Por qué ese burro ¡tiene cinco patas!? ...— dijo una nena.

—Síiiii— dije asombrada ante esa quinta extremidad, un poco más oscura que las demás pero igualmente larga. Entonces, al escuchar la carcajada de Silvia, me di cuenta de lo que se trataba y sentí vergüenza de mi error.

—No, no, eh, no es burro, es cebra... ¡Mejor vamos a la jaula de los leones! — le respondí mientras salía casi corriendo para no dejar lugar a una nueva pregunta. Era primavera y acababa de comprobar que la “Estación del amor” no era un mito, sino una realidad.

- En la jaula de leones: La leona se tiraba en el lomo del macho dormido y le frotaba el hocico con su cabeza. De pronto el rey la miró de reojo, como diciendo “noooo, otra vez noooo”, y a pesar de su poco entusiasmo se levantó. Ahí nosotras pensamos, noooo otra vez noooo y, justo cuando le iba a dar el gusto a su chica, pasó el cuidador haciendo sonar las barras de la jaula con un palo. El león retrocedió y se acostó nuevamente, mientras la dama volvía a comenzar su seducción.

“¿Por qué hizo eso el señor?” “¡Qué malo!” “¡No los dejan jugar!”, empezaron a reclamar los chicos.

—Chicos, los animales deberían estar libres, y no vivir en las jaulas. Acá no los dejan jugar tranquilos... — les respondí. A Silvia le agarró un ataque de risa y me contagió, así que tuvimos que ir todos corriendo para el baño porque nos hacíamos pis.

Cuando salimos, tomando en cuenta el escenario, decidimos ir para el jardín botánico a mirar las plantas, que seguro estarían quietitas, a pesar de la primavera.

En ese tiempo nos enseñaban que la relación sexual fuera del matrimonio era pecado, por eso, cuanto menos supiésemos del tema mejor. El sexo no aparecía en la tele, en el cine estaba restringido a mayores de 18 años, y las revistas eróticas se exhibían adentro de bolsas negras en los kioscos para que no se vean las tapas. Ese día yo misma estaba bastante impresionada. Después supe que, en esa misma época, otros jóvenes menos religiosos vivían la libertad sexual sin culpa, pero yo me la perdí.

Un sábado de octubre, mientras juntábamos las cosas que habíamos desparramado por el salón después de la clase de catecismo, vimos pasar al padre Luis con dos muchachos. Traían una caja muy grandota que por el esfuerzo que hacían al cargarla, se veía muy pesada. Subieron la escalera angosta hacia el piso más alto, que no conocíamos. Les costó bastante, porque el padre Luis ya era mayor y le sobraban unos cuantos kilos, así que no ayudaba nada.

Silvia y yo no pudimos aguantar la curiosidad y los seguimos. Entraron a un salón en el que había cuatro escritorios, estanterías con libros, pilas de papeles y varias máquinas de escribir. Una vez que pusieron la caja en el escritorio más grande, los muchachos saludaron y se fueron. Nos quedamos mirando intrigadas. El padre Luis, con su cabeza brillante de transpiración, nos miró condescendiente:

— Abran nomás. Miren.

Me lancé sobre la caja, era una máquina enorme y se veía bastante complicada.

— Es un mimeógrafo. ¡Tenemos nuestra propia imprenta! Vamos a hacer una revista parroquial— dijo el cura eufórico.

— ¿Podemos ayudar? ¿Nos deja hacer la revista? Le decimos a Victorino.

— Con Nora y Francisco, sería genial.

— Nos gusta trabajar juntos. — dijimos entre las dos, encimando nuestra ansiedad.

— Le comento al jefe a ver que dice— nos contestó divertido.

No pudimos armar el mimeógrafo. Tenía rodillos, manijas, un recipiente para colocar tinta, bandejas. Lo dejamos así para no hacer lío.

El domingo después de misa el padre Victorino nos llamó para avisarnos que había formado un grupo de ocho jóvenes, entre los que estábamos nosotros cuatro, y que íbamos a tener reuniones para aprender a hacer la revista y a usar el mimeógrafo.

Luego del breve entrenamiento empezó la tarea.

Un martes nos juntamos con todo el grupo juvenil en el sótano y votamos el nombre, ganó: “El Puente”. La primera revista salió en la Navidad de 1972. Lo que yo había vivido en el hospital de Neuquén me inspiró, y sugerí al grupo tomar como tema los nacimientos de aquellos niños tan pobres como Jesús. Les gustó a todos. Francisco, Silvia y yo fuimos a las oficinas de Unesco a buscar material sobre la desnutrición infantil y sus consecuencias en el desarrollo de los niños.

Aunque era una publicación mensual, le dedicábamos mucho tiempo. Nos llevaba horas el debate sobre el contenido. La parroquia estaba en un barrio de gente de clase media y alta, sentíamos que era necesario mostrar las necesidades del mundo para sumar manos comprometidas con el cambio. Hacíamos la tarea periodística con pasión, pero la edición era todo un desafío, mucha paciencia para una tarea complicada.

A mí me fascinaba la tarea, pero hacerla con Francisco le daba una emoción mayor, el solo roce de su mano, su aliento cercano al mío, me ponían la piel de gallina y hacían olas en

mi estómago. Él, sin ningún pudor, había hecho público que estaba enamorado de Edelmira pero yo me moría de vergüenza de solo pensar que alguien supiera que yo “gustaba de él”. Martín, el novio de Silvia, se sumó al trabajo y nos dio una mano enorme. Mi amiga estaba muy orgullosa de él y sentía un cierto alivio, porque a veces le preocupaba no compartir con su pareja algo tan importante para ella.

Por fin armamos las notas de la primera revista. Empezaba comparando la indiferencia del pueblo de Belén ante el nacimiento de Jesús con la de los actuales ciudadanos ante los niños más pobres; luego un informe detallado sobre la desnutrición en Argentina y sus efectos. También juntamos información sobre actividades, horarios y esas cosas que a nosotros no nos interesaban mucho, pero a la gente sí. Una vez que tuvimos la aprobación de todo el equipo y del padre Victorino, empezamos a editar la revista.

Escribíamos los textos en hojas hectográficas, especiales para el mimeógrafo. Tenían una cera que se salía con el golpe de las letras de la máquina de escribir, para que la tinta pueda traspasarlas. Cuando nos equivocábamos, teníamos que remarcarla con un papelito corrector que la tapaba, y después la volvíamos a tipear. Para que la revista se viera prolija teníamos que hacer la alineación de las columnas, era un trabajo aburrido y cansador. Contábamos las letras y los espacios para saber dónde debía terminar cada renglón, y cuando faltaban o sobraban letras, había que agregar o sacar espacios. Una vez que terminábamos de escribir una hoja, debíamos engancharla en el mimeógrafo con mucho cuidado para que quedara sin arrugas, poner la tinta y empezar a pasar las hojas para copiar. Si nos equivocábamos con la cantidad de tinta o algo funcionaba mal, se producía un derrame y había que hacer el original de vuelta. Esa era la parte que yo más odiaba porque tenía el record en arruinarlo todo, la delicadeza nunca fue mi virtud. La impresión nos cargaba de adrenalina y frecuentemente sentíamos un deseo, muy poco cristiano, de desintegrar la máquina con un hacha. Muchas veces me pregunté si alguien habrá leído con interés nuestras revistas, aparte de nuestros amigos y la Side (Secretaría de Inteligencia del Estado).

En ese tiempo sentíamos tanta pasión por cumplir con los mandatos de nuestra utopía, que estábamos dispuestos a entregarlo todo: nuestra energía, nuestro tiempo, nuestra vida.

IX

APAQ, UN MUNDO DE CUATRO LETRAS

Primer día de clases del cuarto año de secundario. La madre Beatriz nos dio la bienvenida con una sorpresa. En la puerta del pequeño salón frente al comedor había un cartel, enmarcado, importante:

“SALA DE LAS ALUMNAS, PROHIBIDA LA ENTRADA A LOS PROFESORES”

La puerta doble, abierta, nos permitió ver hacia adentro. En las paredes, enormes bibliotecas antiguas de madera contenían las colecciones completas de novelas juveniles “Iridium” y “Robin Hood”, y un surtido de libros viejos y nuevos, para todas las edades y los gustos. Frente a la puerta, un sofá con fundas escocesas, un tocadisco Winco, en cuya mesa estaban apilados muchos long-play de moda, un estante con juegos de mesa y en el centro una enorme alfombra bien mullida repleta de almohadones. Nos quedamos sin palabras.

La madre Beatriz pasó por todos los salones para explicarnos que éramos responsables de cuidar las cosas y mantener la limpieza. Las más grandes, de quinto año, organizarían el uso del espacio de tal forma que no haya amontonamientos. Harían un

cronograma de recreos por curso y cada uno debía nombrar una delegada para asegurarse que todo quede en orden y que los libros no se pierdan. En ese lugar, que enseguida hice mío, aprendí a leer: Louisa May Alcott, Mark Twain, Julio Verne, al comienzo, para seguir con García Márquez, Cortázar, Galeano, Neruda y tantos otros que alimentaron mi espíritu. Admiraba cada vez más a las monjas, las veía tan felices que incluso pensé en hacerme religiosa, pero el voto de obediencia y la pérdida de la libertad me asustaron, así que enseguida abandoné la idea.

A comienzos de abril fuimos con la madre Beatriz a un retiro espiritual. Hablamos de cosas íntimas, nos descubrimos; comprendí que mis compañeras me apreciaban mucho más de lo que yo creía.

Me dieron ganas de compartir con ellas alguna actividad afuera de la escuela, como lo hacía con el grupo juvenil. Lo del Otamendi había sido una experiencia fantástica, pero se había terminado y yo quería más.

Una tarde que volvía de hacer un trámite para mi mamá en el barrio de Belgrano, me detuve frente a una antigua casona; en la puerta había un enorme cartel: APAQ, y debajo, en letras chicas: Asociación Pro-Ayuda al Quemado. Toqué el timbre. Una mujer joven me atendió con gesto amable. Le conté que era alumna del colegio Beata Rafaela y que, con mis compañeras, queríamos colaborar con alguna institución. Ella, con una amable sonrisa, aseguró que siempre necesitaban voluntarios y me hizo pasar a la sala.

Apenas entré dos niños se me acercaron corriendo. Al varón más grandecito le faltaban los párpados de abajo; una masa brillante, como cera derretida, unía su cara y su pecho; el labio inferior estaba pegado al mentón y en su mano izquierda no se distinguían los dedos. Solo la frescura de su mirada me hizo recordar que estaba frente a un niño. La nenita que lo agarraba de la remera tenía algunas marcas en su cara, pero no se veían tan graves. Sentí terror de que descubrieran mi estremecimiento. Me agaché a besarlos, temiendo la sensación de mis labios en su piel de cera.

La secretaria, que había presenciado la escena y seguramente había visto mi esfuerzo por aparentar naturalidad, me invitó a pasar a una oficina, tomándome de la mano. Me dio un vaso de agua mientras contaba que la primera impresión siempre era difícil, pero que uno se iba acostumbrando.

—Mirá querida, acá viven niños menores de quince años, varones y mujeres de distintos lugares del país, que sufrieron quemaduras graves y necesitan cirugías. Cuando las familias no pueden acompañarlos, porque, imaginate, los tratamientos pueden durar muchos años, ellos vienen a vivir acá. Los cuidamos, los llevamos a hacer los tratamientos, les brindamos apoyo psicológico. Tratamos de que se sientan en familia.

— ¿Y la escuela? — pregunté, deslumbrada.

Me explicó que los nenes estudiaban con maestras domiciliarias y que, a pesar de ser un instituto privado, era gratuito, y gracias a las donaciones no les faltaba nada material. Le conté cómo trabajamos en Otamendi (sin entrar en detalles desagradables) y le prometí que hablaría con mis compañeras del colegio para organizarnos. Me alegré al verla tan contenta y al escuchar que nos aguardarían con ansias.

Al salir de la oficina me estaba esperando el niño que me había recibido al llegar. En sus ojos entendí que sonreía. Por su actitud benevolente, tuve la sensación de que él me estaba cuidando a mí. Me pidió que me quede a charlar un ratito y acepté contenta de poder reparar esa primera impresión que todavía me daba vergüenza.

Me llevó a la cocina y preparó un mate, con un poco de café y bastante azúcar, “como lo hace mi mamá”, me dijo. Él podía tomar con dificultad, por el estado de su boca, pero

apretando la bombilla entre los dientes lo lograba con absoluta naturalidad. Me preguntó sobre mi vida y yo, entre mate y mate, le conté lo que hacía, sobre mis planes, como si fuera un amigo de mi edad.

—¿Y vos? — le pregunté cuando terminé con mi resumen.

—Yo de chico quería ser boxeador como Bonavena, mi papá decía que si era campeón me iban a llamar “el Torito argentino”. Pero ahora no creo que pueda. Hace dos años yo estaba jugando en la vereda del taller mecánico de mi abuelo, ahí en Bahía Blanca, donde yo vivía. Explotó un tanque de nafta y se me cayó prendido encima. Me acuerdo que me llevaban corriendo en una camilla por los pasillos del hospital y escuchaba gritar y llorar a papá y mamá. Yo trataba de decirles que estaba bien, porque me dolían más sus gritos que lo que me estaba pasando, pero no me salía la voz. Pobres, ellos sufren mucho todavía. Voy a hacer lo que me digan para ponerme bien. Por lo menos estoy vivo— sorbió el mate hasta hacerlo sonar.

“Por lo menos estoy vivo”. En ese momento no tuve noción de lo que esas palabras significarían para mí pocos años después.

Volví a casa eufórica. En cuanto la vi a mamá le conté todo.

—Ay, mi Marita, ¿te querés meter en una nueva aventura? ¡Tenés que madurar! El mundo es muy grande...y muy malo. No se puede cambiar.

Sus palabras sonaron como si le hablara a una nena caprichosa. Me levanté de la mesa y me fui humillada a encerrarme en mi habitación donde lloré y recé un buen rato.

Cuando mamá hablaba así me hacía sentir vergüenza, como si yo fuera una estúpida, culpable de hacerme la Santa María. Mi hermana estaba en su cuarto, en su mundo: la facultad y su novio le ocupaban cada minuto de su vida. Para mi mamá, igual que para la mayoría de las personas, eso era lo esperado, eso era aprovechar el tiempo, construir el futuro, para ser alguien.

Al día siguiente me desperté ansiosa, más temprano que de costumbre y recorrí a zancos las cinco cuerdas hasta el colegio. En cuanto entramos al aula esperé a que se acomodaran y me paré en el frente. Mientras esperábamos a la preceptora, les relaté a mis compañeras lo que había visto y las invité a compartir la tarea. Terminamos siendo seis voluntarias en total, un verdadero equipo.

Al día siguiente nos reunimos en mi casa para conversar y organizarnos. Silvia se sumó y le agregé mucho humor y experiencia a nuestro grupo.

Hicieron falta varios encuentros con los chicos para sentirnos realmente cómodas. No siempre íbamos todas juntas; a veces, cuando alguna tenía un rato libre pasaba a saludar, como si fuera una tía. Eso les encantaba, hacía que la casa se pareciera más a un hogar.

Un día ingresó una adolescente que tendría unos 15 años, con las manos muy arruinadas. Se llamaba Suyay, era mapuche y no sabía hablar español. Hasta ese momento yo había escuchado hablar de “indios” solamente en las clases de historia y en las películas norteamericanas de vaqueros. El manual Peuser los mostraba haciendo cerámica o atacando en malones. Seguro que en las provincias no pasaba lo mismo, pero los porteños pensábamos que eran Historia. Ese día descubrí que eran Presente. Fue un hallazgo doble para mí, porque además de ser mapuche, Suyay era de Junín y yo había estado ahí. Pude imaginarla en su paisaje, exiliada en la aridez de esas montañas, tan lejos y tan cerca de los oasis robados, repletos de turistas. Quise comunicarme con ella, aprender, preguntarle mil cosas, ser su amiga. Mis manos se agitaban, revoloteaban queriendo decir lo que con palabras no podía, pero las suyas eran dos masas de vendaje inmóviles sobre su falda y su mirada ausente se veía tan triste que me dieron ganas de llorar. Me detuve por respeto. La abracé suavemente, con cientos de años de culpa y le pedí perdón. No la volví a ver. Fue

internada en el hospital donde tuvo un tratamiento intensivo y después la derivaron a Neuquén.

Le escribí a Griselda refiriéndole sobre Suyay. Un par de semanas después recibí la respuesta. Ella, asombrada igual que yo, le había preguntado a su papá y él le había contado que algunas comunidades mapuches subsistían muy pobremente en las proximidades áridas de la frontera con Chile y era tan escaso el contacto con el resto de las poblaciones que conservaban su cultura casi intacta.

Durante dos años concurrí con mis compañeras a visitar los chicos de APAQ, pero cuando terminé el secundario las actividades me desbordaron y al fin dejé de ir. Fue una experiencia fundante para mí, porque gracias a Suyay resolví que debía ser maestra y que trabajaría con los mapuches de Neuquén: Dios me lo había mostrado.

X

VIOLENCIA O PAZ, EL DESAFÍO

Hacia fines del 72 la violencia se había vuelto cotidiana.

Una noche de agosto, cerca de las dos de la madrugada nos despertó una explosión. Mamá, mi hermana y yo nos encontramos en la cocina. Al rato hubo otro estallido. ¿Qué estaba pasando? En las calles Baez, Arce y Luis María Campos estaban los edificios de las familias de los militares; varias compañeras de mi colegio y clientas de mi mamá vivían ahí. Descalzas y en camión, a pesar del frío, nos sentamos alrededor de la mesa en silencio, no prendimos la luz, solo dejamos que entre la tenue luminosidad de la calle: tantas series y películas nos habían preparado para reaccionar ante cualquier circunstancia de guerra, pero no era lo mismo que en la tele, dolía. Verónica, mi hermana, nos recordó que en el séptimo piso de mi edificio vivía un coronel y agregó que, si atentaban contra él, tal vez volaríamos nosotras también. Se escucharon algunas sirenas, pocas. Cuando terminó todo nos quedamos sentadas como estatuas y en silencio casi una hora, hasta que el frío nos corrió y volvimos a la cama. A la mañana supimos que habían puesto bombas de baja potencia en las puertas de los edificios de los militares. Esa misma tarde la calle Báez se cerró para el tránsito y los vecinos terminaron utilizándola como una plaza para andar en bicicletas, patines, y jugar a la pelota mientras eran vigilados por soldados armados.

En otra oportunidad, a fin de año, Silvia, Nora y yo salimos de la parroquia a eso de las once de la noche. Caminamos como siempre, conversando tranquilamente, para tomar un colectivo en la avenida Córdoba. Cuando llegamos a la parada sentimos una tremenda explosión que nos erizó la piel: una lengua enorme de fuego, vidrios y mampostería se desparramó en la vereda y la calle a cincuenta metros de nosotras. No nos animamos a acercarnos, enseguida llegó el colectivo y lo tomamos rápido para huir del lugar. Nora y Silvia, que eran del barrio, me dijeron que en ese local había una oficina de Phillips. Al otro día buscamos la noticia, pero no salió en ningún lado, ya era normal. No hubo heridos, pero ¡nosotras habíamos pasado treinta segundos antes!

En ese momento no lo entendía, pero con el tiempo comprendí que la violencia desatada era el producto de tantos años de dictadura militar. Mi abuela decía que los militares se encaprichaban en gobernar y solamente sabían “formar en hilerita”; ese no era el Ejército que ella había soñado para su hijo. Por eso nos pusimos felices cuando el general Lanusse, presidente de facto, llamó a elecciones para el 11 de marzo del 73. Los peronistas iban a votar

a Héctor Cámpora para que sea el presidente que diera por terminada la proscripción de Perón, así el gran líder podría regresar de su largo exilio, y se convertiría por tercera vez en presidente de los argentinos. ¡Qué sencillo se veía todo! El fin de la violencia pronto daría lugar a la Argentina de la paz y la justicia social.

El 13 de marzo, dos días después de que Cámpora fuera elegido presidente, comenzaron las clases en la escuela. Afortunadamente las vacaciones habían pasado volando: no las necesitaba, no las quería, lo único que deseaba era construir un mundo mejor. Por eso el comienzo del ciclo lectivo fue un alivio, era mi último año de secundaria.

La madre Beatriz entró al aula con su sonrisa juvenil. Saltamos de nuestros bancos y la fuimos a abrazar, parecíamos un equipo de fútbol festejando un gol.

—Chicas, siéntense y escuchen con atención lo que les voy a decir— dijo alzando la voz. Nos sentamos enseguida, éramos muy obedientes, en esa escuela no daban ganas de rebelarse.

— Ustedes egresan este año, y salvo por el profesor Taquini, que en invierno se jubila, nunca han tenido aquí contacto con varones. Para solucionar esta falta designamos a dos profesores para química y matemáticas. Sean amables, para ellos también esto es nuevo, recién se reciben— se acomodó el cuello del hábito, era un tic que ya conocíamos bien: significaba que había terminado de hablar. Tremendo alboroto. Ella pidió calma y compostura, pero se la veía muy divertida con nuestra reacción. Levanté la mano:

—Madre, no queremos terminar la escuela, por eso “Quinto año” suena horrible, porque nos vamos a tener que ir— y mirando a mis compañeras dije, en tono de arenga— ¡Propongo que anulemos la palabra Quinto y seamos por primera vez en la historia el “Cuarto Bis”— Ovación y aplausos, ¡incluso de la madre Beatriz que se había emocionado con lo que significaba la propuesta!

Al día siguiente, cuando llegamos, vimos el cartel de la puerta del aula: el quinto había sido reemplazado por “4°Bis”. La preceptora entró a tomar asistencia, por lo general era una mujer rígida y antipática, pero ese día se podía ver cuánto disfrutaba con esa mínima revolución: nos dijo que éramos unas locas y nos mostró el registro y los otros documentos de nuestro curso, todos decían en la tapa: 4°Bis, sería la primera vez en la historia del colegio que no habría 5° año.

La mitad del curso se enamoró del profe de química y la otra del de matemática. Algunas, menos fieles, nos enamoramos de los dos.

En marzo también empezaron las actividades en la parroquia. Durante el reencuentro, en el sótano de la iglesia hubo gritos, risas, abrazos, presentaciones, más gritos y más risas.

Al entrar en la iglesia nos fuimos reuniendo alrededor del altar y logramos el silencio. El padre Victorino empezó a hablar con una solemnidad inusitada.

—Ustedes saben que los sacerdotes de esta parroquia pertenecemos a la congregación Redentorista, y que nos dedicamos a misionar en todo el mundo. Ahora creemos que es necesario transmitir la experiencia de este grupo juvenil, empezar un semillero que crezca en forma exponencial. Algunos sacerdotes a cargo de parroquias del norte de la provincia de Buenos Aires están muy interesados. Los invito a ser misioneros ¿Se animan? — Estalló el júbilo, sus palabras fueron un fósforo encendido sobre la pólvora.

Los preparativos serían intensos. Los curas armaron un cronograma de temas y actividades para cada día de la semana durante la misión, y nosotros debíamos desarrollar el contenido. Había mucho que pensar: “Por qué creo en Cristo”, “La renovación de los compromisos matrimoniales”, “El vía crucis”, “La bendición de las herramientas de trabajo”, las reuniones con los jóvenes, la misioncita, y mucho más. Durante las vacaciones de invierno un grupo hizo una experiencia piloto en un barrio de la ciudad de San Nicolás. Los chicos

volvieron felices, había algunas cosas para corregir, pero en general todo había salido muy bien. Se habían alojado en casas de familia y, para todos, esa había sido una de las experiencias más interesantes. El resto del año seguimos trabajando para las misiones de diciembre.

Héctor Cámpora asumió la presidencia el 25 de mayo y Perón regresó en junio. Esa mañana en el balcón de nuestro departamento frente al hospital militar, el Winco tocó, a todo volumen, la marcha peronista; pero a la tarde, conteniendo el llanto, lo tuvimos que guardar. En la televisión vimos como los peronistas se mataban entre sí, mientras miles corrían aterrorizados con los disparos a mansalva, no entendíamos nada. La masacre de Ezeiza fue de una de las tristezas más grandes de mi vida.

Yo estaba convencida de que el único camino era el de Jesucristo Liberador, que el hombre nuevo, solidario y comprometido con su prójimo, haría de este mundo un lugar mejor. Pero también conservaba la esperanza de que, en cuanto el General ocupase la presidencia, se terminaría la violencia y se pondría en práctica la doctrina justicialista, la más parecida a los postulados sociales de la iglesia.

El 12 de octubre del 1973, Perón asumió como presidente. La felicidad de todos en mi familia me llenó de ilusión; mi abuelita estaba radiante, se estaba concretando el sueño más importante de su existencia, no un sueño individual, un sueño colectivo, de Patria.

Como un acto de fe, mi mamá tomó una decisión muy atrevida, que había postergado durante años: alquiló un local y abrió una boutique. El negocio quedaba a tres cuadras de casa, sobre la calle Matienzo, justo en frente de los edificios de los militares donde vivía casi toda su clientela. Las señoras, que ya la conocían, traían nuevas compradoras. Descubrimos entonces que mi madre no solo era talentosa como modista, sino también una verdadera empresaria. Mamá estaba rejuvenecida, le hacía bien el contacto con la gente. La boutique se transformó de inmediato en un centro de reunión familiar. Mis tías y primas iban de visita y se quedaban charlando y tomando mate.

Mi abuelita, la mejor cebadora que conocí en mi vida, aunque ya tenía 80 años, acompañaba a mi mamá en la boutique todas las tardes y no faltaba nunca. La viejita hacía trámites y compras por el barrio, iba al banco, pasaba por mi casa para hacer los saludos telefónicos que hicieran falta: ella recordaba el santo y el cumpleaños de sus hijos, nietos, bisnietos, y de cada uno de sus dieciocho hermanos, sus parejas, sobrinos y todos los descendientes. Además, era una excelente cobradora: como no había tarjetas de crédito, mi madre daba la ropa a pagar y, cuando alguna clienta no cumplía, mi abuela iba al edificio, y le recordaba su deuda a los gritos desde el portero eléctrico porque, “como era muy anciana, estaba un poco sorda”. Este sistema resultaba muy efectivo: para evitar que se repitiera el tremendo papelón, la morosa iba corriendo a saldar sus cuentas.

Mi abuela vivía en el centro. De lunes a viernes tomaba el colectivo 60 a las dos y media de la tarde en la esquina de su casa, y a las siete y media exactamente, porque era increíblemente puntual, lo tomaba de regreso en la puerta del Hospital Militar.

Una tarde, justo cuando mamá iba a llamar a mis tías, preocupada porque eran las cinco y todavía no había llegado, apareció mi abuela agitada y le contó:

—No sabés Aurorita lo que me acaba de pasar, el colectivo chocó con un auto; no se lastimó nadie, pero el coche se arruinó bastante. Un policía que vino pidió testigos; de los pasajeros no habló nadie, ninguno quiere meterse en líos. Yo levanté la mano y dije que el colectivo venía bien, pero que el auto se le había cruzado mal. Así que, al terminar con los papeles, el chofer se acercó y me dio las gracias por el favor que le había hecho. Entonces le

conté que yo no había visto nada, pero que ese auto caro debería tener un buen seguro; y en cambio él, pobrecito, podía perder el trabajo. Eso sí, le pedí que manejara con más cuidado.

A partir de entonces los choferes de la 60 la llevaron gratis; todos la reconocían porque era la única anciana de grandes anteojos y rodete blanco que subía y bajaba cada tarde en las mismas paradas y a la misma hora. Mi abuela era el peronismo caminando.

Terminaba el año, ya no quedaba más remedio que despedirme de la escuela. Para la entrega de diplomas con mis compañeras decidimos preparar una ceremonia que pudiera expresar todo el amor que habíamos recibido en el colegio. Mandamos a hacer diapositivas de todas las fotos que registraron nuestra vida escolar, yo me ocupé de escribir el guion. Mis compañeras armaron la banda sonora en vivo, cantarían los temas que nos acompañaron desde jardín de infantes.

El día anterior al acto me dolía todo, especialmente la garganta. Tomé aspirinas y confié en que me pondría bien. Ensayamos a la tarde y dejamos todo preparado. Pero amanecí con fiebre y malestar general. Me levanté de la cama y fui al baño, estaba desfigurada. Unas paperas espantosas habían duplicado el tamaño de mi cara. Lloré y me enojé con Dios, me parecía incomprensible que me hiciera algo así. Ni siquiera podía recibir visitas, mi cabeza era una pelota de fútbol y no quería que nadie me viera. Pero con el paso de las horas recordé todas las cosas tristes de verdad que había visto, y me resigné. Mamá fue sola a la ceremonia y pudo disfrutar del acto que salió maravilloso. De ese día, solo me quedó la foto de ella, emocionada, recibiendo mi diploma.

El viaje de egresadas lo hicimos la última semana de noviembre en Bariloche, con la madre Beatriz y dos madres.

Nos alojamos en una hostería preciosa al margen del lago Nahuel Huapi, hicimos un montón de excursiones, salimos a bailar, cantamos por la noche alrededor del fogón con otros contingentes que se alojaban en la hostería.

Fueron días perfectos, aunque una parte mía no paraba de pensar. En alguna de esas montañas estaba Suyay.

XI

MISIONEROS

A las 5 de la mañana del segundo lunes de diciembre de 1973, me encontré en la estación Retiro con mis compañeros de parroquia para ir a mi primera misión. El padre Victorino nos esperaba en la estación de la ciudad de San Nicolás. Mi hermana y su amiga Diana no habían podido sumarse porque estaban rindiendo sus exámenes de la Universidad, pero estaba Fabián, mi futuro cuñado, así que mamá, a pesar de mis protestas, aprovechó para llenarlo de recomendaciones: que me cuide, que no me pierda, que no tome frío, que no me meta en líos, y esas cosas típicas de las madres; igualmente a Fabián le había tocado ir a misionar en otro pueblo, pero no se lo dijimos a mamá para dejarla tranquila.

En mi grupo estaban Francisco, que seguía sin darme bolilla, y Edelmira, que había cortado con su novio y estaba todo el tiempo con él. Por suerte yo ya me había desenamorado y no me produjo malestar, así que pude disfrutar de su amistad.

Por esos días Silvia y yo nos habíamos puesto alias: “Kamikaze” y “Tiquismiquis”: una (yo) no le tenía miedo a nada, y la otra (ella) era demasiado temerosa. Para mí éramos el equilibrio perfecto, pero el cura pensaba que juntas podíamos llegar a ser un terremoto así que nos había puesto en diferentes grupos.

Fueron más de cinco horas de tren. Treinta misioneros, entre dieciséis y veintidos años, hablando, cantando, jugando a “Dígalo con mímica”, ningún pasajero pudo dormir. El viaje pasó volando. En la estación de San Nicolás, en medio del griterío y movimiento de equipajes, nos recibió el cura, que aplaudió orgulloso y divertido. Nos guio hasta un micro en el que cargamos todo prolijamente. El cura iba dejando a los grupos en la iglesia de cada pueblo donde esperaba el sacerdote del lugar. Cuando llegamos a Campos Zalles, donde me habían destinado, ya era pasado el mediodía y estábamos hambrientos.

Cada grupo tenía un coordinador, el mío era Oscar, un seminarista muy joven y serio. El párroco, luego de la bienvenida, nos dio instrucciones bien claras de cómo llegar a la casa donde nos esperaban para almorzar.

Dejamos nuestros bolsos y fuimos caminando las cinco cuadras de tierra hasta el lugar indicado. Una señora amorosa abrió la puerta, nos miró con asombro y nos hizo pasar. La casa era antigua, muy bonita, con un gran comedor y una enorme mesa ¡pero con un solo plato! Preguntó, un poco inquieta ante la cantidad de jóvenes que la mirábamos como cachorros hambrientos: “¿Quién es Guillermo Butler?”. Todos clavamos la vista en el flaco que sonrió contento, porque comprendió que ese plato era para él. El aroma del bife y de las papas fritas llegaba desde la cocina, se nos hacía agua a la boca. El sacerdote se había confundido: la mujer solo esperaba al joven que se alojaría en su casa. Cuando el resto íbamos a pegar la vuelta, la señora dijo amablemente “¿Les gustaría probar un licorcito de mandarinas que hice? Es mi especialidad”. Cualquier cosa que nos quitara el hambre adolescente nos venía bien, pero en ayunas y sin ninguna cultura alcohólica, esos vasitos de licor funcionaron como unas cuantas copas de whisky. Media hora más tarde, los misioneros volvimos caminando en zigzag y muertos de risa por la calle principal del pueblo; era la hora de la siesta y por suerte no cruzamos a nadie. Una vez en la iglesia el cura se disculpó por el malentendido y nos trajo pan y fiambre. Tuvo que pasar un buen rato hasta que pudimos recobrar la cordura y ponernos a trabajar.

Una compañera y yo nos alojamos casi a la salida del pueblo en una casa bastante humilde. Pertenecía a una familia de cirqueros que habían dejado su actividad por un accidente del papá y habían puesto un almacén. Acostumbrados a los carros de circo mantenían costumbres un poco raras. En el baño no había puerta sino una cortina con un gran agujero que se levantaba y bajaba con el movimiento del ventilador del pasillo; o sea, si me sentaba en el inodoro o me duchaba, cada dos segundos exactos me quedaba desnuda frente a todos los que estaban en la cocina. Con mi compañera formamos equipo, cuando alguna necesitaba ir al baño, la otra sostenía la cortina con las manos y con el cuerpo tapaba el agujero. Esta “pequeña” incomodidad se compensaba durante las noches, al llegar la hora del espectáculo exclusivo: malabares, contorsiones, magia, acrobacia y el cariño de toda la familia.

Los días de la semana pasaron rápido, disfrutando de amistades fugaces que nos parecía que durarían para siempre. Tremendo trabajo, toda nuestra pasión y muchísimo calor, un combo inolvidable. Ese tiempo me sirvió para aprender muchas cosas: organizar mis ideas para expresarlas, hablar en público, usar el micrófono, preparar y decorar los espacios para las actividades, hacer publicidad en la calle con un megáfono, evaluar el trabajo junto a los compañeros sin miedo a la verdad, y otras tantas cosas, pero sobre todo me convencí de que, con Jesucristo el Liberador, la revolución del hombre nuevo ya estaba en marcha.

2° PARTE

*Ninguna fuerza abatirá tus sueños,
porque ellos se nutren con su propia luz.
Se alimentan de su propia pasión.*

Atahualpa Yupanqui

XII

A ESTUDIAR

El Normal N°1 Roque Sáenz Peña de avenida Córdoba y Ayacucho, pleno centro de la ciudad, era un edificio histórico construido en 1880 que, cuando comencé mis estudios en 1974, estaba en reparaciones. Al pie de sus escalinatas me sentí importante. Estudiar en un lugar tan distinto a mi escuela de toda la vida era un nuevo desafío. Me habían dicho que el Normal N°1 era uno de los mejores y el colectivo 60 me dejaba en la puerta, por eso no había dudado al elegirlo: “Profesora para la Enseñanza Primaria” diría mi título, pero a mí me gustaba más “Maestra”.

Para acomodarnos en el aula diminuta que nos habían asignado, teníamos que pasar por arriba de las sillas. A causa de la obra, cada tanto se sumaba a la clase alguna rata, que por el tamaño parecía cruza con gato, y ocasionaba un revuelo muy divertido. Había buenos y malos profesores, materias bastante interesantes y otras inútiles. No me integré demasiado al grupo de compañeros, no tenía tiempo para dedicarles fuera de las horas de clase. Lo único que quería era aprender mucho y recibirme pronto.

El primer lunes de abril, para mi sorpresa, recibí un llamado de la madre Beatriz. Me contó que en edificio de la escuela se había abierto la carrera de Maestra Catequista de dos años de duración. Era una sede del Instituto Juan XXIII que funcionaría de noche en las aulas de la secundaria, así que estaba llamando a todas las exalumnas. Feliz le agradecí el haberme tenido en cuenta y le aseguré que iría a inscribirme.

Al otro día me presenté. Me encantó volver al colegio, lucía distinto por la noche. Toqué el timbre en la puerta de la calle Maure, donde habían puesto un cartel para que el público conociera la existencia del nuevo Instituto. Me atendió un sacerdote vestido de jean y camisa gris, con su cuello blanco, el alzacuello, solo cómo distintivo. Apretó mi mano en un saludo afectuoso y me invitó a pasar. Nos sentamos en el salón de actos, tan familiar para mí, y me ofreció un mate. Era el director, Alfredo Kelly, de la congregación de los Palotinos, Párroco de la iglesia de San Patricio de Villa Urquiza. Bastante alto, cabello rojizo alrededor de la calva, una cara redonda, blanca y pecosa, grandes anteojos (como los de mi abuela) y fantásticos ojos azules que desbordaban de vitalidad e invitaban al festín. Era sencillo y cálido que me dio la sensación de haberlo conocido siempre. Me explicó cómo sería la carrera: materias, horarios y metodología, ¡era muy interesante! así que me fui entusiasmada con el nuevo desafío.

El jueves siguiente fui a la primera clase. Éramos veinte compañeros entre varones y mujeres. La mayor era Ramona, de sesenta y ocho, las más chicas éramos Susana, una ex alumna de mi colegio que había egresado un par de años antes, y yo. Los profesores: teólogos, sociólogos, pedagogos de primerísimo nivel, hicieron de ese espacio un lugar de excelencia. Igual que en la parroquia, pero con mucha más profundidad, leíamos y comentábamos las nuevas encíclicas enmarcadas en la Doctrina Social de la Iglesia: “Mater et Magistra” y “Populorum progressio” sobre el desarrollo de los pueblos, y también el documento del Episcopado Latinoamericano realizado en Medellín que estimulaba a los laicos a dedicarse a las tareas de promoción humana. Reflexionábamos con una mirada histórica y social los textos de la Biblia y especialmente las enseñanzas de Jesús y sus apóstoles en el Nuevo Testamento. En el Juan XXIII aprendí mucha más didáctica que en el profesorado.

El mes de abril pasó volando. Trataba de organizarme para cumplir con todo: el profesorado, el Juan XXIII, la Parroquia... como un tablero de ajedrez debía acomodar mis horarios sin que ninguno me gritara jaque mate.

XIII

DOLOR PERONISTA

El día del trabajador, me fui con Silvia a la movilización convocada en la Plaza de Mayo.

Perón iba a dar un discurso al pueblo desde el balcón de la Casa Rosada. Había soñado por años vivir ese momento y no me lo quería perder. Todavía nos dolía, nos avergonzaba la violencia desatada en Ezeiza entre “compañeros”, y la que todos los días aparecía en las tapas de los diarios. Por eso necesitábamos una dosis de esperanza: si había alguien en el mundo que podría resolver el caos era el General: “Para un peronista no hay nada mejor que otro peronista”. Esa fecha sería un momento histórico y quería formar parte.

Salimos del departamento de Silvia, un antiguo edificio frente a Tribunales, a unas diez cuadras de Plaza de Mayo. Sus padres habían sido siempre muy “gorilas” (como les dicen a los antiperonistas), por lo que hasta último momento intentaron disuadirnos de ir al acto, pero cuanto más nos prevenían, más ganas nos daban de ir. Bajamos en el ascensor muertas de risa, había sido muy difícil no discutir con ellos y nos felicitábamos por la proeza. Comenzamos a caminar hacia la Avenida 9 de Julio sosteniendo entre las dos una bandera argentina. Silvia se había puesto una polera de morley muy abrigada, un vaquero Far West y el saco de lana que le había tejido su abuela, pero yo hacía rato que había cambiado de atuendo: poncho rojo, trenzas y, por encima, una vincha celeste y blanca. Era nuestra primera vez en una manifestación y estallábamos de euforia. Caminamos entre las columnas cantando una y otra vez la marcha peronista, con la voz entrecortada por el llanto. Yo sentía que mi abuelita estaba conmigo, orgullosa de mí. Nos ubicamos en las escalinatas del Cabildo, era imposible seguir avanzando. No se veía mucho, logramos subir un par de escalones. Las banderas de las agrupaciones y sindicatos no nos dejaban ver el balcón de la casa rosada: MONTONEROS, JUVENTUD PERONISTA, LUZ Y FUERZA, CGT y tantas otras, muchas tenían símbolos que desde hacía años veíamos pintados en las calles, en afiches y volantes, pero de los que no conocíamos su significado. Nos emocionaba ver que algunas pancartas nombraban distintos lugares del país, sentíamos que en la plaza estábamos todos. Adelante, larguísima, cruzando toda la muchedumbre de izquierda a derecha, estaba la bandera celeste y blanca, la que nos había convocado. La plaza era un órgano vivo, palpitaba. Los cánticos se confundían, desde donde estábamos no podíamos entender muy bien lo que decían. Nos apretaban, nos empujaban, y yo era feliz, estaba por fin entre los descamisados para escuchar a Perón, que desde el balcón nos iba a dar un abrazo paternal para terminar con el odio y la violencia. ¡Evita revivía en el alma de nuestro pueblo!

Serían las tres de la tarde cuando el ambiente comenzó a ponerse tenso. A nuestra izquierda, miles de personas comenzaron a cantar al unísono: “Qué pasa, qué pasa general, que está lleno de gorilas el gobierno popular”, yo no entendía nada. A la derecha, la plaza parecía hervir. Sonidos agudos y rugidos de parlantes comenzaron a despuntar entre los gritos de la gente. Un gigante en musculosa, a mi lado, gritó “¡Viva Perón carajo!”, y me dieron ganas de abrazarlo, porque eso era lo que yo quería escuchar, pero no me animé. De a poco se fueron apagando las voces, pero la plaza todavía latía, bum bum bum. Cuando el silencio fue total, por fin el General empezó a hablar. Silvia y yo nos tomamos las manos.

Inmóviles, esperábamos el milagro. El discurso apenas se entendía, los parlantes distorsionaban y nos era imposible distinguir una palabra de la otra, pero algo había dicho Perón que desató un griterío colosal. La ola de repeticiones corrió desde adelante hacia atrás, como si la multitud estuviese jugando al teléfono descompuesto: “Les dijo imberbes”, “Eché a los montoneros de la plaza” “Perón es un traidor” “Los echó porque son unos traidores”. En instantes un sólido bloque ardiente a la izquierda de la plaza, que había estado agrupado detrás de la bandera gigante que decía “Montoneros” comenzó a pegar la vuelta para irse por Diagonal Norte: “¡Aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va!”, gritaban al retirarse. Sentimos varias detonaciones, podían ser disparos, había que correr por Diagonal Sur, no importaba si nos distanciábamos de la casa de Silvia, teníamos que alejarnos de la plaza. Un grupo compacto de gente que gritaba y corría se metió entre las dos y nos separó. Sentí pánico, pensé que me aplastaban, no podía respirar, necesitaba retroceder para encontrar a Silvia y no podía, siempre para adelante, únicamente para adelante me arrastraba la multitud. Los mismos que, algunos minutos antes, había sentido mis hermanos, me atropellaban indiferentes, sin siquiera verme. Las personas se habían desvanecido, ahora era una masa de seres unidos por el espanto ¿cómo se puede sentir tanta soledad en medio de una multitud? Un fuerte tirón en mi trenza me retuvo, era mi amiga que, al grito de “¡Voy con la del poncho rojo!” se abalanzó entre la gente y saltó arriba mío. Seguimos corriendo agarradas de las manos que se querían soltar, patinosas de sudor. La espalda se estremecía con cada detonación imaginando recibir un disparo. Corrimos diez cuadras sin parar. La multitud se fue dispersando, algunos grupos se detenían a recoger las banderas, muchos se buscaban a los gritos. Cruzamos la 9 de Julio, al llegar a la calle Santiago del Estero nos sentimos seguras, había poca gente, el mundo parecía normal. Nos sentamos en el piso a respirar, sin decir una palabra por el cansancio y la angustia. Sentí un dolor en la mano izquierda, descubrí que había apretado todo el tiempo la bandera contra mi pecho, la llevé hasta mis ojos y me puse a llorar. Mi amiga me abrazó y en triste silencio empezamos nuestro duelo.

Todavía no estábamos repuestas, pero nos dimos cuenta de que lo mejor era ir a tranquilizar a nuestras familias, así que nos armamos de valor para iniciar las quince cuadras que nos separaban de lo de Silvia. Las calles vacías, los autos estacionados, las persianas de los negocios bajas...

Ese 1 de mayo todo lucía igual que cualquier feriado, como si el vuelco de la historia no hubiese sucedido. Llegamos a la casa; nos recibieron los gritos y el miedo de sus padres, fue el broche final. No hicimos ninguna réplica, ¿qué podíamos decir? En seguida llamé a mi mamá para decirle que estábamos bien, ya me había preparado para sus reproches, pero escuché: “Que suerte hijita, estaba muy preocupada... Descansá mi amor, esta noche me contás.”, sus palabras fueron el abrazo que yo necesitaba.

Nos encerramos en el cuarto de Silvia a ver la tele, no queríamos escuchar ningún comentario más. Estaba oscureciendo, la peor hora para la tristeza. No podíamos comprender nada, ¿Quiénes eran los malos y quiénes los buenos? Yo quería esconderme del mundo, me sentía como una novia abandonada en el altar.

Diez días después, el sábado 11 de mayo, el Padre Carlos Mujica del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo, fue asesinado cuando salía de dar misa en Villa Luro. Alfredo Kelly lo admiraba mucho, nos había hablado de su trabajo en la Villa 31 y estábamos organizándonos para ir a conocer su obra. El martes siguiente en el Instituto no hubo clases, celebramos una misa íntima por el Sacerdote asesinado y por nuestro país. A

partir de entonces la imagen de Cristo crucificado empezó a cobrar un sentido diferente para mí.

En esos meses la inflación se había desatado con una fuerza inusitada, el gobierno de Perón no lograba contener los precios. Mi mamá estaba muy preocupada por la boutique, pero, a pesar de todo, la clientela, cuya mayoría seguían siendo esposas de militares, no dejaban de comprar y el negocio seguía prosperando.

El 12 de junio era miércoles. Mi abuela dejó sola a mi mamá y se vino a casa. Yo la esperaba con unos escones hechos por mis propias manos porque me encantaba agasajarla. A las 17:30 Perón daría un mensaje desde el balcón de la casa Rosada y nos preparamos frente al televisor. Se lo veía muy viejito, nada que ver con el que había hablado en la plaza, solo unas semanas atrás. Empezó su duro discurso, amenazó con presentar su renuncia a la presidencia si continuaban boicoteando su pacto social. Mi abuela lo escuchaba sentada a medio metro del televisor, tocaba la pantalla con dedos temblorosos como si pudiera acariciar al General mientras gemía amargamente:

—Se va a morir, está tomando mucho frío... Pero ¿qué le están haciendo? ¡Qué es lo que están haciendo! — decía como pensando en voz alta.

Cuando Perón terminó de hablar dijo aquella frase que quedaría para la historia: “Yo llevo en mis oídos la más maravillosa música que, para mí, es la palabra del pueblo argentino.”. Anita rompió a llorar con amargura. Me arrodillé junto a ella y nos abrazamos. Fue la única vez en mi vida que sentí su fragilidad, y no tenía como ayudarla.

Diecinueve días después murió Perón. Mis tías le prohibieron a mi abuela ir al velorio, ya había cumplido 81 años, hacía un frío espantoso y llovía. Pero Anita era irreductible y en el primer descuido se escapó. Cuando notaron su ausencia comenzó una cadena telefónica familiar; no estaba en la casa de nadie, evidentemente se había ido al Congreso. Mi primer impulso fue salir a buscarla, pero mamá, me dijo que no la iba a encontrar entre esa multitud de cientos de miles de ciudadanos haciendo cola para despedir al General, así que nos quedamos en el departamento esperando su regreso, rezando para que no se enferme. Pasaron varias horas de angustia hasta que, cerca de la madrugada, regresó a su casa. Estaba helada, empapada por la incesante lluvia, pero había entrado al Congreso a despedir a Perón. La abuela se ofendió terriblemente cuando se enteró de la conmoción familiar que se había producido, consideraba que era una intromisión en su intimidad: ella todavía se sentía capaz de decidir lo que era bueno o malo para su vida.

Días después, en la boutique la abuelita nos replicó:

—Ustedes están equivocadas, a esta edad no estamos para durar, estamos para vivir sin miedo de morir, y les aseguro que no está nada mal.

Desafiando todos los pronósticos familiares, Anita no se enfermó.

¿MISIONEROS COMUNISTAS?

La viuda del General, Isabel, asumió la presidencia. Su presencia frágil, tan poco carismática, solo me daba la seguridad de que todo iba a ser peor. Me parecía un títere. Al fin, la violencia siguió creciendo y mi sueño peronista se desvaneció.

Por suerte mi utopía se alimentaba en otra fuente. En la parroquia armamos una red con los cuatro grupos juveniles formados en los pueblos que habíamos misionado el año anterior. Manteníamos correspondencia, compartíamos nuestros logros y dificultades, rezábamos por las mismas intenciones. La propuesta había sido un éxito, los grupos crecían y se consolidaban, revolucionando la vida de los pueblos.

En diciembre repetimos la experiencia. Me tocó ir a Guerrico con Silvia, Nora, Francisco y otros seis compañeros, los demás irían a Pergamino y Acevedo, también en el Norte de la provincia. Viajamos en el tren haciendo lío y cantando como siempre, era muy alentador después de un año tan difícil para la Patria. El padre Victorino nos recibió en Pergamino. Estaba serio, afligido. Nunca lo habíamos visto así. Subimos al micro y nos quedamos en silencio, era evidente que algo malo estaba sucediendo. El cura habló: en los paredones de la estación de tren de Guerrico habían pintado con enormes letras rojas “Misioneros Comunistas”. Nos empezamos a reír, nos parecía algo tan ridículo que solamente un idiota podría pensarlo. Fue la primera vez que el padre Victorino se enojó de verdad con nosotros, estaba muy preocupado y, a pesar de su esfuerzo, no logró que comprendiésemos la gravedad de la situación.

El cura del pueblo nos recibió en la iglesia con mate cocido y las mejores empanadas salteñas que probé en mi vida, especialidad de su madre. El clima tenso se había diluido. Era un hombre encantador que nos mimó desde el comienzo, tal vez para reconfortarnos por lo de las pintadas. Cuando terminamos nos subió a todos en una Citroneta desvencijada para repartirnos en las casas donde nos íbamos a hospedar. Había sacado el asiento de atrás, íbamos uno arriba del otro con los bolsos. Mientras el cura nos contaba anécdotas con su tonito provinciano, yo me estaba haciendo pis de la risa.

La casa donde me alojé era sencilla, frente a las vías del tren, rodeada de eucaliptus. Vivían tres mujeres: abuela, madre e hija, ésta última parecía tener, por su mirada perdida y su boca semiabierta, un cierto retraso mental. Me recibieron cordiales, pero me sentí incómoda, algo en el ambiente no estaba bien. Después de dejar mis cosas en el living, sobre una camita, bajo un ventanal cubierto de livianas cortinas grises, me fui caminando hasta la iglesia donde empezaríamos a misionar. A la noche me esperaron para la cena. Estaban muy serias, o tristes, pero algo pasaba. Me hacían preguntas para darme charla, aunque me di cuenta de que no me escuchaban realmente. Durante la sobremesa al fin me confesaron su drama: estaban aterrorizadas. El ex novio de la hija era un loco violento que solo se había acercado para conseguir dinero y, la semana anterior, cuando le pidieron que se vaya, las había corrido con un cuchillo. Al llegar un vecino atraído por los gritos, él se fue, pero les juró que iba a volver para matarlas.

Se me hizo un nudo en el estómago, yo tenía que dormir en la cama de la hija, en el living, contra el ventanal sin rejas. Pasé toda la noche sin pegar un ojo, escuchando cada ruido, viendo cada sombra; para peor se había levantado mucho viento y los eucaliptus se transformaban en hombres furiosos mientras yo esperaba el cuchillazo. Recé todas las oraciones que conocía. A la mañana en cuanto salió el sol me levanté. La abuela estaba haciendo unos mates, así que desayuné con ella hablando del clima y de las plantas, y me

fui para la iglesia. Llegué temprano, la primera. Cuando le conté al cura la situación decidió mudarme de inmediato, me acompañó a la casa de las pobres mujeres y mientras yo me llevaba mis cosas hasta la citroneta se quedó hablando con ellas para ofrecerles toda la ayuda que necesitaban.

Me dieron un lugar en la misma casa que Silvia y Nora, una familia macanuda. La señora, dueña de casa, sonreía siempre. La pobre tenía aliento a sepultura y una dentadura horrenda: demasiado grande y amarilla. Y como si fuera poco, la saliva, que se le juntaba espumosa en la comisura de los labios, al reír, salía con fuerza como un proyectil. Como era tan amorosa y se esforzaba tanto por hacernos sentir bien, intentábamos por todos los medios no dar cuenta del inconveniente.

El día que nos íbamos, el cura nos pasó a buscar. Nora y yo subimos enseguida, ya estábamos listas, pero faltaba Silvia. Cuando salió de la casa traía un cepillo de dientes en la mano, al acercarse al auto se lo alcanzó a Nora diciéndole:

—Te olvidaste el cepillo.

Nora lo agarró y lo miró intrigada.

—No es mío— respondió mientras se lo devolvía.

—Tampoco mío— agregué.

— ¡Es mío! — dijo la señora riéndose a carcajadas llenando el aire con su horrible aliento.

La cara de Silvia se puso repentinamente verdosa, saludó y subió al auto. Cerró la puerta y en cuanto arrancamos empezó con arcadas:

— ¡Me olvidé mi cepillo y me lavé toda la semana con ese! — dijo mientras se frotaba la boca y nosotras nos reíamos sin poder parar.

—Te lo merecés por asquerosa, cómo se te ocurrió no preguntar— le gritó Nora.

—Porque seguro no me lo ibas a prestar— respondió Silvia ahogándose de la risa.

Después del largo viaje en tren, donde no hubo bullicio ni cantos, sino un montón de jóvenes afónicos, dormidos, tirados en los asientos, llegamos de noche a Retiro. Entramos a la parroquia, en el sótano nos esperaban compañeros y familiares. Habían decorado con guirnaldas y carteles de bienvenida, en el centro una mesa puesta para festejar.

Las misiones habían sido formidables, mejor que las del año anterior. Vimos a los jóvenes de los pueblos misionados pasar de la indiferencia al compromiso, y la palabra de Jesús pasar de unos a otros. Era exponencial, la luz de Dios no se apagaría nunca más.

Nadie imaginaba, ni remotamente, que esa sería la última misión.

XV

LIBRE ALBEDRÍO

En 1975 cursé el último año del profesorado. A la mañana tenía clases y a la tarde debía concurrir a una escuela pública para hacer observaciones y prácticas. Me tocó un colegio en la calle Rodríguez Peña, pleno centro de la ciudad. Supuse que iba a encontrar alumnos de clase media, parecidos a mí, pero no fue así. El municipio traía a los niños de la Villa 31 en micros, porque en su barrio no tenían escuela. Los vecinos de la zona que contaban con un cierto poder adquisitivo elegían llevar a sus hijos a otras escuelas más distantes o privadas, para evitar el contacto con el pobrerío, mientras que los más humildes, compartían las aulas sin problema.

La maestra de quinto grado me recibió en la puerta del aula, una señora mayor, con la frustración y el cansancio marcados en cada arruga. Los chicos se portaban mal y se peleaban mucho. La docente no hacía gran esfuerzo por seducirlos. Casi no la escuchaban. Durante los recreos, donde los gritos de los maestros se perdían entre los de los chicos, nuestra profesora de prácticas nos reunía en un aula para evaluar lo que estábamos observando. Con mis compañeras estábamos de acuerdo, todo estaba mal.

El lunes de la segunda semana la maestra me atajó en la puerta de la escuela, antes de entrar. A su lado, de pie, con la mirada clavada en el piso, una nena con un bolsito viejo de tela gris, cosido a mano, colgando de su hombro. La maestra me pidió que la acompañara a su casa porque tenía sarna desde hacía varios días y no había traído el alta médica. Entonces lo noté, su cara y sus manos, que asomaban bajo un saquito raído, estaban llenas de marcas rojas. La criatura no podía entrar, y si lo hacía, se iba a tener que quedar aislada toda la tarde, lo que sería muy humillante. Me conmovió ver la ternura con que se dirigía hacia la niña, al fin de cuentas aún existía su amor de maestra, y sentí piedad por ella.

Pensé que no era casualidad: había tantas escuelas, tantos estudiantes de magisterio, tantas maestras y tantos niños, pero era yo la que estaba ahí, igual que en el Otamendi, para aprender, para no olvidar que tenía una misión.

Contenta con la posibilidad de ayudar, puse mi mano en el hombro de la nena y empezamos a caminar charlando. Al comienzo me hablaba con timidez, pero a la primera cuadra ya lo hacía alegremente. Habríamos andado unos cinco minutos recorriendo calles con arquitecturas modernas, brillantes, llenas de vidrios, mezcladas con otras fastuosas, del tiempo en que la Argentina era “El Granero del Mundo”. La chiquita se detuvo frente a una puerta antigua, de dos hojas, que en su origen habría sido muy elegante. Tomó el picaporte de bronce y la puerta se abrió. De pronto me transporté al comienzo del siglo pasado. Era un conventillo propio de los libros de historia. Los círculos en mi vida se abrían y cerraban dejándome prisionera de la realidad. Entramos en un oscuro patio muy largo, de unos 50 metros. El inquilinato había quedado encajonado entre tres enormes edificios. Sobre el paredón de la izquierda, a lo largo de todo el terreno, había tres pisos de habitaciones, como un panal, una al lado de la otra, una arriba de la otra. Todas daban a un balcón-pasillo de hierro y chapa. Caminamos hacia el fondo. Una puerta abierta dejaba entrever un baño de donde salía un olor apestoso; a su lado, sobre la misma pared, tres grandes piletas de cemento muy deterioradas y un pequeño ambiente sin puerta donde se podía ver una cocina oxidada. A los pisos de arriba se accedía por una escalera de hierro, móvil a causa de los años y el descuido. Empezamos a subir. Las habitaciones, como se apoyaban sobre la medianera, solo tenían como abertura la puerta que daba al balcón-corredor, seguramente por eso muchas estaban abiertas a pesar del frío. Mientras caminábamos hacia el “hogar” de la niña, pude ver las intimidades de las otras familias: calentadores con ollas hirvientes; colchones amontonados, esperando el desparramo nocturno; televisiones viejas mostrando mundos ajenos. Los ruidos mezclados se parecían al silencio. Olores, muchos olores que se fusionaban con los del baño.

Crujía el corredor bajo nuestras pisadas. Imposible ser sigilosos en ese espacio exorbitantemente compartido. Llegamos a la puerta de la “pieza-hogar” de la nena, también estaba abierta. Adentro una anciana, cosía sentada en el borde de una cama mientras escuchaba la radio, la abuela. ¿Cuántos años tendría? Tal vez no eran muchos, pero sus arrugas y la ausencia de dientes mostraban que no habían sido fáciles. Nos miró asombrada. Le expliqué lo que me había dicho la maestra, asintió con una sonrisa apenas dibujada sin decir ni una palabra. Acaricié la cabeza de la nena y me despedí.

Salí aturdida, casi queriendo escapar. Un paso afuera de la antigua puerta y, como Alicia en el país de las Maravillas, volví a mi universo, que ya no era el mismo: por fin todos los mundos, los evidentes y los ocultos, los limpios y los sucios, los radiantes y los oscuros habían formado uno solo, y estaban adentro mío. La realidad, como una espiral me había encerrado, ella me estaba buscando a mí, sin descanso, provocándome, haciéndome trampa. “No existe el libre albedrío”, pensé, “¿acaso puedo elegir otro destino que el de trabajar para cambiar el mundo?”.

Caminaba entre la multitud indiferente, que corría, empujaba, conversaba sin mirar más allá de lo evidente. De pronto me ganó el miedo, me sentí insignificante, yo era menos que nada frente a tanta injusticia establecida. Una sensación de impotencia desconocida me llenó de lágrimas. Entonces busque la cruz que tenía colgada sobre mi pecho, la que me habían regalado al terminar el colegio. Recordé entonces que yo no era una abeja indefensa y solitaria, sino parte de una colmena rebosante de salud. Así que sequé mis ojos, y apuré el paso, tenía mucho que hacer.

MI TÍO EDUARDO

Por esos días, tan oscuros para mi patria, un suceso que podría haber sido banal o intrascendente, se convirtió en un antes y un después para mí, forjando la verdadera convicción de que me encontraba en manos de Dios y no en manos del destino. Ese episodio le dio a mi vida un toque de magia que, en aquel tiempo, sin dudarlo, llamé: “milagro”. Todo empezó con la visita que apareció en la boutique un viernes de junio. Al entrar me sorprendí al ver un muchacho de unos treinta años muy acomodado en el silloncito de pana de la boutique, conversando familiarmente. Mamá me lo presentó, era Roberto, único hijo de mi tío Eduardo, hermano de mi papá. Mi primo trabajaba como corredor en una fábrica importante de ropa de mujer, y se había acercado por casualidad a vender su mercadería. A Roberto no lo había visto nunca, ni siquiera en fotos. Tuve el recuerdo de que mi mamá había hablado de él algún tiempo atrás contándonos que había nacido con una leve discapacidad mental producida por un fórceps. También nos había hablado de su madre, Zara, que era una mujer bastante complicada.

Lo saludé amablemente, pero no lo sentí familiar. Mientras él charlaba con mi madre, yo ordenaba los pantalones que recién había traído. Entonces apareció el recuerdo de los regalos que su padre nos había hecho. Cuando se murió mi papá y a lo largo de dos años, mi tío Eduardo siguió visitándonos todos los martes y era, para mí, la imagen del padre ausente. Nos traía golosinas, jugaba con nosotras. Nunca olvidé los camisolines de gasa que nos regaló porque sí: Rosa el mío y celeste para mi hermana, dos capas de tela suave y traslúcida, de princesas, tomadas en breteles finitos, un nido de abeja en el pecho con perlititas cosidas en cada vértice, y una bombachita con volados, pero lo que los hacía más hermosos era que los había regalado ese hombre que tenía los ojos azules como los de mi papá. Muchos años usé el camisón. Primero me llegaba a la rodilla y, al final, cuando ya tenía seis años y casi no me tapaba la cola, empecé a usar el de mi hermana, que era más grande. Los camisones duraron, pero el tío Eduardo no. Un día dejó de venir. Su esposa Zara había sido siempre una mujer muy difícil y seguramente se lo habría prohibido. Mamá nos había contado que cuando iban de visita con mi papá, Zara pasaba un trapo en el piso por donde habían caminado, limpiaba todo el tiempo la mesa donde estaban apoyados, sacudía los sillones en cuanto se paraban, hablaba poco y por lo bajo, mostrando permanente incomodidad, mientras Eduardo se desvelaba por hacerlos sentir bien. Por eso mamá no se enojó ni llamó al tío cuando imprevistamente dejó de venir.

Pensando en esas historias me picó la curiosidad y le pregunté a Roberto cómo había llegado a la boutique:

—Yo siempre supe que ustedes vivían en este barrio, porque alguna vez vine con papá. Cuando entré a vender me pareció reconocer a la abuela, está igualita...— dijo mirándola con una sonrisa divertida — pero cuando ella la nombró a Aurora no me quedó duda, es un nombre muy raro.

Mientras hacíamos un brevísimo resumen de nuestras vidas, y saboreábamos los mates y tortas fritas, yo me sentí invadida por un deseo incomprensible, que luego entendería como uno de los regalos más conmovedores de mi vida. Le dije a Roberto que quería visitar a mi tío. Quería escuchar de su boca sobre mi papá y, sobre todo, recuperar el vínculo que se había roto tantos años atrás. Roberto se volvió notablemente incómodo, empezó a balbucear excusas: que la casa estaba muy despelotada, que su madre era muy especial, que el tío estaba muy enfermo, que esto y lo otro. Pero gracias a mi insistencia y capacidad de persuasión, de las que mi madre solía ser la principal víctima, finalmente mi primo, nervioso, tomó un papel y un lápiz que le

alcanzó mi abuela, y me escribió la dirección. Debajo de la nariz se le habían juntado gotitas de sudor.

Cuando se iba lo detuve en la puerta:

— Avisale a tu papá que este viernes a las cinco voy a estar en tu casa. Que se prepare, porque lo voy a llenar de abrazos y preguntas.

Roberto hizo un mal gesto, frunció la nariz y meneó la cabeza como en desaprobación, alzó la mano y se fue.

No pasaron cinco minutos cuando me dio un salto el corazón. ¡Cómo me había olvidado! El viernes yo tenía una cita a las siete y media de la tarde con los padres de mi primer alumno particular, y la había estado esperando con ansiedad desde que me habían llamado. Me enojé tanto conmigo, hubiera deseado entrar en lo del tío sin horario de salida. Por eso, cuando salí del profesorado decidí que, aunque mi visita iba a ser breve, no dejaría pasar un solo día más sin ver a mi tío Eduardo. Por alguna razón insospechada, me nació la idea de que debía quebrar un conjuro: o lo visitaba esa tarde o no lo haría nunca más.

El departamento quedaba en la calle Pampa, no muy lejos. Pero como en Pampa y Libertador hay un túnel, me perdí. Pasaban los minutos y no podía encontrar la dirección. Eran casi las seis y yo seguía dando vueltas.

¡Iba a llegar tarde a la entrevista y necesitaba trabajar! Me odiaba tanto. Tenía que dejar la visita para otro día, lo lógico, lo normal. Pero una voz interior me repetía “ahora o nunca”, así que seguí buscando hasta que por fin llegué al departamento.

Toqué el portero eléctrico, una, dos, tres veces. Sonó la chicharra, empujé y la puerta de abajo se abrió. Subí al cuarto piso. El timbre estaba roto, sin botón, así que golpeé suavemente. Escuché que se abría la mirilla, y nada. Sentí la presencia del otro lado de la puerta, una respiración agitada, casi asmática. Me asomé para intentar ver algo hacia adentro, un ojo azul clavó su mirada en el mío. Retrocedí sobresaltada. Mi corazón galopaba, intuía que algo no estaba bien. Intentando hacer amigable mi voz me presenté en voz muy alta. Suponía que era Zara y que Roberto le había avisado de mi visita, así que, sin darle demasiadas explicaciones le pedí permiso para entrar a saludar a Eduardo. Del otro lado de la puerta la voz áspera ofreció resistencia: “no podés pasar, hay mucho desorden”, “no porque él está enfermo”, “no porque estoy ocupada”. Parecía que un muro infranqueable se había levantado entre mi tío y yo, y toda mi artillería de palabras no conseguía derrumbarlo. Cuando ya me estaba por dar por vencida, acerqué mi ojo a la mirilla de bronce nuevamente y, con la voz entrecortada rogué. Nos miramos unos segundos en silencio y cerró la tapita dorada. Yo sentía que ella continuaba allí, pegada a la puerta. “Padre nuestro que estás en los cielos...” empecé a rezar murmurando, muy rápido, atropellando palabras, porque necesitaba su intervención con urgencia.

De pronto la puerta se abrió. Un vaho a cementerio me invadió y sentí náuseas. Zara debía tener la edad de mi mamá, pero parecía mucho mayor. Con un tímido gesto me invitó a pasar. Tenía un vestido negro, sucio y desteñido, y un delantal que alguna vez habría sido blanco. Me recordó una bruja de los cuentos y me estremecí. Entré. Sin decir palabra me dejó en el living y se fue por un pasillo. El parquet de madera del piso estaba desarmado; había tablitas sueltas mezcladas con bolas de pelusa y tierra sobre la carpeta descubierta de cemento. Amontonados en una polvorienta montaña en el piso había cajones con papeles, valijas mohosas, lámparas desarmadas, una guitarra sin cuerdas, muñecas rotas. Contra una pared, un mueble con una colección de frascos con cosas irreconocibles en un estado de pudrición tal, que el moho llegaba hasta la tapa. La luz estaba prendida, un plafón amarillento, tan opaco que apenas iluminaba. Un enorme ventanal daba a la calle, pero la persiana estaba desenrollada hasta la mitad sostenida por una correa mugrienta clavada en la pared con un enorme clavo. Las cortinas de voile, grises de mugre, estaban hechas girones, como si las hubiesen

desgarrado a propósito, y terminaban en hilos que rozaban el piso. A mi izquierda vi una heladera Siam antigua semiabierta, completamente llena de hielo; la tapa de abajo no estaba, cuatro biblioratos negros, llenos de polvo, apoyados prolijamente sobre el motor. Pensé que solo una Siam podría seguir funcionando en esas condiciones, parecía un cuadro de Dalí.

Reapareció Zara y con un gesto hosco me invitó a seguirla. Caminamos por un pasillo. Al pasar frente a la cocina, me golpeó el olor repugnante. Apilada sobre la mesada había vajilla, papeles, cartones y restos de distintas comidas en mal estado. Contuve el vómito. Habré hecho algún movimiento o sonido, porque la mujer se detuvo en la puerta, y señalando dijo con resignación: “Tuve que clausurarla porque está muy sucia, ya no tengo ollas, ni platos, ni nada. Todos los días pedimos comida, ahí no se puede cocinar...”

Estaba asustada. Pasamos delante de un dormitorio que se veía normal, hasta tenía la cama tendida. Seguramente era el de Roberto, ¿cómo podía vivir ahí sin volverse loco? O tal vez lo estaba...

Zara se paró frente a una puerta cerrada. Abrió, y me empujó suavemente para hacerme entrar. Cerró detrás de mí. Iluminado tímidamente por una luz mortecina, el anciano desde la cama me miró con el frío vidrioso de sus ojos azules. Mi tío no había cumplido los sesenta años, pero, frente a mí, había un hombre de ochenta. Su cuerpo esquelético estaba enredado entre sábanas mugrientas, cubierto por una frazada marrón, como de guerra; sus pies huesudos con uñas largas y amarillas salían entre los agujeros. Debajo de la manta se adivinaba su vientre muy hinchado. Me senté despacito en el borde de la cama. Sus ojos, tan celestes como yo los recordaba se humanizaron, y se llenaron de lágrimas. Nos quedamos varios segundos reconociéndonos en silencio. Sentí culpa, vergüenza y rabia ¿Qué decirle? ¿Tenía ganas de gritar! Su boca primero tembló, como si llevara tiempo sin hablar, como si ya se hubiese olvidado:

—Gracias por venir. — susurró.

—Tardé mucho, me perdí dando vueltas, pero ya estoy acá— le tomé las manos, y las apoyé en mis mejillas, como cuando era chica y él nos besaba la frente.

—Estás igual a tu mamá. Yo no quería alejarme de ustedes. Le había prometido a mi hermanito que las iba a cuidar, pero...— no pudo seguir, se puso a llorar como un niño. Entonces, apoyé suavemente mi cabeza en su pecho, que parecía a punto de romperse, y lloré con él.

Cuando recobramos la calma volvimos a hablar:

—Ya sé tío, ya entendí. Lo importante es que hoy estamos juntos y nunca más nos vamos a separar— le dije mientras acariciaba su cabeza blanca.

— ¿Cómo está tu mamá? ¿Y Verónica? ¿Qué grande estás! ¿Cuántos años tenés?

Lo primero que le conté fue mi recuerdo de los camisolines de gasa. Después le hablé de mi madre, del negocio que le estaba yendo tan bien, de mis estudios y mis sueños, de la excelente carrera que seguía mi hermana en la universidad de Ciencias Económicas y de Fabián su novio.

—¿Y vos tenés novio?— me preguntó con una picardía que me dieron ganas de apretarlo.

— Se llama Francisco, pero no es mi novio, me gusta. Estudia abogacía y trabaja con su papá, pero no me da bolilla, somos muy amigos, pero nada más, porque está enamorado de otra chica. — esa historia ya era vieja, pero me pareció más divertido contársela.

Entonces Eduardo abrió los ojos asombrados y dijo:

—Ese chico, si no te elige, está ciego y es un tonto, olvidate, no te conviene.

—Tenés razón tío, no lo había pensado así, igual ya se me está pasando, somos buenos amigos y me alcanza... Aunque si algún día me roba un beso, juro que me derrito.

Fue maravilloso reírnos juntos. Así pasamos el tiempo, hablándole de cualquier cosa divertida que se me ocurría mientras me miraba extasiado, aunque, cada tanto, se quejaba de dolor. Pensé que lo estaba cansando, mi entusiasmo no era muy apto para enfermos, así que empecé a acariciar sus manos en silencio. Antes de que se durmiese me saqué la cruz que me habían regalado cuando terminé el secundario, y se la puse en las manos:

—Quiero darte esto, para mí es importante. No sé si crees en Dios, pero...

—Ponémela— me interrumpió, y llevó mis manos a su cuello.

Cuando terminé de enganchar la cadena, le acomodé las almohadas. Eduardo iba a decirme algo, pero crispó su boca, dio un fuerte quejido y encogió sus piernas; fue impresionante, me tapé la boca para no gritar. Cuando se compuso palmeó mi mano, intentando consolarme, y me pidió un poco de agua. Mientras buscaba un vaso, tuve que ver lo que no quería ver: la persiana bajada por la mitad, que había caído en diagonal y parecía trabada con su propio peso, apenas dejaba pasar la luz, y solo por una lamparita amarillenta que colgaba del techo pude distinguir los muebles llenos de cajas y frascos de remedios vacíos, papeles de diario y muchos trapos que parecían sucios con vómitos resecos; el techo y la pared donde se apoyaba la cama estaban negros de hollín porque, después me enteré, su mujer había querido incendiar el departamento más de una vez. Yo estaba pasmada y me había olvidado del agua, por eso me sobresalté al oír el chirriar de la puerta. Apareció Zara con un vaso lleno, seguro nos había estado escuchando.

Eduardo bebió, entrecerró los ojos y se durmió. El pecho subía y bajaba con dificultad, sin ritmo, y al espirar emitía un sonido, como un lamento. Decidí esperar a mi primo Roberto para hablar con él.

Mi vida se evaporó absorbida por este agujero negro: la entrevista de las siete de la tarde, mamá que se iba a asustar con mi retraso, la preparación de la clase de catecismo del día siguiente, la monografía del profesorado.

Durante tres horas hablé con Zara, necesitaba ganarme su confianza para lograr sacar a mi tío de ahí:

— ¿Tía, que dice el médico sobre la salud de Eduardo? — pregunté esforzándome por lograr que mi voz fuera amable y respetuosa.

Me indicó que la siguiera hasta el living, me miró a los ojos y tomó mi mano... Temblaba:

—No lo ha visto ningún médico, estoy desesperada. Yo lo mantengo vivo porque todos los días le hago enemas de agua con sal. A Eduardo lo quieren matar. ¡Roberto lo quiere muerto!, él dice que va a traer un médico, pero va a llamar a un asesino. Estoy asustada y no lo voy a permitir.

Su expresión enajenada me aterró. Mis manos comenzaron a transpirar, me faltaba el aire. Quería escaparme, pero cerré los ojos y les pedí a Jesús y a mi papá que me ayuden. Entonces, muy dentro de mí, como una caricia, sentí su compañía. Recuperé la serenidad y al fin pude pensar.

—Entiendo, Zara, ¡esto es tremendo, qué suerte que te diste cuenta! Pero no te preocupes más, yo tengo el teléfono de un médico de mucha confianza, un buen hombre. Ahora, cuando llegue Roberto lo vamos a obligar a que lo llame. — y tomándole las manos con energía agregué— ¡Aunque no quiera! ¡vas a ver que lo va a llamar! ¿Estás de acuerdo?

Su gesto cambió repentinamente. Me miró aliviada, esbozando una sonrisa. Hizo lugar en unas sillas tirando al piso las cajas que tenían encima y nos sentamos. Empezó a desvariar, a relatar historias generadas en su mundo de fantasía. Me contó que una vez había ido con Eduardo a un concierto de piano en un gran teatro de Córdoba. Al tardar tanto el pianista comenzó la silbatina. Entonces ella, que no sabía tocar ningún instrumento, por solidaridad con

el público ansioso, subió al escenario e improvisó, ¡dando más de una hora de concierto! Al finalizar, en medio de ovaciones, la gente le arrojó las flores que tenía preparadas para el artista. El relato de Zara era acompañado por gestos grandilocuentes y ojos desorbitados, ella hablaba a los gritos, sacudiendo los brazos, imitando al público. Yo no salía de mi asombro. Sus historias siguieron sin parar unas tres horas. Cada tanto me levantaba para ver a Eduardo, pero seguía durmiendo. Serían las diez de la noche cuando llegó mi primo que se quedó mudo al verme. Yo tenía ganas de pegarle, de insultarlo, estaba indignada como nunca en mi vida, pero de nada iba a servir, así que me concentré en lograr que algún médico viera a mi tío esa misma noche. Zara entró al baño, el único lugar impecable de la casa. Aproveché para pedirle a Roberto el teléfono de la obra social de Eduardo; lo anotó en un papel y me lo dio; titubeando trataba de explicarme lo que yo ya sabía como si fuese un niño, al final me dio pena. Entonces lo puse al tanto sobre lo que haríamos para contener a su madre.

Minutos después, parados los tres en el living, saqué de mi cartera el número que mi primo acababa de darme y susurré en el oído de Zara: “Es el teléfono del doctor de mi familia, ya vas a ver cómo lo llama, aunque no le guste”. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, me agradeció, entonces le tomé el brazo en gesto de complicidad y, sacudiendo con mi mano el papel, le grité a mi primo que llamara a ese teléfono, y que no se le ocurriera llamar a otro. Zara me abrazó eufórica, agradecida. Roberto llamó frente a nosotras y explicó la gravedad de su padre. El médico llegaría enseguida.

Cuando tomé noción de la hora me acordé de mamá y la llamé. Ella me atendió furiosa, estaba muy asustada porque hacía rato que me buscaba y no tenía idea de dónde podía estar. Esperé a que se desahogue, entonces me pudo escuchar. Cuando le conté concisamente la situación hizo silencio, y luego, con la voz quebrada, solo me pidió que me cuide, que vuelva en taxi, que le avise al salir; la ternura de su tono fue un abrazo de consuelo para mí.

Eduardo se despertó, se quejaba mucho. Mi primo se encerró en su pieza. Yo me senté en la cama y tomé la mano de mi tío sin decir una palabra, él no abría los ojos, no podía evitar retorcerse por momentos. Zara se plantó en la puerta como un guardián. Un par de larguísimas horas más tarde llegó el médico. Al revisarlo, aseguró que debía ser internado de urgencia, le inyectó unos calmantes y se comprometió a que a las seis de la mañana vendría con la ambulancia.

Eran más de las doce de la noche. Llamé a casa como había acordado. Al llegar me esperaban Verónica y mamá. Me hizo bien contarles todo, decir lo que había vivido era como romper un maleficio, recuperar mi vida. Compartimos la rabia y el dolor hasta muy tarde. Al final el sueño nos venció y nos fuimos a dormir un rato.

Antes de las seis llegamos al departamento de Eduardo, mamá había decidido acompañarme. Zara abrió la puerta en camión, tenía los ojos muy maquillados y los labios rojos con la pintura corrida. Quedó atónita al ver a mamá, pero no se interpuso cuando entró conmigo. Roberto dormía, se lo escuchaba roncar a través de la puerta cerrada y le dije a Zara que lo despierte, si yo entraba al cuarto de mi primo le iba a patear la cabeza.

Entré con mi madre al dormitorio de Eduardo. Ella se acercó a la cama y apenas pudo contener el llanto, habían sido tan amigos. Él estaba despierto, sobrecogido con nuestra presencia. Mamá tomó la mano moribunda de Eduardo entre las suyas. Conversaron suavemente; él preguntó por mi abuela, mis tíos y primos, me impresionó cómo recordaba sus nombres. A las seis y media sonó el timbre. Era la ambulancia.

Zara buscaba continuamente mi gesto para asegurarse de que todo estaba bien. Se había vestido con una pollera floreada y una camisa blanca y azul a rayas, movía su boca como si hablara, pero no lo hacía, por ahí se reía mirando el piso, se la notaba muy ansiosa. Se subió a

la ambulancia con Eduardo, y mi primo los siguió en auto. Nosotras nos volvimos a casa. Todavía no había amanecido.

Fue un largo sábado de junio, gris, lluvioso y frío. Al atardecer Roberto nos llamó por teléfono para contarnos que Eduardo estaba tranquilo, recién se había despertado y no sentía dolor. Lo habían operado de urgencia para evitar una peritonitis aguda, sin la cirugía no hubiese sobrevivido ni un solo día más. Pero también habían encontrado un cáncer intestinal muy avanzado, le quedaban, como mucho, un par de meses de vida.

A la noche me fui a cenar a la casa de Silvia. Me sentía agotada pero no podía estar sola, necesitaba a mis amigos del alma. Después de comer fuimos a tomar un café con Nora y Francisco. Pasamos el tiempo imaginando cómo íbamos a arreglar el departamento de mi tío, por si le daban el alta y debía regresar, aunque fuese poco tiempo. Seguramente los compañeros de la parroquia nos iban a ayudar con trabajo y donaciones, no iba a ser difícil.

A la mañana siguiente, casi sin dormir, llegué al hospital donde me esperaba Francisco, que se había ofrecido para acompañarme. Era domingo, y el bullicio de la gente en la hora de visita rompía los silencios tristes de los pasillos. Me llamó la atención que muchas personas llevaran regalos. Entonces mi amigo me lo recordó: era el Día del Padre.

Me quedé pasmada. De repente entendí que era un regalo cuya dimensión solamente Él y yo podíamos entender, porque solo nosotros sabíamos lo que había significado para mí no haber tenido nunca un Día del Padre. Sentí vértigo, cerré los ojos y en silencio apreté mis manos contra el pecho para darle gracias.

Mi amigo me sacudió del brazo, intrigado por mi reacción, pero era difícil de explicar. De repente me irrumpió la ansiedad por ver a mi tío, así que le sugerí subir por las escaleras porque había demasiada gente esperando el ascensor. Eran tres pisos, llegamos casi sin aire. En medio del pasillo, con las manos en la espalda y la mirada clavada en el piso, estaba Roberto. Se lo veía exhausto, ojeroso, con el pelo ensortijado y la ropa arrugada. Cuando me vio no pudo evitar un suspiro de alivio. Le presenté a Francisco, pero ni lo saludó. Enseguida empezó a contar que Zara no se había querido ir a su casa, que había tenido un ataque durante la noche y había pateado una mesa en la oficina de las enfermeras, rompiendo todo lo que tenía encima. Después de ese lío y de muchos forcejeos, los médicos la habían medicado y desde entonces estaba tirada en un sillón de la habitación de Eduardo. Roberto entró a buscarla y la sacó del brazo, casi a la rastra.

—Nos vamos a descansar. Te encargo a mi papá. En la operación le limpiaron todo lo que pudieron, pero, aunque la infección se cure, con el cáncer no tiene esperanzas. Igual ya no se queja, lo tienen con calmantes. Por suerte el viejo ahora está bien— dijo mi primo arrastrando las palabras.

Y mientras se alejaban Zara se dio vuelta y me gritó, rompiendo su letargo:

— ¡No dejes que lo maten! ¡Me prometiste que no ibas a dejar que lo maten! — Su hijo la empujó brutalmente adentro del ascensor, huyendo de la mirada estupefacta de la gente. Parecían una caricatura de sí mismos.

Francisco, conmovido, me acarició la espalda y puso su mano en mi hombro, un tibio cosquilleo me recorrió la piel, cuánto bien me hacía su presencia.

En la habitación, Eduardo parecía recién despierto. Lo habían afeitado, se veía limpio, peinado, impecable y había vida en sus ojos azules. Nos recibió con una suave sonrisa, tenía mi cruz colgada en el respaldar de la cama. Le presenté a Francisco y me guiñó un ojo en complicidad tan evidente que me hizo dar vergüenza. Estiró su mano para que me acerque, acomodé una silla y me senté a su lado. Acariciando su frente desplegué toda la ternura acumulada durante mis quince años sin padre.

Charlamos mucho, aunque de a ratos, porque tenía que descansar. Me habló de “su hermanito”, que era alegre, divertido, inteligente, aunque torpe y distraído ¡como yo!, pero sobre todo era un gran soñador, también como yo. Con Francisco hablaron de fútbol, los dos eran fanáticos de River. Al verlos conversar sentí un ridículo placer, yo no estaba acostumbrada a esas conversaciones, en mi casa no había hombres y nosotras de deportes no entendíamos nada, no teníamos interés.

Pasado el mediodía comenzó a sentir malestar, así que llamamos a la enfermera que le dio unos calmantes para que el tío descanse. Francisco y yo nos quedamos conversando en voz baja, intentando comprender lo que había llevado a estas personas a vivir en la más absoluta indignidad, planeando el arreglo del departamento, imaginando la reacción de Zara y lo que tendríamos que hacer con ella. Cuando le pedí a mi amigo que se vaya a pasar el día con su padre, no quiso, decidió quedarse conmigo hasta el final.

A las siete de la tarde llegó Roberto. Nos fuimos lamentando no poder despedirnos de Eduardo que no se había vuelto a despertar. Afuera ya era de noche, hacía frío y no se veía gente en la calle. Francisco me acompañó hasta el colectivo, y antes de irme lo abracé agradecida, ¡Cómo me hubiese gustado que me robe un beso, que me arranque de esa realidad tan difícil de soportar, poder ampararme en ese amor negado! Pero era mi amigo incondicional, y yo nunca podría olvidar lo que había hecho por mí.

Mi tío ya no se despertó, dos días después nos avisaron que había fallecido. Mi mamá no quiso ir al velorio, pero yo necesitaba pasar un momento, para despedirme, aunque sabía que ese cuerpo muerto ya no era él. Entré y no saludé a nadie. Posiblemente algunas personas que allí se convocaban pertenecían a mi familia paterna, pero no me interesaba, habían abandonado a Eduardo durante años. Solo me acerqué a él y acaricié su cabello blanco. No sé qué buscaba, pero me hizo bien.

Cuando me estaba yendo, Roberto me alcanzó, en su mano tenía mi cruz. Antes de la operación su padre le había indicado que si moría tenía que dármela... Solo eso le había pedido, nada más.

Desde ese momento llevé puesta mi cruz, hasta que un día, tres años después, me la arrancaron.

XVII

NUEVAMENTE EL FUTURO ME VINO A BUSCAR

Después del episodio de mi tío dediqué toda mi energía a los estudios, tenía totalmente claro lo que debía hacer y, aunque solo me faltaba un cuatrimestre para terminar el profesorado, no había encontrado en las enseñanzas que me impartían las respuestas que yo estaba buscando. Me preparaban para enseñar a niños ideales, pero yo había descubierto a los reales, los abandonados por la sociedad, los que habitaban los conventillos o las villas miseria, para los que las herramientas aprendidas no me iban a alcanzar. Mi carrera se había transformado en un trámite aburrido.

Después de las vacaciones de invierno tuvimos que elegir un taller optativo. En la lista decía: “Educación liberadora para América Latina”. ¡Al fin una materia para mi utopía! Durante el curso conocí los libros sobre educación para el Tercer Mundo: el educador brasileiro Paulo Freire y su “Pedagogía para el Oprimido” fue el primero de los tantos textos que transformaron mi guardapolvo blanco en una bandera.

Con la intención de darnos mejores herramientas para trabajar con los niños más vulnerables, la profesora organizó un viaje de estudios a los bosques del norte santafecino para recorrer escuelas donde se habían formado cooperativas escolares con la participación de toda la comunidad. Nos inscribimos pocos, así que, para poder financiarlo, la profesora convocó a un grupo de alumnos de un profesorado de Tandil, el ISER, Instituto Superior de Enseñanza Rural, que preparaba maestros rurales.

Estábamos en octubre, pero en el Norte de Santa Fe ya hacían más de 30 grados. El micro se internó en el monte. El polvo del camino de tierra entraba por las ventanillas, se nos pegaba en la cara transpirada y en el pelo. Mi compañera de asiento, una chica de Olavarría que estaba en segundo año del ISER de Tandil fue la primera víctima de mi curiosidad. Yo quería estudiar ahí. De a ratos interrumpíamos la charla para unirnos a los cantos: “...a desalambrar a desalambrar que la tierra es mía es tuya y de aquel, de Pedro María de Juan y José...”, y después, “Soldadito de Bolivia soldadito bolivianoooooo que un hermano no se mata que no se mata un hermanooooo...”, o la que cantaba la Negra Sosa “...canta conmigo canta, hermano americano, libera tu esperanza con un grito en la voz...”.

Cooperativa escolar, arte, música, creatividad y amor. No había presupuesto en las escuelas, pero “la pasión de hacer” derrumbaba todos los obstáculos. Ya habíamos visitado tres y todavía quedaba la más reclusa en la selva. El chofer del micro nos dijo que éramos afortunados en poder llegar, porque normalmente los arroyos cortaban los caminos y el lugar quedaba aislado semanas completas.

Llegamos pasado el mediodía. El maestro nos estaba esperando ansioso con sus veintidós alumnos y algunos padres. Habían preparado la bienvenida: canciones, bailes, tortas y mate cocido. Me daba vergüenza porque yo no podía parar de llorar. Adentro del salón de clases habían armado una exposición asombrosa de cerámicas. Luego de la merienda, nos dieron una clase de cómo utilizaban tierra aireada y desgranada que recogían de los hormigueros para realizar sus obras, un oficio heredado de los pueblos originarios. Un grupo de niños con ayuda de los adultos modelaban, mientras otros preparaban las tinturas con elementos de la naturaleza o se ocupaban de hornear. La cooperadora vendía la producción en el pueblo. El maestro nos explicó que esta actividad no había sido en desmedro de los aprendizajes académicos de la escuela sino todo lo contrario: matemáticas, lengua, ciencias naturales, historia y geografía,

cobraban sentido práctico, y el trabajo en equipo se había trasladado a las relaciones solidarias de los niños y de la comunidad.

La última noche, en la posada donde nos alojamos, no podía dormir. Me levanté y fui a la escalinata que daba al jardín para escuchar los grillos, y respirar el perfume suave del pasto húmedo del rocío. De pronto, casi como un espectro apareció, caminando desde el fondo del parque, la profesora que también estaba insomne. Se sentó a conversar hasta que nos sorprendió la madrugada. Le conté sobre las cosas que me habían sucedido los últimos años, que me habían ido marcando, a las que se sumaba este viaje que ahora me llevaba al ISER. Se me ocurrió decirle, divertida, que Dios estaba jugando conmigo a la Búsqueda del Tesoro, tirándome pistas tan claras como el agua. Ella me miró en silencio, indagándome, y luego de un profundo suspiro y a modo de confesión, me dijo que siempre había sido atea pero que, si estuviese en mi lugar, lo dudaría. Luego me abrazó, y me susurró al oído “Si de verdad Él existe pedile que te cuide mucho. Se vienen malos tiempos, peligrosos, mejor que te cuide mucho”. El suave temblor de su cuerpo me contagió y me ganó una fea sensación de fragilidad, me quedé sin palabras. Se levantó evidentemente conmovida, y secando sus ojos, me sugirió que yo también me vaya a dormir, dio media vuelta y se fue a su habitación.

XVIII

OTRO GOLPE A LA UTOPIA

En diciembre de 1975, salvo por los amores, todo en mi presente ya era pasado. Hacia adelante no existía incertidumbre, solo ansiedad.

Terminé el profesorado y el mismo día que obtuve el papel que certificaba mi título en trámite, envié al ISER la solicitud de inscripción.

El 8 de diciembre, día de la Virgen, fui a recibir el diploma de maestra catequista. El padre Alfredo Kelly y los profesores nos habían preparado la fiesta en una casa de retiros espirituales de Ituzaingó. Algunos habían invitado a sus familias, pero yo fui sola, a mamá le parecía una pavada y ni me animé a invitarla. Antes de irme, el padre Kelly me estrechó con la fuerza de un amigo, él sabía que iba a emprender un largo camino. Le prometí visitarlo, escribirle, porque seguramente lo iba a necesitar. Cómo me hubiese gustado compartir con él mis logros y frustraciones, escuchar sus consejos, llamarlo para decirle cuánto crecí a su lado, pero no pude... Y todavía me duele.

El último martes, al entrar a la parroquia, el padre Victorino nos hizo sentar en la iglesia. Estaba serio y parecía cansado. Con voz trémula, contenida, nos explicó que el año siguiente habría cambios importantes, porque se iba a remodelar el edificio, así que, debido a las obras, las reuniones de los martes se harían en las casas de los jóvenes integrantes de las comisiones, y solo nos reuniríamos todos un ratito después de las misas de los domingos para compartir conclusiones. Uno de los compañeros preguntó por las misiones. Victorino frunció el ceño, nos recorrió con una mirada piadosa, como si se disculpaba, carraspeó y respondió con firmeza que se suspendían hasta nuevo aviso. Conocíamos bien su carácter, y por la forma de contestar, todos comprendimos que no había vuelta atrás.

Algunos se enojaron, otros lo tomaron con entusiasmo: podía ser un cambio interesante, además no era definitivo. Esa noche los grupos organizaron los lugares de reunión para los primeros encuentros del 76.

En ese momento ninguno suponía que juntarse fuera de la parroquia resultaría tan poco atractivo, que el grupo terminaría disuelto en muy pocos meses. Por otra parte, el mimeógrafo se “había roto” en el invierno por lo que desde hacía meses no había más revista y, como remate, el catecismo, a partir del año siguiente, pasaría a cargo de la Cofradía del Perpetuo Socorro, un grupo de adultos que también se reunía en la parroquia.

Muchos años después, ya en democracia, el padre Victorino les contó la verdad a Silvia y a Nora: un compañero del grupo, de quien no dijo su nombre, le había confesado que trabajaba para la SIDE, Secretaría de Inteligencia del Estado, y le había asegurado que estábamos en la mira. Los curas, con muchísimo dolor, decidieron disolver el grupo para resguardarnos, y buscaron la manera de ocultar la verdad, querían evitar reacciones que podrían ponernos en riesgo. En esos tiempos la confesión de Victorino no sorprendió, ya habíamos conocido cómo actuaba el terrorismo de Estado.

Esas vacaciones fueron formidables, nunca me divertí tanto. Martín, el novio de Silvia, se había ido a dar la vuelta al mundo embarcado, así que junto con Nora fuimos a Mar del Plata, a un departamento prestado. No teníamos mucho dinero, más vale nada, así que nos manejábamos a dedo, comiendo cualquier cosa, buscando hacer todo lo gratis que

encontrábamos, y tomando muchísimo mate, que era barato. Conocimos chicos con los que salimos casi todos los días, pero no pasó nada porque, salvo Nora, no teníamos ganas de andar enamorándonos, Silvia tenía novio, y yo tenía proyectos.

Durante esos días me gustó sentir la vida como la mayoría de los chicos de mi edad, por momentos envidié a aquellos jóvenes que solo tenían proyectos personales, que llevaban una mochila liviana, porque la mía estaba cargada con todas las injusticias del mundo, y no me la podía sacar, aunque quisiera.

El lunes 15 de marzo de 1976 a las ocho de la mañana sonó el teléfono de mi casa, mamá recién salía de bañarse y yo estaba todavía en el más profundo de mis sueños. Pero el grito de mi madre me arrancó de la cama. Corrí al living y la vi pálida, tambaleante, la ayudé a sentarse. Con el tubo en la mano balbuceaba: “¿Y cómo está? ¿Va a vivir? ¿Y cómo va a quedar? ¿Reconocía?”. Yo le hacía señas y muecas tratando que me diga de quién hablaba. Cortó. Boquiabierta miraba por el ventanal el edificio del Hospital Militar. La sacudí, le pedí que por favor me cuente, la angustia de no saber ya era insoportable. Conteniendo el llanto me contó que le habían puesto una bomba al General Videla en el Comando en Jefe del Ejército y mi tío Adán, el General, había sido alcanzado por las esquirlas, tenía destruida la mitad izquierda de la cara, y no sabían si estaba afectado el cerebro.

—Lo están trasladando acá enfrente, lo van a operar. Recién podemos ir a las nueve. —susurró.

Cuando fue la hora cruzamos la avenida Luis María Campos. Entramos al hospital. En el hall una mujer nos palpó de arriba abajo, otros uniformados nos pidieron documentos, hablaron por teléfono pidiendo autorización, al fin nos dejaron pasar. Recorrimos un laberinto de corredores de mármol amarillento hasta que llegamos al ascensor que nos habían indicado. Llegamos a la sala de espera de terapia intensiva.

Desde un sillón, de la mano de Marta, la esposa de mi tío, la abuela nos recibió con una sonrisa. Se veía muy tranquila, nos dijo que estaba totalmente segura de que todo iba a salir bien. Mi mamá se sentó entre sus hermanas que le hicieron lugar en el sofá de cuerina negro y yo me senté en una mesita ratona contra la pared. Anita tenía en una mano la medallita de San Ceferino, y en la otra una estampa de la Virgen de Luján. Con su actitud serena de siempre, parecía contenernos a todos.

Pasaban las horas y no había noticias, nos turnábamos para ir a casa a cargar el termo del mate, para ir a comer, pero nadie se iba, la familia completa estaba ahí, acompañando a Marta y a la abuela, que nos acompañaba a todos.

En un momento la esposa de mi tío dijo, como quien comparte un secreto, que en una o dos semanas darían el golpe de Estado y se terminaría el caos en el país. Para su sorpresa no hubo ningún comentario. Mi abuela miraba la pared como si no hubiese escuchado, me imaginé lo que estaría pensando: ella había padecido la “Revolución Libertadora”, el robo del cuerpo de Evita, la destrucción de los pulmotores de la Fundación, la persecución de los peronistas, la proscripción. Desde hacía tiempo Anita tenía su corazón peronista en un lado y el de su hijo en el otro.

A las cuatro de la tarde recién apareció un médico para dar el parte. Adán estaba fuera de peligro, su cerebro no había sufrido lesiones. En cuanto estuviese en condiciones lo trasladarían a EEUU para hacerle todas las cirugías reparadoras que necesitaba: prótesis en el ojo izquierdo, maxilares, dientes, nariz, oreja, aseguraron que iba a ser dura y larga la recuperación, pero iba a quedar muy bien. Me acordé de los chicos de Apac, ¿llegaría alguna vez a nuestro país, a los más humildes, esa medicina que solo algunos podían alcanzar? Seguro que sí, pensé, algún día.

El 24 de marzo, mientras estaba en la cocina con Verónica y mamá, nos desayunamos con el comunicado número uno. Yo, como tantos otros que habíamos vivido siempre en dictadura, pensé que era más de lo mismo, que peor no podríamos estar y me fui a ordenar mi cuarto.

XIX

SANS SOUCI

El primer domingo de abril de 1976 mamá, que estaba melancólica desde hacía varios días, me llevó con el auto a Tandil. Fuimos con Silvia y tía Chichí para que la acompañaran en el regreso. Llegamos casi de noche y nos alojamos en un pequeño hotel. Aprovechamos para pasear por la ciudad. El centro de Tandil a mi mamá no le gustó mucho, decía que las calles angostas, las casas bajas sin jardines y la ausencia de árboles, le hacían recordar el cementerio de la Chacarita. Mientras cenábamos en un restaurante de medio pelo, la cara triste de mi mamá nos empezó a contagiar y de nada valieron los intentos de mi amiga por hacerla reír. Mi última noche como hija parecía ir gastándose en momentos tristes.

A la mañana del lunes llegamos al ISER. Quedaba en las afueras, así que nos costó bastante encontrarlo. Una enorme y vieja tranquera iniciaba un camino de polvo de ladrillo, techado por eucaliptos perfumados. Solamente el ronroneo de las ruedas en el camino interrumpía el silencio del campo, la emoción no nos permitía hablar.

Habíamos recorrido unas cinco cuadras cuando, luego de una curva, apareció un palacio normando, como una postal de la campiña europea. Me habían contado mis compañeras durante el viaje a Santa Fe, que había sido una estancia de la familia Santamarina, llamada Sans Souci, pero nunca había imaginado algo tan impactante.

Mientras bajábamos del auto apareció un gigante de sonrisa inocente vestido con ropa de trabajo. Se acercó con la mano extendida “Soy Luna, el portero, bienvenidas. Son las primeras en llegar”. Buen comienzo, pensé. Nos invitó a seguirlo. Subimos una escalinata de mármol gastada por los años, la puerta doble de madera repujada estaba abierta. Entramos a un formidable salón. Una gigantesca araña de cristales colgada en el centro reflejaba la luz que entraba por los grandes ventanales; sobre la pared frente a nosotras se alzaba una chimenea enmarcada en madera torneada y rodeada por enormes sillones de cuero, bastante deteriorados, pero enteros todavía. Don Luna nos pidió que esperásemos y volvió a salir. Nos quedamos en silencio, extasiadas.

Apareció un hombre joven, a viva voz se presentó como Santiago Enríquez, el director. Sonriente y desestructurado. Mamá no hablaba, creo que dejarme sola con esos dos hombres no la convencía, se la veía desconfiada, como una leona que cuida a su cachorro.

—La casa parece muy grande y silenciosa, pero entre hoy y mañana se va a llenar, y hasta las próximas vacaciones difícilmente vamos a sentir un minuto de silencio. — comentó divertido, tratando de doblegar la actitud de mi madre.

Enseguida el director tomó mi valija y nos pidió que lo siguiéramos. Fuimos hasta el tercer piso, a la habitación que compartiría con cinco alumnas más. La ventana pequeña, saliente, bajo un techo a dos aguas que apenas dejaba entrar la luz, mostraba un campo verde, un bosque y algunas edificaciones. Como fondo, las sierras recortaban el horizonte, delineadas con el brillo del sol. Santiago nos indicó una casita, la suya, donde se veían tres niños jugando en unas hamacas y una mujer leyendo sentada en un banco, era su familia. Creo que el suspiro de mi madre agitó las cortinas y de inmediato cambió el ánimo; a partir de ese momento, tomada del brazo de mi tía, no paró de comentar las cosas que veía.

El director nos llevó a recorrer toda la casa mientras nos contaba historias de sus antiguos dueños y de la opulencia de aquellos tiempos. Una cocina enorme, blanquísima, sólida. Mármol de Carrara, mayólicas españolas, hierro y maderas macizas, griferías de plata. Ningún material frágil, bien de la época en que todo era para siempre.

Salimos por la puerta trasera. A unos cien metros hacia el fondo se veía un edificio bastante moderno. Santiago nos explicó eran los gallineros y el galpón donde se guardaban las maquinarias agrícolas, más allá, el tambo, donde aprenderíamos a ordeñar, corrales con animales, caballos, hortalizas. En todos esos espacios se dictaban clases, desde mecánica agrícola hasta sanidad de las aves. Al fondo, el bosque que me había llamado la atención desde la ventana era esencialmente de castaños.

Don Luna vino a buscar al director, habían llegado más estudiantes. Nos invitó a seguir recorriendo cuanto deseáramos. Le pedimos al portero agua para el mate y nos sentamos en unos bancos bajo un pino a descansar y comer unas facturas que habíamos comprado en la ciudad. Una silenciosa placidez nos rodeaba. Mi tía Chichí comenzó a comentar sus impresiones, Silvia se sumó, después mamá, estaban felices, parecía que eran ellas las que se iban a quedar. Al mediodía, después de interminables abrazos, se subieron al auto y el final de una etapa de mi vida se fue con ellas, mientras yo me quedaba en el paraíso.

Mi situación en el instituto era especial: todos los alumnos, unos 20 de primer año y doce en segundo, eran egresados del secundario, en cambio yo ya era maestra, por lo que solo debía cursar la especialización rural: ganadería, cría y sanidad de aves de corral y otros animales como conejos y chinchillas, horticultura, mecánica agrícola; todo era nuevo para mí. En mis tiempos libres iba a poder disfrutar de la biblioteca, repleta de libros nuevos y antiguos que se desplegaba alrededor de la chimenea, y escribir poesías y cuentos en el ambiente bucólico que siempre soñé. Mi situación era perfecta.

Con sorpresa, al comienzo, me fue difícil integrarme al grupo; mis compañeros me hacían sentir “la porteña”, como si fuese una intrusa y no mereciera mi vacante. La mayoría de los trabajos que ellos tenían que realizar en las materias del área docente eran grupales y, como yo no participaba, quedaba afuera de esa intimidad que producen las horas de estudio compartidas. Para integrarme me ofrecía a cebarles mate o a ayudarlos con las tareas y de esa manera fui acortando las distancias.

Para fines de abril, logré tener una amiga: Marialía. Había nacido en Pigüé, una pequeña ciudad serrana. Era muy divertida, tenía la voz aflautada y graciosa, con un buen humor permanente. Marialía era muy linda, delgada y bajita, con ojos enormes muy azules y un cabello renegrido y largo, que recogía en una brillante trenza con la que jugaba permanentemente. Tenía la misma edad que yo, también había terminado el secundario en el 73, pero había necesitado trabajar para ayudar a su familia, y al mejorar la situación económica pudo retomar su proyecto de estudio.

Al lograr establecer lazos con mis nuevos compañeros, la correspondencia con Buenos Aires, que al comienzo era casi diaria, se fue espaciando. El largo cordón había comenzado a cortarse.

En mayo la casona se puso muy fría, antiguamente se calefaccionaba con una caldera y radiadores en todos los ambientes, pero ese sistema había dejado de funcionar desde hacía años. Nuestros dormitorios estaban en el segundo piso y por la ventanita entraba un chiflete difícil de domar. En mi habitación éramos seis chicas. Con la plata que me había dado mi mamá y los ahorros de mis clases particulares, compré un calentador Branmetal a kerosene que prendíamos durante el día y apagábamos para dormir; igualmente para levantarnos era difícil, la casa entera estaba escarchada. Nos íbamos juntando en la mesa de la cocina que era una gloria: calentita por la cocina de leña, con olor a pan y a tostadas, a café y leche recién ordeñada, preparados amorosamente por la esposa del portero. El único momento en que el frío se me hacía casi insoportable era cuando, entrado el otoño, me tocaba el turno de levantarme a

las cinco y media de la mañana para ir a ordeñar en el tambo junto a Marialía y don Luna. Las manos entumecidas que dolían se ablandaban en contacto con la ubre calentita, y yo era feliz.

A la tarde, después que terminaban las clases, solíamos ir al bosque a recolectar castañas para cocerlas en las brasas de la chimenea. Enseguida de la cena, después de ayudar a limpiar la cocina, nos juntábamos a guitarrear frente a la chimenea. Sonaban Mercedes Sosa, Viglietti, Cesar Isella, y tantos otros que le habían regalado canciones a nuestra utopía. La ceremonia era casi deportiva; mientras cantábamos, había que esquivar las castañas que reventaban en las brasas y salían disparadas como proyectiles calientes. Las primeras eran trofeos de quien lograra agarrarlas, pero, ya entrada la noche, y con la panza llena, aparecía la generosidad. No sé si eran tan ricas, pero el placer de sacarles la cáscara y meterlas calentitas en la boca rodeados de toda esa mística, las hacía deliciosas.

Los fines de semana, los compañeros que, como yo, vivían lejos de sus hogares y no podían regresar a sus casas, nos turnábamos para cocinar y lavar los platos. El director solía organizar salidas para esos días, algunas veces nos acompañaba él solo, otras, con su esposa y sus hijos. Tenía la capacidad de ejercer toda la autoridad necesaria, de hacernos sentir cuidados, y a la vez de estar tan cerca nuestro como para ser considerado un amigo. Un domingo nos invitó al hipódromo. Yo jamás había visto una carrera, y no entendía nada, igual que el resto de los ocho compañeros que estábamos ese día. Nos acercamos a los establos para ver los caballos que iban a correr; divertidos decidimos apostar. Un caballo flaco y contrahecho me conmovió, pobrecito, nadie daba un centavo por él. Yo no tenía en mente apostar, nunca lo había hecho, pero como me dio pena decidí jugarle cinco pesos. Me quedé mirando los carteles, la gente que entraba y salía de la sala de apuestas, la mayoría eran hombres con sus ropas de campo, gauchos, no disfrazados, sino de verdad. De pronto escuché la largada, fui corriendo a la pequeña tribuna, ni siquiera sabía para donde mirar, y antes de acomodarme, ya había terminado. No entendía nada, el director nombró al ganador, entonces revisé el papel de mi apuesta y empecé a gritar que era el mío. Cuando me acompañaron a cobrar el premio nos enteramos de que había sido la única ganadora. ¡Qué griterío armamos! Mis compañeros me levantaron en andas. Con lo que me pagaron invité a almorzar a todos a una parrilla y me sobró dinero. A la noche no pude dormir de la emoción, por fin me sentía entre amigos.

Otra vez, un domingo de fines de abril, el director nos llevó a un remate de campo en la estancia El Acelain, de Enrique Larreta. Fuimos doce compañeros y toda la familia de Santiago. La mansión colonial rodeada por los colores del otoño nos deslumbró. Era un almuerzo para cientos de compradores e invitados. Formando un círculo alrededor de una enorme plaza, habían instalado las mesas, intercaladas con asadores donde crujían los costillares en cruz para que los invitados se sirviesen todo lo que quisieran. En el centro del terreno había una gran carpa de donde un grupo de paisanos entraban y salían permanentemente para alcanzarle fuentes con ensaladas, enormes ollas humeantes y cajones con botellas, a una camioneta que recorría permanentemente, por una calle de tierra interior, el circuito de las mesas. Cuando se detuvo frente a nosotros nos sirvieron una sopa alemana de cebollas cremosa y aromática, un manjar que nunca volví a probar; minutos después, volvió con ensalada y papas fritas y, por último, pasaron a dejarnos una bandeja llena de frutas. Comí tanto que no me podía mover a pesar de haberme desabrochado los pantalones. Nos convocaron al otro lado de la estancia, para ver los juegos de sortijas, carreras y doma, y hasta ahí fuimos. Era asombroso lo que esa gente podía hacer arriba de los caballos, yo solo había visto algo parecido en las películas norteamericanas, pero así, en vivo y en directo, en mi patria, me produjo una emoción tan grande que tuve que esforzarme para que no la descubran mis compañeros y me vuelvan a caratular de porteña ignorante.

Cuando terminó toda la diversión comenzó el remate de hacienda, pero nosotros nos dedicamos a caminar por los parques. ¡Qué bien viven los ricos! pensé, al recordar la miseria que había visto ¡qué difícil es disfrutar cuando la realidad es una mochila adherida al corazón!

Hacia fines de mayo, para mi cumpleaños, recibí una carta de Griselda donde me contaba que su papá se retiraba de las Fuerzas Armadas. Fueron pocas palabras, pero suficientes como para comprender que algo no estaba bien. Me dijo que en un par de semanas se mudaba a Ciudadela, a la casa de unos tíos y continuaría sus estudios en un profesorado de la Capital, no me mandó la dirección porque todavía no la tenía, pero me aseguró que, en cuanto estuviese instalada, se pondría en contacto conmigo. No imaginábamos que pasarían más de treinta años sin volver a vernos.

XX

SOBRE CÓMO NOS ECHARON

Miércoles 30 de junio de 1976.

Una mañana muy fría, el cielo gris, no de lluvia, de frío. Con mis compañeros caminábamos junto al profesor hacia el criadero de aves cuando vimos llegar al cartero en su bicicleta. Siempre era bienvenido, solía traernos noticias que aliviaban algunas nostalgias. Preguntó por el director y le indicamos donde estaba. El hombre conocía el lugar así que saludó y se fue hacia el fondo. Seguimos nuestro camino, teníamos que clasificar los huevos con el ovoscopio, para separar los fecundados de los que no lo estaban, y controlar las incubadoras que habíamos fabricado con nuestras propias manos. Habría pasado una hora cuando don Luna nos vino a buscar: el director nos convocaba, alumnos y profesores, en el salón de la chimenea. Pusimos en orden nuestra mesa de trabajo y salimos bromeando y cantando.

El fuego estaba prendido, la leña humeaba perfume a eucaliptus. Los compañeros de segundo año ya estaban ahí, con otros profesores, don Luna y el director. Cuando entramos hablando fuerte como siempre nos miraron en silencio. El clima en la sala era tenso. El director nos pidió que nos sentáramos; jamás lo había visto así, tan perturbado. Algunos nos sentamos en el piso, otros se trajeron sillas de la cocina, nunca habíamos estado todos juntos, éramos un montón. En sus manos tenía un papel que estudiaba en silencio. Era un telegrama del gobierno de facto. En muy pocas palabras nos ordenaba desalojar inmediatamente el instituto, por considerarlo un espacio propicio para las actividades subversivas que ponían en riesgo la paz y la libertad de la patria. El director trataba de mostrarse sereno, firme, pero le era imposible. Lo único que agregó, como si pudiese tranquilizarnos, fue que los pasajes gratuitos para quienes lo necesitasen ya estaban autorizados. Teníamos un plazo de tres días para dejar el edificio.

Solo se oía el crepitar de la leña mientras nos mirábamos incrédulos. Alguien susurró “¿Y qué hacemos ahora?”, Santiago levantó los hombros y con los ojos brillantes respondió: “Nos vamos”.

Entonces comenzaron los llantos, ruegos, gritos de furia y de dolor, pero el director repetía que nada se podía hacer.

— ¡Tenemos que luchar! ¡De eso hablaban nuestras canciones, esa es nuestra vocación! — Grité enfurecida, pero nadie me escuchaba. En algunos minutos me quedé sola, clavada en el piso, frente al fuego que se consumía irremediablemente. No quería dar un paso, si me movía del lugar era el comienzo del fin. Intentaba rezar, pero una pesadumbre oscura me arrebató la fe.

—Yo tampoco me quiero dar por vencida— detrás de mí la voz fresca de Marialía.

—Tenemos tres días para desalojar completamente. Hay que ir a La Plata para reclamar. Tenemos que explicarles quiénes somos, ¿Vamos? — le dije entusiasmada

— Vamos...— su respuesta tuvo un cierto tono de pregunta, como una exhalación. No estaba muy segura de que ella, en verdad, quisiera hacer ese viaje, pero me aproveché de su amistad incondicional y no le pregunté. Yo no me animaba a ir sola.

Nos fuimos a la habitación, teníamos poco tiempo. Nuestros compañeros preparaban sus valijas: algunos con lentitud, adormecidos por el espanto, y otros con desesperación, como si alguien los estuviese apuntando con un arma. En lúgubre silencio, estaban desarmando sus sueños. Al día siguiente algunos partirían solos; a los más afortunados, los vendrían a buscar. Ni Marialía ni yo avisamos a nuestras familias, las dos temíamos que nos exigieran abandonar la idea de viajar a La Plata.

Cuando caía el sol, luego de guardar todo y dejar nuestro equipaje apilado junto a la puerta de entrada del Instituto, transformada desde la mañana en puerta de salida, nos fuimos a la Estación. Teníamos que tomar el tren de las once de la noche hacia Buenos Aires, para luego combinar con un micro a La Plata. “Cuando los milicos nos conozcan, y comprendan que no somos violentos, que solamente queremos educar para cambiar el mundo, para que todos tengan las mismas oportunidades gozando de la libertad y la justicia, cuando nos escuchen van a dar marcha atrás con esta estupidez, ¡Tienen que entender! ¡Nosotros no somos subversivos!” Nos repetíamos mientras un pueril entusiasmo iba creciendo en nuestro interior.

Poncho rojo y trenzas, así subimos al tren.

No recuerdo haber sentido tanto frío en mi vida. De noche, clase turista, los asientos durísimos de vieja cuerina marrón, cortajeada sucia y casi sin relleno. Las ventanas sin trabas se abrían con el andar y no nos dejaban dormir porque a cada rato había que cerrarlas. Dándonos calor, acurrucadas, pasamos varias horas. Desde el mediodía estábamos sin comer ni tomar nada, ni siquiera habíamos llevado el equipo de mate, la urgencia nos había jugado una mala pasada. Tratábamos de tomarlo con humor, pero ser solo dos en la lucha nos hacía sentir todavía más desamparadas.

A las tres de la madrugada, cuando ya teníamos acalambrado el estómago por el hambre y el frío, pasó un guarda. Grandote, enorme, prolijamente uniformado, nos miró a los ojos, en silencio. Nos preguntó a dónde íbamos y y le contamos, conteniendo el llanto, lo que nos estaba sucediendo. Nos miró con cierta ternura y nos invitó a mudarnos a la máquina dónde, nos dijo, estarían sus compañeros al calor de una salamandra encendida.

“No hables con extraños”. El dogma materno hacía ruido en nuestra conciencia, pero el castañeteo de los dientes y el crujir de las tripas, mucho más. ¿Qué otra desgracia podía sumarse a la que estábamos viviendo? Así que agarramos nuestras cosas y recorrimos varios vagones hasta la punta del tren. El guarda empujó una puerta pesada, y por el zangoloteo del andar del tren entramos detrás de él, tomadas de la mano, como si estuviésemos borrachas. En el vagón en penumbras, espacioso y profundo, pudimos vislumbrar cuatro hombres sentados junto a una salamandra encendida, la puerta abierta iluminaba sus perfiles. Apretamos nuestras manos al comprender nuestra indefensión, el guarda se interponía entre nosotras y la puerta. El resto del mundo estaba demasiado lejos, detrás del ruido acompasado de la máquina del tren, que se tragaba todos los sonidos. Entonces, uno de ellos se puso de pie y se vino hacia nosotras, pero siguió de largo casi sin mirarnos, hasta una esquina oscura desde donde resurgió con dos cajones de madera. Volvió a la rueda y, con una inclinación de cabeza, nos invitó a sentarnos. El guarda se adelantó para colocar unos cueros de oveja sobre los cajones para hacerlos más confortables; esos hombres parecían acostumbrados a refugiar pasajeros desvalidos.

Un mate gigante, renovado, generoso, llegó a mis manos que enseguida se calentaron. Arriba de la salamandra, en una vieja lata de dulce de batata, hervía la grasa. Con un alambre retorcido, uno de los hombres pescó una torta frita, la envolvió en un papel, la espolvoreó con azúcar y se la alcanzó a Marialía. Después otra para mí. Aquel aroma a leña, mate y fritura nos entibió el alma y pasamos del desasosiego a la alegría en un santiamén. Primero las anécdotas, después los cuentos de paisanos y los cantos. Gracias a esos trabajadores, de los que ni siquiera pudimos conocer bien sus caras, llenamos de magia esa noche melancólica.

Antes de llegar a la estación Constitución se fueron yendo a cumplir con sus tareas. Cuando bajamos del tren colgadas del cuello del guarda, en un abrazo tierno y prolongado, le dijimos adiós.

Eran la siete de la mañana y teníamos que viajar otras dos horas hasta La Plata. En la estación nos recomendaron tomar un micro que salía de la plazoleta del frente. Al salir, un viento helado nos sorprendió, levantó nuestros ponchos y se nos metió hasta los huesos. Entre risas nos acomodamos el abrigo y, bien envueltas, recuperamos algo de calor. El colectivo estaba, pero el chofer no. Esperamos un rato mientras se iba formando una cola detrás de nosotros. Todavía no amanecía, pero las calles ya estaban llenas de gente. Rítmicamente de la estación de tren surgían grupos compactos de personas que, al atravesar las puertas, corrían hacia las paradas de los colectivos, en una carrera para viajar sentados; nosotras, por suerte, éramos primeras en la fila. El cansancio había desaparecido, estábamos eufóricas, nos reíamos: lo estábamos logrando.

El micro inició la marcha. Preguntamos a los pasajeros dónde debíamos bajar para ir a la Dirección General de Escuelas. Desde atrás, una mujer con cara de maestra jubilada nos dijo que bajemos junto con ella, que al descender nos iba a indicar.

Llegamos a La Plata. Excitadas, por momentos mirábamos la ciudad con ojos de turista. El micro se detuvo en una plaza y la mujer, que pasó al lado nuestro para descender, nos hizo señas de seguirla. Ya en la vereda nos explicó cómo llegar, era fácil, en esa ciudad las calles son numeradas. Teníamos la intención de vernos con el ministro de Educación de la Provincia: Ovidio Solari, un General de Brigada retirado. Seguramente, mencionando a mi tío Adán, el general, nos permitirían llegar a él.

El edificio no nos impresionó, las columnas y escalinatas del frente le daban importancia, pero estaba muy deteriorado. En la puerta había soldados con fusiles haciendo guardia, tampoco nos impresionaron, porque hacía rato que los argentinos estábamos acostumbrados a esa presencia, como a la de las moscas en el asado. Nos acercamos al más joven, parecía de nuestra edad y nos dio confianza. Le explicamos el motivo de nuestra presencia. Estábamos despeinadas, envueltas en nuestros ponchos tratando de cubrirnos del viento. Nos estudió de arriba abajo y, cuando terminamos de hablar, nos hizo un ademán para que nos quedemos ahí, quietas, en la escalinata de la entrada. Con la mirada se comunicó con el otro que observaba a unos pocos metros, claramente quería que nos vigilara mientras él iba a averiguar quién nos podía atender. Ingresó al edificio y nosotras, para no crear tensión, bajamos y nos sentamos a esperar en el último escalón. Pasaron varios minutos hasta que reapareció: lo nuestro no era un tema de Educación, teníamos que ir al Ministerio de Seguridad que quedaba a unas diez cuadras. Nos pareció lógico, y con nuestra mejor sonrisa le agradecemos. “Pobre pibe” comentamos, “que mala suerte ser colimba en este tiempo”.

Hablando de tantas cosas pero con paso acelerado, llegamos al edificio. Apenas entramos nos revisaron la ropa y los bolsos. Luego de explicar el porqué de nuestra presencia, una mujer policía nos pidió que la siguiésemos. Iniciamos una recorrida por varias oficinas de diferentes pisos, escaleras arriba y abajo, donde la respuesta parecía ser siempre la misma: "Acá no es".

Era raro, no podíamos descifrar si la mujer de verdad nos quería ayudar, nos desorientaba su actitud distante y fría pero expeditiva. Nos preocupó que, cansada de dar vueltas, nos llevase a la puerta de salida sin haber hablado con nadie. Al fin, la oficial entró a un despacho oscuro. Una hilera de sillas de cuerina negra empotradas en el piso de pasillo nos invitó a sentarnos. Cada tanto se escuchaban pasos de zapatos, de tacos altos o de botas, que hacían eco en los techos profundos. La gente caminaba por los corredores susurrando, igual que en un hospital. El lugar se veía limpio de polvo y de emociones, cada persona parecía una pieza, un engranaje, y nada más. Cuanto más tardaba la mujer más nos esperanzábamos, si no hubiese respuesta ya habría salido.

La puerta se abrió, y la policía nos hizo entrar. Un hombre de camisa blanca, pulóver negro y grandes bigotes militares, igual a todos los que por ahí circulaban, nos escuchó. Su gesto burlón, mientras tipeaba alguna cosa detrás de la muralla que creaba su máquina de escribir, nos hizo comprender que nos estaba tomando el pelo. Seguramente nuestra petición iba a terminar en el tacho de basura al lado del escritorio, junto a los otros bollitos, o aplastada como tantas carpetas que yacían amontonadas en el piso contra la pared. En ese momento me ganó el desánimo y, lo único que quería, era abandonar el lugar. Aunque nos habíamos esforzado en explicarle todo en detalle, vimos que apenas había escrito algunas cosas, hasta dudé que se refirieran a lo que le habíamos relatado. Al fin, él nos miró a los ojos, y simplemente nos dijo que elevaría nuestro reclamo, y seguramente iban a estudiar la situación, pero mientras tanto, el Instituto se cerraba. Se puso de pie y despidiéndonos, agregó que esperemos tranquilas, porque si se producía algún cambio ellos nos iban a avisar.

Todo el sacrificio había sido inútil.

Salimos del edificio. Ya eran más de las tres de la tarde y lloviznaba. Volvimos a tomar un ómnibus hasta Constitución. No teníamos ganas de hablar, enojadas y tristes preferimos cerrar los ojos y dormir. Yo no lo logré, sentía vergüenza de mi ingenuidad, mis compañeros habían tenido razón. El único consuelo era saber que no me hubiese perdonado darme por vencida sin haberlo intentado.

Llegamos a la estación. Enseguida empezamos a preguntar por un micro que nos lleve a Tandil, nos dijeron que en la calle Hornos, a cuatro cuadras, estaba la terminal de los Ómnibus Estrella, “Una luz en el camino” como decía la publicidad. Caminamos casi corriendo bajo la incesante llovizna. Al llegar sacamos el boleto, recién saldría un micro a las una de la mañana, poco tiempo como para ir a lo de mi mamá y volver, así que preferimos meternos en un bar a sentir pasar el tiempo. Mientras esperábamos fuimos a un teléfono público para llamar a nuestras familias. Sin decir que estábamos en Buenos Aires, les avisamos que en un par de días volveríamos a casa, que estábamos bien y ya les contaríamos.

A las doce de la noche estábamos en nuestras butacas comenzando, por última vez, el regreso al ISER. Antes de arrancar ya nos habíamos dormido.

Cerca del mediodía llegamos a Sans Souci.

Solo nos esperaba nuestro equipaje amontonado en la puerta, todo lo demás era ausencia. Las voces, los cantos y las risas, el chirriar de nuestros pasos en el piso de madera, herían el silencio. El final más triste.

El portero parecía un anciano.

Nuestro equipaje era una montaña lamentable. Solo el mío constaba de una valija enorme deformada por el uso, dos bolsos viejos, pilas de libros y carpetas atadas con hilos, el calentador Branmetal que manchaba los bártulos con kerosene, una caja con la vajilla y un atado de mantas, sábanas y toallas. No muy diferente, amontonado al lado, estaba el de Marialía. Todo se desarmaba y se iban cayendo las cosas a medida que bajábamos la

escalinata. Don Luna se dio cuenta de que no íbamos a poder y se ofreció a llevarnos a la terminal en su viejo auto, pero teníamos que esperar hasta las seis de la tarde a que él terminara su último día de trabajo. Fue una buena noticia, no teníamos dinero para un taxi y el colectivo de línea pasaba a unas diez cuadras. Dejamos nuevamente el equipaje y fuimos a la cocina a tomar mate con pan casero hasta que, de tanto hablar de nuestros sueños truncados, nos quedamos dormidas apoyadas en la mesa. Cuando llegamos a la terminal Don Luna nos ayudó a bajar las cosas y antes de que se fuera me animé a preguntarle a dónde iría con su familia, de qué iban a vivir. Frotando con su mano enorme mi cabeza, murmuró “ya nos vamos a arreglar”. Las dos lo abrazamos y pudimos llorar, Luna no se lo permitió, se subió al auto y se fue.

Sans Soucí, “sin preocupaciones”. Ese 2 de julio de 1976 el palacio construido por la familia Santamarina dejó de ser un centro de estudios y sueños para transformarse en un centro de inteligencia de la Policía Bonaerense. Por muchos años, entre sus paredes, campearían los gritos de los torturados y la muerte.

Eran las seis y media de la tarde. Al melancólico atardecer se le sumó la noche temprana que iba transformando a la ciudad en una estampa siniestra, desconocida.

Las malas noticias parecían complotarse: acababa de partir el último micro y tampoco había tren hasta la noche del día siguiente. El dueño del kiosco, el diariero, el panadero, el vendedor de la boletería, no nos prestaban atención, como si no estuviéramos ahí paradas, rodeadas de nuestras cajas y valijas, como si fuésemos alguna de las sombras que parecían habitar la desolación. Fueron cerrando todas las persianas y se apagaron las luces, solo unos focos amarillentos en el patio central iluminaban nuestra angustia, parecíamos los últimos espectadores de un cine, donde acababa de terminar la película.

No decíamos ni una palabra. El desaliento, la sensación de que en mi interior también se bajaban las persianas y se apagaban las luces silenciaron mi boca. Era el castigo a la ingenuidad, me sentí una estúpida. La culpa por haber arrastrado a Marialía a la desventura, no me permitía cruzar la mirada con ella, aunque sabía que sería incapaz de cualquier reproche. Por primera vez me había quedado sin esperanza, y estaba demasiado enojada para rezar.

Entonces, apareció un muchacho joven con mameluco de trabajo y nos preguntó qué nos pasaba. Era el encargado de limpieza. Le explicamos que estábamos sin plata, que no podíamos ir a buscar un sitio donde pasar la noche, con todos esos bártulos. Estábamos al borde del llanto.

— Les puedo guardar las cosas en la cabina de la limpieza hasta las 7 de la mañana, cuando llega el otro turno. No estoy autorizado, pero le dejo una nota a mi compañero y lo va a entender. Eso sí, por favor, tienen que estar acá antes de que llegue para no meterme en un lío porque es un lugar chico y no va a poder sacar las cosas del laburo.

Sin el equipaje a cuestas, podríamos movernos y encontrar refugio para esa noche, él no podía imaginar la magnitud de lo que su ayuda significaba para nosotras en ese momento. Guardamos todo en el cuchitril y nos despedimos con un beso, sin siquiera haberle preguntado su nombre.

Después de la desventura en La Plata, solo nos quedaban unos pesos para comer algún sanguchito o un café y, bien guardados, los vales para comprar los pasajes y regresar a nuestras casas.

Tomadas del brazo emprendimos la caminata hacia el centro de Tandil que estaba a unas diez cuadras. Nadie por la calle, las persianas de los negocios y las casas estaban bajas. Cada tanto se veía una luz en una ventana y yo adivinaba la gente que disfrutaba del calor de su

hogar; me daba envidia, quería estar con mi mamá y con mi hermana, en camisón, mirando la tele, comiendo unos fideos con tuco y mucho queso.

Miedo, desamparo, desolación, frío. Esas emociones desataron un remolino de imágenes. Vi a los sintecho, a los que viven a la intemperie sin esperanza. “¿De qué me quejo, si mañana voy a estar en mi casa?” Respiré profundo, apreté el brazo de mi amiga y aceleré el paso.

Llegamos al centro. Al fin encontramos uno de esos bares en los que jamás hubiésemos entrado, apropiado para los hombres del vino que se agrupaban en un rincón, pero no para dos chicas de trenzas y poncho rojo. Agotadas, sin dormir por tercera noche consecutiva, nos metimos adentro sin pensarlo, tal vez era el único lugar abierto en el mundo entero. Estaba cálido, había olor a café, no lucía tan mal como se insinuaba desde afuera. Atrás de la barra había una mujer sin edad, pero no era joven. Nos miró alzando el mentón y preguntó qué íbamos a tomar. Miramos los precios. “Un té para compartir, y un paquetito de Biscuit”.

Mientras esperábamos de pie junto a la barra me atreví a realizar la pregunta: “¿A qué hora cierran?”. Sobrevino entonces la respuesta catástrofe: “A la una”.

Desconcierto primero, pánico después. Marialía, tapando sus ojos con las manos, rompió a llorar. La mujer, en ese mismo instante, se desestructuró. Salió de atrás del mostrador, y le dio un repasador para que se seque las lágrimas. Nos sentamos las tres en una mesa. Los hombres del rincón nos observaban, pero ninguno se acercó. Había demasiado para contar, tanta desdicha. Hablábamos rápido, a dos voces, nos atragantábamos con las palabras y las lágrimas. Ella escuchaba, asentía y negaba al ritmo de nuestro relato, se comprometía con nuestro drama. Allá, los hombres y el vino; acá, tres mujeres hablando del mundo, de la vida, de la justicia, casi una reunión feminista.

Esa mujer, sin siquiera preguntar nuestros nombres, acarició nuestras manos con las suyas, ásperas de tanto lavar y, en tono tranquilizador, nos empezó a hablar. Nos contó que su marido era un hombre bueno, pero irritable y a veces violento, por eso le tenía un poco de miedo. El departamento donde vivían era pequeño: solo una cocina- comedor con un sofá y la pieza donde ellos dormían.

Al comienzo, yo no entendía la razón de sus confesiones pero, cuando nos invitó a pasar la noche en su casa, comprendí. Sin darnos tiempo a saltar para abrazarla, nos advirtió seriamente, tal vez para tranquilizarse ella misma por el lío en que se estaba metiendo, que debíamos entrar sin hacer ningún ruido y acostarnos a dormir en el sillón. Antes de las seis, teníamos que dejar el departamento porque el esposo se levantaba para ir a trabajar. Los ojos de Marialía me buscaron inundados de lágrimas de emoción, y yo sentí un alivio íntimo, no solo porque habíamos encontrado un refugio, sino porque estaba recuperando mi fe. Las manos de nuestro ángel y las nuestras se entrelazaron y una corriente parecida a la felicidad nos unió a las tres.

Después de limpiar y acomodar las mesas cerramos el bar y salimos a la calle. El hielo blanqueaba los cordones y los charcos, teníamos que caminar con cuidado para no patinar. Anduvimos varias cuadras, no las conté, pero ya no estábamos en el centro. Nos detuvimos en el portón de un edificio de dos pisos. Nuestra benefactora abrió con cuidado, como si el sonido de la llave pudiese despertar a su marido. Se la veía asustada y su miedo pronto fue el nuestro, el valor de esa mujer era admirable. La seguimos un piso por la escalera y nos dirigimos hacia el final del pasillo. Ella se paró frente a una puerta arrinconada, como escondida, y conteniendo la respiración giró la llave. Un vaho húmedo y caliente nos envolvió. alguna estufa estaría prendida al máximo porque el ambiente se sentía enrarecido. Entramos en puntas de pie. Una lámpara pequeña sobre un viejo bargeño iluminaba la minúscula cocina-comedor. Lucía deteriorada pero muy limpia y, por las fotos, cuadritos, adornos y cortinas, se percibía que la habían decorado con cariño. Para nosotras era un hotel de lujo. Contra la pared, un sofá

destartalado de cuerina marrón y cubierto de almohadones se veía blando y abrigado, así que, luego de despedir a la mujer con un abrazo silencioso, nos acomodamos sin siquiera sacarnos los zapatos, sabiendo que teníamos menos de cuatro horas para descansar. Eso significaba un problema grave: no queríamos poner en peligro a la anfitriona, pero no era posible pensar en un despertador, así que decidimos turnarnos. Teníamos pánico de quedarnos dormidas. Cada vez que yo cabeceaba, tenía la sensación de caer en un pozo y me despertaba de un salto. Marialía tampoco pudo dormir por lo que, si bien logramos relajarnos y calentar nuestros cuerpos pasados de frío, las dos pasamos la noche en vela vigilando que la puerta del dormitorio no se abriera, y contando los minutos para partir.

A las seis en punto dejamos el sofá. Todavía no había amanecido. Con cuidado de no tropezar, abandonamos la casa sin hacer ruido. Tandil estaba vacía bajo las estrellas. A lo lejos, algún trabajador con su bolsito. Era un húmedo amanecer, los techos goteaban como si estuviese lloviendo. En el suelo la helada seguía intacta.

—La terminal está re lejos, como veinte cuadras. — rezongué en voz alta, no quería más frío y menos una caminata, luego de esos días tan agotadores. Entonces Marialía sacó de su bolsillo unas monedas y me las mostró con picardía:

—Nuestra amiga del bar me las dio antes irse a dormir, “para el colectivo de mañana” me dijo. Acá a la vuelta, el 501 rojo. Me lo guardé en secreto, una sorpresita.

Esa mujer había desmantelado el dolor de mi derrota, nuevamente la vida tenía sentido.

Caminamos con paso firme y energía renovada las dos cuadras hasta la avenida donde tomamos el micro para ir a la terminal.

El despertar de la ciudad de Tandil me llenó de nostalgia: un nudo en la garganta me oprimía cada vez más y me quitaba el aire. Cientos de imágenes desfilaron por mis ojos distraídos: las que fueron y las que podrían haber sido. Con las manos apretujadas, en el fondo de aquel colectivo vacío, mi amiga y yo viajamos en melancólico silencio. A las siete menos cuarto ya estábamos esperando que llegara el empleado de limpieza para sacar nuestro equipaje. A las nueve, Marialía subió al micro que la llevaría de vuelta a Pigüé, desde la ventana la vi llorar. Por suerte yo también dejé enseguida la estación.

El cuadernito donde tenía anotados la dirección y el teléfono de ella y de todos mis compañeros, se extravió en el viaje. Nunca más la volví a ver.

QUERIDO PADRE KELLY

Cuando llegué a la terminal estaba anocheciendo y, como se veía una tarea imposible subir con todos mis bártulos a un colectivo de línea, no me quedó más escapatoria que llamar a mamá. Me dijo que tomara un taxi, que en cuanto llegara ella bajaría con la plata para pagarlo.

Cuando nos detuvimos en la puerta, mamá salió del edificio y miró la montaña de equipaje con incredulidad. Luego de pagarle al chofer, ella me ayudó a subir las cosas. Necesitamos dos viajes en ascensor. Una vez que entramos el último paquete al departamento, cerré la puerta y me apoyé con fuerza, como para dar por terminada esa parte de mi historia, dejar afuera mi frustración. Respiré profundo, necesitaba llenarme de los aromas de mi casa, la tibieza, la luminosidad de la ciudad nocturna que atravesaba los ventanales. ¡Cómo había extrañado esa sensación de seguridad! Era mi hogar y me sentí culpable por no haberlo valorado.

— ¡Sos única Marita, solamente vos podés andar por el mundo con todo este desparramo espantoso! — exclamó entre risas agarrándose la cabeza.

¡Cuánto necesitaba su abrazo! Pregunté por Verónica, tenía ganas de verla, pero estaba estudiando en la casa de Diana, le faltaba poco para recibirse y no tomaba descanso.

Yo revoleé todo mi equipaje en la alfombra de mi cuarto, llené la bañera con agua hirviendo y me sumergí.... siempre tendría dónde regresar.

Durante la cena conté poco, las palabras todavía quemaban demasiado. Mamá no insistió, así que miramos un rato la tele y me fui a la cama. Dormí tan profundamente que me desperté con el olor de la comida. Ya era domingo al mediodía y mamá estaba cocinando. Me sentí una nena, su mirada protectora me acarició y de verdad quería que me cuide.

Me sorprendió el timbre, mi abuelita venía para almorzar conmigo. Me parecía un siglo que no la veía. Entró y después de besarme en la frente, sacó de su cartera un pequeño ramo de siemprevivas atadas con una cinta celeste y blanca, y lo puso entre mis manos: “Si no es uno es otro, pero siempre hay un camino”, palmeó mi mejilla, me guiñó un ojo y se fue a la cocina a poner la mesa, dejándome sola con mi frágil utopía.

Mamá había preparado ravioles con tuco, mi comida preferida, y el aroma me hizo agua a la boca. Cuando nos estábamos por sentar sonó el portero eléctrico y no pude contener el grito, era Silvia que, avisada por mamá de mi regreso, venía a visitarme. Nos abrazamos y bailamos a los saltos como siempre, como cuando todo era ilusión.

Ese día conté todo lo que había vivido, pero me cuidé bien de no mostrar mi dolor; hasta que pude darle rienda suelta, al estar a solas con Silvia.

Los primeros días dormí mucho, miré tele y visité algunos amigos. Era tedioso, no tenía trabajo y la inscripción docente en Buenos Aires estaba cerrada hasta el año siguiente, era imposible conseguir un cargo a esa altura del año. La mayoría de mis amigos estudiaba o trabajaba, yo era la única en vacaciones forzadas.

Para sacarme la culpa de ser una carga para mi madre, me dediqué a preparar recetas de cocina que sacaba del libro de Doña Petrona; mi mamá no podía creerlo: ¡La nena en casa y cocinando!

Aunque yo me esforzaba por mantener impecable el departamento y ayudar en los mandados y trámites necesarios, no soportaba la idea de ser una mantenida. Entonces le pedí a Silvia que me pase alumnos de guitarra de su lista de espera. Para el miércoles ya había empezado con tres clases, y seguramente en poco tiempo lograría mi propio sustento.

A pesar de esa sencilla normalidad, el parque que seguía perteneciendo al Hospital Militar, rodeado por cercos y vigilado con fusiles, la avenida Luis María Campos con las bocinas y frenadas y el olor de los escapes de los colectivos, me volvían muy irritable. Aunque no era solo eso, yo no podía vivir sin utopía.

El jueves 8 de julio me desperté a la madrugada, una iniciativa daba vueltas por mi cabeza y me llenó de energía. Apenas mamá se fue a trabajar, sin hablarlo con nadie, me cambié y me subí a un colectivo hacia el Palacio Pizzurno, donde funcionaba el Ministerio Nacional de Educación. Quería averiguar cómo se conseguía un cargo docente en la provincia de Neuquén. Yo había ido al ISER con el único objetivo de prepararme para ser maestra rural y, aunque me habían cortado la carrera, no había razón para cambiar mi destino: el título docente ya lo tenía.

La enormidad del edificio no me impresionó, en ese tiempo había recorrido varios lugares parecidos, así que entré y, preguntando, llegué a Roma. En una pequeña oficina dedicada a las instituciones educativas del sector patagónico me extendieron una hoja con los requisitos necesarios para ingresar a la docencia en escuelas con ciclo de verano. Las clases empezaban en septiembre y terminaban en mayo debido al clima. Salí del edificio tan exaltada que no podía respirar. Estaba convencida de que los malos tiempos se habían terminado.

Compré un sobre grande y papel para la máquina de escribir. Al llegar a casa el ascensor estaba trabado en el séptimo piso, así que subí corriendo las escaleras. Sin sacarme el abrigo preparé la Olivetti, metí la hoja y escribí la carta pidiendo el cargo, con todos los datos requeridos y más: agregué mis anhelos, convirtiendo la solicitud de cargo en una oda a la patria. Armé rápidamente el sobre con una copia de mi título de maestra y otra del secundario, debidamente legalizados, y me fui corriendo cuatro cuadras hasta el correo que estaba por cerrar: “Carta expresa, por favor” pedí, la más costosa pero la única segura. Mi destino cubierto de sellos fue a parar a un canasto junto a otros tantos.

Bajo una llovizna incipiente empecé a caminar despacito, sin rencor hacia la ciudad que había sido mi jaula. Buscaba las vidrieras para verme, necesitaba comprobar que era yo. En ese estado llegué hasta la boutique. Mamá y la abuela tomaban mate, no había ninguna clienta, no tenía que esperar. Le di un beso a cada una, saqué de mi bolsillo el recibo del correo y lo puse sobre el mostrador:

—Lean— les dije. Las dos me miraron extrañadas. Mamá agarró el papel, se puso los anteojos y leyó en voz alta. Al terminar preguntó:

— ¿Una carta expresa? ¿Al Consejo Escolar de Neuquén? — Sus labios se habían vuelto pálidos y sus ojos brillantes, un mal augurio. Mi abuelita, distante, observaba en silencio hasta que mamá le preguntó:

— ¿Quién va a dar un trabajo a esta chica con esa cara de nena? — Y agregó, mirándome en forma despectiva— Además Marita, ya es hora de que crezcas y te dejes de jorobar con esa pavada de querer cambiar el mundo. ¿No te alcanzó con lo de Tandil? — y luego agregó mientras metía el papel en mi bolsillo —Soñá Marita, soñá.

Me enfurecí con mamá porque había sido cruel, y también conmigo porque tal vez ella tenía razón, ¿Qué iba a hacer yo si no me contestaban? ¿Tendría que anotarme en la Capital y quedarme respirando cemento para siempre? Entonces mi abuela cebó un mate bien espumoso y me lo dio expresando con firmeza:

—En esas escuelas siempre necesitan maestras. Vas a ver que sí te van a responder, ¡nadie ve tu cara de nena, no tienen tu foto! —. Y con su risita cómplice me devolvió la ilusión.

Pasó una semana y la respuesta no llegaba, yo no hacía más que calcular los tiempos: tres días para que recibieran mi carta, un día o dos para evaluar, y un par de horas para mandarme el telegrama con la propuesta. Los malos pensamientos empezaron a apagar mi ánimo, tal vez mi mamá tenía razón.

Se acercaba la fecha de casamiento de Silvia, ella me necesitaba como nunca: vestidos, salones, fotógrafos, disc jockey, centros de mesa, suvenires. El tiempo transcurría vertiginosamente, pero a la noche, cuando me quedaba sola en la cama, la ansiedad no me dejaba dormir. Necesitaba urgente una dosis de confianza. El grupo juvenil estaba disuelto, pero mi escuela y el padre Kelly seguían ahí.

El viernes me levanté temprano dispuesta a visitar a la madre Beatriz. Subí la barranca de la calle Maure. Cuando llegué al portón del colegio no encontré el cartel del instituto Juan XXIII, en su lugar había cuatro pequeños agujeros y la marca de una ausencia. Respiré profundo, intrigada, y apoyé mi dedo en el antiguo timbre de bronce. Unos minutos después, atendió una portera joven, que nunca había visto. Le pregunté por la madre Beatriz y la hermana Ernestina. La mujer meneó la cabeza, me pareció que desconfiaba: ya no estaban en la escuela, habían sido trasladadas a otra sede, me informó con sequedad. No pude disimular mi impresión: jamás había imaginado mi escuela sin ellas. Pero a la muchacha mi tristeza la impacientaba, era evidente, y solo quería cerrar la puerta, sin ningún interés en escuchar lo feliz que había sido entre esas paredes, cuánto amaba a esas monjas que ya no estaban. Un poco ofendida por el destrato, le pregunté secamente por el Instituto Juan XXIII. Me respondió que no sabía de qué le estaba hablando, así que me vi obligada a explicarle. Abrió muy grandes los ojos y me dijo que no tenía idea y, con una inclinación de cabeza, me cerró la puerta en la cara, como si esa escuela no hubiese sido mi hogar. Después de un momento de aturdimiento y rabia, decidí volver a casa.

Entré al departamento y sin sacarme la cartera y el abrigo, me senté en el sillón para llamar por teléfono a Susana, mi ex compañera del instituto. Ella me podría decir dónde ubicar a mi amigo, el padre Kelly. Me atendió la mamá, me dijo que llamara a la noche porque Susi estaba en la facultad. Pasé el día ansiosa caminando de una punta a la otra del living, un sol impotente iluminaba los muebles y mi desazón. Preparé unas milanesas con puré y me senté a comer con mamá y mi hermana mientras veíamos en la tele el almuerzo de Mirtha Legrand con sus invitados: la cortina musical, los centros de mesa con flores, las joyas, la buena comida, en la televisión existía un mundo perfecto donde no había pobres, ni desamparados, donde no se cerraban institutos, y donde todos los problemas se resolvían gracias a la acción de las Fuerzas Armadas salvadoras de la patria.

Mamá se fue a trabajar, mi hermana a estudiar, y yo me quedé sola esperando que pasara el tiempo. Lavé los platos, vi una vez más “La mejor del colegio”, una película de Lolita Torres en blanco y negro, y después me acosté a leer. A las ocho de la noche, volví a discar. Atendió Susana que enseguida reconoció mi voz. Sorprendida escuché la suya titubeante, fría. Le conté que estaba buscando al padre Kelly y que necesitaba saber dónde funcionaba el Instituto, porque en la escuela ya no estaba y no me habían sabido informar su nueva dirección.

— ¿No sabés lo que pasó? — había reproche en su voz. Iba a responderle, pero ella siguió:

— ¿No leíste? ¡No escuchaste lo que pasó!

Sentí que el miedo empezaba a dolerme en todo el cuerpo.

—Estuve en mil cosas.

Ella no esperó a que le explicara nada:

—El domingo pasado asesinaron al padre Kelly en San Patricio, donde vivía, y también a los otros dos curas y dos seminaristas que vivían con él.

Me senté. Las piernas no me sostenían, la cabeza me iba a estallar. Ella continuó susurrando, como si fuese un secreto:

— Es todo confuso, no sé mucho. En los informativos dicen que fueron extremistas, pero eso es una estupidez. Había pintadas horribles, todos dicen que fue la policía... El lunes hubo una misa por los muertos, fue mucha gente, yo me enteré tarde, pero igual no iba a ir, me dio miedo. — hizo un silencio. Y titubeando agregó— mejor no hablemos más.

Los sonidos de la calle me aturdieron, como si el ruido del tránsito estuviera dentro de mí. Me dieron ganas de vomitar... ¡Cómo era posible que el mundo siguiera funcionando!

Nos quedamos en silencio. Me despedí con un estúpido “gracias” y corté.

Un peligro de muerte me acorraló, no la mía, sino la de todo aquello en lo que creía, y mi espanto fue un grito desgarrado.

Mi mamá, que recién llegaba del negocio, abrió la puerta y entró corriendo, asustada por mis gritos. La puse al tanto de la tragedia como pude, atragantada en llanto. Mamá me contó que había escuchado algo, pero eran tantas las noticias sobre enfrentamientos y atentados que publicaban en los medios que ya no les prestaba atención. Jamás imaginó que podía tratarse de ese cura que yo quería tanto.

Durante varios días no pude ni comer, no quería ver a nadie ni salir de casa. El frío de la calle que se veía desde mi ventana me irritaba, me crispaban el viento, la llovizna incesante y los árboles como esqueletos que plagiaban la muerte. El mundo era un gran cementerio. Estaba furiosa. Los seres humanos destruían todo lo bueno, traían el infierno a la tierra, y Dios, si existía, nos había abandonado. Solo el calor de las mantas de mi cama y la oscuridad de mi cuarto me ofrecían refugio, pero no podía dormir.

El domingo al atardecer me asfixiaba, estaba entumecida y decidí salir a caminar. Encaré a paso firme hacia la avenida Santa Fe, tenía tanta indignación acumulada que me hervía en las piernas, necesitaba correr, quería escaparme de mi bronca y de mi miedo. Había recorrido unas quince cuadras cuando pasé por la puerta de la iglesia Santa Adela. Ya estaba muy agitada, me acerqué a mirar. Nunca había entrado. Estaban en misa. En el último banco me puse de rodillas, precisaba saber si algo tenía sentido todavía. Las guitarras comenzaron a sonar:

—Qué idiotas, igualitos a mí cuando era chica...— murmuré, mirando con desprecio al grupo de jóvenes que cantaban frente al micrófono.

Pero una erupción descontrolada de ideas y reproches comenzaron a gritarme: “¿Hace unos meses yo era chica porque tenía sueños, utopías? ¿Y ahora que estoy vacía maduré, como dice mamá? ¿Alfredo Kelly entonces, era chico, igual que el padre Mujica, la madre Beatriz, Victorino, y todos mis compañeros? ¡La idiota soy yo!”

De pronto recordé que habían crucificado a Cristo por sus palabras. Nunca nos dijeron que seguirlo sería fácil, solo que era necesario.

Entonces me acerqué a comulgar. Y con ese pedacito de pan, comencé a transitar nuevamente el camino de Jesucristo el Liberador.

EL FIN DEL PRELUDIO

Dormí diez horas de un tirón toda esa noche. Al otro día salté de la cama y me puse a limpiar la casa bien a fondo mientras escuchaba la radio. Eran vacaciones de invierno. La llamé a Silvia para salir a pasear un rato y tomar aire; se sorprendió al escucharme animada y se puso contenta, pero no podía, iba a acompañar a su futura suegra a probarse vestidos de madrina y la señora no era una mujer a la que pudiese cambiarle los planes. Entonces la llamé a Nora, no había vuelto a verla desde mi regreso y tenía tanto que contarle.

A la hora de la siesta estaba en su casa. Las dos moríamos por vernos. Nos fuimos a la cocina a conversar entre susurros porque su abuela se había quedado dormida en el living. Charlamos hasta por los codos, tratando de poner humor, pero todas las historias terminaban mal. Cuando pregunté por Francisco me dijo que estaba por casarse con Edelmira, pero antes de que pudiese pedirle todos los detalles, sonó el teléfono. Nora corrió para atender. Por la puerta, vi que me hacía señas, la llamada era para mí. Salté de mi asiento, segura de que algo malo había pasado.

— Es tu mamá— murmuró pasándome el tubo.

Se me cortó el aire. Mi madre jamás me había llamado a la casa de una amiga y ni siquiera tenía el teléfono, seguro se lo había pedido a mi hermana.

—Marita, te llegó un telegrama— me tiró la noticia con un tono marcado de reproche.

— ¿De quién? — grité sin que me importara la abuela.

—Del Consejo Escolar de Neuquén.

La ilusión y el terror comenzaron a rebotar en mi cabeza a velocidad sideral: no estaba preparada, aunque había esperado tanto esa respuesta.

- ¿Me lees lo que dice? — fue mi grito susurrado ante las señas desesperadas de Nora señalándome a su abuela.

Pude advertir la respiración entrecortada de mamá y el sonido del papel.

—Es una designación para una escuela, en Bu... Buta Ranquil— dijo y con un tono severo agregó— Vení enseguida, tenemos que hablar— y cortó.

Me tapé la boca, agarré mi cartera y corrí a la puerta. Nora me siguió, y en el palier del departamento pude contarle. Nos abrazamos fuerte, le di un beso y, bajé corriendo las escaleras sin esperar el ascensor. Una vez en la calle grité mirando al cielo: “Siiiiiiiiiii” y le tiré un beso al de arriba. Corrí como una loca, no me interesaba la gente, éramos el telegrama y yo; el resto del mundo, una escenografía. Por las ventanas del colectivo podía ver montañas, niños en burro, cabras y ríos cristalinos donde saltaban las truchas.

Entré como torbellino al departamento, mamá estaba en la cocina. La hora de abrir el negocio ya había pasado pero el destino de su hija estaba en el telegrama sobre la mesa. Era breve, dirigido a mí: Señorita Ana María Solar. Ofrecía un cargo en la escuela Nacional N°95 de Buta Ranquil, de personal único, que iniciaba el ciclo lectivo el 6 de septiembre de 1976 y finalizaba el 25 de mayo de 1977. La última oración decía: Esperamos pronta respuesta. Empecé a besar el papel como si fuese un billete ganador de la lotería. Mi madre furiosa, parecía empeñarse en buscar en mis ojos una sombra de duda para desbaratar mi partida, pero no la encontró; agarró su cartera y se fue golpeando la puerta al salir. Me quedé atónita. No esperaba esa reacción. Verónica llegó un rato después, no quería enterarse demasiado, ni opinar, le pareció una locura pero prefería mantenerse al margen, ella sabía que mi posición era inamovible.

Esa noche me fui a dormir a lo de Silvia para esquivar el reproche de mi madre y obtener la adhesión de mi amiga. Nos pasamos las horas hablando.

A las 8 de la mañana recién estaba clareando y hacía un frío descomunal. Sin haber dormido recorrimos juntas y en silencio las tres cuadras hasta el correo. En la papeleta escribí: “Acepto la designación al cargo de la escuela N°95 de Buta Ranquil.” Mis manos temblaban, el empleado me miró con curiosidad cuando me puse a llorar. Silvia pagó, me agarró del brazo y me arrastró a la vereda, donde nos abrazamos, gritamos y, saltando, dimos vueltas y vueltas hasta que la risa y el llanto se apaciguaron.

Un rato después, en una de las oficinas del Palacio Pizzurno, nos enteramos de que mi destino era un paraje muy solitario. La escuela, donde yo iba a ser la única maestra, estaba cerca de la ruta 40, bien al norte de la provincia neuquina. No había nada alrededor. Mientras volvíamos a casa en el colectivo, Silvia decidió que inventaría un hospital cercano, por lo menos un micro por día, un almacén muy completo, y cualquier otra cosa que mi madre necesitara para quedarse tranquila.

A los pocos días recibí por correo un pasaje en tren a la ciudad de Neuquén y las indicaciones sobre la documentación que debía presentar para tomar el cargo. Todo estaba claro y en orden.

Al mes de agosto lo viví como un trámite. El revuelo familiar me pasaba lejos.

El día antes de mi partida, cuando mi madre llegó del negocio y vio mi equipaje preparado, casi le agarra un saponcio. Un par de valijas, varias bolsas con libros y papeles se amontonaban ordenados contra la pared pero, lo que despertó la reacción de mi mamá, fue el otro bulto. Esa mañana, yo había desplegado en el piso un mantel viejo y guardado ahí, lo más ordenadamente posible, las sábanas, toallas, frazadas y camperas, luego había atado las cuatro puntas; estaba muy satisfecha, había sido la forma más práctica de trasladarlos sin tener que comprar una valija nueva. Pero mi mamá solo pudo exclamar “¡Es el atado de un linyera!” y se agarró la cabeza, lo que me resultó ofensivo. En cambio, cuando Silvia lo vio, comentó que no esperaba otra cosa de mí, no entendí si era una crítica o un halago, pero preferí no indagar más, porque no tenía ninguna intención de cambiar las cosas.

El miércoles 1 de septiembre de 1976, mamá y mi amiga Silvia, me acompañaron a la estación Constitución. A las seis de la tarde arrancó el tren. Asomada en la ventana las vi quedarse en el andén junto con mi pasado.

Durante el viaje recé y lloré, en forma intermitente: a veces como una llovizna fina, otras como una tormenta de verano, pero siempre de felicidad.

Recién empezaba mi vida; lo anterior solo había sido un preludio.

3° PARTE

*Nada está perdido
si se tiene el valor de proclamar que todo está perdido
y hay que empezar de nuevo.*

Julio Cortázar

XXIII

MILLALEUFÚ

Serían las nueve de la mañana cuando el tren llegó a la ciudad de Neuquén. Tomé un taxi donde cargué todo mi estafalario equipaje, soportando sin fastidio la burla del taxista. Durante el recorrido me vinieron a la memoria aquellas vacaciones con Griselda: el perfume de los pinos, los atardeceres en bici, las idas al hospital, reconocí algunos lugares que habíamos visitado cinco años antes. La extrañaba, desde la carta que me había escrito al ISER un par de meses atrás, contándome que su papá se había retirado del Ejército, no había vuelto a tener noticias sobre ellos y por primera vez me preocupé por su suerte, pero no tenía manera de encontrarla. Llegamos al Consejo Escolar, el chofer me ayudó con el equipaje hasta la base de la escalinata del edificio. Al ver la montaña de cosas apiladas, un uniformado de *seguridad* muy amablemente me sugirió que deje todo ahí porque él me lo iba a cuidar. Le agradecí con alivio, me hubiese resultado imposible caminar por los pasillos con todo a la rastra. El edificio estaba bien señalizado, así que enseguida llegué a la oficina correspondiente: “Designaciones”. Una señora bajita con ojos recargados de maquillaje, labios rojos y cabello batido me atendió desde atrás de un mostrador lleno de papeles. Leyó mi telegrama. Me recorrió con la vista de arriba abajo y volvió a leer el telegrama. Me pidió que me sentara un momento y se fue hacia el fondo con el papel en la mano. Un mal presentimiento me retorció el estómago. El tiempo pasaba, los empleados seguían trabajando como autómatas sin notar que del otro lado del mostrador se definía mi vida. Al rato la empleada volvió con otra mujer, también bajita, con dientes de conejo. Al verme ella también abrió los ojos como si se le fueran a salir de las órbitas, después sacudió la cabeza en forma negativa, y con un gesto de la mano invitó a la otra a ir nuevamente hacia el fondo. Otra vez me quedé sola. El latido de mi corazón era tan escandaloso que pensé que algún empleado se iba a acercar para pedirme silencio. Estaba aterrorizada. Me imaginaba volviendo a casa nuevamente rechazada, me quería morir.

Al rato volvieron las dos, sonrientes, relajadas. No sé si habrá sido porque era mi primer puesto docente, o porque yo parecía una nena, o una subversiva, o todo a la vez, pero las dos mujercitas me comunicaron su decisión: no podía iniciarme en una escuela de personal único, por eso me destinaban a la escuela N°127 de Millaleufú, donde trabajaría junto a una directora y otras 2 maestras. Era jueves y había un micro hasta el pueblo.

Aunque yo no sabía si ese cambio era una buena noticia, había imaginado lo peor y por lo tanto lo tomé como un regalo. Así que, sin preguntar nada más, salí del Consejo Escolar con las indicaciones, la designación y el pasaje, y me dirigí nuevamente en taxi a la terminal de micros. A las 13 saldría el colectivo, así que me senté a almorzar un sánduche de milanesa, estaba de verdad hambrienta. Mientras comía pude digerir lo que había sucedido: era cierto que sin ninguna experiencia difícilmente podría manejar una escuela de personal único, con toda la administración a mi cargo, pero ir a un pueblo, con otras maestras y directora no era lo que había planeado. Igualmente, mi vida docente recién empezaba, así que tendría tiempo de ir a trabajar en una escuela para mí sola, donde pudiese desplegar todos mis proyectos.

Cuando compré el boleto me informé bien: de Neuquén a Chos Malal, había siete horas, una vez allí debía combinar con un micro hacia Millaleufú, dos horas más de viaje. En suma, de no haber inconvenientes, llegaría a mi destino a las 11 de la noche. Sonaba complicado, pero no tanto como para preocuparme, seguro que algún ángel me iba a ayudar.

El micro no era gran cosa, bastante viejo y sucio, era de esos que mi tía Chichí solía llamar un “Santa Milonguita”, por el camioncito destartado de Minguito, el personaje de la tele. Pero por mí podría haber sido una carreta que ya nada devaluaría mi entusiasmo.

Fuimos dejando los pueblos del Valle hasta que en Zapala tomamos la Ruta 40 hacia el Norte. Yo conocía los caminos de memoria, había estudiado Neuquén durante años. Señalizados en la ruta, aparecían nombres de parajes y pueblos, casi todos en lengua mapuche, pero los senderos que conducían hacia ellos se perdían en la aridez del paisaje y me llenaban de curiosidad. Muy cada tanto, una línea de sauces y pastos verdes marcaban un arroyo de agua cristalina y correntosa. Luego de un par de horas de no ver nada más que piedra, carteles y senderos, me ganó el sueño y me dormí. El cansancio era tan grande que cuando me desperté estaba oscuro y entrábamos a Chos Malal. Las luces débiles mostraban un pueblo chato, parecido a Junín. No había nadie en la calle. Los árboles, las casas, todo alrededor, iluminado por los faroles, se veía marrón, pintado con el polvo que el viento patagónico había arrancado de las montañas, para dejar el pueblo así, como esculpido en la tierra. Chos Malal era una foto en sepia.

Al detenernos en el pequeño tinglado de la terminal, bajé ansiosa y me cambié con todo mi equipaje al otro micro. Mi atado de linyera seguía en perfecto estado, no así algunas bolsas de libros que tuve que anudar para que no se desarmen. Le entregué el boleto al chofer y subí. El ómnibus era muy viejo, pero se veía limpio. Aunque estaba casi vacío, una chica como de mi edad vino a sentarse a mi lado.

—Esa es la Cordillera del Viento— le oí decir con un suspiro como si hablara de un novio— del otro lado está Millaleufú— me miró a los ojos indagando mi reacción y continuó — Cristina Andekian, maestra de la Escuela Hogar en el Centro Evangélico. — dijo mientras me extendía cómicamente la mano para presentarse.

—Ana María Solar, maestra de la escuela N°127. Recién llegada. Pa' lo que guste. — le dije y nos pusimos a reír.

Cristina volvía de pasar sus vacaciones en la Capital Federal con su familia. Petisa, bastante gordita, pelirroja y llena de pecas, su boca era muy grande y dispuesta a la carcajada. Entusiasmada me empezó a contar todo lo que se le pasaba por la mente. Me dijo que su escuela-hogar estaba en las afueras, así que no visitaba mucho el pueblo, pero sabía dónde convenía hacer las compras y conocía, por habladurías, a muchos personajes que andaban por ahí. Yo la escuchaba extasiada, no me hacía falta hacerle preguntas porque era una máquina de hablar, pero cuando me contó sobre el almacenero que de pobre pasó a rico al encontrar una pepa gigante de oro, tuve que interrumpirla debido a mi sorpresa:

— ¿Cómo que hay oro en Millaleufú?

— ¡Más bien!, imagínate que, en lengua mapuche, “Milla” significa oro y “Leufú”, río. Cuando el oro dejó de ser negocio, las empresas que hicieron crecer el pueblo se fueron. Pero los lugareños siguen buscando en las minas abandonadas y en el río con coladores, como en las películas, y cada tanto tienen suerte. Vas a ver que en los negocios hay pequeñas balanzas, como en las joyerías de Buenos Aires. Los paisanos llevan bolsitas de tela llenas de polvo y pedacitos de oro y las vacían en el platillo para pagar sus cuentas. Casi siempre los estafan, se aprovechan porque son analfabetos. — De pronto se interrumpió divertida al ver mi cara de sorpresa— ¡En serio! Es nuestro lejano Oeste, pero no hacemos películas para contarlos. El oro es una changa porque casi no queda. Los que viven en el pueblo son empleados estatales, comerciantes o dan algún servicio. Las mujeres que necesitan trabajar afuera lavan ropa, tejen o cosen, hacen conservas para vender. En cambio los que viven lejos del pueblo, en los puestos, crían cabras, y mientras las pastorean aprovechan para buscar oro.

El micro daba curvas, y más curvas, me estaba mareando. Decidí mirar por la ventana para no descomponerme. Mucha oscuridad, ya eran más de las 11 de la noche y con la charla no me había dado cuenta de que las montañas se habían tragado la luna. De repente comencé a ver una hilera de luces que se hundían allá abajo, al fondo.

Cristina apretó mi mano, supe que estábamos llegando.

Millaleufú brillaba único, minúsculo, imponente. Todos mis sueños se hacían verdad. Me tapé la boca y me puse a llorar de felicidad. Cristina me acurrucó contra su pecho.

UN NUEVO ÁNGEL

Nos detuvimos en un bulevar desierto. Yo me sentía arrebatada por la conmoción y comencé a temblar, los dientes me castañeaban. Solo nosotras bajamos del micro. Un hombre gordo y pequeño, envuelto en un poncho oscuro, nos sonreía; era la única persona que esperaba. Cristina me lo presentó como su amigo Benito, director del Hogar y Pastor.

— ¡Pero qué frío tiene esta señorita! — exclamó él mientras se sacaba el poncho para ponérmelo.

— ¡No, gracias!, no tengo frío. Solamente estoy emocionada— Le dije un poco avergonzada y, ante su cara de desconcierto, los tres nos empezamos a reír.

Cristina le contó que yo era una nueva maestra de la 127 y que tenía que ir a buscar a la directora para que me diera la llave de la casa donde debía alojarme.

—Entonces vamos a acompañarla, carguemos las cosas. La casa de los maestros está acá cerca.

El comentario me hizo gracia, ¿Qué podía quedar lejos en ese pueblo minúsculo? Nuevamente mi equipaje fue motivo de bromas, ya estaba acostumbrada, pero al menos había llegado completo y en orden. Después de acomodarlo en la caja de la camioneta nos subimos los tres adelante, yo en el medio. La calle estaba desierta, era casi medianoche y se había levantado un viento fuerte y helado. Agradecí a Dios por mis nuevos ángeles custodios, me sentía calentita entre ellos.

Recorrimos unas tres cuadras, solo casas sencillas, algunas más humildes que otras, todas con jardines terrosos y amarillentos, víctimas del invierno. Nos detuvimos frente al cerco de un chalé pequeño y bien cuidado. El pastor golpeó varias veces las manos hasta que decidió tocar la bocina. Las luces comenzaron a encenderse. Pasaron un par de minutos. Una mujer de unos cincuenta años abrió la puerta vestida en camión, envuelta con un chal tejido, con cara de dormida y mal humor.

— ¿Sí? — fue su saludo. Benito hizo un gesto, como si fuese a contestar por mí, y me adelanté.

— Mi nombre es Ana María Solar y traigo la designación para la escuela 127. ¿Usted es la directora? — dije, tratando de disimular que advertía haberla arrancado de la cama.

—Sí, soy yo— confirmó sin acercarse. — Ahora le alcanzo la llave. — tardó un par de segundos en volver arrastrando sus enormes pantuflas de cuero de cordero. Salió hasta donde nosotros esperábamos y a través del pequeño portón me la alcanzó. — Mi nombre es Elba, ¿Sabe dónde es?

Negué secamente, azorada por la frialdad del trato.

—Nosotros la llevamos — respondió Benito detrás de mí.

Disculpe, no lo había visto, cómo le va— le dijo la mujer con una insignificante sonrisa y volvió a dirigirse a mí— Todavía no vinieron las dos docentes que comparten la casa con usted, pero llegarán en estos días. Hay un dormitorio para cada una. El lunes a las 8 nos vemos en la escuela, las clases empiezan en 10 días, así que va a tener tiempo de organizarse ¿Algo más?

Nos quedamos en silencio, entonces soltó un “buenas noches” de compromiso, dio media vuelta, entró y cerró la puerta dejándonos parados como sotas de basto.

Miré a Cristina acongojada, pero al subir a la camioneta, ella me pasó su brazo por el hombro y me apretó contra su cuerpo mullido. En silencio comencé a repasar lo que acababa de suceder, la situación había sido ridícula, y me dio un ataque de risa, mi amiga se contagió

mientras Benito nos miraba de reojo incrédulo. Recorrimos otras dos o tres cuadras y, antes de que el pueblo se terminara, nos detuvimos frente a un cerco de madera. Como no había luz, Benito dejó los faroles de la camioneta encendidos. La casa era de las que se construían con los planes estatales de vivienda. Pequeña, linda, pintada de amarillo, con resplandeciente techo de chapa a dos aguas. La llave abrió con facilidad, pero cuando quisimos encender la luz nos dimos cuenta de que estaba cortada. Levanté la persiana que daba al frente y la camioneta nos iluminó, buscamos la caja de los tapones para dar electricidad. Al encenderse la lamparita del techo dejó ver una cocina-comedor donde había una mesa de madera y cuatro sillas, un baño y tres dormitorios totalmente vacíos. En las alacenas no había vajilla, ni garrafa en la cocina. Luego de evaluar la situación exclamé:

—Igual que una carpa, pero de material— Nuevamente nos empezamos a reír mientras Benito se agarraba la cabeza.

Para mi alegría, me invitaron a dormir en el hogar. Entonces bajamos mi equipaje y lo dejamos en una de las habitaciones. Saqué algo de ropa para cambiarme esa noche, cerré la puerta de “mi” casa y partimos.

Recorrimos unas veinte cuadras de ripio, subiendo y bajando el cerro por un camino que solo conducía al Centro Evangélico. Detrás de una línea de árboles aparecieron las luces amarillentas. Una construcción muy grande, sencilla, perfectamente blanca.

A pesar de la hora, sus habitantes estaban levantados y, seguramente, esperando escuchar el motor de la camioneta. Salieron haciendo un griterío en el que se mezclaban las voces de los chicos y los grandes. Abrazaron a Cristina con tanto cariño que la hicieron llorar de emoción. Yo, contagiada por la euforia, también di rienda suelta a todas las lágrimas que venía tragando desde que había bajado del micro.

En el Centro, durante el ciclo lectivo, vivían alrededor de cincuenta niños de escuela primaria, cuatro docentes, y un matrimonio mayor con dos hijas que se ocupaban del mantenimiento, cocina y limpieza. Benito vivía con la esposa que realizaba tareas de asistencia social y una hija pequeña. No habían comenzado las clases, pero ya se habían alojado varios niños.

La mesa estaba puesta. Agregaron un plato más y nos sentamos a cenar uno de esos guisos sabrosos que solo pueden saborearse en una escuela. Me trataron como si me conociesen de toda la vida. Cantamos, hicimos bromas y, luego de que los niños se fueron a dormir, charlamos de religión, respetuosamente, sin estar de acuerdo en varias cosas, pero acordando en las más importantes.

Ya eran más de las tres de la madrugada, cuando nos fuimos al cuarto de Cristina. Había dos camitas iguales con una mesa de luz en el centro llena de fotos familiares y un ropero de madera enorme. Mi nueva amiga me pidió que me sentara en la cama y, haciendo música de suspenso, lo abrió. No pude contener un grito, los estantes estaban repletos de golosinas ordenadas como en un kiosco. Lo que pidiera estaba ahí, no podía creerlo, yo me consideraba golosa, pero Cristina me ganaba, literalmente, por varios cuerpos. Atacamos los chocolates, alfajores y galletitas sin piedad, mientras tomábamos mate para empujar. Ella estaba bastante gorda y ya me daba cuenta el por qué, intuí que yo podría terminar igual si la visitaba muy seguido. Cuando ya no pudimos más del atracón y nos cansamos de hablar, mi amiga se acostó en la cama al lado de la pared y me dejó la de abajo de la ventana para que pueda disfrutar del cielo.

Ya amanecía, los pájaros comenzaban a despertarse y yo no había logrado ni un minuto de sueño. Al fin, cansada de dar vueltas y vueltas repasando cada minuto de ese día maravilloso, asombrada por esos nuevos ángeles que me habían salvado de la calamidad, me

acurruqué abrazada a la cruz, la que era mía y de mi tío Eduardo, que siempre llevaba en mi cuello y recé dando gracias hasta dormir.

MI NUEVO HOGAR

Viernes 3 de septiembre de 1976. Abrí los ojos y me arrodillé en la cama. Al mirar a través de los vidrios descubrí la Cordillera del Viento: impecable, prepotente, monstruosa, ¡cómo no enamorarse de ella! El instante mágico caducó por un áspero ronquido. Hecha un bollo gigante en su cama, Cristina seguía durmiendo.

Le chisté y nada. Bajé de mi cama y me senté a su lado tratando de ser delicada, le dije al oído:

— ¿Dormís?

Ni se movió, solo el acompasado respirar del sueño. Le empujé el hombro y volví a la carga alzando sin piedad la voz:

— ¡¿Dormís?!

— ¡Ya no! — gruñó incorporándose de golpe y haciéndome caer de la cama. Nos desternillamos tanto que casi me hice pis y tuve que salir corriendo al baño. Al volver la encontré desparramada nuevamente con los ojos cerrados y la abracé de pura felicidad obligándola a sentarse.

Empecé a vestirme a toda velocidad mientras hacía planes. Cristina se desperezaba lentamente, con la agilidad de un oso que termina de hibernar. Trataba de apurarla. Primero le alcancé la ropa, después el desodorante, le até los cordones, la empujé hasta el baño, todo mientras ella no paraba de refunfuñar que tenía sueño. Cuando por fin estuvo lista, bajamos a desayunar. Café con leche, pan casero, dulce de frambuesas, todo se veía delicioso, pero yo no podía pasar un bocado, me dolía la panza por el atracón de la noche. La cocinera me propuso un té con poleo, me dijo que era un yuyo aromático y digestivo que crecía silvestre a orillas del arroyo, pero que si quería el té debía ir a buscarlo personalmente, porque lo usaban fresco, recién cosechado. Cristina me agarró de los hombros y haciendo un trencito me llevó hacia afuera; bordeamos el hogar y descendimos hasta el agua cristalina que corría a pocos metros del edificio. ¿Cuánta felicidad puede entrar adentro de una persona? En ese momento sentí que había llegado al límite.

Cristina me mostró cuál era la planta, de hojitas redondas y velludas. Al arrancarla su perfume descarado se metió en mis fosas nasales y recorrió mi interior como brisa fresca. Aquellos primeros aromas serían coordenadas que me devolverían por siempre, una y mil veces a Millaleufú.

Una vez que me sentí repuesta gracias al tecito, Benito se ofreció a llevarme al pueblo, a la casa de una tal Adriana, directora de la única escuela secundaria de la zona, seguramente ella me podría ayudar como solía hacerlo con los profesores que recién llegaban a su escuela. Cristina tuvo que quedarse a trabajar así que nos despedimos con un abrazo y acordamos vernos el fin de semana.

Mientras recorriamos el camino hacia el pueblo conversaba animadamente, hasta que me quedé embobada al ver cruzar el camino a dos muchachitos a caballo llevando un rebaño de cabras.

—Esos chicos seguramente son alumnos de tu escuela. Vas a ver, no faltan nunca, porque necesitan el almuerzo. Pero cuando llega diciembre desaparecen hasta marzo, se van a los valles altos, la veranada le dicen— y señaló las montañas del fondo.

— ¿¡Por qué!? ¿Dejan de venir a la escuela para ir a la montaña?

—Suben para alimentar a los rebaños con los pastos tiernos que aparecen cuando se derrite la nieve. Mientras tanto crecen los pastizales de los valles bajos que los van a alimentar durante el invierno. Tenés que entender: acá lo que más importa son los rebaños, es la supervivencia de esta gente, de su familia, y los padres se conforman con que los chicos sepan leer, escribir, y hacer las cuentas del almacén. Lo demás se lo enseñan ellos.

Estas cosas nunca las había imaginado, no estaban en los libros, las aristas de la realidad eran infinitas, y el primer paso para ubicarme en ese mundo era asumir mi ignorancia y dejar los prejuicios de lado.

Llegamos al pueblo donde el sol lo había cambiado todo: ahora podía ver los colores y texturas, la gente caminando alegremente por la calle y los chicos jugando. Algún auto, un par de carros, un hombre a caballo y varios en bicicleta circulaban sobre la tierra compacta. Al borde de las veredas de la avenida principal, la del boulevard por donde la noche anterior había entrado el micro, se veían rosales, flores abiertas y pimpollos que con la oscuridad no había podido distinguir. Yo intentaba devorar con los ojos mi nuevo pueblo, para pertenecerle más pronto.

Nos detuvimos frente a un chalé. Benito tocó bocina y en segundos una mujer joven abrió la puerta. Al reconocer la camioneta hizo un gesto de asombro y vino a saludar. Benito nos presentó sin bajar de la camioneta.

— ¡Pero qué chiquita es! — dijo Adriana— Parece una alumna de mi escuela ¡Bienvenida!

Me preguntó si ya me había instalado y le conté que no había traído muebles porque nadie me había avisado.

—No te preocupes, no sos la primera— y dirigiéndose a Benito, agregó con evidente ironía— Elba se ofreció a solucionar el problema, supongo.

Se miraron con complicidad por lo que parecía un chiste interno.

—Hasta que armemos tu casa te podés quedar conmigo— ofreció Adriana con ternura, y dirigiéndose a mi protector agregó— Estaba haciendo unos buñuelos de manzana ¿Venís a probarlos Benito?

Él respondió que tenía tarea que hacer y se fue, parecía satisfecho por dejarme en buenas manos. Seguí a la mujer, entramos a la cocina-comedor. Un espacio luminoso con detalles femeninos: cortinas bordadas, panera haciendo juego, un delantal colgado lleno de volados y flores. En la mesada había un bol de vidrio con harina y a su lado una manzana cortada en gajitos, que se veía muy tentadora, o quizá era por mi apetito, consecuencia de un desayuno tan sano y austero.

Mientras Adriana batía la preparación me contó que esperaba a un amigo, para ella sola no acostumbraba a hacer esas delicias. Entre preguntas y anécdotas nos fuimos conociendo. Comprendí el esfuerzo que ella había hecho para llegar a ser directora de una secundaria: nacer y crecer en un pequeño pueblo, emigrar para estudiar una carrera, y luego de muchos años volver a la tierra natal.

Golpearon la puerta. Ella se levantó de un salto:

—Ahí llegó el gran conductor— al decir esa frase se me ocurrió que tal vez serían peronistas, pero no me animé a preguntar nada, porque no me pareció prudente.

Entró. Un hombre mayor, retacón, con boina de gaucho abrigando la pelada y poncho de vicuña gastado sobre los hombros, parecía salido de una película en blanco y negro. Me miró intrigado, él conocía a todos en ese pueblo. Adriana nos presentó, era el cura Lisandro. Muy serio, me extendió su mano. Me extrañó la formalidad, que no

coincidía con su aspecto, pero al tomar mi mano me tiró hacia él y me abrazó palmeándome la espalda:

—Jajaja ¿Te asusté? Lo único que le falta a este pueblo es un cura fruncido. ¡Millaleufú necesita gente joven! ¡Bienvenida Marita!

¡Lo único que me faltaba, un cura macanudo! ¡Ahora sí que me sentía en casa! Tenía ganas de contarle de todo, pero decidí guardar compostura como recomendaba mamá: “no apabulles a la gente”.

Aunque Lisandro pasaba los sesenta, su espíritu joven se notaba en el brillo de los ojos, en la pasión que ponía al hablar. Mientras vaciábamos el plato de buñuelos y varias pavas de mate, me contó lo difícil que se le estaba haciendo evangelizar a la gente: tenía cinco pueblos a su cargo y poca gente ayudando. Después quiso saber sobre mi vida. Él escuchaba con respeto y paciencia. Sentí que comprendía mis lágrimas cuando le hablé de mi propósito, del mundo nuevo para el hombre nuevo, del dolor de la violencia y las muertes que no podía entender. Adriana nos escuchaba mientras leía una revista, se mostraba distante, no parecía interesarle demasiado nuestra conversación. Lisandro me contó que a veces no encontraba la forma de agitar la modorra de la gente. En ocasiones se sentía vencido, pero era entonces cuando Dios lo zarandeaba de las formas más novedosas, y volvía al ruedo. Acariciando mi cabeza agregó que tal vez yo era una sacudida de Dios. Cuando eran casi las once de la mañana, antes de irse, me ofreció un catre y un colchón viejo; acepté agradecida y me aseguró que a eso de las cinco me los llevaría a la casa.

Era temprano todavía para almorzar y nos habíamos llenado de buñuelos, así que Adriana me invitó a conocer el pueblo, aproveché para pedirle que me llevara al correo.

Bajo el sol del mediodía, el frío ya no era tanto. El perfume a madera quemada de las estufas se mezclaba con el aroma de las comidas que salían de los hogares. Pasamos por la iglesia, muy pequeña, con la pintura sucia, descascarada, y el techo de chapas vencido. Me mostró el edificio de la escuela secundaria que habían inaugurado dos años atrás, y la oficina municipal. Cuando llegamos al correo entré para mandar un telegrama a mi mamá. Debía contarle mi cambio de destino, y decirle que estaba muy bien. Me atendió un hombre alto, extremadamente flaco, de prolijos bigotes canosos, que me miraba solemne desde el otro lado del mostrador. Tenía una camisa blanca impecable, pulóver escote V, corbatín negro y anteojos pequeños en la punta de la nariz: todo él era una verdadera antigüedad. De mi libreta de ahorro saqué el poco dinero que había ganado dando clases particulares y, por supuesto, lo que me había dado mi madre. Previendo que al hombre lo vería muy seguido traté de simpatizarle. Me dio el papel para telegrama y escribí: Estoy feliz. Cambié destino a Millaleufú. Va carta.

Cuando salí del correo, Adriana me presentó a un par de alumnas que habían egresado en mayo y se habían acercado a conversar. Recordé mi relación con la madre Beatriz ¿cómo estaría? ¿La volvería a ver? Un nudo en mi garganta me quitó el aire. Por suerte Adriana, que no se había percatado de mi cambio de ánimo, me agarró del brazo y me arrastró hasta la esquina para señalarme, a unas diez cuadras, al final de la barranca, un río gris y ondulante: era el Milla Leufú, río de oro.

Cuando por la tarde, después de la siesta, llegamos a mi casa, abrí la puerta, agradecí a Dios por todos los que me estaban cuidando, y entré con el pie izquierdo, para desafiar las supersticiones.

Mi habitación era un lío. Mientras miraba sin saber por dónde empezar, escuché la voz de Lisandro que traía a la rastra un viejo catre y un colchón fino de lana. Abrió el catre contra la pared y puso el colchón, el olor húmedo y viejo era igual al de la casa de campo de mi tío Domingo. Me dolía la cara de tanta alegría, no podía dejar de sonreír y no me alcanzaban las

palabras para agradecerle. Adriana me dijo que volvían en un rato. Por la ventana la vi irse con Lisandro, en el Renault 4 destartado del cura. Tendí la cama y fui ordenando algunas cajas. Volvieron con un pupitre doble de madera antiguo, de esos que tienen asiento y mesa, una mesita de fórmica, una silla, un jarro, un plato hondo de aluminio y un juego de cubiertos. Mi carpa estaba armada.

Antes de irse el cura se paró en la puerta, y me dijo:

— ¡Casi me olvidaba! ¿Te animás a dar catecismo a partir de diciembre?

— ¡Siiii! ¡Claro que sí!

— ¡Parece que va a haber cambios profundos en la iglesia este año! La señorita Felicia, ya va a cumplir ochenta y le cuesta caminar, dio catecismo durante más de treinta años y hace un tiempo me pidió que la releve. Su último grupo toma la Primera Comunión el ocho de diciembre, día de la Virgen, así que podrías empezar con los nuevos la semana siguiente.

Ante la propuesta me atreví a ir más a fondo aún:

— ¿Te parecería bien si armo unos cancioneros y llevo la guitarra a las misas para cantar con la gente?

— ¡Encantado! Y como soy guitarrero viejo me las enseñas para tocarlas en los otros pueblos. A ver si podemos salir de la época Medieval.

Cuando se fueron ya era tarde, me abrigué porque estaba haciendo frío y salí a comprar casi corriendo, no tenía nada de nada. Caminé rápido para llegar al almacén “El Sinforiano” que ya estaba por cerrar. Cristina me lo había recomendado, era más barato que “La Pepa”, el de la historia de la piedra de oro gigante.

El almacén de ramos generales era tal cual como los del campo que describía mamá. Había muebles a la venta, aparejos para caballos colgados del techo, ropa, artículos de limpieza, vajilla, herramientas, perfumería, telas, lana, librería y alimento; menos remedios, todo lo que uno podía necesitar, y más. Me atendió el mismo Sinforiano, un hombre grandote, amable y bastante mayor. Me hizo muchas preguntas, tendría ganas de charlar. Compré algunas cosas esenciales para comer y limpiar, kerosene y una almohada. Lo sentí tan amable que me animé a pedirle si me podía dar dos cajones de madera, de esos que traían la fruta, para usarlos como mesas de luz, se fue hacia el fondo y me trajo unos impecables de regalo. Cuando empecé a juntar todo, tratando de colgarme los paquetes y las bolsas, me miró con piedad y le pidió a un muchachito que trabajaba con él que me alcance las cosas con un carro hasta mi casa. Al salir me atreví a pedirle que me llevara a mí también, se extrañó un poco, las maestras no andaban en carro, pero aceptó. En un ratito pude estar en casa.

Tardé un par de horas en dejar todo acomodado. En el pupitre enorme acomodé mi ropa en la mesa y mis papeles y libros en el asiento. A los costados de la cama puse los cajones de madera, uno de cada lado, y les hice unas cortinitas con repasadores floreados que había traído de Buenos Aires. Encendí el calentador Branmetal, calenté agua en una lata de cinco litros que encontré en la cocina y me bañé con una esponja. Ya en camisón, cociné polenta en el plato, llevé todo a la mesa de la cocina y cené en aparente silencio, sintiendo que había alcanzado la mayor felicidad que era posible en esta tierra.

CONTRADICCIONES

Ese primer domingo de mi nueva vida me desperté cerca del mediodía después de haber dormido profundamente. Me levanté, abrí las celosías y vi por la ventana el cielo impecable y profundo de la Patagonia. Cuánto había añorado vivir bajo ese milagro azul y ahora lo tenía ahí. Como quien está frente a la foto de su amor, acaricié el vidrio y besé al cielo a través la superficie fría: me lo había ganado.

Comí un poco de arroz y salí a caminar. Preguntando acá y allá, encontré el camino al Centro Evangélico y lo recorrí subiendo y bajando por el camino de cornisa, durante veinte minutos, hasta el monte de álamos blancos que bordeaba la casa. Cristina me recibió a los gritos. Enseguida metió en una canasta el mate, un mantel y nos fuimos al arroyo para merendar con golosinas de su kiosco personal.

Al atardecer volví a mi casa, me comí las sobras del medio día y me acosté a leer un libro de Pablo Freire (un pedagogo maravilloso), pero los ojos se me cerraban, y enseguida me dormí.

No hizo falta que sonara el despertador, a las seis de la mañana ya me había levantado. Mi guardapolvo blanco estaba preparado en mi pupitre-placar, lo besé, como quien acaricia la bandera antes de ir a la batalla, y salí a paso firme hacia la revolución del Hombre Nuevo.

Ocho menos cuarto me detuve frente al portón de rejas del patio de la escuela. Sentí que no podía respirar. Traté de relajarme mirando detalladamente lo que tenía frente a mí. La escuela ocupaba toda la manzana, la tierra árida igual que todo en el pueblo, salpicada por algunos macetones con rosales florecidos y, en el centro del patio, como la vela de una torta de cumpleaños, un mástil despintado y vacío. El edificio escolar se asemejaba a una enorme C cuyos extremos estaban unidos por una pared vidriada en cuyo centro se veía una enorme puerta de dos hojas abierta. La Cordillera del Viento que brillaba dorada bajo el sol de la mañana se duplicaba en los ventanales. No veía a nadie, pero escuchaba voces, así que entré. Pude ver tres salones con sus puertas abiertas, a la derecha, con sus característicos muñequitos de varón y mujer, los baños y al lado, la dirección, de donde salían las voces.

Golpeé. Me temblaban las piernas. “Adelante” canturreó una voz. Pasé. Había dos mujeres sentadas, conversando alegremente, con mucha familiaridad. Una era Elba y la otra, más joven, se presentó como Gabriela, maestra titular desde hacía casi diez años. Después supe que era la única docente de la escuela nacida en Millaleufú y que estaba casada con un funcionario provincial asignado recientemente, luego del golpe militar. La recepción fue muy profesional. Me explicaron que a la mañana había tres grupos: 4° grado, el 5° y el 6° integrados en un mismo salón, y el 7° que eran solo 14 chicos. Por la tarde los salones eran usados por los más pequeños, 1°, 2° y 3° grados. Todos los grupos tenían como materia especial Manualidades, la educación física estaba a cargo de las maestras porque no había profesores. A mí me habían designado a la mañana el séptimo y a la tarde tercero. Elba me dijo que dos docentes compartirían la casa conmigo: una era Mirta, la maestra de plástica, que llegaría el jueves siguiente en el micro y agregó, como susurrando un pecado, que era “madre soltera” y vendría con su hijito. La otra, Susana, de La Plata, llegaría el fin de semana porque tenía auto. Ambas conocían la escuela: para Mirta, la de manualidades, ya sería su tercer año, y Susana ya había trabajado como suplente el ciclo anterior.

Elba me llevó a recorrer las aulas indicándome las que yo iba a utilizar. Salimos al patio y bordeamos el edificio. En la parte de atrás estaba la cocina, no era muy grande pero muy prolija y cómoda. Allí me explicó que los chicos almorzaban en los salones porque no había otro lugar, turno mañana comía antes de irse y turno tarde al ingresar; las maestras debíamos

procurar que el salón quedara limpio, porque la portera no daba abasto. Cerca de la cocina había una linda construcción, antigua, con todas las celosías verdes cerradas: la casa para la directora, deshabitada. Volvimos a la dirección donde Elba me dio los registros, los boletines y la lista de alumnos para completar. Con especial detalle me explicó:

— Primero todos los varones, y dejando cinco renglones, ni más ni menos, la lista de las niñas. Estricto orden alfabético, documento del alumno, domicilio, nombre de la madre o padre, y número de documento del adulto, en cualquier caso, donde no tienen documento, escribís “en trámite”. No te podés equivocar.

Me puse nerviosa. Yo sabía que, en esas condiciones de presión metería la pata. Me encerré en mi salón de 7º, saqué la lapicera que me había regalado mi abuelita, una hojita de afeitar, para borrar cualquier falta si era necesario y la regla de metal que me venía acompañando desde la secundaria. Me encomendé a Dios y a todos los seres amados, y empecé. Puse cada nombre, tracé cada línea con solemnidad y terror. Me equivoqué varias veces, pero yo era experta en borradores así que apenas se notó. Cuando terminé me dolía todo: los dedos, los dientes, los hombros, el cuello. Agarré mi obra de arte y fui a la dirección a entregarla. La directora revisó todo y me miró:

— Es todo por hoy, puede irse. Mañana no es necesario que venga tan temprano, con que esté a las diez es suficiente.

A pesar del tono seco y antipático de la directora yo salí contenta: hasta entonces siempre había visto a los trámites, planillas y formularios como a enemigos, pero con paciencia y voluntad había logrado vencer al dragón. ¡Vamos, Marita! me aplaudía en silencio, mientras atravesaba el patio. Fue entonces cuando vi venir a una mujer de guardapolvo celeste. Se acercó sonriéndome como si me conociera. Era joven, de baja estatura, pero muy corpulenta, como si practicara yudo. Su mínima nariz se hundía entre los cachetes, redondos y rozagantes como manzanas. Me dio la mano, llamándome señorita, y se presentó como Adela, la portera.

—Me habían sabido decir que vendría una maestra nueva, jovencita nomás, que venía de lejos. Ojalá le guste el pueblo. También soy un poco nueva acá, vine de La Rioja hace dos meses. Pa’ lo que necesita me llama ¿sabe?

— ¿De La Rioja? ¿Y qué andás haciendo, tan lejos?

—Mis padres son de Millaleufú, pero vivieron en Aimogasta una punta de años. Mi papá trabajaba en una estancia, tenían olivares ¡No sabe qué lindo lugar! El patrón, pobrecito, murió el año pasado y el hijo vendió, así que nos tuvimos que volver y nos vinimos sin nada— me dijo mientras sus manos regordetas amasaban el guardapolvo. —Diga que pude conseguir la portería acá en la escuela. Soy la única de la familia que trabaja ahora— y mirándome a los ojos se hizo la señal de la cruz y finalizó— La Virgencita nos va a ayudar, algo bueno va a salir.

Le puse mi mano en el hombro, traté de reconfortarla, le dije que yo también confiaba y que iba a rezar por ella. Mientras caminábamos hacia la calle, Adela siguió contándome de su paraíso, la estancia y el trabajo en los olivares.

¡Qué indignación! después de tantos años de trabajo no habían ganado más que vejez, ¡porque ni jubilación tenían! Y lo peor era que Adela y su familia agradecían haber podido trabajar en la estancia. ¡Qué desamparada estaba la gente!... cuántas cosas tenían que cambiar.

Mientras caminaba, pensé en los papeles que para la directora eran tan importantes, como si las personas fueran eso, letras y números; ella había dedicado mucho tiempo en explicarme cómo se llenaban las planillas, pero ni una sola palabra sobre las personas que eran el verdadero motivo por el que estábamos nosotras en la escuela. Me juré que nunca sería esa clase de docente, antes me dedicaría a vender pelucas.

Cuando llegué a mi casa empecé a sacar libros y apuntes. Quería reflexionar sobre lo que debía enseñar y lo que creía indispensable, aunque no apareciera en la currícula. Sabía lo que tenía que hacer para planificar, lo había hecho muchas veces como prácticas en el profesorado y también durante mis noches de insomnio, pero esta vez era real. La ansiedad me jugaba una mala pasada, y no podía encontrar la punta del ovillo. Como no podía lograr el silencio interior para concretar mis ideas en un plan, decidí irme a trabajar con Cristina.

La caminata fue vigorizante y esclarecedora. Se me ocurrieron actividades para que mis alumnos se ayudaran y disfrutasen haciéndolo, como me habían enseñado a mí, además iba a hacer breves obras de teatro con los chicos sobre los derechos humanos y se las presentaríamos a los padres, podríamos escribir canciones, o hacer campañas de afiches por el pueblo ¡Cómo nos íbamos a divertir!

Cuando llegué encontré a mi amiga en plena tarea, desparramé mis papeles en la mesa junto a ella y, ya con más certezas que dudas, me puse a trabajar. Sin hablar demasiado, armamos nuestro sueño anual (al que los otros llamaban plan). Se hizo muy tarde y me invitaron a cenar. A las doce de la noche emprendí el regreso. Cristina me dio una linterna, pero la luna brillaba tanto que no fue necesaria.

Nadie en el camino; las casas, con las luces apagadas, simulaban un pueblo fantasma, y solo se reconocía la vida por el sonido solitario de alguna radio. Ya estaba por entrar a mi hogar cuando el vidrio de la ventana reflejó una explosión de luz en el cielo. Giré sobresaltada y vi un espectáculo sobrecogedor. Sobre la Cordillera del Viento había estallado una tormenta eléctrica, una fiesta silenciosa de rayos y relámpagos, con la que me conectaba cada tanto alguna suave vibración en la tierra. En el pueblo no había ni la más leve brisa, ni una nube, mientras allá en el fondo, en las montañas, como una película de cine mudo, la naturaleza se debatía en una lucha sin cuartel y yo formaba parte de esa naturaleza contradictoria.

En medio de la bruma de mis pensamientos recordé otras explosiones, las que en ese momento no podía ver ni escuchar, pero sabía que continuaban sacudiendo las calles de mi ciudad, sucias de muerte: allí la tragedia seguía existiendo, allí se dirimía la historia. Algunos miserables ecos de aquel infierno, deformados por la prensa, llegaban a Millaleufú en los periódicos que traía el micro de los jueves, pero nada más. Sentí que existían dos mundos paralelos y que yo había pegado el gran salto. ¿Había desertado? La culpa nubló mi pensamiento, nunca me había preguntado si elegir el vuelo era lo correcto.

Con el estremecimiento de la tormenta que se debatía en mi interior, pero ya arropada y en mi pequeña cama, sintonicé la emisora Colo Colo de Chile, la única que se podía escuchar en mi radio, con la intención de dormir pensando en otra cosa que no me produjera angustia.

Empezaba un programa de relatos de terror: “Y aquí con ustedes las terribles historias del profesor Mortis... muaaaajajaja” dijo una voz grave y teatral que más parecía un chiste que otra cosa. Apagué la luz divertida, evidentemente las historias tendrían algo de humor, y mi imaginación podría ponerse al servicio de esa ficción para dejar en el tinero, aunque sea por un momento, el mundo real. El narrador contó con lujo de detalles y sonidos ambientales la historia: *Un médico vive con su familia en África, lo van a buscar porque en una tribu cercana hay una rebelión, muchos heridos lo necesitan; él se va afligido pues deja a la esposa y a sus pequeños hijos solos en la casa; cuando ya está lejos, se activa su radio y escucha a la esposa que grita, rodeada por los rebeldes que logran entrar y los masacran a todos mientras él corre desesperado para rescatarlos.* ¡No podía creerlo! ¡Por qué esa historia que me traía nuevamente el desasosiego! Mis seres amados en Buenos Aires y yo en Millaleufú. Me levanté del catre y, sentada en una silla de la cocina, busqué el abrazo de Jesús. Después de rezar un rato, tomé una hoja y empecé a escribir cartas: a mamá, a Silvia y a mi abuela. Me acerque a

mi gente con la tinta, con palabras alegres que me devolvieron la magia. Entonces, reconfortada, me acosté a leer hasta que al fin me dormí.

MIS NUEVAS COMPAÑERAS

El jueves a la noche esperaba con ansiedad la llegada de Mirta, la maestra de manualidades. Preparé el mate en la mesa y algunos chocolates para darle la bienvenida a su hijito. Pero las horas desfilaban y los sonidos del pueblo se iban apagando. A la una de la madrugada, luego de haber calentado varias veces la pava, con la panza inflada de mates solitarios me fui a dormir. Tardé mucho en conciliar el sueño, la radio Colo Colo no era una opción después de lo que había escuchado y, ante cualquier sonido, me parecía que alguien llegaba.

Apenas había amanecido cuando escuché la voz inconfundible de un nene. Me levanté emocionada y salí del cuarto gritando la bienvenida. Allí estaba Mirta, en un salto llegué al medio de la cocina y la abracé muy fuerte

— ¡Bienvenida compañera! — Exclamé.

El hijito, aferrándose a la pierna de su madre se negó recibir mis besos. Ella lo apretó contra su cuerpo como si fuese necesario protegerlo de mí. Entonces caí en la cuenta de lo que mi arrebato acababa de generar y tomé distancia con mucha vergüenza. El silencio y la situación se salvaron con la entrada de dos muchachos, que traían unos muebles. Mirta les indicó que los llevaran a su habitación. Al verme acurrucada en un rincón, Mirta se habrá compadecido de mi desconcierto, porque cambió su gesto por una sonrisa, y se presentó. También animó a Ezequiel a saludarme con un beso. Más aliviada, me ofrecí a prepararles un mate de bienvenida. Ella aceptó. Tratando de dominar mi ímpetu mientras ponía la yerba en la calabaza, escuché en silencio. Me contó que habían dormido en la casa de una amiga del pueblo, una señora mayor, Doña Guadalupe, donde había dejado sus muebles cuando se fue de vacaciones. No estaba permitido dejarlos en la casa al terminar las clases. Después de acomodar todo, los peones se fueron y ella, indiferente a mi presencia, se encerró en su cuarto. La escuchaba hablar con el nene, acomodar sus cosas, mientras yo tomaba sola mis últimos mates sentada en la cocina. Entonces decidí encerrarme también en mi cuarto. No se me iba la sensación de vergüenza: ¿Podía seguir siendo tan idiota a los veinte años?

Al día siguiente llegó una camioneta con muebles, que se detuvo frente a casa. Ya había vivido un chasco con la maestra de manualidades, así que no salí a preguntar quién era, qué necesitaba, ni nada. Unos minutos después estacionó en la puerta un Fitito blanco. Mirta no estaba, la había escuchado salir muy temprano. Me quedé sentada en la cama esperando. Al rato escuché ruidos en la cocina y en el cuarto que hasta entonces había permanecido vacío. Abrí mi puerta y salí despacio, como pisando vidrios. Desde un metro de distancia saludé a la nueva habitante de la casa, decidida a no tropezar dos veces con la misma piedra. Ella, muy maquillada, con el cabello rubio peinado de peluquería y cuerpo de modelo, se presentó como Susana Robledo. Tendría más de treinta años, la nariz aguileña, larga y fina, las uñas rojas, perfectas, muy curvas, y una mirada punzante. Toda ella me recordaba un ave de rapiña, no encajaba para nada con la imagen de maestra rural que yo tenía. Pero, cuando me saludó con simpatía, bajé mis defensas recién estrenadas y le ofrecí mi colaboración para armar su cuarto. Aceptó agradecida. Mientras charlábamos de su viaje y de mi presencia en Millaleufú acomodamos su habitación. Como ella había trabajado en el pueblo unos meses atrás, conocía muchas cosas. Le había pagado a un vecino para dejar sus muebles en un galpón. Le pregunté por el largo viaje en auto desde La Plata. Dijo que tenía amigos en varios lugares del recorrido: había dormido en Azul, en Bahía Blanca y en Neuquén, el viaje era parte de sus vacaciones. De un bolso sacó una radio 7 Mares que tenía banda ancha y permitía escuchar las emisoras de

Argentina y del mundo. Me atreví a preguntarle si podía usarla cuando ella no estuviera, aclarándole que compraría las cuatro pilas grandes que llevaba. No solo me autorizó, sino que además me ofreció usar toda su vajilla cuando la necesitara. Me avergoncé de haber sido tan prejuiciosa y me sentí reconfortada con ese gesto solidario que equilibró mis desilusiones.

XXVIII

¡MAESTRA!

Amaneció mi primer lunes de maestra y no había dormido ni un poco, había dado tantas vueltas en la cama por la ansiedad que, en medio de la noche, casi me caí del catre. Había dejado café caliente preparado en el termo, así que desayuné y me vestí rápido, pero me costó acomodarme el pelo. Quería verme como una docente, no como una nena, pero sin dejar de ser yo. Probé varios peinados, porque las trenzas me hacían ver como una alumna de séptimo. Rodete, colita de caballo, nada me gustaba; finalmente me hice una larga trenza atrás, la llevé hacia adelante y la até con la cinta fina celeste y blanca que siempre llevaba anudada en el clavijero de mi guitarra.

Mi delantal blanco colgaba de una percha en la ventana, lo llevé hasta mi boca y lo besé, era mi bandera, mi armadura, y me lo puse lentamente, con manos temblorosas.

En las otras habitaciones había sonidos de actividad, pero decidí marchar sola hacia la escuela.

El sol, que recién asomaba, ya apagaba la oscuridad y dibujaba sombras. Por la calle me crucé varios alumnos, la mayoría con sus madres. Saludaban atentos; observé que hacían comentarios entre ellos, seguramente sentían curiosidad por “la nueva”. Atravesé el patio todavía vacío y entré a la dirección; Elba y Gabriela me recibieron con una sonrisa, me ilusionó sentir que se estaban acortando las distancias. Varios minutos después llegaron Susana y Mirta. Éramos un grupo de trabajo; aceptar que no era necesario ser amigas me hizo sentir mucho más relajada. Ellas cuatro conversaban animadamente mientras yo miraba extasiada por la ventana cómo entraban los chicos con sus familias y se acomodaban en las filas. El timbre de entrada me arrancó de la ensoñación y estrujó mi estómago.

Ese lunes 13 de septiembre de 1976 a las 8 de la mañana yo estaba de pie en el patio de la escuela 127 de Millaleufú, limpiando con el dorso de la mano fría, una y otra vez, las lágrimas que me avergonzaban. El Himno Nacional se ahogó en mi garganta y no lo pude cantar.

La directora dio la bienvenida, nos presentó a todas, aunque yo era la única nueva y, para terminar, expuso una lista de recomendaciones sobre higiene, respeto, estudio, disciplina, y varios asuntos más, destinadas no solo a los niños sino también a sus padres. Finalizadas las formalidades, invitó a las familias a retirarse y a nosotros a ingresar a nuestros respectivos salones.

El grupo de 7mo grado estaba formado por catorce alumnos. Los chicos de adelante me llegaban al hombro y los de atrás eran bastante más altos que yo. En perfecta hilera me siguieron, mientras cuchicheaban alborotados.

Cuando entramos al aula se quedaron de pie sin saber qué hacer frente al círculo que yo había armado con los pupitres, donde mi escritorio era parte del conjunto. Les dije que se sentaran donde más les gustara porque ese año trabajaríamos así: no habría primeros bancos ni últimos, sino todos juntos, mirándonos y compartiendo.

Me observaron con asombro, y se quedaron tiesos, dubitativos, pero cuando el primero se sentó, los demás lo siguieron y eligieron sus lugares.

Entonces me presenté: Yo era de Buenos Aires, había elegido ser maestra porque me gustaba enseñar lo que sabía y también aprender de mis alumnos. Me preguntaron por mi familia, mi casa, si tenía ascensor, cómo era viajar en tren, si conocía el mar, y tantas cosas. Cuando les llegó el turno de presentarse, algunos lo hicieron tímidamente, otros con humor, y el mayor de todos, que tenía 16 años, lo hizo con la seriedad de un adulto. La mayoría vivía en

el pueblo, dos chicas y los cuatro varones más grandes venían a pie desde bastante lejos, trabajaban cuidando las cabras de sus familias. Yo estaba muerta de curiosidad igual que ellos, así que les pregunté de todo, especialmente sobre la veranada de la que me había hablado Benito. Roberto, el mayor, que ya tenía una barba incipiente, con actitud docente me contó que durante ese tiempo vivían en construcciones de pirca (piedra), donde se juntaban varios pastores y que las mujeres no iban porque se quedaban para cuidar las casas y a los más chicos. Con su discurso me dejó bien claro: ¡la veranada es cosa de hombres!

Terminadas las presentaciones, les propuse una breve evaluación para tener idea de qué nivel de aprendizajes tenían. Mientras trabajaban, en silencio y muy concentrados, comencé a sentir un extraño tufo, muy rancio, desconocido. El aula era muy pequeña y bien cerrada y, al pasar el tiempo, el olor se concentraba.

Durante el recreo me llamó Gabriela para que vaya a la dirección, donde ya estaban Elba y Mirta. Susana se quedó en el patio cuidando a los chicos porque estaba de turno, al día siguiente le tocaba a Gabriela y el miércoles a mí. Me invitaron a tomar mate cocido con un pan que le decían churrasca y se cocinaba directamente sobre las brasas. Lo acababa de traer la cocinera, estaba calentito, crocante y aromático.

Fue un momento agradable. Aproveché para preguntarles a mis compañeras sobre el olor que había sentido en el aula, enseguida se dieron cuenta de lo que hablaba: era de los braceros. No solo los chicos, sino también sus útiles, estaban impregnados del humo que salía de los tachos con carbón encendido, la única fuente de calor dentro de las casas. Hacia el final de la mañana pude distinguir en algunos el otro olor, bastante más familiar: el de adolescente sin bañarse. Decididamente tenía que trabajar la higiene personal y los cuidados con el brasero, para evitar accidentes.

Cuando llegaron las doce sonó el último timbre, los chicos vaciaron las mesas, dos niñas pidieron permiso para ir a buscar los platos para almorzar. Ya me habían explicado el mecanismo así que las autoricé. Minutos después volvieron con la vajilla igual a la que yo tenía en mi casa, y el pan. Detrás de ellas entró una matrona, una señora enorme, con guardapolvo azul y delantal de cocina almidonado, alpargatas blancas nuevas que parecían a punto de estallar por los empeines gigantes que luchaban por salirse. Traía una olla hirviente, y luego de apoyarla en el escritorio me saludó con un vozarrón escandaloso:

—Si no supiera que es maestra pensaría que es una alumna de cuarto, ¡le vamos a tener que dar mucha comida a ver si crece un poco! — y con una risotada agregó — Soy Yolanda, la cocinera.

Tener una cocinera querendona fue el broche de oro para esa mañana extraordinaria. En segundos me devoré el plato grande de guiso de chivo. Los chicos, sin que yo les dijera nada, levantaron los platos y dejaron todo limpio para el turno tarde. Antes de irse me ayudaron a poner los pupitres en filas como usaba la maestra de la tarde.

Cuando todo quedó listo me fui rápido a la dirección a descansar un ratito, la directora se había ido a almorzar a su casa, pero las maestras estaban ahí. Yolanda nos había traído una jarra con café y un plato con masitas caseras para darnos la bienvenida.

A la una volvió Elba para recibir con un breve acto a los más chicos de la escuela y a sus familiares. Me paré frente al tercer grado. Mientras la directora se dirigía a los padres, yo miraba embelesada a los que serían mis alumnos. Eran tan chiquitos algunos, y tan grandotes y desgarrados los otros. Unos tenían el cabello húmedo, recién lavado y el guardapolvo nuevo y reluciente, otros, en cambio, parecía que llevaban mucho tiempo sin bañarse y se habían puesto el guardapolvo sucio del año anterior.

Entramos al salón. Eran veinticinco, así que no pude modificar el orden de los asientos. En cuanto acomodaron sus cosas en las sillas, les dije que nos presentaríamos después de

comer, entonces los más grandes fueron a buscar las cosas para el almuerzo. Cuando entró Yolanda con la comida los saludó con amor maternal, conocía sus nombres y preguntó por sus familiares. Algunos la abrazaron con verdadero cariño, ella les daba mucho más que un plato de comida. Almorzaron muy rápido, mirándome con insistencia entre cucharada y cucharada. Algunos devoraron el guiso como si no hubiesen comido durante todas las vacaciones. Al terminar, dos nenas ayudaron a Yolanda a llevar los platos mientras que el resto limpiaba las mesas: tenían la rutina bien aprendida.

Sentí amor a primera vista, y me pareció que yo también les gustaba. Los tres más grandes, sentados en el fondo del salón, empezaron a hablar fuerte para hacerse ver, haciendo bromas en códigos que yo no entendía. El resto, de entre ocho y diez años, se mantenían sentados y atentos esperando mis palabras. Se los veía un poco molestos por la actitud de sus compañeros mayores, pero cuando les hice un gesto para que se callen, enseguida hicieron silencio. Me presenté, igual que a la mañana y luego, para conocer sus nombres, empecé a tomar lista y ellos a ponerse de pie para mostrarse. Al llegar a la L pregunté:

— Lazcano María Inés y... Lazcano Zofanor ¿son hermanos?

Una nena bastante desgarrada, con sandalias y medias rotas, el cabello despeinado y la cara sucia, se puso de pie y me miró fijamente sin abrir la boca, en el fondo, con el mismo estado de abandono, un muchachito se paró y dijo:

— Sí, maestra, pero no vive conmigo. Ella está con mi mamá y yo con mi papá, porque cuido el piño.

— ¿El niño? — le pregunté intrigada.

Todos se rieron de mi pregunta, y me contagiaron la risa.

— El piño señorita, piño, con p, son las cabras señorita, yo cuido las cabras. — agregó orgulloso de su tarea de pastor. Le di las gracias por enseñarme y se sentaron.

— Parada Betty — se puso de pie— Parada Daniela— se puso de pie. — Parada Alberto — levantó la mano. — ¿Son hermanos o parientes?

Los chicos se quedaron en silencio, incómodos. Me di cuenta de que había metido la pata. Entonces algunos compañeros respondieron en coro:

—Son hermanos los tres, pero tampoco viven juntos.

La mayor pateó a uno, el nene miró amenazando a otro y la más chiquita, bajó la cabeza. Enseguida cambié de tema. Fue mi primera lección: cualquier pregunta sobre la vida privada de los alumnos, por más simple que parezca, debía hacerse en la intimidad.

Mientras realizaban una sencilla tarea para que yo pudiera evaluarlos, me dediqué a observar detenidamente a los Parada. Betty tenía 8 años, llamaba la atención dentro del grupo: encogida en sí misma, una larga trenza enroscada alrededor de la cabeza, impecable, como una pintura antigua, el guardapolvo flamante bordado a mano con florcitas y, sobre el pupitre, sus útiles y mochila nuevos; varios lugares atrás su hermana Daniela, con mirada torva, alta para sus 10 años, un poco gordita y bastante desarrollada, con el cabello reseco y descolorido, atado prolijamente en una cola de caballo, tenía un guardapolvo gastado pero limpio, un bolsito de tela hecho a mano y pocos útiles que se veían usados. El Tito, en cambio, tenía dos enormes ojos redondos que brillaban de picardía, y una sonrisa de dientes enormes, blancos y perfectos que relucía en medio de la suciedad de su cara, donde las gotas de sudor habían delineado huellas; era el único del curso que no tenía guardapolvo y, a pesar del frío, llevaba solo una camiseta (o lo que quedaba de ella), unos pantalones viejos que apenas alcanzaban las pantorrillas y las alpargatas, sin medias, que dejaban ver sus uñas negras a través de los agujeros. Si bien tenía 13 años, era bastante más bajo que Daniela. Se movía como un guapo, sacaba pecho como Gatica el

boxeador y, aunque la estatura no lo ayudaba, gracias a su actitud y a la mirada altanera, inspiraba respeto.

Había un secreto que todos parecían conocer, así que en el primer recreo fui a averiguar sobre su historia. ¿Eran hermanos, por qué tan diferentes, por qué les molestaba decirlo? Gabriela me contó que la mamá de los Parada no tenía marido, ninguno de los hijos había conocido al padre. Ocho años atrás, la mujer se había ido con un viajante a la ciudad de Neuquén y se había llevado solo a Betty que era un bebé, dejando abandonados en la calle a los otros dos hijos. Los cuidaron unos días en el hospital hasta que el comisario decidió darlos en custodia: Tito fue con el carnicero (un viejo hosco, viudo, que lo crio como un peón) y Daniela fue a parar a la casa de la amiga de Mirta, Doña Guadalupe, una señora mayor muy humilde, sin hijos, que le dio todo su amor, aunque tenía dificultades para poner límites a la razonable rebeldía de la nena. Cuando la madre de los chicos volvió al pueblo, luego de siete años sin tener noticias de ella, se instaló en la misma casa que había permanecido cerrada desde aquel día. Como una mala pasada del destino, los tres hermanos se encontraban sentados en el mismo salón, intentando borrar con su indiferencia los lazos de sangre que su madre había destrozado. Muchas veces tuve que intervenir contra el resentimiento que había entre los tres, al que algunos compañeros se sumaban, sobre todo contra Betty, como si tuviese culpa de haber sido “la elegida”.

Si los chicos de séptimo necesitaban una charla sobre higiene, estos pequeños estaban mucho peor. En la última hora de ese primer día decidí que era un buen momento para hablarles sobre la importancia de lavarse el cuerpo y la ropa interior. En medio de mi interesante exposición, Zofanor se levantó con su metro sesenta de altura, el pelo duro y adornado por varias guirnalda de liendres, las manos cascarosas de tierra, y las uñas largas y negras:

— ¡Sí, nosotros nos bañamos una vez! ¿Te acordás que nos bañamos? — le gritó a Ricardo, que estaba sentado en la otra punta del salón, como quien recuerda algo muy especial.

— ¿Cuándo? — respondió sorprendido el amigo.

—El otro año, en el río, ¡el día que hacía tanto calor! acordate que nos sacamos la ropa y todo.

—¡Verdad, seño! ¡Nos bañamos una vez! — aseguró el aludido, con la expresión heroica de un Caballero del Rey Arturo. Yo no sabía si reírme o llorar, así que preferí dar por terminado el tema y retomarlo cuando estuviese preparada para afrontar la realidad.

XXVIII

SOBRE LA VIDA DE LOS CHICOS

Por esos días, Irene, una alumna de séptimo grado, se me acercó a conversar durante el recreo. A pesar de sus trece años ya cumplidos era la más petisa del curso, tenía ojos enormes y renegridos, una mirada profunda e inteligente y la gracia de una ardilla. Todos la queríamos mucho porque siempre nos hacía reír, pero esa mañana me habló con gravedad.

—Mi mamá está enferma de una guagua y ayer le dolía la guata, por eso no vine. Pero ya está mejor— dijo, disparando palabras incomprensibles para mí.

Pensando que era una broma, la abracé fuerte riéndome y le dije que no la entendía. Ella se retiró de mi abrazo, y mirándome con ojos serios reclamó:

—Perdóneme seño, no se me ofenda, pero usted' sabe mucho a veces y a veces no sabe nada.

Comprendí que algo importante le estaba sucediendo y necesitaba hablar. Me disculpé y le pedí que me enseñara, porque de verdad me interesaba saber. La llevé de la mano hasta un banco donde nos sentamos juntas.

— A mi mamá le duele la guata— repitió y se tocó la panza— Está enferma de una guagua— hamacó los brazos como teniendo un bebé. —Voy a tener otro hermanito. — agregó. Esto último le arrancó una sonrisa luminosa.

La felicité estampándole un beso en cada mejilla, pero su expresión volvió a la tristeza:

—Mamá no tiene que hacer *juerza* levantando a mis hermanos, ni con los animales, ni con el agua, ni con la leña porque después sangra. — y con la mirada perdida en las montañas, agregó — No es fácil.

Nos quedamos en silencio, agarré su mano chiquita entre las mías y la apreté. Entonces me clavó su mirada y siguió:

— Yo me quise quedar en casa *pa'* ayudarla ¿vío?, pero medio que se enojó. Me dijo que la escuela es lo más importante, que ya no podía faltar.

— ¿La vio el médico?

—No quiso, mi papá le dijo, pero ella lo *pevió*. Ayer mamá me mandó a buscar unos tés de yuyo *pa'* que no vaya a perder la *guagua*. Se los preparó mi abuela que vive acá nomás, en el pueblo, está re viejita y casi no camina, pero sabe un montón.

—Irene, tu mamá tiene que venir a controlarse en el hospital, ahí van a comprobar que el bebé esté creciendo sanito, es muy importante, y le van a dar vacunas para prevenir enfermedades — traté de convencerla.

— ¡No quiere! — respondió ofuscada— Dice que si se viene caminando le va a hacer mal, y tiene razón. — lágrimas indomables de indignación brillaron en sus ojos y le arrancaron la voz, que siguió como un murmullo.— No quiere que los médicos vayan a mi casa porque está muy fea y le da vergüenza.

Tuve que ponerme de pie para que Irene no descubriera mi angustia. Fingí cuidar el recreo, le di la espalda. Se paró también, me dio la mano y mirando el patio como si me ayudara en la vigilancia de los demás chicos, siguió:

—El año pasado se vinieron los doctores a mi casa porque casi nos morimos todos. ¿Quiere que le cuente?

Irene necesitaba hablar y me llevó al asiento, nuestro lugar de intimidad:

— Mi papá se puso muy mal, y enseguida mi mamá, mis dos hermanitos y yo. Vomitábamos, temblábamos de fiebre, *coliti* y nos dolía la *guata*. Papá decía cosas raras, nos daba miedo, ¡parecía loco! ¡Pero mamá nos dijo que era de la fiebre! ¿Sabe qué frío hacía, todo

lleno de nieve? Ninguno podía entrar la leña y no había más brasero. Cada vez estábamos más *pior* y más *pior*. La mamá lloraba en la cama y mis tres hermanitos, también. Yo tenía mucho miedo, pero no lloré. Al final, de tanto rezarle a la Virgen, vino el vecino, el viejo Braulio, ¿lo conoce?

Negué con la cabeza sin poder responder.

—El Braulio vio que no salía humo ni veía a ninguno por *ajuera* de la casa y se vino a golpear la puerta. No sabe qué contenta me puse cuando lo vi al viejo. Parece que, sin preguntar nada, se *jue* al hospital a buscar a los *dotores*. Ellos vinieron a mi casa, eran tres, y nos dieron remedios. Qué andábamos *intosicados* dijeron. El Braulio nos entró la leña todos los días y su mujer, la Lidia, que es re buena, nos vino a traer comida hasta que mamá se pudo levantar.

Delante de mí, en ese pequeñísimo cuerpo estaban todas las injusticias del mundo, y me sentí impotente. Enojada con Dios le pregunté en silencio por qué permitía estas cosas, no podía comprenderlo. Mientras acariciaba su cabeza le pregunté:

— ¿Alguna vez tu mamá te lleva a vos y a tus hermanos a controlarse al hospital?

— No, seño, solamente vamos con el doctor cuando no podemos arreglarnos por nuestra cuenta— respondió clavándome la mirada. Se corrió el flequillo de la frente con cierta irritación, marcando su territorio, y agregó — Pero casi nunca pasa. Mi papá y la abuela saben un montón.

Un poco incómoda por su aire desafiante, quise decirle que comprendía, pero me interrumpió.

—Mire— abrió la boca mostrándome la dentadura.

¿A dónde quería llegar con la demostración?

—Te faltan varias muelas. — dije.

—Dolían. El papi las sacó.

Fue imposible disimular el espanto, ella lo advirtió.

— ¡Seño, qué cara! MI papá sabe sacar muy bien las muelas. ¡Si usted viera! Ni duele. Primero me da para hacer un buche con grapa. Solamente *pa'* eso me deja tocar la botella, no se crea que me dejan tomar— largó una risotada, a la que yo no me pude unir por el espanto que sentía, y siguió— Después me pone un trapo entre la muela y el cachete, adentro de la boca, entonces golpea con una piedra o con algo, despacito, muchas veces para aflojar y, al final, con la pinza que usa *pa'* las herraduras del caballo, me arranca. Entonces, otro buche y listo. — levantando sus hombros, como si hubiese explicado alguna obviedad, reforzó—¡Fácil!

La mirada y la voz de Irene lucían un orgullo admirable. Tantas cosas le debía decir, pero no pude. Necesitaba deglutir lo que esa nena me acababa de relatar. La encerré entre mis brazos, la apreté con todo mi amor, y canturreando la canción de Pinocho “*En el viejo hospital de los muñecos...*”, nos pusimos a bailar.

Mi conversación con Irene me había dado nuevas claves para el plan sobre higiene y salud. Pero Ricardo y Zofanor, estuvieron ausentes tres días seguidos y mi proyecto, especialmente dirigido a los chicos más vulnerables, no podía empezar sin ese par de pájaros divertidos y sinvergüenzas que ya adoraba. Comenzaba octubre, el sol hacía más benignas las mañanas y las tardes, pero las noches continuaban heladas; yo sabía que a fines de diciembre llegaría la veranada y perdería a muchos de mis alumnos durante casi tres meses, pero aún no era tiempo. Me extrañaba la ausencia de estos chicos que nunca faltaban porque, según me habían dejado bien en claro, no querían perderse el almuerzo y mucho menos los recreos, porque allá donde vivían no tenían con quien jugar.

Ese miércoles, al entrar en el aula y ver nuevamente sus pupitres vacíos, pregunté si alguien tenía noticias. Tito Parada, que era su amigo, me contó que el domingo al mediodía

habían perdido el rebaño: se habían puesto a jugar mientras las chivas comían y cuando se dieron cuenta, el piño ya no estaba. Me explicó que en la montaña era necesario tener mucha suerte para encontrar los animales cuando se alejaban, porque no se veían: “si uno busca por acá y se fueron por allá, las cabras se van cada vez más lejos”. Los chicos habían vuelto a su casa de noche, muertos de miedo, porque el papá de Zofanor les iba a dar con el rebenque. Pero Don Lazcano estaba tan borracho que no se pudo levantar de la silla, así que le mandó a la mujer que preparara una bolsa con comida para que se llevaran y les dejó bien claro que si no encontraban las chivas no volvieran.

Me desplomé en la silla. El corazón galopando por los nervios, yo siempre había sido aventurera, no le tenía miedo a casi nada, pero esto era diferente. Entonces seguí indagando:

— ¿Y la familia de Ricardo?

—La mamá no dijo nada, le da igual. — contestó Tito con asco y se me ocurrió que estaría pensando en su propia madre. Se quedó callado y se sentó muy serio. Me hubiera gustado correr a darle un abrazo, pero él siempre se mostraba como un toro valiente y temí humillarlo, así que me acerqué hasta su banco y solo le froté un poco la espalda. Miré a María Inés, la hermana de Zofanor, para darle oportunidad de hablar si lo deseaba, pero ella se había acurrucado en su silla mirando el cuaderno como si no hubiera escuchado ni una palabra.

Escribí alguna tarea, mecánicamente, en el pizarrón, mientras intentaba reflexionar. Los chicos llevaban tres días solos en las montañas, casi sin comida, durmiendo a la intemperie. Miles de imágenes se sucedieron como en una película: los ruidos de la noche, el frío, la soledad, el hambre. Yo los conocía, seguro se estaban haciendo los compadritos, pero estarían asustados. Me dio la impresión de que para el resto de mis alumnos era una historia más, sin demasiada envergadura, porque no hicieron ningún comentario, pero me pareció que se habían dado cuenta de mi zozobra porque se pusieron a trabajar en sus tareas antes de que yo se los indicara.

No veía la hora de que llegara el recreo para ir a hablar con la directora. Tal vez la policía los podía ir a buscar, había que hacer la denuncia.

Sonó la campana del primer recreo. Apuré a los chicos para que salieran del aula, corrí a la dirección y entré como un torbellino. Cerré dando un portazo y casi a los gritos relaté lo que estaba sucediendo, ¡teníamos que ir a la comisaría para que fueran a buscarlos! Elba me escuchó atentamente, pero, cuando finalicé, retomó su tarea de encarpetar boletines y sin mirarme, respondió con desdén:

—No te metas. Los chicos son de la montaña y las familias tienen una forma de vida que vas a tener que respetar.

Busqué el apoyo de Susana y Mirta, pero seguían hablando en voz baja de sus cosas mientras tomaban mate cocido, como si yo no hubiese dicho nada. Sentí que me ganaba la indignación ¿No tenían sentimientos, todo les daba igual? Apreté los labios para no agredirlas. Al notar mi desasosiego la directora pareció apiadarse, dejó todo sobre la mesa y mirándome a los ojos se comprometió:

—Si para la semana que viene los chicos no regresan, vamos a informarle al comisario. Pero todavía no.

Mis compañeras, con su actitud, me hicieron sentir que yo actuaba como una porteña entrometida.

Buscando alguien que me entienda, en el siguiente recreo, me fui a la cocina. Adela, que estaba preparando las bandejas para la merienda, quedó espantada igual que yo ante la situación de los chicos, pero Yolanda me palmeó la espalda con su gran mano cariñosa y me dijo en tono tranquilizador:

—Esta Riojana no sabe nada, es de afuera como *usté*. No se imagina, señorita, lo bien que andan nuestros chicos en las montañas, como pato en el agua. No se preocupe, no pasa nada. Mejor déjese de sufrir y cómase este pastelito que acabo de hacer.

Por algunas horas las palabras de Yolanda me dejaron tranquila, pero, al anochecer, el viento se las llevó.

Fueron días extraños, agotadores, en los que yo, como una loca, vivía una doble realidad: parecía frente al plato de guiso en mi escritorio de la escuela pero, en realidad, estaba sentada en una piedra con ellos, compartiendo migas de pan duro; me refugiaba del viento contra la pared del patio, y a la vez me empujaba la ventolera en un sendero peligroso de cornisa; me acostaba en mi cama calentita como si me acurrucara en el hueco de una piedra helada; escuchaba el silencio nocturno de mi cuarto, pero no me dejaban dormir los ruidos atemorizantes del campo.

El sábado me fui al Centro Evangélico. Cristina y Benito se afligieron como yo. Si no aparecían, el mismo lunes debía realizar la denuncia: con o sin la directora.

Ese domingo por la noche se desató la primera tormenta que vi caer sobre el pueblo; como si la naturaleza hubiese juntado la furia de tantos meses de sequía, zarandeó los vidrios de mi casa y los árboles durante más de dos horas y una vez desahogada, continuó lloviendo suave e incesantemente hasta la mañana siguiente. Nunca tuve tanto miedo a los truenos y relámpagos. Parada frente al vidrio estremecido, chorreado de lluvia, rezaba sin parar. Con mi cruz apretada entre las manos, le pedía a Jesús que los cuidara, como él siempre lo hacía conmigo. Sentía frío, estaba descalza y los pies se me congelaban, pero quería permanecer así, para estar más cerca de ellos. Cuando la tormenta amainó me acosté al abrigo de mis mantas y me dormí rendida por el cansancio.

El lunes, después del almuerzo, despedí a mis alumnos de 7º y me fui a la dirección para hablar con Elba, pero ya se había ido. Ya era demasiado, decidí irme sola a la comisaría. Agarré mi bolso y salí de la escuela corriendo. Me crucé con Adela, la portera, que como siempre se acercaba a conversar conmigo, pero le grité que después charlaríamos y la dejé perpleja de pie en el patio. Al llegar a la esquina me quedé clavada como un poste de luz. Jugando un picadito, más flacos y sucios que nunca, estaban Zofanor y Ricardo.

Sin decir una palabra di media vuelta y volví, agitada, feliz. Los chicos regresaron a la escuela como si nada, devoraron su almuerzo y respondieron alegremente las preguntas que todos les hicimos: eran los héroes de la jornada. Preguntando a los puesteros habían llegado a un paraje cercano a un pueblo llamado Las Ovejas, a 33km de Milla. Allí un hombre tenía las chivas encerradas en un corral, esperando que alguien las reclamara. Aprendí que perder un rebaño era bastante común y que los paisanos que lo encontraban solían cuidarlo hasta devolverlo. Asumiendo el riesgo de parecer tonta me atreví a preguntar:

— ¿Y con la tormenta como hicieron?

— Nos metimos en una cueva hasta que se terminó— respondieron a dúo, con el mismo tono con que yo podría haber dicho “me tomé un taxi”.

“Los chicos son de la montaña” ¿Habían acertado mis compañeras al no mosquearse? ¿Cuál era el límite entre el respeto a la cultura y la defensa de los derechos de las personas? Me sentía confundida, tenía mucho que reflexionar. Era mi país, eran mis alumnos, pero manejábamos certezas diferentes. Mi mayor aprendizaje: no solo kilómetros separan nuestras provincias.

SIN DINERO, SIN CORREO

Los días transcurrían intensos, asombrosos. El correo se había transformado en un lugar muy importante para mí, casi siempre la adrenalina me obligaba a recorrer al trote los últimos metros de vereda que me separaban de la puerta, no podía manejar la ansiedad de saber si había recibido correspondencia o de enviar la mía. El empleado apenas contestaba mi saludo. Era imperioso para mí compartir las experiencias vividas, el sencillo acto de escribir las cartas me obligaba a reflexionar, a pensar los detalles, de esa simple manera se autenticaba mi vida, que a veces parecía más un sueño que a una realidad.

Cada tanto enviaba encomiendas con regalos, una vez envié frascos con dulces caseros hechos con la fruta silvestre que me traían los alumnos, en otra oportunidad unos gorros tejidos con lana cruda de oveja hilada con un huso, como el de la Bella Durmiente, que aprendí a utilizar en el Centro Evangélico. Pero lo mejor de todo fueron las pantuflas: Roberto, mi alumno de séptimo, me había traído seis cueros de liebre y me había explicado que, para curtirlos, primero debía ponerles sal y después sobarlos con piedra. Luego de varias jornadas de proceso, hice tres pares de pantuflas con un molde que me prestó Mirta: para mamá, para mi abuela y para Silvia. Estaban cosidas, y las orejitas adornaban el empeine. Fue muy frustrante enterarme tiempo después que al llegar el verano se les habían agusanado y tuvieron que tirarlas, definitivamente algo no me había salido bien.

Un mediodía a fines de octubre, Doña Guadalupe se acercó a la escuela para informarme que el empleado de Correo pedía que fuera a retirar cuanto antes unas encomiendas llegadas a mi nombre. La intriga era formidable. En la pausa, luego del almuerzo, fui corriendo a ver de qué se trataba.

Apiladas en el suelo, al lado del mostrador, había cinco enormes cajas y sobre ellas, una carta: todo lo había enviado Silvia. Moría de curiosidad, pero cuando le sugerí abrirlas un poco para revisar el contenido el empleado me ladró y desistí inmediatamente de mi intención. Debía regresar a la escuela, así que solo llevé la carta. Mientras caminaba abrí el sobre: *Marita querida, no me podía quedar de brazos cruzados al saber las necesidades de tus chicos, así que hice una colecta entre la gente de la parroquia y los amigos. Te mando lo que juntamos, todo en buenas condiciones. Y un globo terráqueo que compré por mi cuenta ¡no puedo creer que en un colegio no lo tengan! Me hizo bien poder ayudarte, yo también estoy en Millaleufú. Te extraño un montón, pero soy feliz de que estés ahí, cumpliendo nuestros sueños. Tiquismiquis.*

Lagrimando de orgullo y emoción guardé la carta en el bolsillo de mi guardapolvo.

Al otro día durante el primer recreo, me acompañaron Mirta y Gabriela que, para mi asombro, se ofrecieron sin que yo les pida nada. Entre las tres llevamos las cajas hasta la dirección de la escuela. Susana estaba de turno, mientras ella cuidaba a los chicos en el patio durante los recreos, el resto del personal, incluida Adela que nos vino a ayudar, nos dedicamos a clasificar las donaciones. Con la ropa y el calzado hicimos paquetes para las madres de los chicos más pobres. Guardamos los útiles en un armario para utilizar a medida que hicieran falta. En la última caja, metida entre la ropa, apareció el globo terráqueo; venía en una pequeña bolsa, nos sorprendimos todas, ¡era un globo inflable! Soplé y soplé hasta que se vio redondo y firme, era muy grande y colorido. La directora lo miró atentamente y murmuró “Por fin”. Una corriente cálida de compañerismo nos envolvió ese día. Me sentí plena: “el hombre nuevo para un mundo nuevo”.

Los primeros días de noviembre me había quedado sin un centavo. Mi sueldo no llegaba y las deudas crecían en la libreta del almacén de Sinforiano donde, gracias al fiado, podía resolver todas mis necesidades básicas. No quería pedir prestado, solo tenía suficiente confianza con Cristina quien me había ofrecido dinero un par de veces, pero, como ella tampoco había cobrado, andaba tan seca como yo.

Ese viernes, al salir de la escuela, tomé coraje y me fui a pedirle al empleado del Correo que me fíe unas estampillas porque hacía ocho días que no enviaba noticias a mi casa, pero casi muere de un ataque de caspa, me dejó bien claro “si no hay dinero no hay estampillas”. Aunque no esperaba otra cosa de ese señor tan “amoroso”, me ganó la frustración, la correspondencia era vital para mi existencia y seguramente para mi madre también. Salí de la oficina pensando en que sí o sí tenía que pedir dinero prestado.

Cavilando me fui a la iglesia para conversar algunas cuestiones sobre el catecismo, que comenzaría en diciembre, luego de las comuniones. Golpeé la puerta de Lisandro varias veces, pero no respondió. Como el auto estaba, pegué la vuelta a la casa parroquial y me acerqué a un cuartito en el fondo de donde salían ruidos raros. Reconocí su voz, toqué la puerta bien fuerte y entonces escuché su invitación a pasar.

Sentado frente a un aparato lleno de cables y un enorme micrófono el cura me miró sonriente ¡Lisandro era radio aficionado! Eufórico ante mi interés me empezó a explicar su funcionamiento, pero mi interés no pasaba por la tecnología. Esperé respetuosamente que terminara su disertación y le pregunté si existía alguna posibilidad de comunicarme con mi familia.

— ¡Claro que sí Marita! Para eso estamos. — Ofreció mientras ponía y sacaba cables que hacían chiflidos agudos.

Ante ese pequeño milagro comenzó a galoparme el corazón. En pocos minutos Lisandro se conectó con un aficionado de Buenos Aires que a su vez llamó por teléfono a mi casa, puso el tubo en el parlante, y mi voz viajó 1300 kilómetros para buscar a mamá. No podía creer cómo Dios estaba en todo. A los gritos se abrazaron nuestras voces. Mi madre pegó un alarido de alegría cuando le aseguré que, en lugar de escribir, me comunicaría semanalmente por la radio de la iglesia. Jamás se enteró de que las llamadas eran un artilugio para seguir en contacto a pesar de mi pobreza absoluta. Hasta la primera semana de diciembre, cuando cobré todos mis sueldos juntos, y con el pretexto de extrañar la intimidad del papel, todo volvió a la normalidad. A partir de entonces, solo cada tanto, usé esta forma original e inesperada de comunicación que Dios encontró para mí.

XXX

SUSANA Y HELENA

A mediados de noviembre la directora se jubiló. Fue una sorpresa, solo Gabriela estaba enterada de su retiro inminente. A las apuradas organizamos su despedida. Asistieron padres, alumnos y algunos familiares. Fue una ceremonia formal, fría, no hubo llantos, ni abrazos, ni palabras sinceras de agradecimiento: “Se cosecha lo que se siembra” decía mi abuela, y era cierto.

Un comunicado de la inspectora nos avisó que el jueves llegaría su reemplazo. Gabriela, que había quedado a cargo de la dirección esos días, sería la encargada de ir a buscarla al micro para dejarla en la casa de la escuela. Me sentí aliviada por esa mujer que no conocía, llegar de noche al pueblo y no saber adónde ir era un mal comienzo para cualquiera, salvo para mí que encontraba ángeles custodios siempre a disposición.

El viernes, con ansiedad y una expectativa enorme, me presenté bien temprano a mi puesto de trabajo. Helena Falcón nos recibió, con su guardapolvo blanco. Tendría unos cincuenta años, era bajita, delgada, bonita incluso, aunque daba la impresión de ser un pollo mojado. A lo largo de la mañana la observé detenidamente, me encantó su cariño para con los chicos y el trato cordial y amoroso con los adultos.

Se quedó todo el día en la escuela poniéndose al tanto de los estados administrativos, charlando con el personal y conociendo a los alumnos. Cuando se fueron los últimos de la tarde fui a su encuentro para conversar un poco mientras preparaba sus cosas. Me pareció que moqueaba y tenía los ojos enrojecidos, evidentemente había estado llorando. Me partió el corazón verla tan desolada. Simulando que no me había dado cuenta, me ofrecí a ayudarla a instalarse en su nueva casa. Me agradeció con la mirada y aceptó entusiasmada. La vivienda para la directora era vieja, pero en buen estado. Tenía dos habitaciones con placar, una muy grande con dos camas y la otra más pequeña con una sola. Una gran cocina comedor, baño completo, calefón y garrafa con gas. Con todos los muebles y vajilla, estaba realmente equipada para vivir cómodamente.

Mientras desarmaba el equipaje le conté las cosas del pueblo, nos reímos bastante dejando atrás su melancolía por un rato. Al terminar nos sentamos a tomar mate frente a una montaña de pancitos con chicharrones que nos había alcanzado la cocinera: “Parece que en Buenos Aires no les dan mucho de comer a las maestras. Pero no se preocupen, acá está Yolanda para solucionar el asunto”, nos había dicho con su gorda ternura.

Oscurecía, el horario justo para la pena y la confesión. Helena me contó su historia. Después de ser maltratada durante más de treinta años, y luego de una interminable lucha judicial, había logrado la separación legal. Entonces el tipo, para controlarla y amenazarla como lo había hecho siempre, había alquilado un departamento al lado de donde vivía ella con sus hijos. Diariamente la esperaba en el palier y la insultaba hasta que la pobre Helena lograba entrar a su casa. Por la noche golpeaba la pared que daba a su habitación, advirtiéndole en todo momento que él estaba ahí. Los hijos ya eran grandes, universitarios, no estaban nunca y apenas regresaban a dormir. Ella los justificaba diciendo que no registraban la gravedad de la situación, y que no les contaba lo que sucedía con el padre porque no les quería “seguir arruinando la vida con sus problemas”. Cuando ya no soportó más, les había dicho a todos que para mejorar su próxima jubilación necesitaba trabajar unos años en una escuela de frontera. Y acá estaba.

Me quedé en silencio, mirándola asombrada, con una inmensa necesidad de protegerla como a mi mamá. Antes de irme nos abrazamos, en un intento de que la soledad le doliera un poquito menos.

Me puse feliz con la aparición de la nueva directora. Mis lazos con las otras compañeras no eran malos ni buenos, sencillamente no los había: Gabriela me trataba con frialdad; Susana no estaba casi nunca en la casa, ella me producía desconfianza, un cierto rechazo, a pesar de estar agradecida por el ofrecimiento de la radio y la vajilla. Mirta permanecía, junto al hijo, amurallada en su cuarto y no compartía nada conmigo. Era evidente que detestaba a Susana, un día me contó en voz baja, torciendo un poco la cabeza y tapando la boca con la mano: “De noche entran y salen hombres por la ventana de La Flaca, no sé quiénes son, pero los escucho. Bien clarito los escucho”. Se ofendió cuando le dije que yo nunca había escuchado nada y no me sumé al chisme.

El primer sábado de diciembre, a la mañana temprano, yo tomaba unos matecitos en la mesa de la cocina mientras planificaba mi trabajo, cuando golpearon la puerta. Susana,

claramente alborotada y bien emperifollada, como quien espera visitas, salió corriendo de su cuarto para abrir. Un hombre de traje, de unos cuarenta años, que cargaba un enorme bolso negro, la saludó con un beso sensual en la mejilla. Con un gesto seductor ella lo invitó a pasar, me di cuenta de que eran algo más que amigos, o pretendían serlo. Corrí mis cosas para que se acomodaran y se sentaron los dos. Traía libros de una editorial escolar que desparramó sobre la mesa. No compramos nada, pero pasamos un rato agradable. Por momentos me lo imaginaba saltando por la ventana de mi compañera y tenía que esforzarme para no reír. No sucedió nada trascendente, nada que yo pudiera recordar.

Por la tarde Susana salió en su auto mientras yo lavaba mi ropa en la pileta de la cocina, escuchando la radio. Habrían pasado veinte minutos cuando la puerta se abrió tan fuerte que el picaporte pareció explotar contra la pared. Ella, enajenada y a los gritos, con una furia que yo jamás había visto en nadie, vino hacia mí:

— ¡Mosquita muerta, traidora, atorranta!

Pensé que se refería a otra persona, pero enseguida comprendí que la traidora a la que se refería, era yo. Agarró la radio, le arrancó las pilas, las tiró al piso, y con los ojos desorbitados siguió gritando:

— ¡A vos te digo! ¡No disimules que bien que te gustó! — tenía la voz aflautada por los nervios, acercó su cara hasta rozarme, su aliento agrio de cigarrillo me invadió la nariz. Eran evidentes sus ganas de pegarme y me alejé. Fui hasta la puerta de Mirta buscando ayuda, pero abrió antes de que golpee y con el nene de la mano, se fue sin siquiera mirarme, casi corriendo, para la calle. Yo sentía verdadero terror, Susana se volvió a acercarse peligrosamente hasta empujarme.

— ¿De qué estás hablando? — le pregunté casi llorando, en voz baja, inaudible, temiendo aumentar su furia.

— ¡No te quiero volver a escuchar, ni toques nunca más mis cosas! ¡Basura!

Con los puños apretados, en claro gesto de contención, me dio la espalda y se fue a encerrar en su cuarto, desde donde la escuché amenazarme:

— ¡Ya me las vas a pagar, no sabés con quién te metiste! — gritó bien fuerte para que escuche y luego continuó murmurando cosas que yo no pude descifrar.

Quedé temblando. ¿Acaso le tenía que pedir perdón? ¡Pero ¿perdón por qué?! Salí de la casa buscando aire, no sabía adónde ir. Me senté en el escalón de la puerta. Mi cabeza parecía estallar por la impotencia: quería hablar con ella, preguntarle, pero era imposible. Me sentía culpable ¡No sabía el motivo, pero me sentía horriblemente culpable! Empecé a balbucear: “El Señor es mi pastor, nada me puede faltar. El me guía por oscuros senderos, por peligrosas quebradas...”

Habrían pasado unos quince minutos cuando vi que Mirta se asomaba con precaución desde la esquina, ya sin el nene. Al verme sola se acercó, mirándome con piedad, se puso en cuclillas y me dijo en voz baja:

— El vendedor que vino esta mañana dijo en la estación de servicio que vos sos la maestra más linda y simpática de la escuela. Y parece que el encargado se lo comentó a La Flaca, burlándose de ella.

Me indigné ante todo por ese chismerío: ¿Cómo se había enterado Mirta en tan pocos minutos de la razón por la que Susana parecía haber enloquecido? Solo atiné a correr hasta la casa de Helena. La encontré arreglando el jardín, enseguida comprendió que algo grave había sucedido, dejó todo y me hizo pasar. Yo sentía fuego en la cara y mis manos estaban heladas. Le conté como pude, sin llorar, pero con espanto. Cuando terminé, Helena me miró en silencio. De pronto se puso de pie y me dijo con firmeza:

—Mudate conmigo.

Todas las barajas volvieron al mazo y se volvieron a repartir. Así de simple, como siempre. Dios no me podía fallar.

— ¿Corresponde? ¿Se puede? — balbuceé.

— Soy la directora y yo decido acá. — dijo con una firmeza desconocida. — Para las dos va a ser lo mejor. Desde que llegué casi no puedo dormir. Le tengo miedo a los ruidos, a la soledad. No me acostumbro. Lo vamos a pasar muy bien juntas.

— ¡Gracias, gracias! — repetía sin poder creer cómo se podía pasar de la angustia a la felicidad en solo unos minutos. Pero enseguida volvió el temor por las amenazas de esa mujer:

— ¿No va a haber inconvenientes?

— Los inconvenientes ya existen, lo que te propongo es una solución— fue su respuesta y nos abrazamos, tan fuerte que parecíamos una sola.

— Esta noche duermo acá y mañana me mudo. Le digo al padre Lisandro que pase a buscar los muebles que me prestaron porque ya no los voy a necesitar.

Antes de cenar Helena me acompañó a buscar algunas cosas. Cuando llegamos a la casa, no vi el auto de Susana. Respiré aliviada. Igualmente entré en puntas de pie, rezando para que no aparezca. El silencio era absoluto, la casa parecía vacía, así que saqué algunas cosas para esa noche. A la vuelta comimos una tarta y nos fuimos a dormir. Tocaba el cielo con las manos, sin sospechar que ese suceso sería un punto de inflexión en mi destino.

XXXI

ENCUENTRO ECUMÉNICO

A partir de entonces, todos los días fueron una fiesta, mi vida en Millaleufú rozaba la perfección. Dios escribía derecho con letras torcidas, las cosas siempre se resolvían de la mejor manera. Helena me estimulaba y yo le arrancaba el miedo y la nostalgia. Íbamos juntas al Centro Evangélico donde mi nueva amiga disfrutaba de las charlas y las comidas. Solo padecía los regresos nocturnos: el sendero de montaña, la oscuridad, el vivo silencio de la noche le ponía los pelos de punta. Agarrándome del hombro a veces o colgada de mi espalda otras, lográbamos llegar a nuestra casa.

Llegó el día de la Primera Comunión el ocho de diciembre. Helena, que siempre venía conmigo a todos lados, esta vez no me acompañó, no pisaba una iglesia desde hacía tiempo ni deseaba hacerlo. Después de la ceremonia, con globos, una enorme torta decorada y regalos, despidieron a Doña Felicia, que había sido catequista durante los últimos treinta años. No pude dejar de comparar este adiós con la despedida de Elba. Me acerqué a charlar con ella un rato antes de irnos. Habló sobre sus clases y la importancia de que los niños memorizaran el dogma. Asentí sin discutir, ¿para qué? Luego, tratando de ser dulce en sus formas, me dejó bien claro su desagrado frente a la guitarra y las canciones que yo había incorporado a las ceremonias, porque las sentía chabacanas para la misa, pero aclaró que comprendía, resignada, los cambios que necesitaba la juventud. A pesar de tener ideas de comienzo de siglo, Felicia era amable y respetuosa, me deseó la mejor suerte en mis clases, que comenzarían el sábado siguiente. Me hubiese encantado relacionarme más con ella, aprender de su experiencia, pero apenas entendía lo que hablaba y me ponía tensa: su voz temblorosa y la falta de dientes se convertían en una combinación nefasta para establecer cualquier tipo de conversación.

A las nueve de la mañana del sábado, con absoluta puntualidad, llegaron a la iglesia once chicos entre los que había tres nenas, alumnas más de la escuela. Lili, de séptimo grado, que vivía bastante lejos del pueblo, era tan menuda y bajita que aparentaba tener ocho años, pero brillante en sus aprendizajes y madura en sus reflexiones; llegó con un pequeño lápiz, gastado, con la punta filosa sacada a cuchillo y un cuaderno armado con hojas de papel, cosidas prolijamente. También llegó Elizabeth, la hermanita menor de los Parada, que apareció con su ropa impecable y llena de puntillas, un cuaderno de tapa dura nuevo decorado con estampitas y un rosario de nácar colgado del cuello; y María Inés Lazcano, la hermana de Zofanor, que fue la única que llegó sin nada. Tenía nueve años y un fuerte legado mapuche en sus rasgos. Aprendía con facilidad, pero era muy rebelde y malhumorada. Algunas veces las cejas se le hundían sobre la pequeña nariz respingada, los ojos ardían desafiantes en un brillo casi metálico, y sus labios gruesos permanecían apretados en un gesto de “puchero”, entonces solía provocar peleas o contestar groseramente, pero, otras veces, venía contenta, era locuaz, solidaria y muy graciosa, con unos hoyuelos que invitaban a reír.

Aquella mañana presentí que Inés había venido por decisión propia, por eso me acerqué a su oído, y le susurré que su presencia me hacía feliz, como única respuesta me acarició con sus ojos renegridos llenos de agradecimiento. Le presté unas hojas, y le prometí que el sábado siguiente le daría todo lo necesario, no le iba a faltar nada.

Mientras los chicos hacían una actividad grupal, me puse a mirar la iglesia detenidamente. Estaba tan sucia que daba vergüenza, ya me había molestado antes, pero ahora me sentía dueña de casa y quería hacerme cargo. Además, faltaban dos semanas para la Navidad y resolví que iba a hacer lo imposible para que el lugar estuviese en las mejores condiciones para festejar el nacimiento de Cristo. Me resultaba extraño que Lisandro no se ocupara, pero parecía acostumbrado a ese ambiente de descuido, así que, en vez de reclamarle y molestarlo, al terminar esa primera clase, decidí limpiar. Me fui corriendo a buscar ropa de fajina y los elementos necesarios. Me puse a cepillar con lavandina las paredes y a repasar los techos para que, sin telas de araña ni tierra, recobrara un poco de dignidad.

A las tres de la tarde entró Lisandro. Me divertí ver su cara de sorpresa al encontrarme colgada de una ventana con el cepillo y el balde. Abrió su boca, seguramente maravillado por la metamorfosis del lugar y por mi atrevimiento. Pero si quería decírmelo, fue imposible, empezó a toser y me di cuenta de que el olor a lavandina le estaba afectando los pulmones, que no eran lo que se dice algo que funcionaran muy bien. Por señas me indicó salir a conversar afuera. Me abrazó y agradeció hasta hacerme poner colorada. Aproveché su emoción para sugerirle que usara la alfombra que se extendía frente al altar, de horrible color ratón, carcomida y deshilachada, para una fogata, que yo le prestaría los fósforos. Lisandro se puso serio, repentinamente alarmado, casi como un reto me dijo que ni se me ocurriera deshacerme de esa alfombra porque era una donación y si la sacaba podía tener problemas con gente importante de la comunidad, y ya estaba cansado de dar explicaciones. No me animé a objetar ni a pedir esclarecimientos, pero qué fastidio era esto de “pueblo chico, infierno grande”. Las cuestiones de poder, el estatus, esa costumbre de usar a la iglesia para tener un reconocimiento de la comunidad y después olvidarse de los más pobres, acentuaron el rechazo hacia esa porquería de alfombra, porque, abajo de ella, ciertos feligreses seguirían barriendo sus valores cristianos.

La iglesia ahora estaba limpia y por la cara de Lisandro parecía que con eso era suficiente pero, en un par de semanas, llegaría la Navidad y las paredes peladas no manifestaban amor ni alegría: había que prepararla para las fiestas. Decidí no decirle nada al cura, eso de sorprenderlo me había gustado. Yo nunca había sido hábil con las manualidades, pero, para remediar el asunto, se me ocurrió una idea fácil: pegar en una pared mi colección de treinta tarjetas con frases que había ido juntando a lo largo de los años. Las que más me gustaban eran: “CUANDO ME VAYA,

LLEVARÉ MIS MANOS VACÍAS Y EL CORAZÓN LLENO DE NOMBRES”, “NO HAY MEJOR AMOR QUE DAR LA LIBERTAD AL SER AMADO”, “SI QUIERES LA PAZ, LUCHA POR LA JUSTICIA.” Lo hice y quedó bonito, pero incluso así, el resto de las paredes se veían deslucidas y mudas.

Tenía poco tiempo y debía encontrar la solución. Le pregunté a Mirta si me daba una mano y se negó, excusándose: estaba muy ocupada. Helena por su parte era muy solidaria, pero me recordó que no tenía intenciones de volver a pisar una iglesia, yo podría contar con ella para cualquier cosa, pero no para eso. Como último recurso se me ocurrió entonces pedirle socorro a Cristina. Era 21 de diciembre y en un par de días nos iríamos de vacaciones por lo que, si pretendía dejar todo listo para la celebración de la Navidad, ella era mi única esperanza. A pesar de ser evangélica, le encantó la propuesta y enseguida tuvo una idea brillante. Me propuso cortar, en papel negro, enormes siluetas estilizadas de un pesebre completo. ¡Manos a la obra!

Ocultas en su cuarto del Centro, casi como una travesura, preparamos todo. Nos divertía hacerlo a escondidas: yo, porque buscaba dar una sorpresa, y Cristina, porque no quería que la descubrieran trabajando para “la contra”. Al anochecer llevamos los recortes a la iglesia, los pegamos sobre una pared y le agregamos guirnaldas para enmarcarlos. No podía haber imaginado que con tan poco lograríamos un efecto tan bello. Nos abrazamos, emocionadas y orgullosas: en ese ínfimo espacio del mundo habíamos celebrado un verdadero encuentro ecuménico.

XXXII

VACACIONES

Tan conmovida quedé con los resultados en la capilla, que me daba pena no vivir la Navidad en el pueblo, no ver la cara de la gente al descubrir la iglesia decorada, cantar con ellos para festejar el nacimiento de Jesús. Pero también estaba ansiosa por irme de vacaciones a reencontrar a mi familia y, más que nada, asistir al casamiento de Silvia. Me había contado sobre su vestido, el salón de la fiesta, la ceremonia de la iglesia en donde yo tocaría la guitarra junto a mis ex compañeros del grupo juvenil, pero a pesar de la incesante correspondencia, me había sentido ajena a los preparativos más importantes de su vida, y no veía la hora de estar a su lado.

A comienzo de diciembre yo había cobrado dos meses de sueldo y el aguinaldo. Después de pagar mis deudas seguía “millonaria”, me ilusionaba porque iba a poder pasear, comprarle un buen regalo a Silvia y disfrutar en Buenos Aires sin tener que pedirle plata a mi madre.

Como una piedra en el zapato, un pequeño remordimiento empañaba mi alegría, Helena había decidido quedarse en Millaleufú durante las vacaciones, para evitar un encuentro con su exmarido. Se la veía afligida por esos quince días que yo iría a Buenos Aires, aunque intentaba disimularlo. Pasábamos juntas la mayor parte del tiempo e incluso, la noche anterior al viaje, me acompañó a la casa de las otras maestras para que pudiera despedirme y desearles felices fiestas. Gabriela nos hizo pasar amablemente y presentó a su marido (al que ni miré a los ojos por si acaso, tan herida había quedado yo después de la experiencia con Susana y sus amores) y a los dos hijos adolescentes; brindamos con una sidra bien helada y pasamos un rato agradable. Desde allí nos encaminamos hacia el que había sido mi primer hogar, no había regresado a ese sitio desde mi mudanza. Avanzábamos y crecía la angustia; en realidad no quería encontrar a Susana, pero necesitaba perdonarla. Iba recitando en voz baja, una y otra vez, tratando de convencerme: “Perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a

los que nos ofenden”. Pero cuando descubrí que Helena me observaba divertida, nos echamos a reír y la situación perdió su gravedad.

La puerta estaba entreabierta y un aroma delicioso a pan dulce salía de la cocina. Me agradó la voz de Mirta cantando una canción infantil. Al asomarnos, vimos en la mesa a la madre y al hijo pintando las figuras de un pesebre. Sentí una gran ternura, ellos dos solos habían logrado formar una hermosa familia. Mirta nos invitó a pasar, la besé y enseguida le ofrecí un chocolate gigante a Ezequiel, que me agradeció con un abrazo. Me sentí triunfante, algo del hielo que nos separaba se había derretido. Le pregunté por la “vecina-conviviente”, me dijo que la había escuchado a la madrugada cuando se había ido en el auto, sin despedirse. Sentí un gran alivio, había cumplido con mi conciencia sin pasar el mal momento de enfrentarla. En ese instante comprendí que le tenía miedo.

De regreso a casa le comenté a Helena mis dudas: no entendía el porqué de mi temor, qué tenía Susana que con su sola presencia me alteraba. ¿Era su mirada inquisidora? ¿O tal vez la posibilidad de que me volviera a agredir? Sentía incluso que había algo más, algo profundo que yo no podía descubrir pero que me ponía en alerta. Helena, como siempre, logró calmarme: tenía experiencia en el trato con gente “singular”. Me dijo que a personas como Susana hay que dejarlas pasar por nuestras vidas sin pena ni gloria, que con el tiempo no recordaría su existencia. Me ayudó escuchar sus consejos, Helena me hacía bien.

El miércoles 22, bien temprano, Benito nos llevó a Cristina y a mí en su camioneta hasta Chos Malal, ahí tomamos un micro a Neuquén donde, por fin, subimos al tren que nos llevaría hasta Constitución, ¡qué lejos estábamos! Llegamos a Buenos Aires con dolor de garganta de tanto hablar a los gritos y reírnos. Nos vinieron a recibir nuestras familias y, luego de una rápida presentación y despedida, nos perdimos con nuestros bolsos en la multitud. En dos semanas nos volveríamos a encontrar para emprender el regreso.

A pesar de los muchos agasajos y reuniones en las que tuve parte, a pesar de pasar las fiestas con los parientes, el casamiento y la despedida de Silvia que se iba a vivir a Mendoza, el reencuentro con amigos de la parroquia, la tarde de confesiones con mi abuelita, la escapada con mamá y mi hermana a Mar del Plata, y todo lo que ocupó mis horas en esas vacaciones, la quincena se fue volando y yo estaba feliz de que así fuera, porque no veía la hora de regresar a Milla.

El último día, un rato antes de partir, mi abuelita apareció sorpresivamente en el departamento con un enorme bolso de lona, viejo y muy pesado. Mamá la retó y se lo quiso quitar de la mano, no podía ser que con la edad que tenía anduviese en la calle y viajando en colectivo con semejante bulto. Mi abuela, la miró seria, dejando en claro que no soportaba que le dijeran lo que podía o no hacer como si fuese una nena. Con un brillo travieso en los ojos me entregó el bolso. Lo abrí con mucha intriga. Estaba lleno de revistas, diarios y recortes, perfectamente ordenados:

—Son para tus clases. A falta de pantallas, buenos son los papeles— me dijo con esa voz finita que yo tanto amaba y me guiño un ojo en signo de complicidad.

¡El archivo personal de mi abuela, años de historia registrados prolijamente para que pudiera ilustrar mis relatos con los chicos! Era un tesoro, el más grande que había tenido en mi vida. La abracé tan fuerte que casi la rompo.

—Fuerza, querida. Confío en vos. — fueron sus palabras de despedida.

Silvia estaba de luna de miel y mi tía Chichí con gripe, así que mamá esta vez me llevó sola a la estación. Viajamos en silencio, escuchando la radio en el auto. Yo no podía hablar, no quería que se diera cuenta de la tremenda ansiedad que sentía por llegar a Millaleufú, temía

que pensara que no la iba a extrañar, que no la amaba como se merecía, y ella seguramente no quería mostrarme su melancolía por mi partida. Por suerte en la terminal nos encontramos con la familia de Cristina, que comenzó un diálogo tan animado con mi madre, que parecía que se habían olvidado de nosotras y me sirvió para irme sin tanta culpa. Charlando y contándonos los días pasados, dejamos atrás los kilómetros que nos separaban de los nuestros.

La noche de Reyes del 77 llegamos a “la terminal” del pueblo. Nos quedamos en silencio, un tácito acuerdo para disfrutar del momento. La luna llena recortaba la cordillera contra la negrura del cielo.

Medio cuerpo afuera de la ventana, una encima de la otra, a las carcajadas, recorrimos las cuadras del pueblo para ver quién nos esperaba. Con la media luz de las insignificantes lamparitas pudimos reconocer a Benito y, a su lado, a mi amiga-directora, que saltaba de felicidad y sacudía los brazos. Los mimos, las preguntas, el brillo de los ojos de Helena, la cara de desaprobación de Benito ante el bullicio y el oxígeno escandaloso, apenas alterado por el perfume de los rosales, invadiendo cada molécula de mi cuerpo: había regresado a mi hogar.

Al llegar a casa me recibió el muérdago en la puerta y un centro de mesa navideño hecho con piñas y una vela ardiendo casi consumida. Helena había preparado el arroz con hongos que era mi preferido y trufas caseras de chocolate para el cafecito. Conversamos toda la noche. Me confesó que los primeros días ella había pensado que no resistiría la soledad, se había malacostumbrado conmigo, pero los chicos de la escuela la habían visitado diariamente y le habían llevado regalos: platos decorados, porta fósforos, un muñeco de trapo, todas cosas que habían aprendido a hacer en las clases de manualidades. Incluso el 24 una mamá le llevó un pan dulce casero, hecho con piñones neuquinos. La Navidad y el Año Nuevo los había pasado con Mirta, en la casa de Doña Guadalupe. Gabriela la había invitado a almorzar el 25 con su familia, pero como ella no se sentía en confianza, prefirió inventar una excusa y se quedó durmiendo hasta tarde. Conclusión: había estado tan ocupada yendo de aquí para allá, que ni había tenido tiempo para entristecerse.

Por suerte, en ese momento, no recordé lo frágil que puede ser la felicidad.

EL ANGELITO

Al día siguiente nos levantamos muy tarde, hacía calor al sol, pero la casa se mantenía fresca. Por las ventanas entraba un aire perfumado, el verano había hecho su milagro. Nos íbamos a sentar para almorzar cuando golpearon la puerta con violencia. Sobresaltada corrí a ver quién era. Apoyada en el marco, con los ojos enrojecidos de llanto, encontré a Yolanda, la cocinera. El hermanito de Lili, mi alumna, había muerto la noche anterior.

La animamos a sentarse y le brindamos un poco de agua. Ella no podía dejar de hablar y sollozar, con los ojos fijos en algún punto que no era de este mundo. Conocía a la mamá porque siempre la veía recorrer el pueblo acompañada de sus hijos, vendiendo las mantas que tejía en un telar mapuche. Hacía cuatro días se la había cruzado en la calle: “La guagua no anda bien, Doña”, le había dicho mostrándole la carita del nene, pálido, dormido a upa contra su pecho. Le había contado que estaba con colitis y no tenía cómo pararla, que el doctor le había hablado mal, había insinuado incluso que ella no lo sabía cuidar. El nene vomitaba todo el remedio que le había recetado y ya no sabía qué hacer. Por eso le había pedido a la curandera que le cortara el empacho.

—Yo le aconsejé que volviera al hospital, pero ella no quiso saber nada. — Continuó Yolanda tensa, mientras retorció sus manos temblorosas — Dijo que le daba vergüenza y ahora el chiquito está muerto...Es mi culpa. Pobrecito, tendría que haberla acompañado, para que la atendieran bien.

Entonces ya no pudo contenerse, con un chillido agudo, de animal acechado, dio rienda suelta a su dolor. La dejamos llorar, hasta que se ablandó, y se fue apaciguando. Tomé sus manos mullidas entre las mías y le murmuré palabras de consuelo que ni yo misma podía creer. Nos quitamos la ropa de entrecasa y dejamos todo, la mesa y la comida a punto de servir.

Caminamos hacia el valle, unos quince minutos, por un sendero de tierra. En mi interior desfilaban rostros de niños, mientras me crecía el desconcierto y la bronca “¡Por qué no los mirás, Dios! ¡Por qué los dejás sufrir así! ¡Dónde estabas mientras el nene moría!”

Detrás de una hilera de sauces apareció un rancho pequeño y prolijo, a su lado un corral de madera con varias cabras y adelante un jardín de rosas, caléndulas y malvones, en macetas de lata pintadas de muchos colores.

Sobre una piedra, muy cerca del camino, estaba sentada Lili, sola, demasiado pequeña para la inmensidad del mundo. La rodeamos abrazándola entre las tres, intentado hacer una fortaleza para protegerla. A mí me tomó una mano, a Yolanda la otra, y nos guió hacia su casa; Helena nos seguía. Lili entró para abrazar a su mamá. Nunca pude olvidar esa imagen: en el medio de la habitación una mesa, y sobre ella una silla. Ahí, sentado, estaba su hermanito cubierto de flores del campo y de papel crepé, que no se secan ni se mueren, como el dolor de los padres. Con las manos blancas unidas como en oración, el angelito miraba hacia la puerta que nunca más traspasaría corriendo. A su alrededor, sentados en sillas, cajones de madera y tachos dados vuelta, los parientes y vecinos lloraban en silencio. Muchas velas, de las mismas que se usaban cada noche para iluminar la vida, ardían pegadas a la mesa. Su mamá estallaba cada tanto en un grito de horror, para luego sofocar los alaridos en los brazos de su esposo. Nos quedamos de pie, sin poder decir ni una palabra.

A la hora de la siesta el carpintero trajo un cajoncito de madera blanca y olorosa, hecho con sus viejas manos, demasiado acostumbradas a construir cajones pequeños. Con inmensa

ternura, y entre todos, quitamos las flores, y ayudamos a la mamá a poner a su bebé en el cajón, así, como tantas veces lo había acostado en su cuna.

En silencio, bajo el fuerte sol del verano, caminamos en procesión hasta el cementerio para dejar al niño, las flores, y llevarnos el dolor.

Los médicos dijeron que había muerto de diarrea estival. No era cierto, lo habían matado la exclusión y el abandono.

Esa noche, en mi cuarto, las imágenes no me dejaron dormir. Mi cuerpo se agitaba de impotencia y rabia. ¿Cuántos niños debían morir, cuántos mártires, cuántas bombas caerían sobre la humanidad mientras jugábamos a cambiar el mundo? Me sentía ínfima, humillada, infantil. ¿Madurar sería igual a perder la fe? Busqué a Dios para que me ayudara a recuperar la esperanza, pero me dormí llorando, sin haber encontrado respuesta.

LA PELIGROSA AVENTURA DE ENSEÑAR

Encontrarme con los chicos cada mañana era la curación para todos mis males, las dudas y los miedos se disipaban, el futuro perdía sordidez y mi fe volvía a crecer como por arte de magia. Los amaba entrañablemente, disfrutaba escuchándolos, viéndolos crecer, reír y jugar, aprendiendo junto a ellos.

A fines de marzo, después de la veranada, decidí trabajar con los de 7° algunos temas que me parecían imprescindibles para que se integraran al mundo adulto sin tantas desventajas, aunque los contenidos no estaban en el programa que había bajado la Nación. Estrenando el nuevo globo terráqueo, comencé por el Sistema Solar. Se impresionaron mucho al ver las imágenes del primer viaje del hombre a la Luna en el ejemplar de la revista Gente, parte del tesoro que me había regalado mi abuela. Les pedí que trataran ese material gráfico con mucho cuidado y les expliqué por qué las revistas eran tan importantes para mí. Al salir al recreo me esperaba Tomás, un muchacho con cuerpo de oso y mirada de duende, que había pegado el estirón hasta volverse el más alto de todos:

—Mi papá dice que la Luna anda por el cielo, que cuando no se ve acá es porque está del otro lado de las montañas, en Cipoletti, donde vive mi hermana. Ahora voy a explicarle cómo es. ¡La cara que va a poner cuando se entere que ya hubo tres que fueron en *cuete* y caminaron por ahí!

Le palmeé la espalda, orgullosa de haber cumplido mi misión pedagógica. Pero al día siguiente, antes de ingresar, él me detuvo en la puerta de la escuela. Estaba serio:

—Dice mi papá que la respeta mucho, pero eso de que el hombre estuvo en la luna... no lo crea, señorita; que son puras mentiras— bajó la mirada y estrujó su carpeta contra el pecho, nervioso, como escudándose, esperando mi respuesta.

Me quedé sin saber qué decir, convencida de que sus argumentos eran producto de la ignorancia. Palmeé su espalda y le susurré:

—Decile a tu papá que yo también lo respeto mucho, y que lo felicito porque tiene un gran hijo.

¡Lo habíamos visto en la tele! Y si estaba en la tele entonces era cierto. Cómo podía imaginar yo que, muchos años después, algunos científicos también pondrían en duda que, en el 69, el hombre hubiese llegado a la luna.

La televisión, el cine, los diarios y revistas me habían llevado a los lugares más recónditos del planeta y me habían paseado por la eternidad como verdaderas máquinas del tiempo. Pero, cuando las noticias mintieron sobre el asesinato del padre Kelly, yo había comprendido cómo los medios fabricaban “verdades” para beneficio de los poderosos, aunque todavía no dimensionaba la influencia peligrosísima de esa manipulación en el destino de los pueblos.

Terminé con el Sistema Solar y seguí con continentes, océanos, razas y culturas. Recién al asegurarme de que los chicos ubicaban nuestro país en el mundo, arranqué con la Segunda Guerra Mundial. Me pareció un buen punto de partida para entender la actualidad. Desplegué diarios y revistas sobre las mesas. Mis chicos nunca habían visto grandes ciudades, aviones, trenes, ni el mar, la selva, los tanques de guerra, cañones o tantas cosas. Cuando uno de ellos me habló sobre un vecino francés que siempre contaba anécdotas sobre una Guerra, pensé que aludiría a la Segunda, y se me ocurrió escribirle una nota, invitándolo a desayunar para que compartiera sus recuerdos con nosotros.

A la semana siguiente, luego de comer las tortas que los chicos habían traído, acompañándolas con mate cocido, Philip Dupont nos fue llevando con sus relatos a la Segunda Guerra. Era un hombre de unos cincuenta años, muy canoso y avejentado. Había llegado a Millaleufú contratado por una empresa minera y se había quedado para siempre como empleado en vialidad. Rara vez se lo veía por las calles del pueblo. Su acento lograba infundirle musicalidad a la Historia.

Arrancó diciendo que había nacido en Boulogne Sur-Mer, y yo casi me desmayo de la sorpresa: ¡La ciudad donde el Gral. San Martín había terminado su vida! ¡Dios lo había puesto en mi camino! Necesitaba tanto reforzar mi fe, que me emocionaba ante los que, para mí, eran sus guiños. Phillip, al ver mi entusiasmo, continuó elocuente con su relato. Desde chico muchas veces había escuchado hablar de nuestro país, en la escuela le habían enseñado la historia del héroe latinoamericano. Frente al mar, en una plaza importante del pueblo, había jugado alrededor del monumento al Libertador de América.

Para el comienzo de la Segunda Guerra él era un adolescente de quince años, como varios de esos chicos que lo estaban escuchando boquiabertos; tenía novia y estudiaba en la escuela secundaria. Más de cuatrocientos bombardeos alemanes habían dejado a la ciudad totalmente en ruinas. La pregunta anónima atravesó el aire, interrumpiendo una narración y abriendo otra: “¿Cómo era un bombardeo?”. Entonces Philip, enderezándose en su silla y respirando profundamente, comenzó a describir todo, con maestría de pintor. El sonido lacerante de las sirenas, esas bocinas ensordecedoras que rompían los oídos y sembraban el terror durante interminables minutos, las corridas hacia los refugios, el vuelo rasante de los aviones, los estruendos, el polvo en el aire, el olor a muerte, la desolación ante el hogar en ruinas, el rescate de objetos, la emoción al encontrar una foto, un juguete, un libro, cualquier cosa que sirviera para recordar que hubo tiempos pasados donde la felicidad era posible. El hombre se detuvo y nos recorrió con la mirada, como si buscara asegurarse de que lo habíamos acompañado al infierno.

Los chicos suspiraban, los ojos vidriosos y las respiraciones entrecortadas. Un silencio poderoso nos ancló en el tiempo. Entonces, con la seguridad de tenernos como pasajeros en el mismo viaje, él siguió el relato. El monumento a San Martín había quedado intacto. En el pueblo habían creído que era un milagro. Quizá lo era, pensé yo, como el que había hecho que ahora ese hombre pudiera estar con nosotros en nuestra escuelita perdida.

Luego de que los padres de Philip murieran durante un ataque, los dos hermanos mayores se alistaron en la Resistencia y nunca más los había vuelto a ver. Quedó solo, a cargo de su hermano de seis años. La ocupación Nazi había llenado de soldados alemanes la calle que sembraban cotidianamente el terror. Nos contó cómo se llevaron a las familias de sus amiguitos de la escuela que eran judíos, y que seguramente habían muerto en algún campo de concentración. Él y su hermanito pasaban tanto hambre y miedo que ya en los últimos tiempos, cuando sonaban las sirenas, no corrían a los refugios, ya no les interesaba seguir viviendo.

—Pero siempre es mejor vivir— sentí el murmullo de la voz de Lili que nos traía al presente, para recordarnos que el dolor no era exclusividad del pasado.

Me sentí culpable, no quería que ella sufriera ni un poquito más de lo que ya había padecido, pero, adivinando mi pensamiento, esa pequeña buscó tranquilizarme, me sonrió y me arrojó un beso con la mano. Philip la miró con ternura paternal, y solo le respondió:

—Tienes razón, *mon petit*, pero en ese tiempo no lo sabía.

Por suerte el relato se tornó algo optimista cuando llegó al glorioso día en el que un tío, que vivía en el campo y los había estado buscando durante varios meses, los encontró a los dos, sucios, sarnosos y hambrientos, esperando una ración de comida cerca de las ruinas de su

casa. Entonces todo cambió para ellos. Antes de terminar la guerra el muchacho se había subido solo a un barco, hacia la Argentina, las tierras del General milagroso.

Los chicos no parpadeaban, sus expresiones iban transmutando a medida que pasaba el relato igual que la platea de un cine. En el aula, como remolino, se sucedían el horror, la valentía, el miedo, la esperanza, la nostalgia, el amor, los mejores y los peores sentimientos humanos ¡La realidad en esa escuela superaba con creces mis más alocados sueños docentes!

Sonó la campana del recreo, pero nos encontrábamos demasiado lejos en el espacio y en el tiempo como para oírla, habitábamos la Europa del 45. El barco ya estaba por zarpar hacia Buenos Aires, hacía frío, nos envolvía una bruma intensa. Las ruinas de un mundo deshecho iban a quedar atrás para siempre y nos esperaban las tierras del General San Martín, ese país joven de nombre musical: “Argentina”. Teníamos mucha ilusión, pero también soledad y miedo. Los gritos de los trabajadores del puerto y de los pasajeros, se confundían con los sonidos del patio, las risas y las rondas.

Una figura en la puerta del aula llamó mi atención y bruscamente me devolvió a la realidad: Susana, detrás del vidrio lo observaba todo, impávida. En el pizarrón, al lado del mapa de Europa, yo había escrito para apoyar la enseñanza de Phillip: ALIADOS, EL EJE, HOLOCAUSTO, LA RESISTENCIA, NAZISMO, COMUNISMO, CAPITALISMO, FASCISMO, GUERRA FRÍA; me di cuenta de que ella lo leía, una y otra vez, porque movía sus labios. Luego, me clavó los ojos y un rictus se le dibujó en la boca, una sonrisa pequeña, despectiva, amenazante. Sentí su odio y un escalofrío me estremeció el estómago. ¿Por qué me miraba así? ¿Qué había visto? ¿En qué estaba pensando? Pasaron unos segundos y se fue. Mientras yo volvía a escuchar el relato y regresaba al 45, la vi alejarse a través del vidrio. La imaginé con un uniforme nazi mientras desaparecía absorbida por los rayos de sol en el patio. Me hizo gracia, mi imaginación nunca había tenido límites. Recordé el consejo de Helena y decidí relajarme, pero, aunque traté de olvidarla, una idea oscura quedó rondando en mi cabeza.

Cuando Philip terminó, se lo veía agotado: nosotros habíamos recorrido su aventura, pero él había replicado su dolor. Agradecemos entrañablemente con un aplauso a nuestro vecino hasta hacerlo lagrimear. No era recreo, pero fuimos juntos a acompañarlo hasta la puerta y lo vimos alejarse por la calle de tierra en su bicicleta destartada. No podía volver al salón, sentía que nos quedaría chico. Invité a mis alumnos a sentarnos en el patio, en ronda. Al comienzo nos miramos en silencio, asombrados, algo muy importante nos había sucedido. Conversamos hasta que tocó la campana de salida. Los sentí tan distintos, en esas pocas horas con Philip habían crecido, habían descubierto algo del mundo de atrás de las montañas, de atrás en la línea temporal, y yo había confirmado, una vez más, que ser maestra era mágico, transformador, revolucionario, era, en suma, el camino correcto.

NÁUFRAGOS

Era Domingo de Ramos. En la misa íbamos a recordar la entrada triunfal de Jesús a Jerusalén poco antes de su crucifixión. Salí temprano de mi casa y fui hasta la iglesia. A pesar de mis dudas, de la rebelión que me producían las injusticias, seguía decidida a entregar mi vida por la Revolución del Hombre Nuevo.

Al llegar encontré la iglesia cerrada, pero la gente reunida en la puerta conversaba jubilosa. En las manos sostenían ramas de olivo que Doña Guadalupe y Felicia habían repartido para que fueran bendecidas durante la ceremonia. Pasaban los minutos y Lisandro no aparecía, por lo que los fieles comenzaron a impacientarse.

Recordé que la semana anterior el cura había puesto un cartel en la puerta, diciendo que no daría misa y, cuando me había llegado hasta su casa para averiguar si estaba enfermo, preocupada por esos pulmones que a veces no lo dejaban respirar con normalidad, él me había dicho que no era nada grave, que solo se sentía un poco descompuesto. Este domingo ni siquiera había un cartel. Me dolía que la gente se tuviese que ir nuevamente sin la celebración, sobre todo porque algunos habían llegado desde muy lejos. Sin permiso de nadie los invité a pasar, saqué la guitarra e improvisé una ceremonia con lecturas, oraciones compartidas y cantos, como había aprendido en las misiones. Fue prodigioso, la comunidad se involucró con la mejor disposición, en especial los chicos de catecismo. Cuando se retiraron, a pesar de sus ramos sin bendecir, me despidieron agradecidos.

Yo estaba tan emocionada que necesitaba compartirlo con el cura. Rodeé la iglesia y me fui a la casa parroquial. Tuve que golpear la puerta varias veces, hasta que la abrió. Pálido, ojeroso, me invitó a pasar. Había desorden, platos sin lavar, olor a encierro. Los postigos arrimados desdibujaban el cuarto en una penumbra deprimente. Era difícil expresar la impresión que me causó verlo así, pero solo bastó una pregunta para que él comenzara a desenvolver toda su amargura.

—No puedo mirar a la gente a la cara y hablar de Resurrección. Hoy siento que Dios no existe.

Así empezó. Me quedé muda, sin argumento para interrumpir su desahogo. Habló del país, de la indiferencia del pueblo, de la hipocresía y la injusticia, de su impotencia. Yo entendía sus palabras, tantas veces me había sentido igual. Lo que yo ansiaba alejar de mi conciencia para poder seguir creyendo, él me lo estaba arrojando así, descaradamente, como si yo pudiera soportarlo, como si fuese capaz de asumirlo sin consecuencias. A medida que Lisandro hablaba, los frágiles pilares de optimismo sobre los que se asentaba mi fe por esos días se iban desmoronando. Tuve la sensación de quedar como él, a la intemperie, sumiéndonos ambos en una oscura noche. Un viento fuerte, patagónico, zamarreaba el postigo haciéndolo golpear rítmicamente, como un latido. Nos vi sentados a la mesa, y recordé la historieta del Eternauta: dos solitarios hablando de resistir. No encontraba palabras para remontar el dolor y el miedo al que su descargo me había arrastrado.

—Qué vergüenza— dijo él en un momento— mirá el mal momento que te hago pasar.

Yo hubiese querido decirle que lo entendía, alentarle, pero apreté los labios para no llorar. Por suerte siguió hablando:

—No te preocupes, ya lo voy a superar. — Palmeó dulcemente mi mano y agregó — Gracias por escuchar.

Sentía que me ahogaba, debía recuperarme de inmediato, al fin y al cabo, no hacía ni una hora que yo estaba militando en la resistencia. Decidí contarle lo que había sucedido en la iglesia. Al comienzo las palabras salían forzadas, opacas, pero a medida que revivía las emociones fui recobrando la alegría. Milagrosamente en minutos estábamos riendo por mi audacia, y disfrutando de la respuesta de la gente. Cuando me puse de pie para retirarme le susurré, simulando un secreto:

—No hay que aflojar, ¡mirá que Benito te puede robar los feligreses y vas a ser un desocupado más!

Nos reímos con ganas. Me acompañó hasta la puerta y al despedirme agregó:

— Hoy me sacaste las papas del fuego. Parece que Dios anduvo por Millaleufú y se acordó de mí.

Volví a mi casa sintiéndome ínfima. Las montañas indolentes, la humanidad en movimiento, los ruidos y colores del mundo eran un monstruo que reparaba en mí. ¿Qué podía hacer frente a semejante enemigo? La sola idea de dejar de creer en Dios me aterrorizó, no podía quedarme sola, desarmada, al borde de la inexistencia.

Cuando llegué a casa, Helena me esperaba para almorzar y, con un gran esfuerzo, me puse a hablar de cualquier cosa intentando exorcizar mis miedos.

El jueves Santo a la tarde me encontré con los chicos de catecismo para recordar la Última Cena. Compartimos el pan con mate cocido, conversamos sobre la amistad y el compromiso, la lealtad y la traición, la paz y el perdón. A medida que hablaba, mis propias palabras sellaban las grietas que se habían abierto en mi fe. Los chicos se retiraron y yo me ocupé de cerrar los postigos y dejar todo en orden. Ya me disponía al regreso cuando quedé maravillada, en la puerta de la iglesia, frente al arcoíris de ocre, rojizos y plateados desplegado en la cordillera. La puesta del sol enloquecía los colores: ese paisaje era un verdadero acto de amor, ¿cómo podría dudar de la existencia de Dios? Cuando por fin decidí emprender la vuelta, descubrí a María Inés Lazcano acurrucada contra un árbol. Durante la clase me había llamado la atención verla peor que nunca: el olor rancio del humo y la suciedad acumulada, harapienta, el pelo tieso, tan lleno de piojos y liendres que se los podía ver, y su tristeza.

Me acerqué despacio y me arrodillé a su lado. Estaba agitada, temblorosa como un pájaro caído del nido. Le susurré si quería contarme algo. Me abrazó quebrada de angustia y comenzó a hablar con desesperación. No había rastros de la niña arrogante, solo un montoncito de penas.

—Mamá se trajo a casa un hombre que no me aguanta y me dijo que me vaya a vivir con mi papá. Pero yo ya sé que él tampoco me va a querer ahí — buscaba mis ojos y volvía a esconder su carita sucia en mi pecho, una y otra vez, siempre con rabia y vergüenza — Mi viejo es malo, es borracho, y seguro me va a pegar.

El llanto le inundó la boca y le sacudió el cuerpo, no podía seguir hablando. Entonces besé varias veces su frente, como si con mis caricias pudiera aquietar su dolor. Cuando logró serenarse le tomé la mano y nos sentamos sobre una roca que sobresalía en la vereda.

—La mujer de él es más mala todavía. Si ni siquiera me saluda. Ahora duermo en lo de mi madrina. Pero no me puede tener, no tiene plata. A mí nadie me quiere.

La subí a mi falda, a upa, para abrazarla como me hacía mamá. Y mientras la acunaba intenté prestarle una certeza:

—Dios es nuestro papá, sabés. Él no nos abandona. Si me trajo desde tan lejos para reunirme con vos bajo este árbol, es porque quiere que te ayude. Vos sos muy importante para

Él. Mirá las montañas, solo un amor grande como este cielo podría regalarnos un paisaje así.
— Inés secó sus lágrimas y comenzó a ver, como si descubriera el paisaje por primera vez.

Sus ojos renegridos se clavaron en los míos, me escudriñaron, y dejando asomar una sonrisa nueva, llena de picardía infantil, me susurró:

— ¿Y para usted yo soy importante?

No pude evitar abrazarla hasta que sus huesitos crujieron, y riéndome le aseguré:

— Para mí, ahora sos lo más importante. Para demostrártelo se me acaba de ocurrir algo
¿Te gustaría venir a casa bien temprano mañana a la mañana para pasar el día juntas?

Me miró con la boca abierta y, al ver que yo hablaba en serio, una sonrisa blanquísima borró todo rastro de angustia y me respondió con un nuevo abrazo. Nos pusimos de pie, con mi pañuelo le limpié la cara, donde las lágrimas habían dejado caminos sinuosos en la suciedad de sus mejillas, y se fue corriendo a contarle a su madrina. Al cruzar la calle giró para ver si yo aún estaba ahí, le tiré un beso con mi mano, ella me lo devolvió y volvió a correr.

Esa noche nos quedamos hasta tarde con Helena deliberando el episodio y urdiendo un plan: íbamos a hablar con sus padres y, de no surgir otra propuesta, yo les iba a pedir que, al terminar el ciclo escolar, me autorizaran a llevarla a vivir conmigo hasta que las condiciones le permitieran regresar con su familia. A Helena le parecía una locura, me habló de lo que diría mi mamá, de la responsabilidad, de que la nena no se iba a adaptar y bla bla bla, pero yo estaba decidida. Los días que faltaban para terminar las clases podría quedarse con su madrina a la que ayudaríamos con alimentos para que no le ocasionara gastos.

ABAJO A LA IZQUIERDA

Al otro día, el Viernes Santo, se suponía que había que ayunar y meditar por la crucifixión de Cristo, pero yo estaba decidida a vivir un día feliz, así que al despertarme dije mirando el cielo raso:

—Esta vez voy a festejar tu resurrección por adelantado— le dije, y me hice la señal de la cruz.

Recién nos habíamos levantado cuando llegó María Inés: la cara reluciente, el pelo en una trenza y la ropa limpia, la madrina se había esmerado.

Salimos junto con Helena hacia el boulevard. A las 10 de la mañana pasaría el micro que regresaba a Chos Malal. Era costumbre pedirles a los choferes, a cambio de una buena propina, distintas cosas de la ciudad: medicamentos, diarios, revistas y cualquier otra cosa que no se consiguiese en Milla. La semana anterior, Helena y yo habíamos encargado un kilo de pan francés, extrañábamos su crujir y suavidad, tan distinto al pan casero. No lo habíamos retirado cuando el micro llegó a la noche porque hacía mucho frío, por lo tanto, debíamos rescatarlo antes de que el colectivo se volviera a ir. Caminamos las cuatro cuadras por la calle principal, saludando a niños y vecinos. Algunos chicos se acercaban empujándose para estar más cerca de nosotras. Inés no me soltaba la mano, yo le pertenecía. Empecé a cantar y bailar un carnavalito y entre todos formamos un tren para zigzaguear por la calle de tierra. La risa fue descomunal cuando Helena, perdiendo toda vergüenza, se sumó simulando ser una marioneta. Con qué poco éramos felices, con qué poco podíamos hacer felices a esos niños. Todas mis fantasías adolescentes se estaban cumpliendo, no deseaba nada más.

Desconcertado ante tanto bullicio en la calle el chofer nos alcanzó la bolsa de pan, le dimos la propina y el micro se fue. Despedimos a los chicos que nos habían acompañado y los vimos alejarse como una bandada de pájaros. Le pregunté a María Inés por dónde iniciar nuestro paseo, pero ella se avergonzó y no se animó a sugerir. Entonces Helena y yo miramos los alrededores y decidimos caminar por el sendero que bordeaba el cementerio y se perdía entre las lomas. Mi amiga estaba exultante, sus mejillas rosadas, la frente en alto, como una auténtica aventurera, sus hijos no la hubiesen podido reconocer.

Dejamos atrás el pueblo y seguimos una huella que atravesaba un monte de sauces. Zigzagueando entre las lomas, elegíamos por turno izquierda o derecha, arriba o abajo. Atravesamos una plantación de frutales, rocas, árboles, más rocas, más rocas. Aunque el aire era fresco, el sol estaba alto y nos pegaba con fuerza. Llegamos a un arroyo de aguas cristalinas, nos sentamos a beber y comimos el pan blanco y suave contando anécdotas y chistes que hacían reír a la nena. Pasada una hora y media desde la pausa del almuerzo, Helena empezó a cansarse de caminar por las pendientes, y yo también, aunque ninguna de las dos decía nada, era fácil darse cuenta de lo que estaba pasando: no teníamos idea de por dónde volver al pueblo. La sonrisa de mi amiga comenzó a borrarse. La mía y la de Inés todavía estaban intactas. Pero dos horas más tarde seguíamos dando vueltas, a esa altura yo también estaba asustada, aunque no lo quería demostrar. Me arrepentí de no haberme fijado nunca en los puntos cardinales, como para orientarme, aunque sea con la puesta de sol. Dejamos de hablar. Yo rezaba en silencio. ¡Pasar la noche en la montaña! ¡Las tres solas! A nosotras no nos buscarían hasta el lunes cuando faltáramos a la escuela ¡No!, tal vez Lisandro se preocupara el domingo si no aparecía en la misa de Pascua y me fuera a buscar. Sería un día menos, pero no, él no iría hasta mi casa por eso. Ya no había más pan, los pies

dolían y la piel, reseca por el incesante viento patagónico, estaba tensa, como afiebrada. El sol perdía su fuerza, el aire se hacía cada vez más frío y no teníamos suficiente abrigo. Los pájaros dejaron de cantar, se estaba encendiendo el silencio nocturno. Ah, si Zofanor estuviese con nosotras.

A las siete de la tarde ya nada me hacía gracia. En vano Intentaba mostrarme animada, no convencía a nadie. Los senderos marcados eran muy breves y desaparecían en la nada, seguramente trazados por animales. ¡Pumas! Los chicos tantas veces habían mencionado a los pumas. ¿Y cómo se prendería un fuego con palitos? ¿Y si alguna se lastimaba, cómo íbamos a seguir? No nos podía estar pasando eso. Trataba de silenciar mis pensamientos y concentrarme en seguir adelante, pero era imposible. Helena gemía despacito, suspiraba de terror y agotamiento. María Inés estaba seria, pero no se quejaba. Al mirarla sentía vergüenza, tan rápido había quebrado yo mi promesa de cuidarla. Yo no cesaba de rezar, lo único que podía hacer además de seguir caminando hacia ningún lugar.

Amenazadas por la noche y entrando en la desesperación, tuvimos que tomar la decisión por enésima vez, la pared del cerro que se levantaba frente a nosotras nos obligaba a adivinar: ¿A la izquierda bajando o a la derecha subiendo? Si escalábamos tal vez podíamos visualizar algún camino, alguna casa, el pueblo, pero subir el sendero cortado, empinado y pedregoso era mucho más difícil con las piernas cansadas. Decidimos ir a la izquierda hacia abajo, ya habíamos perdido la fuerza para trepar. Tomadas de la roca, fuimos descendiendo, dándonos la mano, protegiéndonos unas a otras. El paisaje se desdibujaba con la penumbra incipiente de esa noche sin luna.

Cuando terminé de bajar los reconocí. Al fondo, reflejando los últimos rayos del sol, un monte plateado y ocre, brillante y movedizo. Los álamos del Centro Evangélico. ¡Estábamos salvadas! La alegría y el entusiasmo nos dieron energía, volvió la risa. Era entrada la noche cuando llegamos.

Nos recibieron con naturalidad, estaban acostumbrados a que mi visita fuera espontánea y en cualquier horario, pero al enterarse de que llevábamos tantas horas perdidas, comenzaron los mimos. Nos sirvieron un buen plato de guiso, y nos ofrecieron abrigo. Helena comenzó a tener fiebre y a temblar, todo su miedo contenido había hecho eclosión. Cuando terminamos de cenar Benito nos llevó al pueblo en su camioneta.

Primero fuimos a dejar a la nena en la casa de su madrina, un ranchito que se caía a pedazos. La mujer que nos abrió la puerta no tenía dientes y todo su aspecto mostraba años de sufrimiento e indigencia. Al despedirme besé la frente de mi alumna y le murmuré:

—Que descanses y sueñes con los angelitos que nos trajeron de vuelta.

Ese domingo de Pascua la iglesia desbordó de gente. Durante la ceremonia los ojos de Lisandro me encontraron muchas veces, cómplices, amigos.

Cristo estaba entre nosotros: “Gracias mi Dios, porque siempre que me siento perdida, me decís “Abajo y a la izquierda”, y puedo volver a mi hogar. Mi hogar sos vos.

ENCUENTRO CON EL DIABLO

El lunes a la tarde María Inés llegó a la escuela y se comportó como si nunca hubiésemos compartido secretos ni aventuras, aunque sus ojos, cada vez que se cruzaban con los míos, brillaban de cariño.

Cuando todos se retiraban llamé aparte a Zofanor. Me preguntó poniéndose a la defensiva, asustado:

— ¿Y ahora qué hice?

Me dio pena, estaba demasiado acostumbrado a que lo retaran. Le expliqué que la directora y yo necesitábamos conversar urgentemente con su padre sobre María Inés, a ver si podía recibirnos en su casa el sábado siguiente a la mañana. Le cambió la cara y me dijo:

— Nunca nos visitó una maestra, nunca nadie va para mi casa. Mi papá seguro se va a poner contento.

Al día siguiente llegó a la escuela agitado por tanto correr. Antes de entrar al aula, desbordando ansiedad, me gritó desde la puerta del salón:

— Mi papá dijo que sí, que las espera el sábado con la comida, les va a preparar un chivito nuevo.

— ¿Nuevo? — pregunté sin comprender, divertida por la emoción del muchachito.

— Así le llamamos al recién nacido. Se come con la mano porque se deshace de tan tiernito. Les va a gustar mucho, seño. Y yo las voy a ir a buscar a su casa para que no se pierdan.

Había dicho todo en voz alta para asegurarse de que todos se enteren. Yo me tranquilicé con la propuesta porque ni loca pensaba arriesgarme a vivir otra aventura como la del jueves. Apenas acepté, Zofanor empezó a hacerse el “cancho”: hablaba fuerte, burlaba a Ricardo, le tiraba papeles a Tito, así que tuve que retarlo para que todo volviera a la normalidad. Los días siguientes mi alumno se encargó de ratificar en cada recreo nuestra visita hasta que, haciéndome la ofendida, le pregunté si desconfiaba de mí. Entonces no volvió a indagar, aunque todo el tiempo me miraba inquisidor, seguramente esperando algún gesto que le garantizara que mi intención de visitarlos seguía en pie.

El sábado Helena y yo estábamos tan emocionadas que a las siete de la mañana nos encontramos desveladas en la cocina, a pesar del frío y de que aún no amanecía. A eso de las diez Zofanor aplaudía en la vereda para anunciarse. Se había peinado, bien mojadito el pelo, con jabón para que quedara duro como gomina. Me contó que su papá estaba preparando el almuerzo desde temprano y que había mandado a la mamá (que no era su mamá) a Huigancó, un pueblito vecino, con la encomienda de llevar unos cueros que había vendido. Caminamos por un sendero apenas dibujado durante unos veinte minutos, siguiendo el ritmo de Zofanor que era bastante rápido. Helena jadeaba un poco, pero yo estaba tan excitada que mis piernas necesitaban correr. Vi la sombra de un ave dibujar un círculo sobre el suelo pedregoso. Alcé la mirada: sobre nosotros, majestuoso, un cóndor patagónico nos regalaba su vuelo. El grito de emoción que yo pegué lo hizo alejar. Helena y Zofanor se burlaron de mí, y yo también. Detrás de una loma, apareció una línea de pasto verde que bordeaba un sendero de agua. La seguimos como a una huella, ascendiendo, hasta que detrás de un gran peñasco vimos el humo. Apuntando con su brazo hacia él, Zofanor anunció eufórico:

— Casi llegamos, sientan que rico el olor del chivito.

El aroma de verdad hacía agua la boca. Unos metros más delante había un arroyo, me llamó la atención que empezara entre las rocas, una vertiente en medio del desierto: la naturaleza no dejaba de maravillarme. Boquiabierta miré a Zofanor que muy orgulloso explicó:

— Mi papá armó la casa en este lugar *pa'* que no falte el agua, ésta se puede tomar bien, es rica. Está fresquita. —y haciendo un cuenco con las manos se puso a beber, invitándonos a compartir ese momento de placer.

Una vuelta al peñasco y apareció la casa. A un costado vimos a un hombre agachado frente el asador. Vestía ropas gastadas, grandes para su cuerpo delgado y lucía una boina, que parecía nueva, seguramente estrenada para la ocasión. Era difícil adivinar su edad, como la mayoría de los paisanos criados en esa intemperie brutal. Levantó la cabeza y nos miró con curiosidad, estudiándonos de arriba abajo. Nosotras sonreímos con la misma candidez con que veníamos disfrutando nuestro paseo. Entonces, con ojos vidriosos y enrojecidos de sol, de trabajo y vino, nos saludó:

— ¡Bienvenidas, maestras!

— ¡Un gusto conocerlo! — le respondí mientras me acercaba con la mano extendida. Don Lazcano la tomó con fuerza y me tironeó estrechándome contra su cuerpo para besar mi mejilla. Helena también le tendió la mano, que él tomó y apretó sin registrarla, porque no me sacaba los ojos de encima.

—Le preparé una comida especial. Acá estoy cocinando este chivito nuevo, que nunca se va a olvidar.

Nos invitó a sentarnos al sol, en unos troncos cubiertos con cueros de oveja, apoyados contra la pared de la casa.

Era un rancho pequeño, de piedra, madera, y chapa de cartón. Tenía una sola ventana, muy chiquita, con un vidrio opaco que apenas permitía el paso de la luz, seguramente apropiado para conservar el calor durante el duro y largo invierno. La puerta de madera vieja parecía a punto de caerse. Una vez acomodadas, Don Lazcano me alcanzó un vaso de vidrio, el único que tenía, y aclaró que era para honrarme, y a Helena le dio uno de lata bastante abollado. Entonces nos ofreció vino de la damajuana, pero preferimos tomar el agua que Zofanor había traído en una botella.

El hombre empezó a hablar sin tomar respiro, solo se interrumpía para beber el vino de su jarro. Me costaba comprender lo que decía porque hablaba muy rápido y con seseo. Nos contó con orgullo sobre sus chivas, de cómo crecía el piño porque las cuidaban con dedicación. Todo el tiempo se dirigía a mí, ignorando irrespetuosamente a Helena. Cuando podía, yo buscaba los ojos de mi amiga para intercambiar miradas cómplices.

En unas tablas gastadas Zofanor nos sirvió el chivito jugoso y aromático, lo comimos con la mano porque se desarmaba, acompañado de un pan casero hecho en las brasas. Era un manjar que, por la situación y el paisaje, sabía único e irrepetible.

—Maestra, *usté* que tiene tanto interés en saber de cómo vivimos nosotros, venga conmigo *ande* corre un arroyo y vea cómo se saca oro de la orilla.

Lo vi inflarse de orgullo porque al fin había logrado asombrarme.

— ¿Y eso está muy lejos? — le pregunté fascinada con la propuesta.

—Hay que caminar muy poco, ¡facilito nomás! Unos diez minutos *pa'* arriba, y ya está. Yo le enseño a colar, y si saca oro se lo lleva. Mire que por ahí tiene suerte y se hace rica.

— ¡Vamos Helena! — contesté parándome de un salto, entusiasmada con la inesperada aventura.

— ¡No! ¡La viejita no! — exclamó tan fuerte que me asustó— La viejita no puede venir, es peligroso pa' ella, mejor que se quede con el Zofanor— dijo clavándole los ojos a Helena, para dejar bien claro que no estaba invitada.

No sabía si reírme o llorar, el padre de María Inés era un tremendo pícaro.

—Entonces imposible, don Lazcano, no podría dejar a Helena sola tanto tiempo, ella es muy asustadiza, otro día será. —le respondí lo más cordialmente posible, aparentando desconocer sus intenciones.

Los ojos y la nariz del hombre brillaban por tanto vino que había tomado. Me estaba atemorizando, solo quería resolver el tema de la nena y volver a casa. Nos pusimos de pie y encomendándome a Dios decidí pedirle la autorización para llevarme a su hija, pero, antes de que pudiera decir nada, él se puso de pie un poco tambaleante y retomó la palabra mientras se sacaba la boina para rascarse la cabeza despeinando los pelos opacos de suciedad.

—Qué pena que se tengan que ir. *Usté'* es maestra pero vea que hay cosas importantes que este paisano le puede enseñar ¿Quiere saber cómo junté yo *pa'* comprar mis primeras chivas? — y acercando demasiado su cara a la mía siguió, acentuando el tono de intriga— ¿De dónde saqué pa' comprar...eh? — y, luego de un incómodo silencio, se volvió a sentar — Acomódense un rato más que nadie las corre, y escuchen, pero no le cuenten a *naides* ...porque lo que les voy a contar es un secreto.

Estaba demasiado intrigada como para desistir a la invitación, así que miré a Helena y con un leve gesto le avisé que nos volvíamos a sentar. Lazcano se sirvió otro jarro de vino y arrimó su banco muy cerca de nosotras. En voz baja, como si alguien pudiera escucharnos, continuó

— A mí me ayudó el *mesmísimo* diablo. Sí señorita, así sencillito como me ve, yo solito le saqué la plata al diablo.

No pude evitar abrir tontamente mi boca por el asombro. ¡Ese hombre se había fugado de una novela gauchesca! Al ver mi reacción continuó su relato, pródigo en aspavientos, mímicas y cambio de voces, un excelente narrador.

—Sí, señoras, y no *esagero* ni miento. Hace muchos años, cuando todavía era un mozo, yo no tenía nada de nada. Un día que estaba por ahí, cazando liebres, se puso negro el cielo. Era temprano, pero se puso bien negro. Me senté cerquita de una cueva *pa'* esperar que se venga la tormenta. No vi nada raro en un *prencipio*, pero el aire se puso *jediondo*, aunque no se movía ni una hoja, ni una mosca volaba, ¡Si parecía que estaba viendo una estampa! Entonces se me apareció el diablo atrás mío. No se crean que vino, así como lo pintan, de rojo, con cuernos y cola, ¡ni parecido! Tenía un traje negro, bien brillante, y una galera en la cabeza. La cara así, normal, como la mía.

La historia y los ademanes pomposos me tentaron de risa. De reojo observaba el rictus en la boca de Helena que también estaba aguantando la carcajada. Por suerte Don Lazcano no se daba cuenta, estaba apasionado con su propio relato:

—Entonces el diablo me ofreció un pacto...

El hombre hizo silencio, entrecortó la respiración y nos clavó la mirada, primero a mí, después a Helena, y por último a su hijo, que a pesar de que ya lo habría escuchado más de una vez, se lo veía completamente impresionado. Luego de asegurarse de haber logrado el suspenso, Don Lazcano continuó:

—Con una voz *profunda*, como aullido de lobo, me ofreció cambiar mi alma por un enterramiento indio, con joyas y cosas de mucho valor.

— ¡Qué susto tendría usted! — interrumpió Helena.

— ¡Qué me voy a asustar! — Respondió ofendido— Al contrario. Acá no le podés tener miedo a nada, porque si no, te morís. — y, mirándome fijamente, continuó:

—Bueno, en cuanto me di cuenta de que de verdad era el diablo, se me ocurrió que yo también era mañoso y podía engañarlo *pa'* sacarle la información sin comerme el infierno. Entonces le dije que yo ya conocía todo el pago y que no había nada. Él, medio que se enojó, vio señorita que el diablo tiene mal carácter, pero insistió con el pacto. Así que le volví a preguntar otra vez por dónde, porque él tenía fama de mentiroso y yo no hacía tratos con gente que no podía confiar. Así peleando, tanto lo embarullé que le saqué de mentira *verdá'*, y a la final descubrí el lugar. Le dio tanta rabia, que desapareció haciéndose humo. Y yo *jui*, encontré el tesoro, y me lo agarré sin darle mi alma al diablo.

— ¡Qué historia increíble! ¡qué valiente fue! — exclamé. Esperaba congraciarme para conseguir mi cometido antes de que la situación se siguiera complicando.

—Ahora la llevo a ver el enterratorio, le dejo agarrarse *pa'*usted lo que quiera, y si gusta también puede tocar la momia que todavía está ahí. Debe haber sido alguien importante porque tenía muchas joyas.

— ¡Qué emocionante! ¡Gracias! Vamos Helena, no nos podemos perder una experiencia tan interesante— dije sabiendo la reacción del hombre que saltó gritando:

- ¡No, no, no! ¡¡La viejita no puede ir!! Es muy peligroso el camino, se puede caer por las piedras. Ella que se quede y nos espera o, ya que tiene tanto miedo, que se vaya *pa'* la casa con el Zofanor

Estaba alterado y el alcohol ya le había transformado las facciones. El hijo lo veía con admiración, parecía conmovido por el valor de su padre. Yo sabía que mi respuesta lo iba a molestar, y me encomendé a Dios:

—Qué lástima. ¡No se imagina cuánto lo siento!, pero mejor lo dejamos para otra vez. Porque ya se hizo tarde y tenemos muchas cosas que hacer. — le respondí mientras agarraba a mi amiga del brazo.

Se quedó en silencio, respiró profundo y contestó:

—Bueno. *Usté'* se lo pierde señorita. — Se puso de pie y dándonos la espalda se fue a patear con bronca la tierra, para sofocar las brasas que quedaban en el asador.

Yo quería salir corriendo, me daba cuenta de que la situación se había puesto peligrosa, pero tenía que hablar de María Inés. Mientras nos poníamos nuestros abrigos, disimulando la ansiedad, me atreví a preguntarle. Él seguía de espaldas, tapando las cenizas que ya estaban apagadas sin decir nada. Se me hizo un nudo en la garganta, la situación se había desmadrado. Entonces comencé a argumentar desesperadamente, buscando justificaciones convincentes, ensalzando su hombría de bien, recurriendo a cuanto argumento pude concebir sobre los beneficios de que la nena fuese a vivir conmigo. Recién cuando terminé mi discurso giró, se acercó a nosotras, y así, plantado frente a mí sacó pecho y respondió:

—Nada, nada. La piba tiene padre.

—Pero...— ni me dejó hablar.

—Vayan nomás que se les hace tarde y la señora se asusta. El Zofanor las acompaña, no sea que se pierdan. —dijo mientras nos señalaba, irónico, el camino de regreso.

Nos dio la mano con una sonrisa triunfadora, me dieron ganas de pegarle. Era su revancha por el momento de humillación que había sentido.

UN FUTURO PARA MARÍA INÉS

¿Cómo le iba a contar a María Inés de mi fracaso? Estaba rabiosa, exasperada. Mientras preparábamos la merienda Helena me escuchó despotricar sin decir una palabra, con la cabeza baja, mirando la mesada donde cortaba el pan, y me observaba de reojo, seguramente entendía que cualquier cosa que dijera podía alentar mi fuego y eligió el silencio.

—Me la llevo igual— le dije —ni se van a dar cuenta que ya no está. Ojalá que reviente ese viejo repugnante, relajado, baboso. Te juro que no me va a ganar. Y esa madre, ¡que hija de puta! Si debe saber muy bien la clase de tipo que es el padre, y se la entrega igual ¡La nena con ese degenerado! Te juro que voy a secuestrar a María Inés. — la cara de Helena se iba desfigurando, nunca me había visto así, malhablada, llena de odio, pero no hizo nada para detenerme— ¿Qué hace Dios cuando los chicos lo necesitan? A veces no lo entiendo, para mí que al final es como vos decís, que no hay nadie del otro lado y estamos solos como perros— suspiré, me quedé en silencio, y finalicé —... ¿O será que el diablo existe de verdad y le viene ganando la pulseada?

— ¿Te pongo manteca o solo dulce? — fue su primer comentario, mientras me apuntaba con una tostada. La miré con el ceño fruncido, pero la vi tan tensa, como si con esa pregunta me estuviese diciendo algo importante, trascendental, que me empecé a reír y también la contagié. La abracé mientras le repetía – Gracias, gracias, gracias por aguantarme. Algo se me va a ocurrir. Dios me va a dar alguna solución.

Me había hecho bien el desahogo. Mientras merendábamos empezamos a rememorar los acontecimientos de la tarde y toda la adrenalina se disipó entre las carcajadas.

Helena estaba cansada y se acostó a dormir sin cenar. Mientras seguía bajando pavas tomando mate en la cocina encontré la respuesta: ¡El Centro Evangélico! ¡Cómo no se me había ocurrido antes! Mi soberbia me había hecho una mala jugada. ¿Quién era yo para hacerme cargo de la vida de María Inés si apenas estaba dejando atrás mi adolescencia? Benito y Cristina ya la habían conocido el día que nos perdimos, y sabían de su situación de abandono. Ese día la nena había disfrutado la cena y los juegos de sobremesa con los chicos. Sin ninguna duda, si todos se ponían de acuerdo, en el Centro podría ser feliz.

Me abrigué y desperté a Helena para contarle mi idea y avisarle que me iba a hablar con Benito. A pesar de estar medio dormida trató de desalentarme porque ya había anochecido y no entendía que pudiese irme a esa hora sin miedo por la montaña. Se ofreció a acompañarme a la mañana siguiente, pero yo no podía esperar. Agarré mi linterna y me fui. Hacía un frío descomunal. Se había levantado un viento que ponía en pie toda la polvareda del camino y, por más que llevaba la linterna encendida, su luz se difumaba en una nube de tierra. Andaba despacio, tanteando para no caer por la cornisa. Por fin, masticando polvo, llegué al centro.

Cristina me recibió a los gritos como siempre, mientras Benito, también como siempre, se agarraba la cabeza por mi osadía. Habían terminado de cenar, así que me invitaron, y mientras disfrutaba del puchero de gallina les conté lo que había pasado. El Pastor me escuchó seriamente, pero cuando les conté la increíble historia sobre las negociaciones del hombre con el diablo, Cristina no aguantó, se atoró con la comida y nos escupió a todos desatando una carcajada general. Una vez recuperada la seriedad, Benito me dijo que no tenía inconveniente en inscribir a la nena en el hogar, sino todo lo contrario. Se puso de pie y poniendo su mano en mi hombro agregó que, para evitar que surjan nuevos problemas, se ocuparía personalmente del asunto. Lo abracé agradecida mientras .

La mañana siguiente Benito pasó por casa a buscar los datos de los padres de María Inés y al atardecer ya los había visitado y tenía todo resuelto. Antes de volver al Centro pasó a contármelo

todo. Cristina, que venía con él, se ofreció a acompañarme para hablar con la nena.

Golpeamos la puerta del lastimoso ranchito. Inés abrió y quedó de pie aturdida al vernos. Reconocí el miedo en el brillo de sus ojos, sabía que el encuentro con su padre podía haber tenido malos resultados. La madrina nos invitó a pasar. El piso de tierra, los muebles viejos y despintados, el colchón de lana roto tirado en el suelo frío donde dormía la nena, la voz de la anciana que reclamaba atención desde un sucucho oscuro que podía ser la otra habitación. Cuánta miseria, ¿por qué? Me consolé sabiendo que el destino de Inés podía cambiar. Le conté la novedad, estaba tan asombrada que casi no podía hablar. Tardó unos minutos en comprender la trascendencia de lo que estaba sucediendo. Sus ojos y sus blanquísimos dientes brillaron festejando el futuro. Ese mismo lunes María Inés comenzó una nueva vida.

EL VISITANTE

El viernes veinte de mayo, abrí los ojos antes de que sonara el despertador, faltaban solo cinco días para que terminaran las clases.

Esa mañana miré con nostalgia la cordillera. Seguramente volvería al año siguiente, mi cargo era provisorio y casi no había posibilidades de que me lo quiten, pero tres meses de vacaciones era mucho. Hechas las tostadas y servido el café con leche preparé una bandeja y entré en el cuarto de mi amiga que todavía no se había levantado. Era temprano, pero necesitaba conversar antes de partir hacia la escuela. Helena no había estado bien toda esa semana, la había visto nerviosa, apesadumbrada. A mis preguntas siempre había contestado con evasivas: que estaría encubando una gripe, que estaba cansada, que era la menopausia. No indagué más por respeto, pero supuse que estaría deprimida por volver a Buenos Aires. Helena abrió los ojos sobresaltada al escuchar mi voz. Estaba pálida, ojerosa, encogida en sí misma, me recordó a la mujer que había llegado meses atrás escapando de su marido.

Con un torrente de palabras y gestos le hablé del futuro: que nos encontraríamos en Buenos Aires para comprar las cortinas para nuestra casa, que el año próximo traería una olla a presión que en casa no se usaba, que en el siguiente verano invitaríamos a nuestras familias... Cuando terminé mi disertación, la miré esperando un festejo de fuegos artificiales. Pero para mi sorpresa solo me dijo, con una voz apenas audible, tomando mi mano con ternura.

—Qué suerte, es una buena idea.

Me quedé helada, su tristeza seguía intacta. Al ver mi desazón agregó dibujando una sonrisa poco creíble:

—Nos espera otro año de aventuras.

Algo de verdad no estaba bien, no pude aguantarme y otra vez le pregunté qué le pasaba.

—Nada, te dije que me estoy engripando.

Se levantó, esquivando mis ojos, y llevó su taza llena para volcarla en la pileta. Yo la seguí hasta la cocina, pero me ignoró, y sin decir nada más encaró para su cuarto. Pegué un salto y la intercepté. Se sobresaltó. Mirándola fijamente, intenté descubrir la verdad, pero no entendí nada, entonces le pregunté si estaba enojada conmigo. Con los ojos llenos de lágrimas me abrazó, se quedó un rato arropada en mi pecho y después me dijo dulcemente:

— ¡No mi querida! Cómo me voy a enojar con vos si sos un ángel para mí. Créeme: no me siento bien pero ya se me va a pasar. Viste, yo soy así, rara, a veces me deprimó. En serio, me encanta la idea de planear juntas el año que viene. — Besó mi mejilla, dibujó otra sonrisa mentirosa y se fue a cambiar.

Minutos después entramos juntas a la escuela. Yo seguía desconcertada por su actitud. Durante el recreo fui con las otras maestras a la dirección y la encontré más distendida pero tapada de papeles. En realidad, todas estábamos muy atareadas con el cierre de ejercicio administrativo: en seis días nos iríamos de vacaciones y la documentación debía quedar completa y en orden.

Por la tarde, al salir de la escuela, me fui a hacer las compras en lo de Sinforiano. Ese último fin de semana teníamos planeado cocinar muchas cosas ricas como despedida. Al entrar a la casa cargada de paquetes encontré a Helena tomando té con un desconocido. Era un hombre de unos cincuenta años, pelo duro, renegrido y bien cortito, nariz grande aguileña, espesos bigotes y piel marcada con cicatrices de acné o algo así. A pesar de su aspecto intimidante, al sonreír me dio la sensación de era un hombre bueno. Helena me lo presentó, se

veía nerviosa, pero a esa altura ya no me llamaba la atención. El visitante se llamaba Álvaro, era un policía recién llegado a Milla que había venido a conocernos. Dejé las bolsas en la mesada y me senté a conversar, estaba agitada por la caminata, pero eso no evitó que empiece a hablar como una cotorra. Sabía lo que era llegar al pueblo y sentirse entre extraños, por eso me esforcé en ser cordial.

El hombre nos contó que siempre había vivido en la ciudad de Neuquén y era la primera vez que lo trasladaban. Tenía esposa y cuatro hijos que, en cuanto terminaran las clases, se mudarían con él. Transcurridos algunos minutos, Helena nos dijo que se iba a recostar porque le dolía la cabeza. Le propuse una vez más acompañarla al hospital para que la vea un médico, pero no quiso, me pidió que no me preocupara, que converse tranquila, seguramente pronto estaría bien.

Mientras yo preparaba un mate, el hombre se acercó a la estantería donde guardaba mis libros, revistas y el bolso de mi abuela. Álvaro se mostró interesado, me hizo preguntas sobre lo que leía, lo que pensaba, y yo puse toda mi utopía sobre la mesa. Las horas pasaron sin que yo me diese cuenta, había oscurecido, aunque era temprano, ese vicio incorregible del otoño. Lo invité a cenar, pero no quiso, así que se despidió prometiendo que volvería.

Una vez que el hombre se fue, entré a la habitación de Helena. Estaba recostada pero despierta. Toqué su frente, estaba fresca, pero no se quiso levantar. Me sentí impotente, y decidí dejarla tranquila.

Para mí sola no pensaba cocinar, entonces me senté a escribir una carta de despedida para mis alumnos, que comenzaba así: “Si quieres la paz, lucha por la justicia”.

XL

LA CASI MUERTE

El sábado Helena se levantó de buen humor, había recobrado algo del color de sus mejillas; me convenció de que realmente había estado enferma y que ya se sentía mejor. Era un día horrible, gris y frío, especial para la nostalgia, me iba a ver de figurillas para mantener el buen ánimo de mi amiga. Cerca del mediodía, cuando estábamos por empezar a cocinar, sentí el ronroneo inconfundible de la camioneta de Benito que se estacionaba en la vereda. Corrí a abrir la puerta y fui a saludarlo más efusiva que nunca porque ya lo estaba extrañando. Venía a buscar mis cosas, las que guardaría en el Centro hasta el año siguiente como lo habíamos pactado, y de paso invitarnos a almorzar, lo que me pareció una idea genial. Mientras nos preparábamos, Benito fue cargando la caja con mi vajilla, el Branmetal y algunos paquetes con cosas que no necesitaría en Buenos Aires y resultaban incómodas para trasladar. En un momento había pensado en dejarle los libros, pero siempre los estaba consultando, y el bolso de la abuela era un tesoro invaluable que esperaba poder compartir con ella durante las vacaciones, preguntarle por qué guardó cada artículo, como había vivido durante ese tiempo, su análisis social y político de esos sucesos que había guardado celosamente, así que preferí llevarlos conmigo, aunque fueran pesados. Una vez que estuvo todo listo partimos hacia el Centro.

Cuando llegamos, la primera que salió a recibirnos fue María Inés que corrió a saludarnos. Desde que vivía con ellos la nenita estaba radiante: el cabello brillante y sin piojos, las manos, las uñas, toda ella limpia y perfumada. Pasamos una tarde hermosa. Cuando terminaba el día las nubes se abrieron y el atardecer quedó a la intemperie. Cristina esta vez no viajaría conmigo, ella regresaría en la camioneta con Benito. Nos despedimos sin nostalgia, seguramente nos encontraríamos en Buenos Aires para ir al cine o visitarnos, para conocer

nuestras familias de las que habíamos hablado tanto. Disfrutando el aroma de la tierra mojada Helena y yo emprendimos a pie nuestro regreso.

Esa noche fue mágica, Helena había recuperado la alegría y le dimos rienda suelta a nuestra imaginación. Planeamos lo que haríamos el año siguiente en nuestra casa: íbamos a pintar, poner adornos, cortinas, floreros, cuadros, y esto y aquello, y lo de más allá. Cuando nos fuimos a dormir estábamos satisfechas, como dos nenas después de jugar durante horas a la casita.

Al día siguiente, después de misa, reuní a mis chicos de catecismo, y acordamos que en septiembre nos volveríamos a encontrar. Cuando me acerqué para despedirme del cura, Lisandro se ofreció a venir a buscarnos el viernes, y llevarnos con los bártulos a tomar el micro. Le agradecí muchísimo, no se me había ocurrido imaginar esa caminata con todas nuestras cosas, me había olvidado de que ahí, en Milla, no había taxis ni remises, y la solidaridad de los que tenían auto era la única solución.

Lunes, ensayo y preparativos en la escuela para el acto del 25 de mayo y el cierre del ciclo lectivo. Disfraces, danzas, decoración, todos trabajando, maestras y alumnos, a veces atropellándonos, joviales, sin parar. Gabriela, Mirta, Helena, Yolanda, Adela y yo nos habíamos transformado en un equipo alegre, dinámico y solidario. Susana se mantenía aislada en el salón, con sus alumnos, y casi no participaba en las actividades; igualmente ninguna le insistía para que se sume, ya que solía contagiar su mal humor.

Esa tarde volví sola a la casa, Helena había decidido quedarse a terminar con el trabajo administrativo y yo tenía la urgencia de armar las galeras de mis patriotas de tercer grado.

Golpearon la puerta. Abrí sin preguntar, no era necesario. Recostado en el marco, con los ojos y la nariz enrojecidos, Álvaro me miró desafiante. Entró sin que yo le diga, empujándose al pasar. Estaba asustada pero no lo demostré. Cerré la puerta y lo invité a sentarse, le ofrecí un café, tenía olor a alcohol. Me sentía en peligro, un frío eléctrico empezó en mi estómago y me recorrió el cuerpo.

No se sentó. Caminó hacia mi biblioteca, se detuvo a mirarla y unos segundos después, bufando, comenzó a sacar, romper y tirar cada uno de mis libros. Empezó por la Biblia Latinoamericana, luego los de Pablo Freire, el Principito, Jesucristo Liberador, y todos los demás, uno tras otro, cada vez con más violencia, más odio, mientras susurraba palabras incomprensibles. En cada arrancón me despedazaba, pero yo solo lograba gemir. Debía haberle gritado, escapar corriendo, pero estaba petrificada por el terror. Afuera el rodar de un carro, las risas de los chicos y el motor de la bomba de agua sonaban indiferentes haciéndome sentir el desamparo más absoluto. Agarró el bolso de mi abuela, metió la mano y sacó un manojo de recortes haciendo un bollo. No lo pude soportar y me abalancé para arrebatarlos, entonces lanzó todo contra el piso y me agarró del cuello. Con su mano caliente y dura como una garra me levantó en el aire, para aplastarme contra la pared. Apoyó su cuerpo de hierro contra el mío, sentí que me asfixiaba. Entonces comenzó a susurrar su grito en mi oído:

— ¡Hija de puta, zurdita de mierda, mirá lo que me hacés hacer! ¡Mirá lo que nos hacen hacer todos los zurdos hijos de puta como vos! ¡Por qué no te dejás de joder a los pibes con toda tu basura comunista!

Entonces sollocé, me estaba ahogando y el terror me dolía. Pegada su boca a la mía, invadía mi aire con su aliento a alcohol, odiándome con sus ojos. Entonces sentí que me arrancó la cadena con la cruz, la de mi escuela, la de mi tío Eduardo, la que iba a llevar hasta mi muerte. No pude contener el grito de dolor y sentí que la sangre corría a través de mi escote.

— ¡No tienen derecho ni a nombrarlo a Éste! — me gritó apretando mi boca con el crucifijo lastimándome los labios— ¿Qué te crees estúpida, que Éste era un zurdito como vos? ¡Tarada! Ahora te voy a dar lo que andás necesitando y a ver si te dejás de joder. — y mientras decía esto, con una mano me tapaba la boca apretando mi cabeza contra la pared y con la otra me subía la pollera y bajaba sus pantalones brutalmente, hasta que sentí su carne entre mis piernas, su inmundicia tratando de romperme.

Fue un segundo. En medio de la vorágine del horror me recordé desnuda, chiquita, desamparada y humillada en el piso de la terraza del edificio de mi mamá. Y un grito gutural, sostenido por tantos años de secreto, me explotó en la boca y en el cuerpo. Empujé al hombre que cayó para atrás tirando una silla, golpeándose en la mesa. Me bajé la pollera sin pensar y mientras él se incorporaba como un animal en celo, se oyeron ruidos en la puerta del fondo, la que daba directamente a la escuela. Helena intentaba abrirla con su llave y gritaba del otro lado mi nombre. El hombre cerró su pantalón y de un salto llegó hasta la puerta de calle. Antes de salir me miró, ardía de sexo y de furia, apuntándome con el dedo, como un arma, me gritó:

—No vuelvas a aparecer por acá ni por ninguna escuela, ya sabemos quién sos y lo que andás haciendo. Tuviste suerte de encontrarte conmigo, que si era otro ni Dios te volvía a encontrar. — Y ya parado en la vereda se dio vuelta para gritarme— ¡Calladita la boca, eh! que todavía me puedo arrepentir. Más vale que te cuides de lo que hacés y de lo que decís. Te vamos a estar vigilando. Borrata. O te vamos a borrar.

Yo me había quedado petrificada pero Helena, que había logrado entrar, corrió hasta la puerta y alcanzó a ver cómo se iba en su auto verde nuevo. Pálida y temblando se paró frente a mí tratando de adivinar hasta dónde había llegado ese hombre. Yo la quería tranquilizar, pero no lograba decir ni una palabra. Con la manga del pulóver me sequé la sangre del cuello: “Se llevó mi cruz” murmuré y me abalancé entre sus brazos para acurrucarme y llorar. Helena me abrazó y me arrastró hacia la mesa. Nos sentamos bien pegadas, rozando nuestras rodillas; apoyé mi cabeza en su regazo y sus manos temblorosas acariciaron mi cabeza, hasta que logré tranquilizarme. Cuando me incorporé Helena se puso de pie en silencio y caminó hacia la ventana. Afuera la oscuridad era casi total, solo se dibujaban sombras móviles en el círculo de luz que proyectaba la insignificante lamparita de la calle. Su actitud me desconcertó, no actuaba como simple testigo, no intentaba contenerme como yo esperaba. Helena parecía involucrada de alguna manera, recordé su malestar y depresión de las últimas semanas. Entonces se me ocurrió ¿por qué llegó ese policía a mi casa? Y un horror diferente me erizó el estómago, no podía ser.

— ¿Qué pasa Helena? ¿Tenés algo para decirme?

Helena se dio vuelta y mirándome a los ojos comenzó a hablar, y a llorar. A pesar de los estertores pude comprender claramente sus palabras:

—A comienzo de mayo Susana me entregó una denuncia, que tuve que elevar a la inspectora. El papel decía que vos sos subversiva y usas el aula para adoctrinar a los alumnos.

Se acercó a mí para tomarme de las manos. Salté, me alejé de ella como de una aparición.

— ¡¿Y vos te lo creíste?! ¿Vos pensás que yo soy eso? — grité dominada por la rabia y el espanto.

— ¡No Marita! ¡No! ¡Tenés que creerme! — me respondió y se arrojó para abrazarme. Mi furia se apaciguó y la cobijé contra mi pecho.

— ¡Perdoname, Marita! ¡Perdoname por favor! — imploró, y se tambaleó a punto de desfallecer. Asustada la llevé hasta una silla y le serví un vaso de agua. Helena me juró que había guardado el secreto para cuidarme, había pensado que si yo me enteraba podría cambiar

de actitud con el riesgo de despertar sospechas. Estaba segura de que, si alguien me venía a investigar, comprendería lo absurdo de la denuncia, ¡jamás había imaginado ese desenlace!

Por un momento olvidé mi dolor ante el de ella. La culpa es un dolor aberrante, yo lo sabía muy bien. Traté de consolarla, le dije que entendía su decisión, que no tenía culpa de nada, ella también era víctima de la mierda que nos estaba pasando. Nos sentamos nuevamente, le ofrecí un té, pero no quiso. Un silencio aterrador se metió entre nosotras. No encontramos más palabras para decirnos, por más que intentábamos justificar lo que había sucedido, algo definitivamente se había roto entre nosotras. Ella se levantó lentamente y caminó para encerrarse en su cuarto.

Yo necesitaba salir corriendo, quería contarle a Benito, o a Lisandro. Pero tenía tanto miedo de encontrarme con ese hombre que me encerré en mi cuarto y me metí en la cama deseando no haber nacido. Cuando lograba silenciar mi llanto, escuchaba los sollozos de Helena a través de las puertas cerradas. Pero no podía consolarla, no tenía con qué.

A la mañana siguiente, cerca de las ocho, Helena entró tímidamente en mi cuarto para despertarme. Yo no había logrado dormir, estaba afiebrada y había vomitado varias veces durante la noche, así que le dije que no iría a la escuela. Fue mi primera inasistencia. Seguí dando vueltas en la cama, a veces llorando, otras insultando, pero en ningún momento pude rezar.

A las once de la mañana me levanté pensando en mis alumnos, eran lo único que me importaba. Terminé los disfraces y me fui a dar clases en el turno tarde, los necesitaba como nunca, ellos eran mi única certeza. Como era la última clase, los chicos me esperaban con miles de besos y cartitas, que aumentaron mi melancolía ante lo que estaba perdiendo.

¿YO ERA SUBVERSIVA?

En el acto de 25 de mayo, me encontraba en otra dimensión. Sentía que cada vez que un niño hablaba de la libertad un arma apuntaba a mi cabeza. Por dentro, una voz infame me gritaba “El mundo no tiene arreglo. Cristo murió por decir la verdad, la misma verdad por la que nos siguen matando. Dios no existe, sos una estúpida. Estás sola, sola como un perro”. Un deseo de muerte me crecía incontrolable y apretaba mi garganta.

En ningún momento crucé la mirada con Susana, me daba asco; era solamente un engranaje de la máquina infame de sembrar terror, era menos que nada, y yo no quería soportar su cara de satisfacción.

Mis nenes actuaron: Patria, Independencia, Colonia, Liberación, Pueblo... sus palabras eran fuego que me quemaba. En la mitad del acto me tuve que encerrar en el baño y volví a vomitar. Con la excusa de mi malestar me retiré antes de que termine, y no tuve que saludar a nadie.

Corrí hasta la casa y cerré con llave, tenía mucho miedo. Me sentía tan agotada que tuve que acostarme para no desmayar. Un par de horas después escuché que llegaba Helena, después me dijo que se había quedado para compartir el chocolate y los pastelitos con las familias, que no cesaron de preguntar por mí.

La sentí limpiar y acomodar todo para dejar en condiciones la casa que al día siguiente sería parte de nuestra historia. Yo no me pude levantar para ayudarla, mi cuerpo flácido no me obedecía, y tampoco tenía ganas. Después de dar muchas vueltas se encerró en su cuarto y ya no la escuché. Muy entrada la noche nos encontramos en la cocina, y la busqué con mis brazos, para quitarle el sentimiento de culpa que la atormentaba, pero ella solo repetía que no se lo iba a perdonar jamás.

Quería estar en mi casa, con mi mamá, con mi abuela, y jugar a que nada había pasado, como cuando era una nena y un hombre me robó la inocencia. Pero esta vez era peor: éste no se había ido por las escaleras, sino que cada día, por el resto de mis días, estaría acosándome una y otra vez.

A la mañana siguiente Lisandro vino a buscarnos y llevó todo nuestro equipaje hasta el micro como habíamos acordado el domingo anterior. Preguntó por nuestros ojos hinchados y enrojecidos, pero falseando la risa le dije que era consecuencia de haber disfrutado demasiado la última noche, hablando hasta la madrugada.

Mientras esperábamos en la parada algunos alumnos se acercaron para despedirnos, afligidos por mi fuga del día anterior. Los de séptimo grado estaban casi todos, y algunos de tercero, el Tito Parada, que llegó haciéndose el distraído, Irene y Lili que me trajo un pañuelito bordado por su mamá. Me llenaron de ternura, logré conversar con ellos como si nunca se hubiese acabado el mundo. Helena continuaba ensimismada, pero nadie le preguntó. El ómnibus por suerte llegó en horario, quería irme cuanto antes, terminar para siempre esa parodia de felicidad. Mientras nos acomodábamos en los asientos me pareció ver al policía acercándose desde la esquina, se me cortó la respiración, pero no era él, ni siquiera se parecía, entonces miré aterrada al resto del pasaje, pero tampoco estaba. De pronto los gritos de los chicos me devolvieron el aliento: “¡Seño Marita, seño Helena!”. Me acerqué a la ventana, y los vi, tan chiquitos, pero tan grandes para mí. Entonces, agitando las manos prometí regresar, mintiendo por última vez, llorando una vez más.

El micro estaba lleno. Tuve que viajar con la guitarra entre las piernas, tenía ganas de partirla contra el piso, de romper la música y tirarla por la cornisa, junto a mi utopía destrozada en mil pedazos. No encontraba adentro mío un solo sentimiento positivo del que pudiese aferrarme.

Detrás de la ventana, la cordillera se iba transformando en una postal perdida. Helena, simulaba leer, pero cada tanto se secaba las lágrimas; quería contenerla, como siempre lo había hecho, pero si me movía, si hacía un simple gesto, iba a perder la compostura. En Chos Malal, al mediodía, hicimos el trasbordo. Me rechinaban los dientes, y tenía calambres en el estómago, ¡faltaba tantísimo para llegar a casa!

Al llegar a Neuquén nos separamos, como estaba planificado, Helena tenía que entregar a la inspectora el cierre administrativo y continuaría viaje al día siguiente. En el abrazo de despedida todo se rompió. El llanto fue mi último recuerdo de aquella mujer que supo ser mi alegría.

Ya había oscurecido cuando el taxi me dejó en la estación de tren de Neuquén. Despaché mi equipaje. Algo en mi forma de hablar, de moverme, me hizo comprender que los resabios de la adolescencia se me habían esfumado, pero no me sentía adulta, me sentía vieja.

El Estado argentino me había mandado un pasaje en Pullman, más cómodo, menos frío que clase turista, *porque cuidaba la salud de sus maestros*. Cuando nos pusimos en movimiento comprobé que nadie ocupaba el asiento de al lado, una suerte, iba a poder recostarme y dormir. Al dejar la ciudad, la noche puso negras las ventanas y mis pensamientos se dibujaron en el vidrio: *¿Cuántas veces me trataron de subversiva? A ver: “Misioneros comunistas”, nos dijeron en Gerrico; asesinaron al padre Kelly por alentarnos la subversión, por hacerme subversiva; cerraron el ISER porque nos enseñaban a ser subversivos, y ahora me acababan de echar de la escuela por subversiva, por adoctrinar a mis alumnos. ¿Seré subversiva y soy tan estúpida que no me di cuenta? ¿Jesús era subversivo y por eso lo mataron?, ¿el Evangelio es subversivo?*

Cerré los ojos, una indecible soledad me hundía en el asiento y me puse a llorar de tal manera que una señora, sentada detrás de mí, me tocó el hombro y me preguntó si necesitaba ayuda. Le dije que no, que se había muerto un ser querido, que no me podía ayudar, y era cierto: Marita se había muerto.

4° PARTE

No se vive sin fe.

La fe es el conocimiento del significado de la vida humana.

La fe es la fuerza de la vida.

Si el hombre vive es porque cree en algo.

León Tolstoi

SOLO DOLOR

Con el ritmo del tren, pude dormir. A las ocho de la mañana llegué a Constitución. El ruido de la lluvia sobre las chapas del andén difumaba todos los ruidos. Entre la multitud que descendía del tren y los ansiosos que intentaban un reencuentro, reconocí a mi mamá y a mi hermana. Al verlas sentí una paz enorme y corrí a abrazarlas, pero algo no estaba bien, se notaba en sus miradas, y no me animé a preguntar. Decidimos sentarnos en el bar de la estación a tomar un café hasta que terminara el aguacero. Entonces mamá tomó la palabra, me contó que la abuela había tenido un accidente absurdo esa semana: por una falla mecánica se había abierto la puerta del ascensor a pesar de que no estaba y Anita se había caído dos pisos en el hueco. Era muy grave, estaba en coma desde entonces.

Escuché la noticia impávida, no podía ser cierto. Por unos segundos seguí esperando, en silencio, que me dijeran que era un mal chiste. Pero al fin asumí que era verdad. ¿Mi abuelita también?! Maldije a Dios en un grito. Mi mamá y mi hermana me miraron sorprendidas, no tenían idea de cuánto había cambiado “la loca inmadura de las trenzas”. Mamá me abrazó, Verónica me llevó del brazo hasta el auto. Y no se habló más, todo estaba dicho.

Pasamos por casa a dejar mis cosas y fuimos al sanatorio. La abuela, una paciente más de terapia, de esas que los médicos miran sin desesperación, porque puede morir en paz, porque ya vivió. Llena de moretones, de cables, tan chiquita que apenas hundía el colchón. No abrió los ojos. Nunca había visto su cabello suelto, lo acaricié, lo olí, lo besé y la peiné con mis dedos suavemente.

“Si no es uno es otro, pero siempre hay un camino”, ella me había dicho. Pero Anita se había equivocado. Estuve a punto de susurrarle “Nos ganaron”, pero sentí pánico de que me escuchara y me mordí los labios.

La soledad era insoportable: sin Dios, sin mi abuela, sin mi utopía. Sin, sin, sin, con tantos *sines* estaba desapareciendo. Perdí el control y me puse a llorar de tal forma que mi mamá me tuvo que sacar a la rastra.

Pasé los tres días siguientes en la sala de espera, no por ella, ya sabía que no iba a despertar, sino por mí, que necesitaba tenerla cerca, como aquella vez, cuando en el nido de su falda aquieté la vergüenza que aquel hombre me había engendrado para siempre.

En el hospital mis tías y mi madre, abroqueladas, tampoco se movían de la sala de espera. Durante el día circulaban parientes y amigos de la familia, todos tenían algo que contar sobre Anita, anécdotas locas que hablaban de su solidaridad, su entereza, su fe, su patriotismo. Mi tío Adán y la esposa seguían en Estados Unidos porque hacía unos pocos días le habían hecho una cirugía ocular pero su hijo, que también era militar, estuvo allí. A pesar de estar en veredas opuestas, conversamos cariñosamente unidos por la ternura hacia esa viejita que se nos estaba muriendo.

El primer día de junio la sala de velatorios desbordaba de gente, muchos de ellos, desconocidos para mí, formaban parte de la humanidad desprotegida que mi abuela había acariciado con sus manos pequeñas. Cerca de medianoche se fue la multitud y solo quedamos los íntimos. El silencio fue ganando espacio, los gemidos de mis tías, el murmullo de mi mamá hablándole a mi abuela como si pudiese escucharla, todo se fue apagando. Fue una noche larga. En un par de semanas mi vida había cambiado por completo, y no me sentía preparada para enfrentarlo.

A la mañana, bajo una triste llovizna, caminamos por el cementerio. La despedí sabiendo que era justo que se fuera sin saber la dimensión de lo que las Fuerzas Armadas, a las que pertenecía su hijo, estaban haciendo con su pueblo.

Cuando regresamos al departamento mamá y Verónica se acostaron a dormir, pero yo no podía soportar la soledad de mi cuarto: sin la preocupación por la salud de mi abuela, solo me quedaba enfrentar la realidad, así que miré, sin ver, la televisión toda la tarde.

Esas primeras semanas no podía comer, ni dormir. Sentía cualquier ruido en el palier del edificio y un sudor frío corría por mi espalda. Por momentos me torturaba la presión de los dedos del hombre apretando mi garganta y la violencia de su pene entre mis piernas, temía que esas sensaciones jamás se borrarían de mi cuerpo.

Pasada la primera semana mi madre no quería abrir el negocio: sabía que a las tres de la tarde no entraría la viejita por la puerta y le dolía demasiado. Sin planificarlo, comencé a hacerme cargo de ella. Por la mañana le preparaba el desayuno y la acompañaba a abrir el negocio, tratando siempre de poner humor y levantar su ánimo. Así encontré la excusa perfecta para no volver a la escuela sin dar explicaciones. Solo haría lo que una buena hija debía hacer.

Con el correr del tiempo las cosas comenzaron a ordenarse y me relajé. En mi cueva interior fue desvaneciéndose la sensación de peligro, y apareció una rutina mediocre pero segura. Silvia, que vivía en Mendoza con su marido, me llamaba por teléfono periódicamente, ella me insistía con que tome alguna suplencia por la mañana en Buenos Aires, que no interrumpa mi carrera docente porque igual podía acompañar a mi madre. Era difícil inventar excusas, ella sabía mejor que nadie mi desesperación por estar frente al aula, así que la mejor respuesta siempre fue la misma: fui a buscar, pero no hay cargos.

Hacia fines de septiembre mamá comenzó a sentir las consecuencias de la medicación que, a esa altura, apenas controlaba sus ataques de asma. La piel se le había transformado en un delicado papel celofán y ante el primer roce se rompía y producía una úlcera, así que, con todo mi amor, me transformé en su enfermera personal.

Afortunadamente el negocio seguía siendo próspero. Las clientas tenían muchos eventos a los que debían concurrir con ropa original y de buena confección, y eso era justamente lo que más se vendía. Yo administraba, hacía compras y trámites, mantenía la limpieza del local y de mi casa; no me sobraba el tiempo, pero el tremendo aburrimiento era insoportable. Mi hermana apenas figuraba en nuestras vidas porque estaba decidida a terminar cuanto antes su carrera para casarse, lo que para mamá era un orgullo (ella cumplía su sueño: “m’hijo el doctor”) y para mí también, porque admiraba su inteligencia y tenacidad.

Una tarde a fines de septiembre, Don Diez, el portero del edificio, llamó a mi puerta. Hacía más de diez años que trabajaba en el departamento, pero pocas veces había conversado con él. Era un hombre muy tímido, santiagueño, muy poco comunicativo. Llevaba una carpeta escolar en las manos temblorosas. Me miró en silencio, como si no se atreviera a decir algo. Entonces le pregunté y se animó, quería saber si para mí era mucha molestia explicarle unos temas de matemática a su hija, porque estaba por llevarse la materia. De pronto, una corriente de aire fresco recorrió mi cuerpo, por fin una ilusión. Le agradecí como si me hubiese traído el mejor regalo, y lo dejé pasmado al decirle que lo haría gratuitamente porque era un placer para mí.

Comencé con Beatriz y, a la semana, sus compañeras también comenzaron a venir. En poco tiempo mi casa se transformó en un corredor de niños y adolescentes con libros y carpetas. Los que podían, me pagaban y, a los que no tenían dinero, les daba clase igual. Las semanas comenzaron a transcurrir con otra velocidad: el tiempo volvió a tener sentido, dejó de ser una mera sucesión de amaneceres y ocasos. Los chicos me devolvían la salud y las ganas

de vivir y por fin tenía mi propio dinero. Solo reservé religiosamente el horario de las tres de la tarde, en que iba puntualmente a la boutique para ayudar un rato a mi mamá y quitarle dolor a la hora de la ausencia de Anita.

¿DÓNDE TIENEN A PAMELA?

Después de un fin de año con muchos alumnos, la tristeza de las fiestas y las liquidaciones de enero en la boutique, cerramos el negocio y, todo el mes de febrero, mamá y yo nos fuimos a Mar del Plata. En la Ciudad Feliz la realidad de ese verano del 78 eran el sol y la playa. Nos hizo muy bien el cambio de aire, las caminatas, las salidas al cine y al teatro. La gente parecía estar bien, no se veían pobres, ni tanques ni soldados. El operativo “volver a vivir” estaba dando sus primeros resultados. Logré reírme de cualquier cosa y hacer reír a mi mamá, como cuando era chica, y contarle con emoción mis días en Millaleufú.

Tomando mate, mirando el mar y las gaviotas del atardecer, tomé distancia con lo sucedido y concluí que no cambiaría mi vida por un loco suelto, y que ya no me iba a tomar en serio las amenazas de aquel enfermo. Cuando mi madre estuviese en mejores condiciones, me iría de vuelta a trabajar de maestra en alguna otra provincia, tal vez a La Rioja, que según Adela era maravillosa. Mis nuevos planes eran muy similares a los que me habían llevado al Sur, salvo por el vacío que me había dejado perder mi fe en Dios.

Regresamos el primero de marzo a la madrugada, después de casi diez horas de procesión vehicular, típica del último día de vacaciones en la Ruta 2. Cansadas pero felices subimos con nuestro equipaje al palier del departamento, pero no pudimos abrir, estaba la llave puesta del lado de adentro, seguramente Verónica se la había olvidado. Cuando íbamos a tocar el timbre Fabián, el novio, nos abrió la puerta. Tenía los ojos inflamados y enrojecidos, detrás de él alcanzamos a ver a mi hermana que, en el sillón del living lloraba desconsoladamente. Sostuve a mi madre que se tambaleó, no imaginábamos qué podía haber pasado, pero era muy grave. Mamá corrió y abrazó a Verónica. Entonces Fabián nos contó, con la voz tan temblorosa que por momentos no se entendían sus palabras, que Pamela, la hermanita de Diana, la amiga de Vero, había sido secuestrada. Unas horas antes, mientras nosotras viajábamos, un comando de hombres de civil armados, se la habían llevado cuando intentaba entrar a su casa.

Nosotros la queríamos mucho, la habíamos visto crecer. Cuando era chica, Diana siempre la traía a casa. Se quedaba tardes enteras con mamá y conmigo mientras las chicas estudiaban. Pamela era educada, colaboradora, divertida, le encantaba hacerse la payasa, sobre todo con sus imitaciones que nos hacía desternillar de risa. Yo a veces no podía creer que fuera hermana de Diana, tan desagradable, que siempre había estado dispuesta a burlarse de mí.

Y ahora Pamela había desaparecido. La familia no tenía idea de quiénes se la habían llevado, ni el por qué. Todavía era una nena de apenas dieciséis años que estaba terminando el secundario y nunca había participado en política. El padre, un hombre importante, gerente de Ford, había salido a buscarla enloquecido. Al novio de Pamela, presidente del centro de estudiantes del colegio, se lo habían llevado cuatro días atrás. Toda la familia se había conmocionado por su desaparición y habían hecho lo posible por contener a Pamela, asegurándole que pronto volvería a la casa y todo el asunto quedaría en el olvido. Jamás habían imaginado que vendrían por ella.

Al escuchar la historia sentí que me caía y me recosté en el sillón. Entendí al fin, que el policía que me había atacado no era un loco suelto y que yo podía haber corrido la misma suerte que Pamela. Fabián vio mi palidez y se preocupó, estuve a punto de contar lo que me había pasado, pero me arrepentí. No me podían ayudar, lo único que iba a lograr era sumar más horror al que ya se había instalado entre nosotros.

Los días siguientes fueron los más tristes, porque no era solo Pamela, eran todos los que estarían sufriendo su misma suerte. La ansiedad crecía día a día, ¿dónde estaba? ¿Qué le estaban haciendo? ¡¿Por qué?!

Afortunadamente los alumnos particulares se multiplicaron llenándome las horas, acuciados por los exámenes, y me obligaron a salir de mi oscuridad. Nunca me animé a inscribirme para trabajar en escuelas de la ciudad, tenía miedo por lo que había sucedido, pero también por lo que podía suceder, todavía no comprendía bien a qué le llamaban ser subversivo, y por lo que parecía, yo lo era, o estaba cerca de serlo. A mamá le mentí, le dije que sí lo había hecho, pero que no había conseguido un cargo.

El quince de abril Verónica llamó eufórica por teléfono desde la casa de Diana para darnos la noticia tan esperada, había aparecido Pamela. Cuando recuperó el aliento nos contó que su papá, gracias a los buenos contactos que tenía, había logrado que la trasladasen a una cárcel de Ezeiza donde la estaban yendo a buscar.

Esa noche esperamos a Verónica imaginando una fiesta, pero cuando entró colgada del brazo de Fabián, quedamos estupefactas al verla tan desolada. Los padres habían recuperado a Pamela, o mejor dicho, lo que quedaba de ella. El Ejército la había tenido esos 45 días encapuchada, tirada en el piso de un cuartucho hirviente, desnuda. Había sido torturada y violada cada día, sin piedad, hasta casi perder la vida, mientras escuchaba los gritos y llantos de los que sufrían como ella. Los padres la habían llevado con urgencia al hospital, tenía lesiones graves por todo el cuerpo, estaba deshidratada y desnutrida. Los médicos al recibirla no habían querido enterarse de quién la había lastimado tanto porque evidentemente ya sabían y no querían involucrarse.

Fue una noche aciaga para todos, ninguno se quería ir a dormir, nadie se animaba a encontrarse con esas imágenes imborrables en la soledad de su cuarto. Dábamos vueltas por la casa, tomábamos café, tratábamos de hablar de otra cosa pero siempre volvíamos a la locura de lo que sucedía en el país. Al amanecer Fabián se fue a su casa y nosotras nos fuimos a acostar, había que seguir viviendo.

El terror se había instalado en mi carne: las imágenes, los gritos de dolor y el olor de la muerte me acechaban en todos los rincones para llenarme de espanto. Ya no había gente a mi alrededor, solo había posibles víctimas o victimarios.

Con el correr de los días fuimos recibiendo noticias sobre la hermanita de Diana. La estaban tratando para reparar las lesiones provocadas y permanecía sedada porque el pánico continuaba atormentándola. Cuando empezó a recuperarse, Pamela les pidió a los padres que la llevaran desde el sanatorio directamente al Monasterio de Carmelitas Descalzas Santa Teresa de Jesús, de Almagro, a dos cuadras de donde vivía su abuela, ese lugar donde iba a comprar los dulces que tanto le gustaban cuando era chica. No quería estar con nadie, nunca más, solo quería estar bajo la protección de Dios. Le habían robado la vida.

A fines de abril Silvia vino de Mendoza para el casamiento de su hermano. Esa tarde pasó por el negocio esperando encontrarme y mamá le dio la llave de casa para que pudiese entrar y me diera una sorpresa. Tratando de no hacer ruido abrió la puerta. Yo estaba sentada en el sillón del living viendo alguna pavana en televisión para no pensar. Sentir la llave no me sorprendió, porque imaginé que era mi hermana. Pero cuando se quedó de pie, inmóvil frente a la puerta, me obligó a mirar. Entonces el sol tibio del otoño que entraba por el ventanal la iluminó como una aparición. Pegué un salto, en un segundo comprendí cuánto la había necesitado. Silvia avanzó con los brazos abiertos. La abracé, pero no como siempre gritando de alegría, sino con un llanto contenido que me explotó en la garganta. Ella besaba mi frente, frotaba mi espalda con desesperación, sin entender nada. Nunca me había visto así, y no sabía qué hacer. Cuando logré serenarme nos sentamos en el sillón tomadas de la mano y me puse a hablar desordenadamente.

Le conté lo de Pamela, lo que me había sucedido en Millaleufú, lo que me había hecho ese hombre en la terraza cuando era chica. Fui arrancándome los secretos del alma, me limpié por primera vez en mi vida, me lavé por dentro, con palabras, con lágrimas. No quería consuelo, solo necesitaba decir.

Cuando logré serenarme fuimos a la cocina a tomar unos mates, yo me sentía enormemente aliviada. Entonces Silvia me contó que Mendoza parecía una zona de guerra: patrullas en la calle, allanamientos ejecutados por hombres sin uniforme, disparos de día y de noche, personas que desaparecían y nadie volvía a nombrar. La ciudad era pequeña, todo se sabía, pero nadie hablaba.

Al anochecer llegó mi hermana y, casi enseguida, mamá apareció con una torta para festejar la visita de mi amiga. Ya no hablamos más del tema, solo recuerdos y anécdotas divertidas que, aunque era difícil tenerlo en cuenta, también eran parte de la vida. Durante la cena Silvia levantó su vaso y nos hizo callar. Seria, mirándome a los ojos para disfrutar de mi reacción, anunció que estaba embarazada y que su bebé iba a ser mi ahijado. Empecé a gritar y la abracé llorando de alegría, ya me había olvidado de lo hermoso que se sentía recibir una buena noticia.

La última noche de Silvia en Buenos Aires, nos fuimos a cenar a la casa de Nora. Me sentía conmovida, desde mi regreso de Millaleufú no la había vuelto a ver, pero eso no era todo, ella se había ofrecido a invitar a Francisco para completar nuestro viejo equipo y me encantaba la idea de volverlo a ver. Ya nos había avisado que no iba a ser fácil, él cursaba en la UBA y también trabajaba en el estudio jurídico de su padre, por lo que nunca conseguía un turno para encontrarse con él. Cuando llegamos, tuvimos una gran decepción. Nora nos contó que se había cansado de llamar a su casa y jamás le habían contestado el teléfono, en ningún horario. Entonces había buscado el teléfono de Edelmira en cuanto agenda vieja tenía en los cajones y había logrado comunicarse con la mamá. Esa mujer la había atendido nerviosa, con frases entrecortadas y palabras inconclusas, le había contado que su hija se había ido a vivir a Europa con Francisco y su familia. Según dijo, el estudio jurídico del padre de nuestro amigo había tomado los casos de varias

personas detenidas con paradero desconocido. Los habían amenazado muchas veces, pero cuando secuestraron a su socio de bufete, decidió exiliarse con toda la familia. Todavía la pobre mujer no sabía dónde estaban, ni cómo, si iban a tener trabajo, una casa y abrigo, porque se habían ido casi con lo puesto, estaba desesperada.

Hacía tan poco tiempo estábamos convencidas de que cambiaríamos el mundo, y ahora todo parecía un sueño idiota. Sentí vergüenza, afligida por mi propia suerte había olvidado que mis amigos estaban transitando la misma historia que yo. Esa noche, a pesar de la triste noticia fue para mí un encuentro sanador, me hizo mucho bien reencontrarme con Nora y refundar nuestra amistad, rescatar lo mejor de nuestro pasado, cuando las utopías nos desvelaban.

Por eso, cuando en junio llegó el mundial a la Argentina, me propuse olvidar tanto dolor y compartir con mis afectos “la fiesta deportiva”. Necesitaba pensar en algo diferente, que pareciera trascendental, fundamental para mi vida, pero sin serlo, algo que me quitara la sensación de fracaso que diariamente me dominaba.

Aprendí las reglas del fútbol: los nombres de los jugadores, la organización del campeonato, los puntos, los grupos. Esperábamos con ansiedad cada partido. Con Verónica, Fabián, Nora, mamá y mi tía Chichí, hacíamos de cada evento una ceremonia: tortas fritas, buenos mates, las remeras celestes y blancas y la bandera sobre el televisor no faltaban nunca. Fueron días diferentes, toda la atención depositada en una pelota y dos arcos. El país hablaba de fútbol, y todos éramos del mismo bando. Aparecieron las banderas, las escarapelas, la canción del mundial repetida en las radios, en la tele, tarareada por los transeúntes: jugábamos a que éramos un pueblo unido que jamás sería vencido. Me negué a pensar, no quería hacer ningún análisis, había decidido darle un descanso a mi amargura y dejarme llevar por la bobera deportiva.

El 25 ganamos la final. El barrio entero retumbó, los colectivos tocaron las bocinas, desde el hospital Militar, frente a casa, se escuchaban los gritos de victoria de los pacientes, familiares y trabajadores. Nada parecía más importante que esa copa que acabábamos de ganar. Por primera vez en años las explosiones no me asustaron, eran parte del festejo. Le hice caso a Roberto Arlt, y consideré la *utilidad de darme unos baños de multitud y callejeo, para darle un poco de indulgencia a la humanidad*. Nora, mi hermana, Fabián y yo, nos pintamos la cara con una pintura celeste y blanca que había traído mi tía Chichí y había mantenido escondida por cábala, agarramos la bandera, y nos fuimos en el auto hasta el centro. Frente al obelisco nos compramos gorros y cornetas para hacer ruido. Los autos caros de los ricos y los autos destartados de los pobres tocaban la bocina al unísono, los bombos de los trabajadores con las palmas de las señoras de Barrio Norte hacían ritmo de murga para acompañar los cantos mientras nos quedábamos afónicos gritando “Argentina Argentina”. Era la fiesta que cantaba Serrat: *hoy el noble y el villano, el prohombre y el gusano bailan y se dan la mano sin importarles la facha...*

Mi evasión era un éxito rotundo hasta que subí la mirada y empecé a recorrer los edificios que daban a la avenida. Algunas luces estaban prendidas y había gente dibujando su silueta oscura en las ventanas, gente que no había bajado a festejar, que tal vez estarían llorando a sus muertos, a sus desaparecidos. Entonces pensé en los torturados, que tal vez desde su encierro estarían escuchando la fiesta insensible de su pueblo. Me morí de vergüenza. Miré a la gente con los otros ojos, los que buscan la verdad, se veían tan felices que me invadió la furia, definitivamente la dictadura no se iba a terminar jamás.

Un nudo me apretó la garganta, necesitaba arrancarme la pintura de la cara, la bandera de mis hombros, huir de la plaza del sarcasmo y volver a mi casa para no escuchar más. Ya no pude jugar a la Argentina donde éramos “Derechos y Humanos” como decía el slogan. Inventé un dolor de pies, me despedí sin dar tiempo a ninguna réplica. Nora, Fabián y Verónica siguieron disfrutando de los festejos sin tener idea de que me había quebrado. Me tomé un colectivo casi

vacío. A medida que nos alejábamos del centro ganábamos silencio. Cada tanto un auto tocando la bocina, un grupo de chicos con cornetas en la vereda, y nada más. “Y con la resaca a cuestras vuelve el pobre a su pobreza, vuelve el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas” ... ¡Cómo necesitaba rezar! No podía pensar en Dios, entonces invoqué a mi abuela, le pedí que me abrace, que nos abrace a todos, porque nuestro pueblo estaba desquiciado y yo nada podía hacer.

Cuando llegué a casa me dolía el cuerpo, la cabeza y el alma, donde se me retorció la horrible sensación de ser una traidora.

Terminada la euforia del futbol el silencio disciplinado volvió a ganar la calle. Apenas escuchaba las noticias, yo sabía cuánto mentían, así que prefería observar a mi alrededor convencida de que, como había dicho el general Perón, “la única verdad es la realidad”.

Cuando solo quedaban los ecos futboleros, la violencia volvió a primera plana. El atentado a la casa del vicealmirante Lambruschini donde falleció su hija de 15 años, fue el comentario en el negocio de mamá durante varias semanas. Yo sentí horror por las víctimas y pánico, porque comprendí que la represalia sería descomunal. Los cuadros pequeños en los diarios, con fotos difusas, seguían comunicando diariamente la muerte de “subversivos” en “enfrentamientos”, pero de esto ya nadie hablaba, era parte de la rutina siniestra que estábamos viviendo.

Mi hermana y Fabián decidieron casarse, y se propusieron comprar un departamento. Igual que todos los que tenían capacidad de ahorro, habían encontrado en los plazos fijos la forma de multiplicar rápidamente el dinero, o al menos salvarlo de la inflación. Era un disparate que depositar dinero en un banco o financiera diera más ganancias que el trabajo, pero había que aprovechar esa posibilidad antes de que la economía explotara y nos dejara patas para arriba.

Hacia fin de año hasta las clientas de mamá se quejaban por la economía, la inflación había llegado al 160% en un año y los sueldos de los que tenían la suerte de trabajar, estaban congelados. La situación era asfixiante. A fines de noviembre mi madre me sacó de la cama a los gritos para que escuche el noticiero, en todas las radios repetían la misma noticia apocalíptica: el 22 de diciembre Argentina le declararía la guerra a Chile invadiendo el Canal de Beagle, las pequeñas islas al sur que desde hacía años estaban en disputa, y varias ciudades importantes del país vecino.

Todos esperábamos que la solución diplomática apareciera en cualquier momento, porque seguramente era una nube de humo para tapar el desastre económico, pero los días se sucedían y el conflicto estaba cada vez peor. Desde el balcón de mi departamento, sobre Luis María Campos, veíamos desfilar soldados, camiones y tanques. En la tele mostraban cómo las Fuerzas Armadas trasladaban más de 50.000 hombres, a plena luz del día por las principales ciudades y los festejos del pueblo a su paso. Durante esas tres semanas se hicieron ejercicios de oscurecimiento en todas partes, los medios de comunicación daban consejos sobre cómo actuar en caso de ataque enemigo. Se corría el rumor de que pronto llamarían a los soldados de la reserva para aumentar la tropa así que muchas familias se veían afectadas y no se hablaba de otra cosa.

Llegó el día, como en las películas, a último momento el Papa Juan Pablo II anunció que el 25 llegaría a Montevideo su mediador, el cardenal Samoré, y se detuvo la invasión.

Así terminó la guerra que nunca comenzó, pero igual trajo miedo y muchísimos gastos a nuestro país en quiebra. Esa bravuconada al fin se nos quedó en el olvido minimizada por la tragedia de Malvinas.

YA NO QUERÍA VIVIR EN DICTADURA

Los años siguientes transcurrieron en una paz obligada. Los argentinos parecíamos resignados a nuestra suerte y como un rebaño de cabras seguíamos el camino trazado, pero los guardianes no se distraían como Zofanor y Ricardo, todos sabíamos que estaban ahí, vigilándonos. Sin juglares que cantaran nuestra disconformidad, ni voces díscolas que reclamaran por las injusticias, cada uno se dedicó a salvarse como podía.

Para ese tiempo el gobierno abrió salvajemente la importación. Sentía una gran contradicción, por un lado me indignaba que los productos nacionales hubieran sido relegados, con la consecuente destrucción de empleo por el cierre de fábricas, y por otro lado me encantaba ver las vidrieras llenas de esos artículos curiosos que nunca habíamos visto, como los encendedores descartables que recargábamos en el kiosco, porque todavía éramos incapaces de tirar a la basura algo que funcionaba, los cigarrillos Gitanes que tanto se habían visto en las películas, zapatos que eran de plástico pero parecían de cuero, chicles finitos y largos con nuevos sabores, muñecos que hablaban sin darles cuerda y eran mucho más baratos que los nacionales, relojes a pila con luces y cronómetros. En el negocio mamá tuvo que cambiar parte de su stock de lencería argentina por una brasilera porque era mucho más barata y de excelente calidad, pero, cuando quebró la fábrica de prendas nacionales, terminó vendiendo solo bombachas, corpiños y camisones importados. Como si todo anduviese a la perfección en el país, no existían manifestaciones ni un periodismo crítico que se jugara: los sindicatos estaban proscriptos, no había derecho a huelga, y la censura era feroz, así que todos calladitos la boca y sin protestar.

Verónica y Fabián se casaron en octubre del 80. Los preparativos fueron divertidos, aunque a veces me daban ganas de estrangular a mi hermana que se ponía histérica. Fabián tenía un puesto importante en una distribuidora de materiales eléctricos y Verónica, que se había recibido con excelentes calificaciones, trabajaba en un estudio contable, así que empezarían su vida de casados sin problemas económicos.

Mi hermana logró la fiesta de sus sueños, estaba radiante. Nunca había visto tan feliz a mi mamá. Silvia, que también fue invitada, vino desde Mendoza con Martín, su esposo, y mi ahijado Ariel, que ya tenía casi dos años. Pasé la noche corriéndolo por todo el salón, hasta que se durmió, y después bailé hasta la madrugada. Los padres de Diana se sentaron en la mesa de mis tías, no los había visto desde hacía varios años y los encontré muy avejentados, sentí una inmensa compasión por ellos. No pude evitar que se me agitaran recuerdos que mantenía silenciados, y traté de no mirarlos durante toda la noche para no pensar.

Yo tenía 24 años y Verónica no soportaba verme sin pareja, quería engancharme a toda costa con Guillermo, el primo de mi cuñado, así que lo sentó en mi mesa. Durante las últimas semanas ella no había dejado de hablarme de él: que era alto, buen mozo, divertido, y esto y aquello y lo de más allá. Pero no hubo caso, nos pusimos a conversar y todo lo que decía me parecía frívolo, como si viviésemos en mundos diferentes. Igualmente, cuando me invitó a salir decidí darle la oportunidad. El fin de semana siguiente fuimos al cine, elegí ver “Tiro al aire”, un estreno donde actuaba Hector Alterio, que me había gustado tanto en la “La Patagonia rebelde”. La película estuvo buena, pero intrascendente. Después fuimos a tomar un café. Guillermo habló sin parar de sus viajes, de su quinta en Moreno, de su campo en Arrecifes, de su su su. Cuando terminó le dije que

iba a ser monja, pero todavía era un secreto, que no se lo diga a nadie; fue lo único que se me ocurrió para sacármelo de encima sin ofenderlo. Volví a casa contenta, me había gustado la experiencia: maquillarme, elegir el vestido, los zapatos, ver a mamá ilusionada en que la nena tenga por fin un novio, y sobre todo aquella sensación reconfortante de sentir que yo gustaba y que me querían seducir. Sin embargo, esa noche concluí que difícilmente iba a encontrar un hombre que compartiera los sentimientos que hervían clandestinos, detrás de mi cara de nada, a la espera de volver a vivir.

Los chicos se fueron de luna de miel a Sudáfrica, estaba de moda y era más barato que ir a cualquier lugar de la Argentina. Cuando regresaron los fuimos a buscar al aeropuerto. Nos quedamos pasmadas al ver bajar a los pasajeros cargando miles de bultos, parecían mudanzas: televisores, equipos de audio, cajas con juguetes gigantes, y vaya uno a saber lo que traerían en las valijas. Era tan barato todo en el extranjero y la gente compraba tantas cosas, que se hizo famosa la expresión argentina: “deme dos”. Mi hermana no se quedó atrás, nos llenó de obsequios y compró de todo para su casa nueva. Pero el mejor de los regalos no lo conocían ni ellos mismos, traían a Merceditas en la panza.

Al llegar los llevamos a su nuevo hogar en Almagro donde, junto a los padres de Fabián, habíamos organizado la bienvenida. Era un departamento muy chico, un pañuelito decía mi mamá, y de una construcción bastante ordinaria, pero era de ellos y lo tenían casi todo pagado. Por suerte sacaron a tiempo el dinero de la entidad bancaria para comprarlo, porque al año siguiente, junto a otras treinta y seis compañías, la financiera cerró quedándose con todos los ahorros de la gente.

Cuando hicieron público el embarazo, yo tenía tanta ansiedad de amar que me aboqué a cuidar a mi hermana y acompañarla en todo lo que podía. Los meses transcurrieron sin sobresaltos, la beba creció adecuadamente, como decían los libros.

El día del nacimiento fue genial. Aunque Verónica estaba dolorida, se la veía exultante. Yo me morí de amor, desde que esa bebita se asomó a mi vida y se convirtió en el sentido de mi esperanza.

A comienzo del 82 la crisis económica empezó a afectar seriamente el negocio de mamá. Desde su apertura, ella firmaba pagarés para comprar la colección de ropa de estación hipotecando todo lo que tenía y, cuando llegaba el final de temporada, luego de las liquidaciones, levantaba las deudas y se quedaba con importantes ganancias. Pero ese año no fue así. Entre la inflación y el mal clima social, las ventas cayeron estrepitosamente por lo que, en febrero, la colección primavera-verano seguía sin venderse. Mi madre me repetía que iba a perderlo todo y ya no sabía cómo tranquilizarla, porque tenía razón. Por supuesto no nos fuimos de vacaciones, y la salud de mamá se vio afectada por la angustia: recrudeció su asma y comenzó a tener problemas de presión y diabetes. Al final las cuentas cerraron muy ajustadamente, pero el negocio quedó lleno de “clavos” que no se los pudimos vender a nadie.

La situación era siniestra, la ruina estaba arrastrando a todos los argentinos, casi sin excepción. Las “Locas” de Plaza de Mayo que daban vueltas todos los jueves con pañales de gaza blancos en sus cabezas, reclamando por sus hijos desaparecidos, ya eran famosas. Se estaba cayendo la mordaza y la gente comenzaba a saber la verdad sobre el terrorismo de estado. El 30 de marzo la CGT de Saúl Ubaldini que estaba fuertemente enfrentada con la Dictadura Militar, convocó a una marcha nacional bajo el lema “Paz, pan y Trabajo”. Volanteaban la ciudad, pegaban afiches, los periodistas repetían que la manifestación estaba totalmente prohibida. Pero yo quería ir, necesitaba desahogar toda mi bronca. Le

pedí a Nora que me acompañe, y mamá le sugirió a Fabián que venga con nosotras para cuidarnos. Así que nos pusimos de acuerdo y ese martes nos juntamos en casa los tres. Como nunca, el gobierno había armado un mega dispositivo para evitar que la gente llegue a las puertas de la Casa Rosada. Durante toda la tarde, en la televisión, mostraron los tanques, los helicópteros, la caballería y la policía en la calle limitando el tránsito en el centro, con la intención de amedrentar al pueblo para que no se movilice. Habían cortado el puente Pueyrredón con carros de asalto y un fuerte cordón policial. Pero la rebelión era imposible de frenar. Mamá estaba muy asustada, se le notaba en la mirada, aunque, como siempre, decidió disimular y no meterse en mis decisiones.

Mi hermana se quedó acompañándola en casa con Merceditas, y Fabián, mi amiga Nora y yo partimos hacia la marcha. Los compañeros de trabajo de mi cuñado, que estaban en el sindicato, le habían dicho que no debíamos vestarnos como para una movilización porque no nos iban a dejar acercarnos al centro. Nos bajamos del colectivo en Callao y Corrientes, Nora y yo bien maquilladas, con calzado de tacos bajos, por si teníamos que correr y pantalón de vestir, como para ir a tomar el té y Fabián con los zapatos lustrados y un ataché viejo de oficinista. En la esquina, como monumentos a la iniquidad, hombres uniformados mostraban sus armas y sus cascos. Había mucha gente, no tenían banderas ni distinciones de partidos, todos se veían distraídos, como pendientes de sus propios asuntos. Reconocí a Zamba Quipildor, que conversaba en la puerta de un bar con una pareja de la que no pude recordar sus nombres, pero también eran músicos. Nos pusimos a mirar la vidriera en una disquería para disimular. La policía había cortado el tránsito en la avenida. A algunos les pedían documentos y los requisaban. La consigna era llegar a la Plaza de Mayo como sea. Teníamos miedo y entusiasmo, la ansiedad de gritar iba creciendo en mi garganta, me sentía joven, fuerte, despechada pero no desalmada. De pronto, las individualidades comenzaron a moverse, como imanes nos atrajimos unos a otros, formamos un río que se alimentaba con los trabajadores, oficinistas y vecinos que salían de los edificios, y avanzamos por la vereda. Cruzamos la nueve de julio y seguimos por Diagonal Norte. La gente no se miraba. El paso silencioso se fue transformando en marcha. Alguien rompió el cerco y se ganó el asfalto. Entonces el silencio estalló en grito... “Se va a acabar, se va a acabar la dictadura militar”. Yo sentí que lo habíamos logrado, no nos iban a detener, solo quedaba avanzar y gritar, hasta llegar a la Plaza de Perón y Evita, la de las Madres, la de los trabajadores. Encimados, sentía el contacto de mi pueblo en los brazos, en la espalda, como un solo cuerpo, por primera vez en años no estaba sola. Desde mis entrañas doloridas el llanto arremetió hasta mi garganta y cantó hasta romper mi voz, necesitaba gritar para purgar toda mi furia. De los balcones y azoteas llovían panfletos y se oían aplausos. Un grupo empezó a cantar la Marcha Peronista... *todos unidos triunfaremos, y como siempre daremos...* No pudimos seguir. Por la esquina de Sarmiento apareció la caballería seguida por un camión repleto de detenidos que seguían gritando, y avanzó hacia nosotros. El ruido de los cascos se apagó con el barullo ensordecedor de un helicóptero. Empezamos a retroceder corriendo hacia el obelisco. Fabián tomó nuestras manos y dando zancadas con sus largas piernas, nos llevó a la rastra. La policía iba a la pesca, pude ver de reojo hombres y mujeres puestos de rodillas y requisados como delincuentes. El pánico me dio una energía inusitada que me hizo volar. Teníamos miedo de perdersnos, así que nos agarrábamos las manos con desesperación. Atrás de mí los cascos, el soplo del aliento de un caballo. Me encogí esperando lo peor, pero el policía no me eligió, del otro lado un muchacho cayó al recibir un bastonazo, y quedó tirado. Seguimos corriendo. De pronto un estallido, y luego otro, y otro, ¿estaban disparando contra nosotros? La marea humana corría a los gritos “¡Hijos de puta!”, “¡Asesinos!”. Miré hacia atrás espantada por el

griterío: a una cuadra, en medio del desquicio, un tanque, como un dragón, arrojaba chorros sobre la gente que caía arrastrada por la fuerza del agua. Llegamos al Obelisco y nos encontramos acorralados entre la gente y la fuerza policial, como en una emboscada, no podíamos avanzar ni retroceder. A pocos metros explotó una granada de gas lacrimógeno. Nuestros ojos parecían en llamas y nos empezamos a ahogar. Un grupo que corría por Cerrito rompió el cerco y pudimos salir. Nora se cayó al piso y tuvimos que arrastrarla para que no la aplasten los que venían escapando. Casi en la esquina de Corrientes y Libertad, Fabián pudo ver un edificio de departamentos con la puerta abierta. El ascensor estaba en el piso alto, así que empezamos a correr por las escaleras hacia arriba. Atrás alguien nos seguía, corriendo también, retumbaban sus pisadas entre las paredes de mármol ¿Cuántos pisos? Miles, hasta el final. Una puerta decía Portería. Golpeamos. El hombre pequeño abrió y sin decir nada nos hizo entrar. Entre el gas ardiente y las escaleras apenas podíamos respirar. En segundos golpearon la puerta, me salió un grito gutural, mil imágenes espantosas pasaron frente a mí. El portero vio por la mirilla, nos miró pensativo, y después de unos interminables segundos abrió. Un muchacho ahogado y lloroso, asustado igual que nosotros pedía refugio. El departamento era ínfimo, no tenía ventana sino un pequeño ventiluz del que solo se veía el cielo rojo de sangre y atardecer. Nos sentamos en la cama, el único mueble que había en ese cuartucho indigno. Ninguno hablaba. Los cuatro frotábamos nuestros ojos con desesperación, entonces el portero sacó de su heladera una Coca Cola, la volcó en un trapo y nos indicó que nos limpiásemos la cara, luego nos dio un vaso de leche a cada uno. No le preguntamos nada, pero nos dimos cuenta de que tenía experiencia, que en ese momento lo movía algo más que la solidaridad.

Me preocupaba mi mamá, seguramente estaría viendo los sucesos en la tele, y podía descompensarse del susto. Eran casi las ocho de la noche, todavía seguíamos sentados en una cama con dos desconocidos cuando el tumulto de la calle desapareció y el silencio entró por el ventanuco del cuarto. Ya era el momento de partir, nos pusimos de pie y antes de irnos abracé a ese hombre que se había jugado por nosotros. Mi primer ángel en mucho tiempo.

XLVI

LA OTRA PLAZA

Nora vivía en el centro y se volvió en taxi. Nosotros caminamos hasta la parada del 59. En la calle silenciosa y fría, solo unos pocos transeúntes arrastraban sus pies sobre la mugre de panfletos embrollados entre papeles inocentes. Donde habían circulado los tanques los deshechos estaban mojados como si hubiese llovido. Me pareció reconocer, por el gesto de cansancio y la mirada atenta, a los que habían compartido con nosotros la marcha por la Paz, el Pan y el Trabajo. El colectivo llegó enseguida. No veía la hora de encontrar a mamá, imaginaba lo mal que lo había pasado.

Cuando entramos al departamento mi madre y mi hermana nos recibieron a los gritos. Se habían asustado demasiado. Habían supuesto lo peor, y no sabían a quién recurrir, “¿Y si los secuestraban como a Pamela? ¡Están locos o son idiotas!” Nos gritaban una y otra vez entre llantos. Las imágenes en la televisión y los relatos de la radio habían sido escalofriantes. Miles de detenciones, muchísimos heridos y nosotros ahí, en medio de esa batalla campal. Cuando lograron calmarse pudimos describirles lo que habíamos vivido, Verónica nos contó que mamá se había

encaprichado en esperarnos en el balcón, necesitaba vernos llegar aunque sea un segundo antes, para padecer un segundo menos, así que seguramente la “tomada de frío” traería sus consecuencias.

La manifestación nos había generado la seguridad de que era el final de la Dictadura. Esa noche fue muy difícil quitarme las imágenes de la cabeza: los gritos, la sangre, el miedo. A pesar de todo, el haber estado allí me había devuelto una paz interior que apenas recordaba, la de ser consecuente con mis ideas.

Al día siguiente mamá amaneció con fiebre. Tosía mucho, estaba muy fatigada y le dolía el cuerpo. El enfriamiento estaba teniendo sus consecuencias. Me sentí culpable, y le pedí perdón, pero ella me tranquilizó diciéndome que, a pesar del susto, estaba orgullosa de nosotros. La llamé a mi tía Chichí para que viniese a atender el negocio, así yo me podía quedar cuidando a mi madre. El viernes dos de abril, a las nueve de la mañana mi tía tocó el portero eléctrico, estaba yendo al negocio, pero pasó para decirme que prenda la televisión, porque “los locos que nos gobiernan invadieron Malvinas, y nos van a meter en una guerra con Inglaterra. Ya no saben qué hacer para quedarse en la Rosada los cretinos.” Pensé que era una broma, que se había vuelto loca, o tal vez había entendido mal, mi capacidad de asombro había llegado a su límite.

Mamá, que se había despertado con el timbre, me llamó, entonces me acosté a su lado y prendí la televisión en su cuarto. Era verdad. En todos los canales y en la radio solo se repetía la misma noticia: “El Argentinazo”, “Las islas han sido recuperadas”, “Tropas argentinas desembarcaron anoche en Malvinas”, “Galtieri dirigirá hoy un mensaje al país”, y cada tanto, un periodista exaltado, nos regalaba un “¡Viva la Patria!”.

Arengaban a la población para concurrir a la Plaza de Mayo a festejar la hazaña y apoyar a Galtieri, presidente de facto desde hacía un poco más de tres meses. Yo me reía, le repetía a mi madre:

— ¿Quién va a ir a apoyar a ese hijo de puta? ¿No les alcanzó con lo del martes? ¿No ven que ya colmaron la paciencia de la gente? ¿Qué más nos quieren inventar? — pero hablaba sola, mamá estaba profundamente dormida y comenzaba a subirle la fiebre, así que la dejé descansar y me fui a ver la tele en el living.

Cerca del mediodía fui a llevarle un té a su cuarto, pero no la pude despertar, la fiebre la tenía en un estado de somnolencia. Me asusté y llamé al médico.

Mi tía vino a almorzar. Esa mañana solo había entrado una clienta al negocio a pagar una cuota de crédito. Chichí me contó que la mujer estaba indignada, le había dicho que una gran parte del Ejército estaba contra Galtieri porque era alcohólico y se creía un Cesar Romano, que nos estaba arrastrando al desastre total. En el 78 casi habíamos entrado en guerra con Chile por el canal de Beagle, pero esto era diferente, ya habían invadido y difícilmente tendría retorno. Silvia me llamó desde Mendoza, yo llamé a Nora, y a mi hermana. Buscábamos contención, interpretar la realidad, todas coincidíamos en que era un manotazo de ahogado de la dictadura para eternizarse en el poder.

El médico llegó a las tres de la tarde, a mamá le había bajado la temperatura, pero tosía mucho y le costaba respirar. Mientras el doctor la auscultaba veíamos que la Plaza de Mayo se estaba llenando de gente. Miles de ciudadanos con banderas y camisetas argentinas gritaban “*El pueblo unido jamás será vencido*” y coreaban como en el Mundial de fútbol: “*El que no salta es un inglés*”, “*Vamos vamos, Argentina, vamos vamos a ganar, que esta barra quilomera no te deja no te deja de alentar.*”

El doctor miraba de reojo sin emitir opinión, ya era costumbre no decir lo que uno pensaba frente a desconocidos. Recetó una medicación y me pidió que la controle, si no mejoraba tenía que volver a llamar. Me dio una orden para hacerle estudios ya que tenía comprometidos los pulmones

y se podía tratar de una neumonía. El médico se fue y me acosté al lado de mi madre. Mirábamos la tele abrazadas, inmensamente decepcionadas y tristes.

Serían las 17 cuando Galtieri salió de la Casa de Gobierno y se metió entre la gente. La multitud que lo rodeaba comenzó a gritar: “¡Al balcón! ¡Al balcón! “El hombre estaba eufórico, de pronto se había convertido en un caudillo aclamado por su pueblo. Entonces, rodeado de su séquito, volvió a entrar en la Rosada y luego de unos minutos salió al balcón. Estaba exultante, la gente lo clamaba como líder y libertador. Con gestos que me recordaron al duce Mussolini dijo a la multitud: “La dignidad y el orgullo nacional deben ser mantenidos a toda costa y a cualquier precio”, y la gente le respondió coreando “*Lo vamo a reventar, lo vamo a reventar*” y terminó diciendo: “*Las fuerzas armadas son de ustedes, no son nuestras*”. Yo me puse a gritar una sarta de malas palabras que aliviaron la presión que me explotaba el pecho. Estábamos anonadadas. Los ingleses nunca nos entregarían las islas pacíficamente y los países poderosos, jamás romperían sus alianzas con Gran Bretaña para defender al pueblo más austral del Tercer Mundo.

Esa noche, cerca de las dos de la madrugada, tuve que llamar a Verónica porque mamá se ahogaba y volaba de fiebre. La llevamos al Sanatorio Mitre. Le diagnosticaron neumonía y la internaron en terapia intensiva.

En el año 82, mientras miles de jóvenes luchaban por su vida en las Malvinas, mamá lo hacía en la cama del sanatorio. Primero no respondía a los antibióticos y los síntomas no cedían, recién al quinto día comenzó a mejorar, hasta que por fin la pasaron a una sala común. Estaba tan delgada y frágil, cansada de esforzarse por respirar, que lo primero que me dijo fue que ya se quería ir. Yo la abrazaba y no le exigía nada, admiraba el buen humor con que siempre había llevado su enfermedad, pero me dolía escucharla y le cambiaba de tema. Le contaba las cosas que escuchaba en la tele, y le inventaba buenas noticias sobre el negocio. Gracias a Chichí, yo pasaba todo el tiempo con mi madre, los médicos me habían aconsejado que no la dejara sola ni un minuto. Pero sin ella el negocio no era lo mismo, mi tía no tenía el talento de mamá y las ventas seguían cayendo. Luego de diez días le dieron el alta sin demasiadas expectativas.

Mi tío Adán había regresado a Buenos Aires a mediados del 80. Marta, la esposa, que vivía a pocas cuadras, pasaba casi todos los días para visitar a mi mamá, y nos traía información verídica de lo que estaba sucediendo en las Malvinas. Era cierto que se lograban algunos éxitos, sobre todo de la aeronáutica que atacaba barcos enemigos, pero estábamos perdiendo la guerra y no había retorno. Mi primo, que era paracaidista, estaba en Río Grande desde hacía varios días esperando ser trasladado a las islas, pero era imposible salir del continente, los ingleses habían levantado una barrera antiaérea infranqueable. Los refuerzos militares, los alimentos, y la ropa de abrigo se acumulaban en Tierra del Fuego mientras en las islas la situación era cada vez más desesperante. Los medios repetían que estábamos ganando como si la verdad no tuviese otro destino que salir a la luz.

El 11 de junio llegó el Papa Juan Pablo II para mediar por la paz. Mi tía Chichí me pidió que la acompañe a Palermo, quería ir a la misa que daría el Santo Padre y pedirle a Dios por la salud de mamá y por el fin de la guerra. Fui entusiasmada, hacía tanto que no pensaba en Dios que sentí la ilusión de que tal vez era el momento para recuperar mi fe. El Papa llegó al escenario. La multitud lo vivaba diciendo “Juan Pablo, segundo, te quiere todo el mundo”. Yo sabía que el Santo Padre había venido para lograr la rendición de Argentina, pero guardaba la ilusión de que le dedicara, aunque fuera unas palabras, a los derechos humanos en nuestro país, a los muertos y desaparecidos por el terrorismo de Estado. Pero no sucedió y mi desilusión fue aún más profunda. Tres días después Argentina presentó su rendición.

MANOS DE CASUARINA

A mediados de septiembre, entré en la habitación de mamá con la bandeja del mate y las galletitas, la apoyé sobre la cómoda apenas iluminada por la leve luz que se filtraba por la puerta, subí las persianas como lo hacía cada mañana, mientras le cantaba “Buenos días querido conejo, aquí con mis besos, te vengo a despertar...” una adaptación poco elaborada que le había hecho a la canción de moda de cuando yo iba al secundario. El sol que entró por la ventana hizo brillar su cabello rubio suavemente ondulado sobre la almohada azul. Estaba pálida, con sus labios blancos entreabiertos en una leve sonrisa de muñeca de porcelana. Mamá se había cansado de luchar. Me senté a su lado y apoyé la cabeza sobre su pecho. Entonces me asaltó una soledad descontrolada que en ese momento, pensé, había llegado para quedarse. Mis alegrías y tristezas, mis éxitos y fracasos, desde ese día serían solo míos, porque el eco maternal que los multiplicaba se había apagado. No logré llorar aunque lo necesitaba más que al aire.

La llamé a mi hermana que por suerte estaba en su casa cuidando a Merceditas y le pedí que llame a la familia. Por suerte Fabián se hizo cargo de los difíciles trámites que siguen al fallecimiento de un ser querido.

La noche del velatorio, la familia y los amigos nos hicieron compañía y, por la mañana, nos acompañaron al crematorio del cementerio. Esa misma tarde fui con Verónica y Fabián a retirar las cenizas para llevarlas a casa. Cuando las entregaron todavía estaban calientitas, apenas ocupaban un poco de la caja que las guardaba. Mientras mi cuñado manejaba en silencio y mi hermana, a su lado, miraba impávida por la ventana, yo no perdía de vista la caja convenciéndome que ahí no estaba mi mamá, que la muerte no podía ser eso.

Antes de morir mamá nos había pedido que reuniéramos sus cenizas con las de papá y las arrojásemos al río Carapachay en el muelle de “La Añorada”, una casita que solían alquilar en el Tigre donde iban a remar cuando eran jóvenes.

Por eso, unos días después, retiré las cenizas de papá que estaban en una urna, junto a las de mi tío Eduardo, en el nicho de sus padres. Me las llevé en colectivo. Cuando logré sentarme y puse la bolsa con la urna en mi falda murmuré: “Papá, te tengo a upa”. Y hablando despacito, como una loca, comencé a decirle: “Cómo me hubiese gustado estar a upa tuyo papá ¡Uh! Papá, papá, papá, nunca te dije papá... no tuve tiempo, te fuiste tan pronto.”, entonces abracé la urna y por fin lloré, despacito, para que nadie me viera. Al llegar a mi casa los puse juntos, en el bolso de cuero donde mi abuela me había regalado su archivo, ese mismo en el que traje de Millaleufú los papeles abollados, igual que mi utopía.

El sábado 25 de septiembre amaneció nublado, pero tibio de sol. Me encontré con Verónica a las once de la mañana en la estación fluvial de Tigre. Estaba llena de chicos paseando por la costa del río, haciendo picnic y esperando las lanchas: era el desquite del día de la primavera que, como siempre, había llovido a cántaros.

En la boletería nos dijeron que a las doce y media saldría una lancha que nos dejaría en el muelle “La Añorada” y que a las tres de la tarde pasaría de regreso. No sabíamos si la casa estaría ocupada y eso ponía nerviosa a mi hermana, muy poco acostumbrada a lo inesperado, pero la convencí de que no nos faltaría un lugar en la zona para hacer nuestra ceremonia. Compramos fiambre, pan y Coca Cola, cargamos el agua del termo y nos pusimos en la cola a esperar la partida. Aunque mamá siempre nos había hablado de lo hermoso que era, nosotras nunca habíamos ido al Delta; me sentía emocionada por descubrir ese mundo.

El marinero empezó a subir en el techo de la lancha los bultos grandes de los pasajeros: mochilas, damajuanas, canastas, pero a nosotras no nos hizo falta, solo teníamos una mochilita con el almuerzo y el antiguo bolso de cuero con nuestros padres. Verónica y yo nunca habíamos hablado demasiado, y esa no fue la excepción. No teníamos afinidad en casi nada, pero compartíamos el amor hacia nuestros padres. Un ruido ensordecedor me sobresaltó al encenderse el motor de la lancha. Con gran serenidad y un suave bamboleo nos fuimos alejando del puerto por el río Tigre, negro y hediondo como el Riachuelo, pero cuando entramos al río Luján y giramos hacia la izquierda, el agua cambió de color y el aire se hizo puro y fresco. Botes, canoas y lanchas se desplazaban respetuosamente sobre ese río encrespado y marrón. Respiré hondo, el aroma vegetal se hacía cada vez más intenso.

Luego de varios minutos la lancha giró hacia la derecha y entró en un río angosto y arbolado, el Carapachay. No me alcanzaban los sentidos para ser penetrada por el paisaje. Estaba sorprendida, ¡el Delta siempre había estado cerca mientras yo sufría de asfixia en la ciudad! Las flores de ligustrina formaban paredones entretejidos en la selva, su exagerado perfume me sacó a bailar por los aires al ritmo del chamamé que resonaba en un parlante que colgaba del techo. Durante mi vuelo reviví el campo de mi tío Domingo, Junín, Tandil, Millaleufú. Las imágenes de lo mejor de mi vida se sucedieron unas tras otras y recordé lo que era ser feliz.

Frente a nosotras una mujer con su hija conversaban animadamente. De pronto la nena abrió los ojos con cierto espanto y apuntando un árbol de la costa le gritó:

— ¡Mamá, ese árbol se va a caer!

—No mi querida, es una casuarina— respondió la madre divertida— Las plantan al borde del río porque sus raíces, como gigantescas manos de madera, sostienen la tierra, así la fuerza del agua no desmorona la costa.

—Pobrecitas, cómo deben sufrir. — se lamentó la nena conmovida.

La mamá la abrazó y respondió con notable ternura:

—No mi amor, no lo creo. Es muy extraño, pero mientras salvan la tierra del derrumbe cantan. Basta con una mínima brisa, un susurro de viento, para que empiecen a cantar.

No sé qué siguieron hablando, porque mis pensamientos me aturdieron. Entrelacé los dedos y mis manos se abrazaron, mis manos de madera, sobre la falda. Había en el mundo mucha gente casuarina y yo, por designio divino, era una de ellas.

El viaje duró más de una hora pero me parecieron minutos, un cambio poderoso se estaba gestando dentro de mí. El conductor gritó “La Añorada”, nos pusimos de pie y fuimos hacia el fondo. La lancha amarró en un muelle desvencijado, el marinero bajó de un salto y nos ayudó. Con un pacífico ronroneo se fueron dejándonos solas en esa pequeña inmensidad.

La casa estaba en pie pero bastante derruida, no había nadie. Debajo de los árboles una mesa redonda, llena de tierra, hojas, flores secas y rodeada de bancos de cemento era el lugar perfecto para acampar. Mi hermana fue a mojar un trapo en el río para limpiar todo y podernos instalar, mientras yo salí a buscar flores para la ceremonia. No había gente en los alrededores, solo pájaros, ecos de embarcaciones y cada tanto el salto de un pez cacheteando la superficie del agua.

Primero almorzamos trayendo a la mesa nuestra infancia, y le pedí a mi hermana que me repita una vez más sus recuerdos con papá, recuerdos que yo no tenía porque era demasiado chica cuando murió.

Cuando terminamos, nos sentamos en el muelle. Yo tomé la caja de mi madre y mi hermana la urna con mi padre. Las cenizas no eran iguales, muy finas y delicadas las de mamá, con pedacitos de huesos las de papá. Comenzó la ceremonia: de a un puñado las fuimos

arrojando al río, alternando, papá, mamá, una flor, papá, mamá, flor, y por último una rama de lazo de amor. La brisa soplaba hacia nosotras, así que no solo las manos que se hundían en las cenizas se llenaron de ellos, sino también nuestras piernas, nuestra ropa, el aire que respirábamos. Mis padres remaban, ambos de blanco, ambos riendo; él con sus ojos azules la miraba con adoración, ella le sonreía con sus dientes blanquísimos, su cabello atado bajo la nuca, increíblemente hermosa, soñando con el futuro. Los vi irse en un bote de agua, hacia el agua del mar, hacia el agua del cielo, para no separarse más.

Una vez finalizada la ceremonia, nos atacó nuevamente el silencio. En medio de ese embrollo de vida y de muerte, pude distinguir mi pulso, ese ritmo perfecto que me hacía vivir y decidí que el tiempo de mi exilio se había terminado.

XLVIII: ¿SIEMPRE HAY UN CAMINO?

Después de la derrota de Malvinas la patria hervía de rebelión, las Fuerzas Armadas contaban sus últimos días y yo ya no les tenía miedo. Por más que lo intentaba no podía recuperar mi fe en Dios, pero estaba totalmente convencida de cuál era mi camino. No me importaba si Jesús había resucitado, si hacía milagros o eran cuentos, si su mamá había sido virgen. En esos años oscuros había confirmado que solo la revolución del hombre nuevo, el amor, el respeto, la justicia y la solidaridad, podían cambiar el mundo y que el compromiso con esa construcción era el único motor para mi vida. Sin el miedo ni la necesidad de cuidar a mi madre, decidí que había llegado el momento de volver a la escuela porque, a pesar de todo, mi utopía había sobrevivido.

Durante el viaje de regreso de la isla, acordé con mi hermana la venta del departamento de mi madre y el negocio. Mi tía Chichí se podría ocupar de atenderlo hasta su venta, así que no existía ningún impedimento para volver inmediatamente a la escuela.

Esperé ansiosa que llegara el lunes. A las ocho de la mañana me senté en el living, agarré el libraco enorme de la guía telefónica y busqué. No fue fácil, pero allí estaba: Secretaría de Inspección de Tigre. Eran las nueve de la mañana. Mis manos transpiraban y apenas podía hablar. Una voz lánguida, cansada, me dio la respuesta que esperaba: estaba abierta la inscripción en forma permanentemente porque faltaban muchos maestros y había varios cargos sin cubrir, aunque por el momento ninguno en la isla. En las escuelas de “alto riesgo”, las que quedaban en los barrios más alejados y humildes podía empezar de inmediato. Fueron palabras mágicas, si nadie quería ir, entonces era el lugar para mí. Podía llevar la documentación esa misma tarde así al día siguiente podía empezar. Corté el teléfono, me tapé la boca para no gritar y empecé a correr y saltar por toda la casa. Abrí el placar y revolví hasta encontrarlo: en una bolsa azul, doblado, esperándome, estaba mi guardapolvo blanco. No tenía idea de dónde había dejado mis papeles. Los busqué desesperada hasta que los encontré en una caja donde mi madre tenía la costumbre de archivar mis cosas, conocedora de mi capacidad para perder hasta lo imperdible. En ese momento sentí que me cuidaba, como si todavía estuviese a mi lado y, abrazada a esos papeles, por fin la pude llorar.

Sin almorzar me fui a tomar el tren, en menos de una hora estaba en la estación de Tigre. Preguntando llegué a la oficina. Me recibieron con bombos y platillos, parecía otro mundo. ¡Faltaban muchos maestros! Era tan magro el sueldo que apenas se cubría el gasto del colectivo. Me dijeron que, si algún héroe se presentaba, no lo dejaban escapar. Cuando les conté dónde vivía decidieron darme un cuarto grado en la escuela 44, porque estaba cerca de la ruta Panamericana y me iba a resultar fácil llegar. Esa noche hablé con mi hermana, llamé a Silvia a Mendoza, a mi tía Chichí y a Nora, tenía que compartir mi euforia. Pensé tanto en mi abuela, en lo contenta que estaría de verme volver, “siempre hay un camino”. Saqué del armario los apuntes del profesorado y algunos libros que me quedaban. Mientras intentaba leer, un torbellino de recuerdos comenzó a despertar. Los atendí uno por uno: los disfruté, los lloré, los amé y los odié, todos eran parte de mi vida.

Me levanté sin haber dormido ni un minuto, pero no sentía cansancio. Cuando salí todavía era de noche. Una hora y media de viaje en el 15, sentada, sonriendo como una boba, mientras veía el amanecer. Me bajé en donde me dijeron, tres paradas después de Panamericana y Ruta 197.

Él bajó conmigo. Lo había visto dormir desparramado en el asiento de adelante y, al llegar a la parada, saltar como un resorte. Llevaba una mochila desteñida y un guardapolvo

blanco. Le pregunté por la escuela. Con el pelo largo y ensortijado, la nariz muy grande y una magnífica sonrisa me contó que él también iba a la 44, venía desde Villa Crespo y era maestro. Empezamos a caminar conversando como si nos conociéramos desde siempre. Recorrimos unas seis cuadras atravesando terrenos, esquivando baches llenos de barro. Cada tanto me daba la mano para que no patine, a pesar de la pinta, era un verdadero caballero. Doblamos una esquina, allá a la distancia se veía, reflejando el sol de la mañana, la escuela. Las casas eran sencillas, algunas bien construidas, pero muchas de madera y chapas de cartón. Un carro con un caballo se detuvo frente a nosotros, llevaba un montón de chicos haciendo lío que gritaron: “¡Buen día profe!”. Dos grandotes en guardapolvo que pasaban por la esquina le tiraron una pelota, el maestro se la devolvió y le recordaron el partido que iban a jugar al mediodía. Sentí que iba a llorar, pero me aguanté.

Olor a verde, trinar de pájaros, risas de niños, música de cumbia, caminos de tierra, cascos de caballos. Un maestro que creía en la escuela y soñaba la patria, me invitó a caminar con él. Los últimos cinco años iniciaron su derrotero hacia lo más profundo de mi memoria, en donde se transformaron en un único instante, descolorido y absurdo, mientras me sumergía, sin miedo, en el mejor de los mundos, el mundo de los guardapolvos blancos.

FIN

No lo olvides, me encantaría recibir algún comentario sobre la novela. Tiro esta botella al mar de internet, ojalá me respondas.

anarosaburgos@hotmail.com